MARCOS A.C.

El pecado DE SER TÚ



MARCOS A.C.

El pecado DE SER TÚ

Primera edición.

El pecado de ser tú

©Marcos A.C.

©agosto, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Capítulo 1



El sonido de la cafetera fue lo primero que escuché aquella mañana. Aún no habían dado las ocho y ya tenía las manos manchadas de leche espumada y el delantal con una gota de salsa de tomate que juraría haber evitado. Pero no. Era viernes. Y los viernes en el bar eran un caos dulce y salvaje.

—¡Sofía, otro café con leche para la mesa tres! —gritó Javi desde la barra, haciendo sonar la campanita como si yo no lo hubiera oído la primera vez.

—¡Estoy en ello, alma de cántaro! —le respondí, con media sonrisa y los rizos ya empezando a despegarse del moño desastroso que me había hecho esa mañana— No me he clonado todavía, aunque lo estoy considerando seriamente.

Aquella mañana estaba siendo como todas en el bar donde curraba desde hacía ya seis años. Un bar de playa de esos con alma, donde el café sabía a café y las tostadas venían con cariño. El lugar donde conocía los nombres de los clientes habituales mejor que los de algunos de mis antiguos compañeros de clase. La vida daba vueltas raras, pensaba mientras servía otro desayuno.

Un cliente de los de siempre, Antonio, un jubilado simpático de manos grandes y voz aún más grande, me guiñó un ojo cuando le llevé su café y su tostada con tomate.

—Si tuviera treinta años menos, te sacaba a bailar cada mañana, Sofía.

—Y si yo tuviera treinta años más, Antonio, me dejaba llevar —le respondí con una carcajada, mientras él se reía y asentía con esa sonrisa desdentada tan suya.

Era fácil sonreír allí, aunque por dentro a veces no fuera tan sencillo.

Minutos después, mientras apoyaba la bandeja en la barra, un cliente nuevo, de esos que se notaba que no era de la zona, me miró con descaro juguetón. Tendría unos treinta y tantos años, camiseta ajustada, sonrisa de anuncio de colonia barata y ese brillo en los ojos que solo los que buscaban rollo de una noche solían tener.

—¿Y tú qué haces trabajando aquí con ese tipazo? —me soltó mientras dejaba su vaso vacío en la barra.

Lo miré de arriba abajo, con una ceja arqueada y una sonrisa en los labios que era mitad burla, mitad ternura.

—Pues sobrevivir, guapo. Como todos —le dije mientras cogía el vaso.

—Dime que algún día me dejarás invitarte a algo... aunque sea a un café de los que sirves tú, pero sin prisas.

—Pues es que no salgo con clientes —le dije bajito, acercándome un poco, como si le contara un secreto.

—Nunca hay que decir nunca jamás, morena —se encogió de hombros y sonrió. Y yo reí también, negando con la cabeza.

—Ni, este cura no es mi padre. —Me encogí de hombros igual que él.

Porque tenía razón. Yo no salía con nadie. Pero no por falta de ganas, sino por algo mucho más jodido: aún seguía pensando en él.

En Daniel.

Ese amor de verano que apareció como un vendaval y se fue como un suspiro. Que me hizo reír, volar, creer… y luego desaparecer sin una maldita

explicación. Sin una llamada. Sin una nota. Sin un adiós.

Y en ese momento, como tantas otras veces, mientras limpiaba la cafetera por millonésima vez, pensé en su risa. En cómo se le marcaban los hoyuelos cuando me miraba con esa mezcla de deseo y ternura. En cómo sus manos encajaban con las mías como si el universo las hubiera diseñado para estar juntas. Y en el regalo más grande que me dejó: Nico.

Mi hijo. Mi príncipe.

Seis años. Seis años desde aquel verano. Desde aquella noche bajo las estrellas en la playa donde pensé que el mundo era perfecto. Desde aquel último beso que no supe que era el último. Desde el test de embarazo que lo cambió todo. Y desde el momento en que mis padres me cerraron la puerta en la cara, con su fe cristiana y su vergüenza colgando como una cruz.

Pero si algo tenía claro, es que no cambiaría nada. Porque tener a Nico era como tener el sol metido en casa, aunque a veces ese sol me vaciara la nevera y me despertara a las seis de la mañana con una espada láser en la cara.

Me sacó de mis pensamientos el sonido de mi móvil. Era Sergio, mi mejor amigo, mi compañero de vida, mi otra mitad no romántica. Y sí, también mi jefe.

—¿Curras mucho, maruja? —dijo con su tono exagerado al contestar.

—Más que la máquina del café, nene. ¿Qué pasa?

—Que esta noche toca plan. Viernes. Playa. Mojitos. ¡Libertad!

—Sergio…

—No me digas que no, Sofía. ¡No tienes al niño! Mis padres están con él, ¿no?

—Sí, como siempre, de lunes a viernes mientras curramos. Pero no me gusta abusar. Bastante hacen ya.

—¿Abusar? Mis padres están encantados de tenerlo, y lo sabes. Tus padres son los que no te soportan ni en foto, guapa.

Reí por lo bajo. Era la verdad, aunque doliera. Mis padres solo recordaban lo que, según ellos, había sido "mi error". Como si Nico pudiera ser eso.

—En serio, Sergio, la semana pasada ya se lo dejé el sábado para salir contigo. Va a llegar un día en el que me mandarán a la mierda.

—A la mierda te mandaré yo. Sabes que mis padres quieren al niño como si fuera su nieto, que casi lo es porque soy como su padre, ya tú sabes —dijo, y reí—. Y tú necesitas salir. Te lo ordena tu mejor amigo.

—Estás insoportable —resoplé—. Pero venga, vale. Esta noche, mojitos en el chiringuito.

—¡Así me gusta! Ponte sexy, que la vida no se detiene, cariño.

Colgué sonriendo. Sergio era mi refugio, mi confidente, mi oxígeno en los días malos y mi escudo contra el dolor. Si no fuera por él…

Cuando terminé mi turno, eran casi las cinco de la tarde. El bar empezaba a vaciarse y aunque me quedaban fuerzas, las piernas me dolían y el moño improvisado ya era un nido de gaviotas.

Salí por la puerta trasera con el bolso colgado al hombro y el uniforme aún puesto. Caminé hasta mi piso, a unas tres calles del bar, en ese barrio pequeño, pero lleno de vida, con las fachadas blanqueadas por el sol y el olor a mar metiéndose en las rendijas de las ventanas.

Mi piso… Bueno, mi caja de cerillas con vistas al cielo y un cachito de mar si te subías a la silla del balcón. Pequeño, sí, pero mío. Con mis cojines de colores, mis libros desordenados y los dibujos de Nico en la nevera.

Entré, me quité las zapatillas y suspiré al sentir el fresquito del suelo en los pies. Antes de hacer nada más, llamé a Marga, la madre de Sergio.

—¡Hola, guapa! —contestó con su voz cantarina.

—Hola, Marga… ¿Está todo bien con Nico?

—¡Estupendamente! Ha dicho que hoy nos toca jugar al restaurante. Me ha hecho pedirle una pizza de plastilina. Y luego me la ha cobrado con hojas secas y una piedra que dice que es su tarjeta.

Solté una carcajada.

—Ay, madre… —reí— Mira, Sergio me ha convencido para salir esta noche. Pero si hay cualquier problema o el peque pregunta por mí…

—¡Tú olvídate! Nico está feliz, Rafa le ha montado una tienda de campaña en el jardín y dice que es un "explorador de cosas invisibles".

—Gracias, Marga. Sois un regalo.

—Tú también, hija. Disfruta. Sois jóvenes. Aprovecha mientras puedas y vívelo todo. Y si mañana vienes tarde a por el niño, no hay problema. ¡Aquí está como en un resort!

Sonreí. Esa mujer era una bendita.

—Lo recogeré por la mañana. Dale un beso de buenas noches de mi parte, ¿sí?

—Hecho. Y tú, ponte guapa. Que lo eres, pero ya sabes… un poquito de brillo no hace daño.

Colgué sintiéndome querida. No era lo mismo que una madre, pero a veces se parecía tanto, que dolía.

Entré en el baño, me quité la ropa de trabajo y dejé que el agua caliente me resbalara por la espalda. Cerré los ojos y dejé que los pensamientos me invadieran. Daniel volvía, como siempre, como un eco que no se borraba con el jabón ni con el tiempo.

Sus ojos verdosos. Su voz grave diciéndome que le encantaba mi risa. Su forma de tocarme como si el mundo fuera frágil y yo su tesoro más preciado.

Todo eso se había quedado en mi piel, aunque él se hubiese ido, sin más, sin una sola palabra.

Salí de la ducha y me puse una toalla en el pelo. Me planté delante del armario. Lo abrí. Dudé.

Y ahí estaba. El vestido rojo.

Corto, con escote en la espalda, pegado como un suspiro y con ese aire sensual que solía evitar. Pero esa noche, esa noche quería volver a sentirme viva, aunque fuera solo por unas horas. Me puse las sandalias de tacón doradas, las que solo usaba para ocasiones especiales y para recordar que tenía piernas.

Un toque de rímel, un poco de brillo en los labio, perfume y me miré al espejo.

—Sofía, estás oficialmente lista para desmelenarte —me dije a mí misma en voz alta.

Salí del piso cerrando con dos vueltas la llave, como siempre, bajé las escaleras y sentí cómo el aire cálido del atardecer me acariciaba la piel desnuda. Caminé hasta la playa, donde el chiringuito de siempre nos esperaba, ese que conocía cada secreto de mis veranos y cada risa que había soltado con Sergio.

Y allí estaba él, mi mejor amigo, sentado en una mesa junto a la barandilla de madera, con dos mojitos delante y unas gafas de sol de lente rosa ridículas.

Pero así era él, luciendo lo que le venía en gana sin importar lo que los demás dijeran.

Veintiocho años, moreno de ojos marrones, alto, delgado, muy estiloso, siempre con gafas de sol *fashion* y uñas pintadas. Con un carácter divertidísimo, ácido, exagerado, y lo mejor de todo, Sergio era súper empático. Su sueño secreto, no para mí, era encontrar un novio romántico de película.

Cuando me vio, se levantó como en cámara lenta, extendió los brazos y me dio un piquito en los labios.

—¡Madre del drama, qué diosa estás hecha! —dijo entusiasmado— Si fuera hetero, te pediría matrimonio ahora mismo.

—Y si yo fuera menos escéptica con el amor, te diría que sí —le respondí riendo.

Nos sentamos, brindamos y empezamos a cenar unas tapas. El ambiente era perfecto: luces cálidas, música suave, el mar susurrando y esa sensación de verano que solo se vivía a orillas del mar.

Entre risas y confidencias, Sergio se inclinó hacia mí.

—No quiero agobiarte, pero hay un tío en la barra que no te quita ojo desde que llegaste.

Disimulé, y lo busqué con una mirada rápida. Y ahí estaba. Alto, bronceado, camisa blanca abierta hasta el pecho, ojos que brillaban desde lejos como si me conocieran. Muy atractivo.

—No está mal… —susurré, bebiendo un poco más de mojito— Pero ya sabes que no quiero nada con nadie.

—El día que alguien entre en tu cueva va a encontrar más telarañas que en las pelis de Indiana Jones —soltó Sergio entre risas.

—Teniendo mi vibrador, no necesito arqueólogos —dije con total naturalidad.

Él escupió la bebida de la risa.

—¡Dios, Sofía! ¡Eres lo peor!

—Y tú, el más dramático —respondí, chocando nuestras copas.

Pasamos la noche entre bailes, copas y bromas. Él coqueteaba con el camarero, yo esquivaba miradas, pero nos sentíamos libres. Jóvenes. Dueños del momento.

Cuando decidimos irnos, ya era de madrugada. Nos despedimos con un abrazo largo, y yo regresé a mi piso caminando descalza, con las sandalias en la mano, el corazón lleno de alegría y una pequeña punzada de nostalgia.

Subí las escaleras, me dejé caer en la cama con el vestido aún puesto y me dormí con una sonrisa.

Capítulo 2



El silencio fue lo primero que noté al despertarme. Esa clase de silencio que solo aparecía cuando no había niños en casa.

Me incorporé lentamente en la cama. El vestido rojo seguía tirado en el suelo, junto a mis sandalias, y el maquillaje que me quedaba era más propio de un festival de zombis que de una noche de fiesta, pero me daba igual. Hacía tiempo que había aprendido a no juzgarme por no ser perfecta.

Me levanté, arrastrando los pies descalzos hasta la cocina, y puse la cafetera italiana al fuego. Mientras el aroma del café empezaba a impregnar el aire, me asomé a la terracita. Desde allí, podía ver el mar. Un trozo pequeñito entre edificios, pero suficiente para recordarme que vivía cerca de algo inmenso. Algo que no podía controlar. Algo como él.

Me senté en la silla de mimbre con la taza de café entre las manos, sintiendo el calor de la cerámica en la piel. Y como cada vez que tenía un segundo de paz, volvía él.

Daniel.

Ese nombre que todavía tenía el poder de hacerme sentir dolor y sonreír al mismo tiempo.

Mi mente, sin pedir permiso, me llevó directo al pasado…

Era un mediodía de julio. Yo acababa de salir de trabajar y estaba agotada. Decidí darme un baño en la playa, aunque fuera rápido. Llevaba mi bikini viejo, un pareo y la cara más de lunes de la historia. Nada glamuroso.

Me metí en el agua, feliz de estar sola, y nadé hasta donde ya no se tocaba. Cerré los ojos y me dejé flotar.

—¿Vas bien o te has rendido? —me dijo una voz masculina desde un poco más allá.

Abrí los ojos. Él estaba flotando también, con el sol en la espalda y una sonrisa ladina en los labios. Alto, de cabello castaño claro, con esos ojos verdes grisáceos que parecían cambiar según la luz.

—Estoy bien. Estoy practicando cómo abandonar el mundo con estilo —le respondí.

Él soltó una carcajada que me atravesó como una ola.

—Pues si te vas, avísame. Me apunto.

Nos quedamos flotando, hablando, riendo. Como si nos conociéramos de toda la vida. Al final, salimos del agua juntos y caminamos hasta la orilla, empapados, sin toalla, con la arena pegándose en cada parte del cuerpo.

—¿Tienes hambre? —me preguntó, mirando hacia mi barriga, que rugía sin disimulo.

—Siempre —respondí.

Fuimos por un bocadillo de calamares; lo compartimos. Me contó que estaba de vacaciones, y mientras hablábamos no podía dejar de mirar sus manos, y tampoco sus labios.

Yo tenía veinte años, él veinticinco, y era un chico muy simpático.

Esa fue la primera vez que me tocó. Al darme la servilleta, sin querer, sus dedos rozaron los míos. Un roce tonto. Y, aun así, se me aceleró el corazón.

Me miró. Yo lo miré. Y el universo... se calló.

Suspiré, apurando el último sorbo de café, dejando aquel recuerdo a un lado. Volví dentro, dejé la taza en el lavavajillas y me metí en la ducha. Agua fresca esta vez, para despejarme del todo.

Me puse unos vaqueros cortos, una camiseta blanca suelta y deportivas. Cogí mi bolso de playa, metí toalla, protector solar, agua, fruta, un par de juguetes de Nico y salí hacia casa de Rafa y Marga.

El sol ya empezaba a picar. Caminé las pocas calles que separaban mi piso de su casa. Era una casa de dos plantas, blanca con contraventanas azules, y el jardín lleno de plantas que Marga cuidaba como si fueran sus hijas. Al llegar, el sonido de risas me recibió antes incluso de llamar al timbre.

—¡Mamiiii! —gritó Nico desde la entrada en cuanto me vio— ¡He montado un castillo de cojines y el abuelo Rafa es el dragón!

Me agaché y lo abracé fuerte. Estaba cálido, olía a colonia de niño y su camiseta tenía una mancha sospechosa de chocolate.

—¿Lo estás pasando bien, bichito?

—¡Sí! ¡Y anoche hicimos pizza, pero era de mentira! —dijo sin respirar— Y dormí en la tienda de campaña, pero Marga me puso una linterna mágica.

Marga apareció entonces con una sonrisa enorme.

—¡Buenos días, guapa! Estás más morena, ¿eh?

—Y con más ojeras, seguro —respondí riendo mientras le daba dos besos.

Rafa salió del jardín, con una camiseta de *Star Wars* que claramente no era su talla y una espada de gomaespuma.

—Tu hijo me ha hecho caballero. Me ha dicho que, si no lo hacía, me echaba de su reino —dijo con total seriedad.

Nos echamos todos a reír.

Adoraba a Rafa y Marga; eran esos padres que a mí me faltaban y que la vida me había puesto por delante junto con Sergio, ese amigo y hermano al que quería con locura, y es que, tanto a mí, como a mi hijo, nos tenían como parte de la familia. A sus sesenta y cincuenta y cinco años respectivamente, eran muy bohemios, alegres y acogedores, y amaban a su hijo tal como era.

Nos sentamos en la cocina a tomar café y hablamos de la vida, de lo rápido que crecía Nico, de lo felices que eran teniéndolo allí. Y yo… yo me sentí afortunada. Porque, aunque mis padres me hubiesen dado la espalda, la vida me regaló una segunda familia.

Después de un ratito, me despedí entre besos y promesas de volver pronto.

—Mamá, ¿podemos ir a la playa y hacer un castillo de verdad? —preguntó Nico con sus ojazos verdes, mirándome como si yo tuviera el poder de mover océanos.

Era igual que su padre, con el pelo un poco más claro, pero la misma cara. Y por eso me costaba tanto olvidarme de ese hombre del que me enamoré como una niña.

—Claro que sí, mi vida. Hoy la playa es toda nuestra.

Y salimos, mochila al hombro, cogidos de la mano, rumbo al mar.

El calor empezaba a apretar, pero el aire marino lo suavizaba con esa leve brisita de verano. Caminamos hacia la playa, Nico saltando a mi lado como si sus piernas no tuvieran huesos y fueran un par de muelles.

—¿Hoy me dejas enterrar tus pies? —preguntó con esa sonrisa que heredó de su padre, la que aún me dolía ver.

—Solo si me haces una montaña al lado para apoyar la bebida —le respondí, guiñándole un ojo.

Llegamos pronto, así que pudimos elegir sitio cerca del agua, justo al lado de una palmera torcida que siempre me recordaba que incluso lo que nacía raro podía ser bonito.

Extendí la toalla, clavé la sombrilla y, mientras Nico ya estaba medio metido en la orilla con sus chanclas puestas, yo me senté a respirar. A mirar. A sentir el sol en la piel y a escuchar su risa, que era como un hechizo contra el cansancio y la tristeza.

Pasaron las horas entre castillos de arena, chapuzones, carreras locas y gritos de, "¡mira, mamá!" cada dos minutos.

Nico hizo una "piscina privada" en un agujero de arena, donde metió cangrejos que intentaban huir por todos los medios mientras él les daba nombres como "Capitán Garfio" o "Don Bigotes".

—¡Este cangrejo quiere ser mi mascota! —gritó en un momento, mientras yo le echaba protector solar por quinta vez.

—Ese cangrejo quiere jubilarse, cariño. Déjalo ir —le dije riendo.

Sobre las dos, recogimos los trastos y caminamos hacia el bar donde yo trabajaba. Había ambiente, pero no locura. Uno de los chicos que trabajaba en cocina, Fran, nos vio entrar y nos saludó desde la barra con una sonrisa.

—¡Mira quién viene! ¡La jefa con su heredero!

—Hoy solo venimos de clientes —le dije—. Y vamos a necesitar una paella para dos, pero que sepas que uno de los comensales come como tres.

—¡Oído cocina! —dijo entre risas.

Nos sentamos en la terraza, con el mar de fondo y las gaviotas planeando como si también estuvieran esperando la comida. Pedí un par de refrescos, y

mientras Nico garabateaba con las ceras del menú infantil, yo me permití mirar a mi alrededor.

Parejas, familias, grupos de amigos… Todos parecían vivir en un momento de calma. Pero yo sabía bien que muchas veces, tras una sonrisa, había un mundo entero que se desmoronaba en silencio.

La paella llegó humeante, dorada y con el aroma de siempre. Nico hizo un sonido de admiración digno de un anuncio.

—¡Esto sí que es comida de reyes!

—Aprovecha, que en casa cenamos sándwich —le dije mientras le servía.

Comimos en silencio, o más bien entre ruidos de "mmm", "ñam" y "mamá, mira, este langostino tiene bigote como el abuelo Rafa". Y, por un instante, fui feliz. Tan feliz que me dio miedo. Porque cuando una había tocado fondo, la alegría también daba vértigo.

Después de comer, volvimos a la playa. Y ahí fue cuando Nico decidió que quería ser "tiburón" y yo "víctima".

—¡No, no, no, mamá! ¡Tienes que gritar como si de verdad viniera un tiburón!

—¡Aaahhh! ¡Un tiburón de cinco años! —grité mientras me hacía la ahogada.

Jugamos hasta que los dos estábamos empapados y con la piel arrugada como pasas. Nos tumbamos un rato en la toalla, él a mi lado, apoyando su cabeza sobre mi brazo.

—Mamá… —susurró.

—¿Sí?

—¿Por qué no tengo un papá como los demás?

Me quedé quieta y tragué saliva. Esa era la pregunta del millón, la que toda madre o padre soltero temía escuchar.

—Tienes algo mejor. Me tienes a mí, y yo te quiero por diez padres juntos.

Él asintió. No insistió. No preguntó más. Solo agarró mi mano y la apretó.

Y yo… yo miré al cielo y deseé, por primera vez en mucho tiempo, tener el valor de dejar de esperar a alguien que tal vez nunca volvería.

Pasamos el resto de la tarde con más baños, muchas risas y alguna travesura con otras familias. Nico metió una estrella de mar en la bolsa de una señora sin querer y casi le da un infarto. Compramos un helado en el paseo, él, de chocolate con virutas de colores y yo de limón, como siempre.

—¡Mamá, el mío se derrite!

—Pues cómetelo más rápido, campeón —le dije riendo, mientras el chocolate le chorreaba por la muñeca.

Caminamos de vuelta al coche entre lametones torpes, risas y arena pegada hasta en las pestañas. Mi cuerpo estaba agotado, pero mi alma se sentía ligera.

Al llegar al piso, el cansancio ya nos pesaba en los hombros. Nico entró como una tormenta de arena, dejando un reguero de chanclas, camiseta mojada y cubo lleno de medio kilo de conchas que, según él, eran "valiosísimas".

—¡Mamá, mira esta! Es la concha del rey de los cangrejos —me dijo, enseñándome una que tenía forma de espiral.

—¡Pues guárdala bien! A lo mejor vale una fortuna —respondí, jugando el papel de madre seria que no me salía nada bien.

Lo primero fue el baño. Le dejé jugando con sus dinosaurios de plástico en la bañera, mientras yo preparaba pijama, toalla y una cena rápida. Cuando terminé de ordenar un poco el caos del día, lo saqué del agua envuelto en la

toalla como un burrito playero, y mientras se ponía el pijama, a duras penas y con mi ayuda, yo me metí a duchar.

Agua templada. Rápida. Sin lujos. Solo para sacarme la sal, la arena y la nostalgia pegada en la piel.

Salí con una camiseta vieja que Sergio me regaló años atrás y unos pantalones cortos, me sequé el pelo como pude y preparé unos sándwiches mixtos calentitos que devoramos en el sofá, frente a la tele.

Puse Spiderman, su favorita, esa que había visto ya como treinta veces, pero que aún le hacía saltar en el sofá cuando sonaba la música del inicio.

—¡Mira, mamá, mira! ¡Ahora viene lo de los poderes!

Yo no lo miraba solo por eso. Lo miraba todo el rato. Cada gesto, cada risa, cada forma en la que se le movían los rizos rubios cuando se emocionaba. Mi niño. Mi vida. Mi todo.

Se quedó dormido a la mitad, con un trozo de sándwich aún en la mano y la cabeza apoyada en mi muslo. Apagué la tele despacito, recogí su cena y lo llevé en brazos a la cama. Pesaba ya lo suyo, pero en ese momento era como si no pesara nada.

Lo acosté, le arropé y le di un beso en la frente.

—Te quiero, mi príncipe. Tú eres el único hombre de mi vida —le susurré.

Me quedé un momento allí, en la penumbra de su cuarto, observando cómo su respiración se acompasaba con el vaivén de las cortinas, movidas por la brisa del mar.

Después, cerré su puerta y me fui a mi habitación.

El cuarto estaba medio en penumbra, iluminado solo por la luz cálida del aplique junto a mi cama. Me senté al borde, sin fuerzas para pensar, pero sin poder evitarlo. Porque siempre llegaba ese momento del día en el que, aunque todo hubiera ido bien, él volvía.

Daniel.

Abrí el cajón de la mesita. Dentro, entre libros medio leídos y facturas arrugadas, estaba el álbum.

Lo saqué con cuidado. Ese que había montado yo misma, con recortes, fotos reveladas en papel brillante y pegatinas que había robado del álbum de Nico.

Lo abrí, y ahí estaba su sonrisa.

Esa foto que le saqué el primer día que salimos juntos y paseamos por la misma playa en la que nos conocimos. Estaba sentado en la arena, los brazos apoyados en las rodillas, sin camiseta, con el sol rebotando en su piel dorada. Me miraba como si no existiera nada más. Como si yo fuera su hogar.

Pasé las páginas despacio. Fotos nuestras comiendo bocadillos en la toalla, riendo en la terraza del bar, bailando bajo las farolas del paseo marítimo. Y en una esquina, pegada con cinta adhesiva, una entrada de cine con la fecha marcada de hacía seis años, de la noche que me besó por primera vez.

Sentí el nudo en la garganta. Esa presión suave, pero constante. Como un corazón que recordaba cómo latir, aunque le doliera hacerlo.

Una lágrima cayó sobre la página, justo al lado de su cara.

—¿Por qué te fuiste así? —murmuré en voz baja.

Era una pregunta sin respuesta. Una que ya había formulado mil veces. Que ya no esperaba resolver. Porque lo nuestro, lo que fue para mí el amor más grande que conocí, para él quizás solo fue un verano bonito.

Y, sin embargo, por más que habían pasado los años, por más que había reconstruido mi vida, por más que me había dicho a mí misma que no merecía la pena llorar por alguien que no se quedó… seguía enamorada.

Cerré el álbum. Lo volví a guardar en el cajón, apagué la luz y en la oscuridad, solo me quedó el sonido del mar al otro lado de la ventana y el

recuerdo de su voz, diciéndome que yo era distinta. Que con nadie había sentido lo que sentía conmigo.

Mentiroso.

Pero, aun así… maldita sea, cómo lo echaba de menos.

Capítulo 3



Me desperté por el olor.

Ese olor inconfundible que solo podía significar una cosa: churros con chocolate. No había alarma que valiera, ni despertador ni ruidos molestos. Solo ese aroma dulce y pegajoso que llegaba desde la cocina, y me hizo despegar los párpados a medias, medio adormilada, con el pijama arrugado y el pelo alborotado como un nido de pájaros.

Me incorporé a medias, con la vista aún borrosa, y cuando asomé por el pasillo, las risas me llegaron con toda su fuerza. Las de Nico eran escandalosas, desbordantes, puras y contagiosas, esas risas que te hacían olvidar cualquier mal rato. Pero no solo estaban las suyas; había otra risa más grave, profunda, cálida, que me llenó el pecho de inmediato.

—¡Mira, mamá! ¡El primo Álvaro ha traído un desayuno de campeones! —exclamó Nico desde la cocina, con la boca manchada de azúcar y una sonrisa de oreja a oreja que parecía capaz de iluminar la casa entera.

Entré y lo vi. Álvaro estaba en mi cocina, con esa naturalidad que tenía, como si la casa fuera suya, porque casi lo era, a decir verdad, sirviendo chocolate caliente en las tazas desparejadas que nunca combinaba, pero que para ese momento parecían hechas para nosotros tres.

—Buenos días, dormilona —dijo con su voz de siempre, esa mezcla de risa y cariño que me derretía—. He pensado que esta familia necesitaba un poco de azúcar y un chute de domingo para arrancar bien.

Me acerqué y le di un abrazo largo, sin pensar en el desorden de mi pijama ni en el cabello que me caía sobre la cara. Olía a colonia fresca y a sol, como siempre. Álvaro siempre olía a cosas buenas.

Treinta años y militar, alto, moreno, ojos azules, fuerte, bronceado y muy atractivo. Alegre, pícaro, ligón y protector conmigo. Con un corazón de oro y un poco como un hermano mayor para mí, la única familia que en realidad me quedaba, y yo a él, pues sus padres murieron hacía ya diez años y los míos… Los míos como si lo hubieran hecho.

—Eres un santo —le dije con la voz aún ronca, medio dormida—. Literalmente, has traído paz en forma de churros.

—Y chocolate. No olvides el chocolate. Tu hijo se ha zampado tres ya, al menos. —Miró a Nico, que lo miraba con cara de, "espero que esto siga así toda la mañana".

—¡Cuatro! —corrigió Nico, orgulloso— Pero he hecho abdominales mientras los comía, ¿eh? Que yo soy un campeón en multitareas.

Solté una carcajada y me senté con ellos a la mesa pequeña de la cocina. Desayunamos los tres rodeados de migas, risas y ese amor improvisado que se sentía en los pequeños momentos.

—¿Sabéis qué? —dijo Álvaro, limpiándose las manos en un trapo— Creo que hoy voy a quedarme con vosotros y seré el tío churro oficial. ¿Qué os parece?

—¡Sí! —exclamó Nico, lanzándose hacia él para abrazarlo— Tío churro para siempre.

—¡Tío churro! Me gusta —reí yo—. Pero solo si prometes no comerte todos los churros sin avisar.

—Trato hecho. Pero tú me debes una guerra de harina —me guiñó un ojo con una sonrisa pícara.

—¿Una guerra de harina? —preguntó Nico, con los ojos muy abiertos— ¿Eso qué es? ¿Es divertido?

—¿Divertido? —intervino Álvaro— ¡Es épico! Prepárate para ver cómo mamá pierde la batalla y acaba con harina en el pelo y en las cejas.

—¡Eso suena a una mañana perfecta! —dije yo, imaginándome la escena.

Terminamos el desayuno con más bromas, con Nico intentando atrapar una gota de chocolate que se le escapaba por la comisura de los labios, y Álvaro poniendo cara de juez de circo cuando intentaba evitar que la harina volara por toda la cocina.

Después, nos lanzamos a la calle para un paseo. El sol del domingo todavía era amable, la brisa fresca y juguetona hacía que el calor se llevara bien, y la luz parecía pintarlo todo con tonos dorados y alegres. Nico corría delante de nosotros, saltando bordillos y gritando como si el suelo fuera lava ardiente.

—Le tienes hecho un terremoto —comentó Álvaro, caminando a mi lado, mientras Nico hacía su show pirata.

—Él me tiene hecha una persona mejor —respondí, sonriéndole—. Aunque a veces creo que el terremoto soy yo, intentando seguirle el ritmo.

—No sé quién se cansa primero —bromeó Álvaro—. Pero hoy creo que él gana por goleada.

Nico, por supuesto, no podía parar de inventar aventuras.

—¡Mira, mamá! —gritó, señalando un grupo de palomas— ¡Son las guardianas de las cucarachas gigantes que vamos a cazar!

—¿Guardianas de cucarachas gigantes? —pregunté en tono divertido.

—¡Sí! Porque esas cucarachas no son cucarachas normales, son gigantes y súper inteligentes, y las palomas las vigilan para que no escapemos.

—¡Esto se pone cada vez mejor! —dijo Álvaro, riendo— ¿Y qué planes tenemos para atraparlas?

—¡Nos vamos a hacer invisibles! —contestó Nico con toda la seriedad del mundo— Para eso nos untamos barro y hojas y hacemos sonidos de búhos.

—Suena a que vais a ganar la batalla —alzó la voz para imitar un búho— ¡Uuuh, uuuh!

Nos reímos los tres hasta que casi nos dolía la barriga, y en ese momento supe que esta era una de esas mañanas que quedarían tatuadas en el corazón.

Llegamos a la zona del parque con columpios y estructuras de madera, donde Nico no tardó ni un minuto en lanzarse al tobogán más alto, gritando "¡al abordaje!" como si estuviera en un barco pirata.

—¡Al abordaje! —gritó otra vez, mientras subía los peldaños como si fueran de la cubierta de un galeón.

Álvaro y yo nos sentamos en un banco a la sombra y, mientras lo veíamos jugar, charlamos con calma.

—¿Y mis padres? —le pregunté con suavidad, sabiendo la respuesta antes de escucharla.

Él suspiró y bajó la mirada, con una sombra pasando por su rostro.

—Iguales. Como si el tiempo no hubiera pasado. Tu madre sigue yendo a misa a diario, y tu padre… bueno, cada vez más seco. A veces preguntan por ti, pero no demasiado.

Sentí ese viejo picotazo en el pecho. Una herida que ya no sangraba, pero que escocía cuando alguien la nombraba.

—Desde que les dije que estaba embarazada, no tienen hija —recordé—. Eso me lo dijo mi madre con esas palabras exactas…

"Desde hoy, para nosotros, no tienes cabida en esta familia."

—Lo sé. Y a mí me sigue doliendo como el primer día —dijo él, cogiéndome la mano con fuerza—. Pero tú no estás sola, ¿vale? Me tienes a mí. A Sergio. A sus padres. A tu hijo, que es lo mejor que has hecho nunca.

Le apreté la mano y sonreí, no porque no doliera, sino porque, a pesar de todo, me sentí salvada.

—Si no fuera por vosotros cuatro, Álvaro, no sé qué habría sido de nosotros. De mí. De Nico.

—Shhh… —me dijo, poniendo un dedo suave en mis labios— No digas esas cosas. No es verdad. Eres una luchadora, y Nico es un reflejo de eso.

Lo abracé con fuerza. De esos abrazos largos, sin prisas, con olor a parque y a perdón no dicho.

Nico bajó del tobogán corriendo hacia nosotros.

—¡Mira, mamá, mira! ¡He hecho nuevos amigos y ahora somos una banda secreta!

—¿Y qué vais a hacer? —pregunté divertida.

—¡Salvar el mundo! Pero primero vamos a buscar cucarachas gigantes —dijo tan serio que no pude contener la risa.

Álvaro y yo nos miramos y reímos juntos, felices de ver la imaginación de Nico encendida y su alegría intacta.

Pasamos el día caminando por el centro del pueblo, entre tiendas de recuerdos, heladerías y puestos de artesanía. Compramos pulseras de hilo de colores, nos sacamos fotos ridículas en un fotomatón viejo, con gafas enormes, labios exagerados y orejas de conejo, y jugamos con Nico a encontrar piedras “mágicas” en las calles.

—Esta es la piedra del poder infinito —dijo Álvaro, entregándole una pequeña piedra lisa a Nico—. ¡No la pierdas o el mundo se quedará sin magia!

—No la pierdo ni loco —respondió Nico, poniéndola en el bolsillo del pantalón con una solemnidad que nos hizo reír.

Álvaro le compró una espada de madera, y Nico se pasó la tarde desafiando a todo el mundo a duelos imaginarios, con una valentía desbordante.

—¡Preparaos, malvados villanos! —gritaba, mientras blandía la espada.

Parecía que el mundo entero le pertenecía. Y en cierto modo… lo hacía.

Al caer la tarde, Álvaro nos llevó de vuelta a casa. Se despidió con un beso en la frente a Nico y un abrazo fuerte para mí.

—Cualquier cosa, me llamas. Y el domingo que viene, más churros —me guiñó un ojo.

—Apuntado —dije sonriendo, con el alma llena—. Gracias, Álvaro. Por todo.

Él se fue, y la casa volvió a quedarse en silencio, pero con la calma dulce que solo un día perfecto dejaba.

En casa, el baño de Nico fue una batalla divertida entre jabón, burbujas y risas. Le lavé el pelo, que parecía un nido de pájaros después del día, y le puse su pijama de dinosaurios, que él defendía como su armadura de guerrero.

—Mira, mamá —dijo, señalando su pijama—. Hoy he salvado el mundo y mañana seguiré siendo un dinosaurio feroz.

—Eres el mejor dinosaurio que conozco —le dije, abrazándolo.

Lo dejé viendo dibujos mientras yo me duchaba, pensando en lo rápido que pasaban estos momentos que nunca volvían.

Salí con el cuerpo relajado y el pelo húmedo, me puse una camiseta ancha y comencé a preparar la cena. Hice hamburguesas caseras con pan de

semillas, queso fundido, patatas al horno y un poco de ensalada que probablemente solo yo tocaría.

Cenamos los dos en el sofá, entre risas y bocados gigantes.

—Mamá, cuando sea mayor, voy a tener una hamburguesería —dijo de repente—. Pero solo para mamás e hijos. Sin papás ni gente aburrida.

—Me parece el mejor plan de negocios que he oído nunca —le contesté, riendo—. Tendrás una clientela fiel desde ya.

Después de cenar, vimos otro rato la tele. Él se acurrucó a mi lado, ya medio dormido, mientras yo acariciaba su pelo rubio.

Cuando sus ojos se cerraron del todo, lo llevé a la cama y lo arropé con cuidado y le besé la frente, como cada noche.

—Buenas noches, mi vida. Mañana empieza otra semana.

Apagué la luz y me fui a mi habitación. Me metí bajo las sábanas y miré al techo en la oscuridad.

Mañana otra vez tocaba volver a la rutina del bar. Otra vez correr. Otra vez madrugar. Otra vez fingir que no pensaba en él.

Y, sin embargo, allí estaba como siempre, Daniel. Metido en mi mente, escondido entre los huecos del día, recordándome que el amor, cuando era de verdad, nunca se iba del todo.

Y con ese pensamiento, cerré los ojos y me quedé dormida.

Capítulo 4



El lunes llegó rápido y con él, la sensación de que el fin de semana había sido un paréntesis en medio de la tormenta que era mi vida.

Me desperté con el sol colándose tímidamente por la ventana y el sonido lejano de las gaviotas mezclado con el ruido de los coches que empezaban a circular por la calle. En la habitación de Nico no había silencio, pero tampoco alboroto: podía escucharlo hablando solo, preparando su día con esa mezcla de entusiasmo y nerviosismo que solo tenían los niños cuando sabían que iban a pasar la mañana con sus abuelos, aunque estos no lo fueran de sangre.

—¿Nico? —susurré, asomándome a su cuarto— ¿Estás listo para ir con Rafa y Marga?

—¡Sí, mamá! Hoy les voy a enseñar a hacer burbujas gigantes con la pajita —respondió con una sonrisa que me iluminó el alma.

Le di un beso rápido en la mejilla, justo antes de que saliera disparado hacia la puerta.

—¡Pórtate bien, terremoto! —le dije, y me contestó con un, "¡claro que sí, reina de las tortugas lentas!", mientras corría escaleras abajo.

Aquella frase me hizo reír a carcajadas, un buen presagio para empezar la mañana.

Mientras preparaba el desayuno, me sentí invadida por una especie de cansancio dulce, el que te quedaba cuando sabías que habías vivido un buen fin de semana, aunque la realidad acechara a la vuelta de la esquina. Vertí café en mi taza favorita, esa que me regaló Álvaro y que tenía una manchita roja en el borde, pero que a mí me parecía perfecta, y me puse a hacer unos huevos revueltos para mí.

Pensé en todo lo que me esperaba en el bar ese día. Como siempre, la lista de tareas parecía infinita: abrir, preparar la barra, lidiar con clientes impacientes, con mesas que nunca se quedaban limpias por mucho que las fregara, con la cocina que siempre estaba a medio gas y con mi sonrisa que, aunque a veces se sentía forzada, era lo único que me mantenía cuerda.

Llegué temprano al bar, justo para abrir la puerta. El aroma a pan recién hecho y café caliente me dio un abrazo invisible que necesitaba. Sergio ya estaba allí, preparando la música y encendiendo las luces. Me saludó con un guiño y un "¡Vamos a por otro lunes de gloria!".

—¿Gloria? —le pregunté con una sonrisa irónica mientras colgaba mi chaqueta— Más bien supervivencia.

—Eso es lo mismo —replicó, lanzándome una mirada cómplice—. Si sobrevives, es gloria.

Y así empezó la mañana, lenta, pero intensa. Clientes habituales que ya me conocían lo suficiente para hacer bromas sobre mi cara de lunes, y otros nuevos que buscaban en la barra algo más que café, quizás una sonrisa o una palabra amable.

Uno de ellos fue un hombre mayor, con gafas de sol y una sonrisa que parecía de otro tiempo.

—Buenos días, guapa. ¿Qué tal te trata el lunes? —me preguntó, apoyando el codo en la barra.

—Como siempre: intentando que el café curara el mal humor —le respondí, devolviéndole la sonrisa.

—Pues aquí va un consejo de abuelo: el lunes es como ese amigo pesado que llega sin avisar. Mejor reírse de él que pelearse.

Le serví un café bien cargado y él me miró como si supiera que necesitaba ese consejo más que el propio café.

—¿Y tú qué tal? —me preguntó, con una mezcla de curiosidad y dulzura.

Sentí cómo una pequeña bola de nostalgia se instalaba en mi pecho. Sonreí con tristeza.

—Sobreviviendo —respondí, más sincera de lo que pretendía.

—Eso es lo importante. La familia que elegimos es la que nos sostiene —dijo, levantando la taza en un brindis silencioso.

Aquellas palabras me llegaron al alma. En medio del caos, había quienes elegían quedarse. Y eso, pensé, era un regalo.

La mañana siguió su curso con la rapidez de un reloj sin pilas. Entre sacar cafés, recoger mesas y escuchar fragmentos de conversaciones ajenas, volví a encontrarme atrapada en mis pensamientos, donde Daniel hacía apariciones no invitadas. Su imagen se colaba entre cada pedido y cada saludo. A veces, cerraba los ojos por un segundo y podía sentir su calor, su voz susurrando un “te quiero” que ya no estaba.

Intenté dejarlo ir, pero era como intentar sacar arena con las manos.

A media tarde, Sergio me llamó desde la barra con una noticia que me sacó de mi ensimismamiento.

—Oye, Sofía, para este viernes tengo preparado algo especial en el chiringuito. Música, baile y risas aseguradas. Venga, que te mereces un respiro.

—¿Otro? —contesté, sintiendo cómo una chispa de alegría se encendía en mi interior.

—Otro, que para eso estamos en verano, cariño. Y no me vale un no por respuesta, advertida quedas —dijo mientras me señalaba con el dedo.

Me hizo prometer que iría y, aunque en el fondo sabía que lo haría, me gustó la idea de tener algo que esperar.

La hora punta llegó y con ella el bullicio, las órdenes rápidas, las risas de los clientes y, por supuesto, las complicaciones que hacían que me moviera como un torbellino por el bar.

—¡Sofía! ¡Otra ronda para la mesa cinco! —gritó Sergio desde la barra.

—¡En camino! —respondí, esquivando una silla y saludando a una pareja que había venido a celebrar un cumpleaños.

Entre platos y copas, la conexión humana se hacía tangible. Escuché historias de amores fugaces y de desamores que parecían eternos. Sentí que, aunque el mundo me pesara, el bar era mi pequeña isla de humanidad.

Cuando por fin cerré el local, me esperaba el silencio de casa. Me quité los zapatos y respiré hondo, dejando que la tranquilidad me envolviera.

Nico estaba en el salón, rodeado de sus coches y colores.

—¡Mamá! —me recibió con una sonrisa enorme y un coche rojo en la mano— Mira, este es el coche de carreras de Rafa. Dice que es más rápido que un cohete.

—Pues a ver si tú eres más rápido que él, campeón —le respondí, mientras Rafa se reía negando—. ¿Se ha portado bien?

—Sabes que sí, así que deja de preguntarlo siempre —contestó Rafa, dándome un beso en la mejilla—. Vendré mañana a por él.

—Gracias por todo lo que hacéis Marga y tú.

—Tranquila, que ya te lo cobraremos cuando estemos viejos del todo y no podamos cambiarnos el pañal.

Nos reímos y le acompañé a la puerta. Así era siempre: Rafa venía cada mañana a recoger a Nico y me lo traía por la tarde, entrando en casa con la copia de las llaves que les había dado.

Él y Marga eran los dueños del bar donde trabajábamos Sergio y yo, pero ya habían decidido dejar en manos de su hijo el negocio y entre él y yo lo llevábamos a las mil maravillas, solo que tanto Rafa, como su mujer, venían de vez en cuando y si tenían que echar una mano, la echaban.

Mientras bañaba a mi príncipe, él me contaba con entusiasmo las aventuras con los abuelos.

—Hoy casi me caigo al intentar saltar un charco —dijo con una sonrisa traviesa—, pero Marga me agarró justo a tiempo.

—Eres un valiente, Nico. Pero los charcos, mejor mirarlos de lejos, ¿eh?

Nos reímos mientras le enjuagaba el pelo y le ponía el pijama de dinosaurios que tanto le gustaba.

Después de bañar a Nico, me di una ducha rápida que me devolvió la energía. El agua caliente arrastraba la fatiga y me dejaba con una sensación de calma que necesitaba.

En la cocina, preparé unas tortillas francesas con ensalada. Mientras cenábamos, Nico me interrumpió con una noticia importante.

—Mamá, esta noche van a poner una peli de dibujos de Spiderman. ¿Podemos verla?

—Claro, cariño —contesté, sonriendo—. Será nuestra noche de superhéroes.

Nos acomodamos en el sofá, y él señalaba cada movimiento del héroe con ojos grandes y brillantes.

Al terminar, lo llevé a la cama y le di un beso en la frente.

—Buenas noches, mi pequeño príncipe. Eres lo mejor que he hecho en la vida.

Apagué la luz y me quedé un momento mirándolo, pensando en lo afortunada que era de tenerlo. A pesar de todo, él era mi luz en medio de la tormenta.

Y mientras me quedaba dormida, pensé que mañana sería otro día complicado, con carreras, problemas y sonrisas falsas. Pero también sabía que tenía razones para seguir adelante, aunque a veces me costara encontrar la fuerza. Nico, Álvaro, Sergio… ellos eran mi ancla, así como Rafa y Marga. Y quizás, solo quizás, algún día podría abrir un poco más la puerta de mi vida, dejar entrar la luz de verdad. Pero, por ahora, me quedaba con estas pequeñas victorias: un lunes sobrevivido, un hijo feliz y un corazón que no dejaba de latir.

Capítulo 5



Aquel día hacía un calor que ni en el infierno, lo juro. El sol caía a plomo sobre la terraza del bar y yo llevaba ya tres cafés dobles, una Coca-Cola Zero y el sudor empapándome hasta la espalda. Pero allí estaba, como cada verano desde hacía seis años, con mi bandeja en una mano, la libreta en la otra y la sonrisa bien puesta, porque a estas alturas los clientes ya eran más familia que otra cosa.

—¡Sofía! ¡Ponme lo de siempre, pero con hielo hasta en las servilletas! —gritó Paco, uno de los fijos del chiringuito.

—¿Y lo de siempre qué es? ¿Un gin tonic o un suero intravenoso? —le respondí, mientras me acercaba a su mesa riéndome.

—Ponme lo que quieras, mientras vengas tú a traérmelo.

—¡Ay, Paco, que te pierdes! Mira que eres viejo verde.

—Viejo, sí, verde, no. Que estoy en mi punto.

La terraza estaba llena, como de costumbre, y entre idas y venidas de platos, vasos y sonrisas forzadas cuando tocaban guiris pesados, me sentía… bien. En mi salsa. Rodeada de voces conocidas, de risas, de miradas cómplices. Como con Laura, la otra camarera, que en cuanto podía me soltaba alguna burrada al oído solo para hacerme reír mientras pasaba entre mesas.

—¿Ese moreno nuevo de la mesa ocho te ha pedido algo o te ha pedido matrimonio?

—De momento solo una caña —le contesté—, pero si pide otra más, ya me lo pienso.

El viento traía olor a sal y crema solar, y la música del chiringuito sonaba de fondo, como si no quisiera molestar demasiado. Estaba anotando una comanda en la mesa de Manolo y sus amigos, una panda de jubilados con más ganas de fiesta que muchos veinteañeros, cuando algo, o, mejor dicho, alguien, llamó mi atención desde lejos.

Levanté la vista hacia el paseo, justo más allá de la valla de la terraza, y entre el ir y venir de gente, lo vi.

O al menos creí verlo.

Era una figura masculina, de perfil, alta, delgada… con ese andar que me resultaba tan familiar que me dio un vuelco el corazón. Un vuelco que no esperaba. Y ahí estaba yo, con el boli a medio escribir y el corazón saliéndose del pecho como si acabara de correr la San Silvestre.

¿Daniel?

Pero no podía ser. No debía ser. Habían pasado seis años desde aquel verano. Seis. Que se decía pronto, pero se sentía como una eternidad. Me froté los ojos como si eso sirviera de algo.

—Sofía, ¿te has ido al Caribe? ¿O me vas a apuntar la caña con telepatía? —dijo Manolo.

—Ay, perdona, Manolo. Es que... me ha parecido ver a alguien. Una tontería.

—¿Un ex? —bromeó.

—Más bien un fantasma.

Me reí para disimular y seguí tomando nota como si no se me hubiera encogido el estómago de golpe. Pero en mi cabeza, el nombre de Daniel seguía repitiéndose como una canción tonta que no podía quitarme de encima.

Daniel. Mi Daniel.

¿Era él? ¿O estaba empezando a volverme loca?

Desde donde estaba no podía verlo bien. Estaba lejos, el sol me daba de frente y, además, seguro que me estaba confundiendo. Había muchos hombres altos y con buen tipo. No tenía por qué ser él. Además… ¿Qué haría Daniel allí, en este rincón, después de tantos años?

No, no podía ser.

Volví al trabajo intentando dejar esa idea atrás. Atendí mesas, recogí platos, discutí con un niño por querer un helado sin pagar primero y me reí con los chistes malos de Paco. Laura me tiró una servilleta mojada al cuello para refrescarme y le solté un "vas a morir" entre carcajadas.

Y por un rato, solo por un rato, conseguí olvidarme de lo que había creído ver.

Hasta que acabé mi turno.

Recogí las últimas copas de la terraza con las piernas ya flaqueando. El suelo parecía lava y yo llevaba varias horas sirviendo, sonriendo y disimulando que no me dolía la vida. Pero al menos, como siempre, había valido la pena. Esa noche tocaba ducha fría, cena ligera y sofá con Nico... o al menos ese era el plan.

Colgué el delantal, me despedí con un "mañana más y peor" y salí por la parte trasera del chiringuito. El aire de la tarde olía a sal, a fritura y a promesas incumplidas. El paseo estaba algo más tranquilo, pero seguía habiendo mucha vida: parejas cogidas de la mano, críos corriendo con globos, alguna abuela despistada con su sombrero de paja.

Y entonces lo vi.

Esta vez bien. De frente. A plena luz. Y mi mundo se detuvo. Daniel. Era él. No “alguien que se le parecía”. No “alguien que tenía un aire”. Él.

Su cara. Su nariz recta. Su sonrisa ladeada. Sus ojos, esos ojos que tanto había amado y que tantas veces había imaginado volver a ver. Y lo peor no fue reconocerlo. Lo peor fue cómo iba vestido.

Totalmente de negro. Y con un alzacuellos blanco. Un puñetero alzacuellos.

Me quedé paralizada. Los pies no me respondían, como si mi cuerpo supiera antes que yo, que no estaba preparada para eso. Daniel hablaba por teléfono, con su voz tranquila y esa media sonrisa que aún me hacía cosquillas en el pecho, como si no hubiera pasado el tiempo. Como si no hubiera desaparecido de mi vida sin dar una sola explicación.

Y ahora estaba ahí. Vestido de cura.

Se giró levemente, como si hubiese notado mi presencia, y entonces me miró. Me miró. Me di la vuelta tan rápido que poco me faltó para tropezar con mis propios pies. Y eché a correr como una loca. Como si me persiguiera el mismo Demonio.

Corrí por el paseo, por la calle de mi barrio, por la cuesta que llevaba a casa, con el corazón desbocado y el sudor pegándome la camiseta a la espalda. Y mientras corría, solo podía repetirme una y otra vez: “no puede ser, no puede ser, no puede ser…”

Al llegar al portal, metí la llave con manos temblorosas y entré en casa como si huyera de una guerra. Cerré la puerta tras de mí, eché el pestillo y me apoyé contra la madera, jadeando.

Me pellizqué el brazo. Con fuerza.

—Ay, joder...
Nada. No era un sueño.

—Pues nada. Naranjitas de la China. Estoy despierta. Y asada. Y, ¡Lo he visto! ¡Era Daniel! ¡Y vestido de cura!

Me dejé caer al suelo, con la espalda pegada a la puerta, y me llevé las manos a la cabeza mientras las ideas se atropellaban en mi mente.

Nunca me había dicho a qué se dedicaba. Jamás. Y claro, ahora todo tenía sentido. Seis años atrás… debía de estar en el seminario, o a punto. ¿Y qué hacía un seminarista en verano? Pues escaparse a la playa y liarse con una tonta como yo, por lo visto.

Claro que desapareció sin decir nada. Claro que nunca llamó, ni escribió, ni respondió a mis mensajes. Era un futuro cura. Y yo, su lío de verano.

—Pero ¿cómo coño se le ocurre? —grité al vacío, en voz baja— ¡¿Cómo se le ocurre?!

Y justo en ese momento escuché una vocecita que me devolvió al mundo real.

—¡Mamiii! ¡Rafa es mío! ¡Es mi prisionero!

Me levanté del suelo temblando y avancé hacia el salón. Allí estaban. Rafa, el padre de Sergio, tirado en el suelo con un sombrero en la cabeza y una pistola de juguete apuntándole al pecho. Y Nico, mi hijo, mi pequeño Nico, mi príncipe, con su cara llena de pintura de guerra y una sonrisa que me derretía el alma.

—¡Socorro, Sofía! —dijo Rafa, fingiendo agonía— Este niño es un salvaje. Dice que me va a torturar con dibujos animados.

—Pues te lo mereces por jugar con fuego —respondí, forzando una sonrisa mientras la cabeza aún me daba vueltas.

—Ya me voy, ya me voy —Rafa se incorporó y le guiñó un ojo a Nico—. Te dejo con tu madre, bandido. Me debes una.

Le acompañé a la puerta con un gracias apenas audible. Él lo notó, porque me miró con su expresión de “si necesitas algo, ya sabes dónde estoy”, pero no dijo nada. Se fue, y me quedé a solas con mi hijo.

Mientras preparaba la merienda, con la cabeza a punto de explotar, lo dejé sentado en el sofá viendo sus dibujos favoritos. Agarré el móvil y marqué el número que sabía que me salvaría de un ataque de ansiedad.

—¿Sergio?

—¿Qué pasa? ¿Todo bien?

—He visto a Daniel.

—¿Qué Daniel?

—Mi Daniel.

—Espera… ¿Ese Daniel?

—El padre de Nico.

—¿Qué?

—Y no solo eso. ¡Iba vestido de cura!

—¿Vestido de qué?

—Te lo juro. ¡De cura! Todo de negro y con alzacuellos. Me ha mirado y he salido corriendo como una loca. ¡Estoy fatal, Sergio!

—No, no. Espera un momento. ¿Estás segura? ¿No sería alguien que se le parece?

—¿Tú sabes lo que es ver todos los días una mini réplica de ese hombre en mi casa? Nico es su fotocopia. ¡No me he confundido!

—Vale. Pero, cariño… ¿Un cura?

—Eso. Que he tenido un hijo con un cura. ¡Una aventura de verano con un seminarista! ¡Lo que me faltaba! Si mis padres se enteran, se mueren.

—Bueno, a ver… Técnicamente, no era cura en ese momento.

—¡Sergio!

—¡Perdón! Pero, cariño, ¿cómo ibas a saberlo?

—¡Nunca me lo dijo! Nunca. Solo sabía que era de fuera, que estaba de vacaciones. Nunca hablábamos del trabajo ni de la familia ni de nada... Y ahora lo entiendo, lo entiendo todo.

—Sofía, tranquilízate, por favor, respira. Tal vez haya una explicación. Tal vez ni siquiera es cura de verdad. Yo qué sé, ¿y si estaba disfrazado?

—¡¿Y por qué iba a ir disfrazado en pleno verano?! ¡¿Estamos en carnavales acaso?!

Silencio. Yo respiraba como si acabara de hacer crossfit. Sergio, que me conocía como nadie, decidió no echar más leña al fuego.

—Mira, haz una cosa. No pienses más en eso hoy. Relájate, juega con Nico, y mañana será otro día. ¿Vale?

—Vale… supongo. Pero que sepas que ahora mismo estoy en shock. Shock nivel: Mi hijo, es hijo de un cura.

—Pues ya sabes: que no se le ocurra decir eso en voz alta. No vaya a ser que lo bauticen dos veces por precaución.

—Sergio, te mato.

Nos reímos, porque a veces no quedaba otra. Nos despedimos y colgué. Suspiré. Fui al sofá, donde Nico seguía embobado viendo dibujos de robots, y le acaricié el pelo.

—¿Te apetece ir al parque un ratito? —pregunté.

—¡Síiii!

Y allá fuimos.

Mientras él jugaba y se reía con otros niños, yo no podía dejar de mirar su carita. Esa sonrisa que no era mía. Esos ojos que me recordaban tanto a alguien que ya no sabía si debía recordar.

Y ese alguien… ahora era cura.

Capítulo 6



El parque a esas horas era un hervidero de niños, padres medio dormidos en los bancos y madres con el moño mal hecho y cara de “si me das conversación, te escupo”. Yo iba un poco igual. Con el cerebro todavía en shock y el cuerpo tirando de piloto automático.

Nico se lanzó a las cuerdas como si fueran la cima del Everest, mientras yo me sentaba en un banco a la sombra, con la botella de agua en la mano y el alma en vilo. Lo miraba, pero no lo veía del todo. Veía a Daniel. En cada gesto, en esa manera de fruncir el ceño cuando algo no le salía, en la forma de arrugar la nariz al reírse. Mi hijo era el reflejo de un amor fugaz, y ahora, resultaba que también era el hijo de un cura.

"Padre de mi hijo y… Padre nuestro que estás en los cielos…", pensé.

Y justo entonces, como si alguien hubiese escuchado mis plegarias, o mis blasfemias internas, lo vi aparecer por el camino de gravilla, con su traje negro y su habitual sonrisa afable: el Padre Marcos.

—¡Sofía! —me saludó levantando una mano—. Qué alegría verte.

Era el cura de la parroquia que había cerca de mi casa, donde solía llevar la ropa que a Nico se le quedaba pequeña para que se la diera a familias que lo necesitaran.

—¡Padre! —intenté sonar natural, pero mi voz salió algo aguda, como si me hubiese tragado un silbato— Qué casualidad…

—¿Estás bien? —preguntó acercándose. Me miró de arriba abajo con esa expresión suya, mezcla de compasión y curiosidad— Estás un poco… no sé, ¿pálida?

—Es el calor —mentí, que era lo más parecido a pecar sin remordimientos en verano—. Estoy bien.

Él asintió, aunque no me creyó ni un poquito. Se sentó a mi lado en el banco, cruzó las manos sobre las rodillas y me miró de reojo con paciencia infinita.

—¿Te pasa algo? ¿Quieres hablar?

—¿Puedo...? ¿Puedo hablar contigo… en confesión?

Sus cejas se arquearon, sorprendido, pero asintió sin dudar.

—Claro que sí, cuando quieras.

—Ahora. Aquí. Si no te importa.

—¿Aquí mismo?

—Sí. No me da el cuerpo para esperar a entrar en la iglesia. Además, Nico está ahí jugando; no se va a mover en un buen rato. Te prometo que esto es una urgencia… celestial.

El Padre Marcos sonrió. Se giró un poco hacia mí y me hizo un gesto solemne.

—Te escucho, hija.

Inspiré hondo. Solté el aire despacio. Cerré los ojos un momento y luego abrí la boca.

—He visto al padre de mi hijo.

Silencio.

—¿Perdona?

—El que desapareció. ¿Recuerdas que te hablé de él hace tiempo? Nunca supe qué pasó. Solo que un día se fue y nunca más supe de él. No supo nunca que estaba embarazada. Bueno, pues hoy lo he visto.

—Ya… entiendo… —Asintió, intentando seguir el ritmo de mi revelación.

—Y no solo eso, padre. ¡Lo he visto vestido como tú!

—¿Como yo?

—Sí, todo de negro y con alzacuellos.

El Padre Marcos se quedó en silencio unos segundos, y parpadeó dos veces, muy despacio, antes de hablar de nuevo.

—¿Quieres decir… que el padre de tu hijo…?

—Es cura.

—¿Estás segura?

—No tengo la menor duda. Es su cara. Sus ojos. Su sonrisa. Todo. Y si eso no fuera suficiente, tengo una versión reducida de él corriendo por ahí con una pistola de juguete —señalé a Nico, que en ese momento saltaba por el tobogán gritando, "¡al ataqueee!".

El pobre cura tardó unos segundos en reaccionar.

—Madre mía del amor hermoso… —murmuró, más para él, que para mí— Y tú no lo sabías.

—¡¿Cómo lo iba a saber?! Nunca me dijo a qué se dedicaba. Era misterioso, así, en plan romántico. Me gustaba. Pensaba que era porque quería parecer interesante, no porque estuviera a punto de consagrarse al Altísimo.

El Padre Marcos se pasó la mano por la cara y luego se recostó en el banco, mirando al cielo.

—¿Y estás segura de que no es una confusión? ¿No podría ser alguien que se le parezca?

—No, padre. Sé lo que vi. Lo tengo grabado en la cabeza. Lo tengo clonado en casa. —Volví a mirar a Nico, que ahora abrazaba a otro niño como si fuera un compañero caído en batalla.

Él soltó un suspiro largo.

—Bueno… si eso es así, hija mía… tienes una historia que ni en las películas.

—¿Y qué hago ahora?

—Para empezar, tranquilizarte. No saques todavía conclusiones. Tal vez haya una explicación. Tal vez no está ordenado aún. Tal vez... bueno, muchas cosas pueden ser.

—Tal vez yo también acabe en el infierno por haberme liado con un seminarista.

—No digas tonterías. No sabías nada. Eso no es pecado.

—¿Y tener un hijo suyo?

—Tampoco, si no lo sabías.

—¿Y si ahora me pongo a gritar, "¡el padre de mi hijo es un cura!" en medio del parque?

—Eso sí sería un problema, sobre todo para tu reputación y la mía, que estoy aquí sentado contigo.

Nos reímos un poco, y con nervios.

—Gracias, padre —suspiré—. Es que… esto no le pasa a nadie. A nadie. Solo a mí.

—Tú sabes que en esta parroquia he oído de todo, pero esto es nuevo. Si necesitas hablar, venir a misa, tomar un café o simplemente respirar, ya sabes que las puertas están abiertas para ti.

—Gracias, lo digo en serio.

Nos quedamos un rato en silencio. Él mirando las palomas. Yo mirando a Nico, que seguía corriendo como si no tuviera el peso del mundo en los hombros. Como si no fuera hijo de un cura.

Y en ese momento, lo pensé de nuevo… "Que mis padres no se enteren de esto… porque si lo hacen, les da un infarto."

El Padre Marcos se despidió con un apretón suave en el hombro, de esos que no apretaban por fuera, pero que pesaban por dentro. Se alejó caminando despacio, y yo me quedé en ese banco de madera, con la espalda sudada, los nervios en carne viva y la mirada fija en Nico.

Mi niño.

Mi pequeño torbellino, con sus pantalones cortos manchados de barro, las zapatillas desabrochadas y las rodillas llenas de historias.

Jugaba con otros tres niños como si el mundo fuera simple.

Un tobogán, una pelota y un grito de guerra bastaban. Y yo ahí, con el pecho hecho un nudo, pensaba en lo que me acababa de estallar en la cara.

—El padre de mi hijo es un cura... —murmuré para mí misma, como si repitiéndolo muchas veces fuera a dejar de sonar tan absurdo.

No funcionó.

Me tapé la cara con las manos. Respiré hondo. Lo volví a decir en voz baja, con un tono más sarcástico esta vez.

—Bien, Sofía. Felicidades, te ligaste a un seminarista. Tu carta astral está escrita por un guionista de telenovelas. Solo te falta que venga tu madre y te diga que en realidad naciste en una secta satánica.

Cerré los ojos y recordé aquellas noches, desde la primera a la última. Seis años atrás, una noche cálida, la luna llena sobre el mar, su risa en mi oído, sus manos en mi cintura, y yo tan tonta, tan joven, tan feliz. Nunca me dijo de dónde venía ni a dónde iba. Y yo no pregunté, porque tenía miedo de romper el encanto. Era un verano. Un amor de temporada. Como los helados. Como los atardeceres.

Como él.

Daniel. Se llamaba Daniel, por amor de Dios. ¡Daniel! Ya de por sí parecía nombre de cura. En qué cabeza no cabe, Sofía. ¡En la tuya, claro!

Y luego se fue. Sin despedida. Sin explicación. Y yo me quedé con una barriga que crecía más rápido que mi capacidad para entender qué demonios había pasado.

Miré a Nico. Mi Nico. Mi alegría. Mi motor. Mi responsabilidad absoluta y total.

—¿Qué pasa si algún día quiere conocerlo? —susurré al aire.

El miedo me apretó la garganta.

¿Qué pasaría si Daniel intentaba acercarse ahora? ¿Se atrevería? ¿Tendría derecho? ¿Tendría interés? ¿Lo sabría siquiera? ¿Habría tenido alguna mínima sospecha alguna vez? ¿Y si sabía todo desde el principio y le dio igual?

La ansiedad me trepaba por el pecho como una hiedra venenosa.
Me pellizqué otra vez. Esta vez más fuerte.

—Vale, estás despierta. Esto es real. No te lo has imaginado. No estás en una película mala. Y sí, sigue haciendo un calor que derrite cerebros.

Apreté los dientes.

—Y claro que desapareció. Claro que nunca llamó. Porque estaba entrenándose para ser pastor de almas, no para criar niños. ¡Maldito Daniel! —gruñí por lo bajo.

En ese momento, Nico se cayó al suelo, se raspó la rodilla y soltó un "¡ay!" tan dramático que me levanté de un salto.

Corrí hacia él. Lo levanté. Le sacudí el polvo y le di un beso en la herida invisible.

—Eres muy valiente, mi vida.

—Ha sido la arena, mamá. ¡Me ha atacado!

—¿Y tú le has ganado?

—¡Sí!

—Eso pensaba.

Me abrazó con fuerza. Me envolvió los brazos al cuello y se quedó ahí, con su nariz contra mi clavícula y su respiración calentita pegada a mi piel. Y entonces lo supe. Lo supe con cada fibra de mi cuerpo.

No me importaba de dónde viniera Daniel. No me importaba si era cura, astronauta o ladrón de bancos. Nico era mío, mío, y todo lo demás era secundario. O eso intenté creer mientras el miedo seguía arañándome por dentro.

Me senté con él en el césped, le di un poco de agua y le prometí un helado. Me miró con esa sonrisa suya que me desarma.

—Mamá, ¿por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—Cara de... pensar muchas cosas.

—Porque pienso muchas cosas.

—¿Como qué?

Me quedé callada y le acaricié el pelo.

—Cosas de mayores, amor.

—¿Es por el trabajo?

—Más o menos.

—¿Es por Rafa?

Solté una carcajada.

—No, corazón. Rafa está bien. Muy valiente para ser vaquero malherido.

—¿Entonces es por alguien que te cae mal?

—No, mi amor.

Y eso era cierto. O al menos, eso me decía a mí misma. Porque el Daniel que yo conocí, el que me robó el corazón aquel verano, no llevaba alzacuellos y me caía bien.

Suspiré otra vez. Iba a necesitar una tonelada de tila, dos días de descanso y una charla muy seria conmigo misma.

Y, aun así, no tenía ni idea de lo que iba a hacer.

El sol bajaba despacio cuando nos fuimos del parque, y el camino de vuelta se tiñó de ese color ámbar que solo tenían las tardes de verano. Nico caminaba a mi lado, arrastrando los pies como si cada paso fuera el último, con un helado de fresa en la mano y la cara manchada. Yo iba en silencio, atrapada entre lo cotidiano y lo irreal.

Daniel y yo pasamos ese verano como si el tiempo no existiera. Nos veíamos en la playa al atardecer, compartíamos cervezas calientes, confidencias tontas y silencios que no incomodaban. Él nunca hablaba de su vida fuera de allí. Yo no preguntaba.

Solo quería vivirlo.

Una noche, mientras me acariciaba el cuello con esos dedos largos y suaves, le pregunté:

—*¿Te quedarás mucho más?*

—*Lo suficiente* —me dijo.

Y al día siguiente, ya no estaba.

—¡Mamá! ¡Hay arena en mis calzoncillos!

—¡Normal, si te has rebozado como una croqueta!

Nico protestaba desde la bañera mientras yo intentaba deshacer los nudos del pelo con los dedos. Le eché un poco más de gel con olor a melón, le hice una corona de espuma y le arranqué una carcajada. Al menos ahí, en esos momentos tan simples, el mundo se ordenaba un poco.

Después de secarlo, le puse su pijama de dinosaurios, lo dejé cepillarse los dientes él solo después de que me dijera: "¡Yo puedo, mamá!", y puse su serie favorita mientras preparaba algo para cenar.

Yo me duché rápida, con el agua tan caliente que salí más roja que relajada, pero necesitaba quitarme de encima todo: el sudor, la tensión y esa sensación de estar caminando sobre un campo minado emocional.

En la cocina, mientras freía un par de huevos y cortaba tomate con sal, la cena de emergencia oficial de nuestra casa, miré a Nico en el sofá. Con sus piernecitas colgando, los ojos abiertos como platos, embobado con unos dibujos donde un pollo ninja volaba sobre una pizza gigante.

—A cenar, campeón.

—¿Hay postre?

—Solo si te acabas todo.

—Trato hecho.

Cenamos. Nos reímos. Jugamos a ver quién podía hacer más ruido masticando y ganó él, como siempre. Y cuando acabamos, lavamos los platos juntos, aunque más agua acabó en el suelo que en el fregadero.

Y luego llegó el momento de ir a la cama.

—¿Me cuentas un cuento? —preguntó Nico, mientras se metía entre las sábanas.

—Claro, pero hoy tú eliges el final.

—Quiero que todos sean felices.

—Eso intento todos los días, cielo.

Le acaricié la cabeza, le besé la frente y me quedé un rato a su lado, escuchando cómo su respiración se volvía lenta y profunda.

Cuando me aseguré que dormía, salí de su habitación y me tumbé en el sofá con una manta ligera. La tele estaba encendida, pero no veía nada. Solo imágenes moviéndose sin sentido.

Mi cabeza era otra cosa.

Daniel. El alzacuellos. Mi hijo. Una historia que no encajaba en ningún cuento de hadas.

Sentía rabia. Confusión. Tristeza. Un poquito de vergüenza. Y también, aunque me jodiera reconocerlo… seguía sintiendo algo parecido al amor o al recuerdo del amor.

¿Cómo no iba a sentirlo?

Daniel había sido el hombre que me hizo sentir especial. Deseada. Viva. Y también había sido el hombre que me abandonó sin explicación. Pero lo peor, lo que más me arañaba por dentro, era que ahora sabía por qué.

Era cura. Y entonces la película cambiaba por completo.

Dejó de ser el capullo que se largó sin avisar para convertirse en el hombre que no podía quedarse, el que quizá luchó consigo mismo, el que quizá también se rompió al alejarse.

Me abracé a la almohada. Suspiré. Y mientras la televisión seguía parpadeando sin que yo prestara atención, una sola idea me daba vueltas en bucle en la cabeza.

¿Y si ahora que había vuelto… quería hablar conmigo?

Capítulo 7



Era sábado y el cielo ya prometía uno de esos días que se pegaban a la piel como el protector solar mal extendido. Nico llevaba despierto desde las siete y media de la mañana, saltando por la casa como un grillo enloquecido, gritando que quería ir a la playa, que se le habían perdido las chanclas, que, si podía llevar sus cubos, sus dinosaurios y, por supuesto, su pala roja, la de la suerte.

—Mamá, ¡la pala roja o no voy!

—Pues si no vas, me quedo yo con todos los helados —le respondí con un bostezo, mientras intentaba atarme el bikini sin caerme de sueño después de nuestro desayuno.

Por suerte, la playa nos quedaba muy cerca y caminando llegábamos en unos minutos.

Bajamos cargados con sombrilla, toalla, juguetes y una neverita azul que parecía sacada del túnel del tiempo. Al llegar, ya había varias familias instaladas, niños corriendo y algún que otro señor valiente metido en el agua hasta la cintura, con cara de “no está fría, pero tampoco está para ducharse”.

—¡Vamos a hacer el castillo más grande del mundo! —gritó Nico, tirando la toalla al suelo como si estuviera marcando su territorio.

—¿Y no prefieres empezar con una torre? —sugerí.

—¡No! ¡Un castillo gigante con puente levadizo y cocodrilos!

—Vale, pero tú te encargas de los cocodrilos. Yo solo sé hacer montículos con carita.

Nos pasamos casi una hora construyendo un castillo que, si me apuras, parecía más una montaña de arena con tres conchas encima que otra cosa. Nico decidió que tenía que tener un foso alrededor, así que cavó con tanta fuerza que por poco no llega a Australia. La arena volaba por todas partes, y yo ya tenía arena en sitios donde la arena no debería llegar jamás.

Después de arruinarme la manicura con las obras reales de ingeniería civil versión infantil, decidimos meternos al agua. Nico salió corriendo después de que le pusiera un poco más de protector, chillando como si le fuera la vida en ello, y yo lo seguí con la calma de quien sabía que en cuanto tocara el agua iba a gritar.

Y así fue.

—¡Está congelada, Nico!

—¡Noooo! ¡Está buenísima! ¡Mira cómo salto, mamá! ¡Miraaa!

El agua nos abrazó como un cubo de hielo, pero luego el cuerpo se acostumbró, o al menos se rindió. Jugamos a perseguir las olas, a bucear, él con sus gafas de tiburón, yo a ciegas, y a ver quién encontraba la piedra más rara. Ganó él, con una que parecía un corazón, aunque yo sospechaba que era un trozo de azulejo erosionado.

Volvimos a la toalla tiritando, pero felices. Nico se sentó sobre la arena húmeda, dejando que le cayeran gotas del pelo mojado por toda la espalda.

—Mamá, ¿tú crees que los cangrejos tienen casas?

—Claro. Tienen casitas con jardín y wifi.

—¿Tienen tele?

—Y nevera llena de helado.

—¡Qué suerte! —suspiró.

Nos reímos. Lo sequé con la toalla, le quité las piedrecitas que se le habían pegado por todas partes y me tumbé bajo la sombrilla, dejando que el calor me secara mientras él seguía con sus mil ideas y ocurrencias. Lo observaba y no podía evitar sonreír. Mi niño. Mi alegría. Mi pequeño terremoto de energía y ternura.

Al cabo de un rato, el reloj marcaba ya la hora de comer, y Nico empezó a quejarse de que tenía hambre "de dinosaurio".

—Pues vamos a comer, cariño —dije, señalando el bar donde trabajaba y donde Laura ya me había visto desde lejos y me hacía señales desde la barra como si estuviéramos en medio de una emergencia.

—¡Quiero Nuggets! ¡Y patatas! ¡Y Fanta! —pidió mi niño, que se veía que tanto agua y arena le habían dado hambre.

—¿Y un filete de unicornio también?

—¡Sí, porfi!

Nos sentamos en una de las mesas bajo la sombra de una sombrilla verde que había visto mejores veranos. Laura vino con su bloc de notas y una sonrisa que era mitad burla y mitad cariño.

—¿Qué van a tomar la señora madre y su majestad el niño emperador?

—Ensalada para mí, tortilla de patatas para compartir y Nuggets para el emperador, con su ración de patatas fritas y su Fanta —respondí yo, guiñándole un ojo.

—Marchando. ¿Postre?

—Tarrina de tres bolas de helado cada una. Si no, me declara la guerra —añadí, señalando a Nico, que asentía con una seriedad que daba miedo.

Mientras esperábamos, Nico apoyó los codos en la mesa, con la boca aún llena de arena.

—Mamá, ¿te cuento lo que hice con Rafa ayer?

—A ver, sorpréndeme.

—Jugamos a ser piratas, pero no piratas buenos, ¡piratas malos! Rafa era el capitán Barba Caca, y yo era Nico el Tuerto. Y Marga era la cocinera del barco, pero hizo espaguetis con bolas de dragón.

—¿Con bolas de dragón?

—¡Sí! Eran albóndigas, pero yo las llamé así y se rio tanto que casi se le cae la dentadura.

—¡Pobre Marga! Pero ella no lleva dentadura —arqueé la ceja.

—¡No! —rio— Pero ayer se la dimos postiza. ¡Fue muy divertido! Luego Rafa se cayó del sofá porque dijo que un tiburón le mordió el culo.

—¡No me lo puedo creer!

—Y me dijo que, si no me comía todas las albóndigas, el tiburón me iba a morder a mí.

Solté una carcajada que hizo girarse a una señora de la mesa de al lado. No me importó. Nico seguía hablando con las manos, con los ojos brillantes, con esa forma suya de contar las cosas que hacía que el mundo se viera más divertido.

Y en ese momento pensé en mis padres, sus verdaderos abuelos, que se estaban perdiendo todas estas cosas.

La comida llegó justo cuando la conversación empezaba a irse por la tangente de “los tiburones que se enamoran de sirenas”. Laura nos sirvió con su sonrisa habitual, se burló de mi moreno desigual y desapareció tras la barra como un ninja con bandeja.

Comimos. Disfrutamos. Reímos. Y cuando llegó el momento del postre, Nico se manchó toda la cara con su helado de chocolate, nata y fresa, y yo me rendí. Le limpié con una servilleta húmeda y luego me tomé mi café mirando el mar, dejando que la brisa hiciera lo que mejor sabía: calmarme un poco.

Y justo entonces, cuando ya pensaba que el día no podía mejorar, apareció Sergio.

Se acercó a nuestra mesa con una sonrisa ladeada, la que usaba cuando quería parecer casual, aunque ya lo conocía bastante como para saber que nada en él era del todo casual.

—¿Se puede? —preguntó, señalando la silla vacía frente a mí.

—Si traes café, sí. Si no, tendrás que negociarlo con este pequeño dictador —dije, señalando a Nico, que levantó la vista, lo reconoció y sonrió con la boca llena.

—¡Sergiooo! ¿Has visto mi castillo? ¡Tiene cocodrilos!

—¿Y están hambrientos? A ver si me voy a acercar y me van a comer —bromeó él, sentándose.

—No, pero si no les das patatas, se enfadan.

—Apuntado. Patatas o muerte.

Nos reímos. Sergio se quitó las gafas y me miró un momento, de esa forma que hacía que me sintiera como si llevara la cara llena de arena... que, por cierto, probablemente era verdad.

—Te has vuelto a quemar la nariz —dijo, señalándome con la cucharilla del café que había cogido prestado de otra mesa sin pedir permiso.

—Sí, pero es mi estilo veraniego. Roja cangrejo. Está de moda —respondí.

—Podrías haberme avisado que veníais a la playa. Me habría unido antes.

—¿Y perderme la experiencia de ver cómo Nico negociaba con una gaviota por una patata frita? Ni hablar.

—Mami, quiero agua —dijo Nico.

—Ve a la barra, y pídele a Laura un vaso, corre —contestó Sergio, y Nico se levantó y fue hacia la barra llamando a Laura—. ¿Cómo estás? —me preguntó entonces.

—Si lo preguntas por el descubrimiento del siglo, estoy acojonada —suspiré.

—¿Y si no era él? ¿Y si creíste verlo a él?

—Sergio, te lo dije, era él, era Daniel. No se me olvida su cara, y no podría, aunque quisiera, porque mi hijo es clavadito a él. Dios, que me lie con un futuro cura, Sergio, ¡un cura! —Me llevé ambas manos a la cabeza.

—Vale, tranquilízate, ¿ok? No sabíamos que el buenorro de Daniel iba para cura confesor de pecados mientras los cometía, así que no te flageles porque no tenías ni idea de que iba a ser el Padre Daniel en algún momento de su vida.

—Tengo miedo.

—¿De qué y por qué? Aparte de que se enteren tus padres y se vayan a ser recibidos por San Pedro.

—De que Daniel se entere de lo del niño y quiera llevárselo.

—¿Y qué iba a hacer un cura con un hijo? No creo que el Vaticano lo viera bien, vaya.

—¿Y yo qué sé? Si se lo lleva, me muero, Sergio, es que me muero.

—No te vas a morir porque nadie, y escúchame bien, nadie se va a llevar a tu hijo. Mira lo que te digo: si hace falta, me caso contigo y le doy mi apellido para que sea nuestro legalmente, y así nadie se lo lleva. Eso sí, si

llega el amor de mi vida, me tienes que permitir tener mis *affaires* con él fuera de nuestro matrimonio —dijo, y no pude evitar sonreír al escuchar eso último.

Lo miré. Sergio nunca fue el padre de Nico, ni intentó serlo, pero estuvo ahí. En los días malos. En los muy malos. Y también en los buenos. Era ese tipo de persona que no se iba. Y eso ya era mucho.

Nico volvió corriendo, enseñando algo que había encontrado enterrado: un coche de juguete lleno de arena y con una rueda menos. Gritaba que era un "tesoro antiguo" y que lo iba a lavar en el mar.

Sergio le sonrió, le dio un choque de manos y me guiñó un ojo.

—No dejes que el pasado te haga sombra, Sofía. Tú siempre fuiste el sol.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que tal vez tenía razón.

Después de comer, Sergio se vino a la playa con nosotros, tomando el relevo para ir al agua con mi hijo mientras yo los observaba feliz desde la toalla. Pero también me uní a ellos, reímos, nadamos y volvimos a hacer construcciones desastrosas con la arena.

Hasta que ya bien entrada la tarde, Nico me miró con esos ojitos que me indicaban que quería pedirme algo.

—Mamá, quiero crepes con Nutella. Y con plátano. Y con más Nutella.

Nico lo dijo con la boca aún manchada del helado anterior que Sergio le había traído de bar, como si las comidas del día fueran solo capítulos de una saga donde el azúcar era el héroe.

—¿Y si primero te comes una zanahoria? —le pregunté por puro deporte.

—¿Con Nutella?

Sergio se echó a reír.

—Me parece justo —dijo él, guiñándome un ojo—. Vamos a por esos crepes. Invito yo.

Fuimos caminando por el paseo. El viento arrastraba olor a sal y gofres recién hechos. La cafetería estaba en una esquina de esas que siempre olía a desayuno, aunque fuera ya media tarde. Nos sentamos en la terraza, al sol. Nico eligió su crepe con toda la seriedad de un diplomático. Sergio pidió café doble. Yo también.

—¿Sabes? —dijo Sergio, mientras Nico se concentraba en su montaña de Nutella— Pensaba… ¿Te apetece salir esta noche?

—¿Salir? —lo miré, dudando si lo decía en serio— ¿Adónde?

—No sé. A dar una vuelta, a tomar algo. A no pensar en exnovios que aparecen como fantasmas en la orilla.

—Gracias, Sergio, de verdad. Pero creo que hoy prefiero sofá, manta y dibujos animados hasta que Nico se duerma. Y luego… silencio.

—Silencio —repitió él, asintiendo con media sonrisa—. Suena bien también. Lo dejamos para otro día.

—Otro día, seguro.

Terminamos los cafés mientras Nico lamía lo que quedaba de su crepe como si fuera el último postre del universo y nos despedimos, quedando en vernos el lunes en el trabajo.

Ya de camino a casa, bordeando el parque, lo vi. Daniel. Apoyado en la verja del quiosco cerrado, con el móvil en la mano, mirando al frente como si esperara a alguien. Estaba más delgado. El pelo un poco más largo. Pero era él. Sin duda.

Mi corazón me dio un vuelco absurdo. Me giré sin pensarlo.

—Cambio de plan —le dije a Nico, cogiendo su manita con una energía renovada—. Vamos por aquí mejor.

—¿Pero ese camino no es más largo?

—Sí, pero... vamos a por pizza. Tu favorita. ¿Qué te parece?

—¡¿Pizzaaaa?! —Nico casi pegó un salto— ¡¡Con extra de pepperoni y sin aceitunas, por fa, por fa!!

Me eché a reír. Si disimular fuera deporte olímpico, mi hijo y yo ya tendríamos medalla.

Fuimos a la pizzería de la esquina, esa que tenía el horno a la vista y donde siempre nos daban una bolsita de gominolas "para después". Pedimos la de siempre y Nico insistió en llevar la caja él solo, aunque casi se le cayó tres veces por el camino.

Al llegar a casa, comenzamos con la rutina habitual a la que había acostumbrado a mi niño. Baño con juguetes por todo el suelo, mi ducha rápida de supervivencia, cena con pizza caliente y dibujos de fondo. Luego, ya con pijama, Nico me miró desde la puerta de mi habitación.

—¿Me puedo dormir contigo hoy? Quiero que me cuentes un cuento.

—Claro, cariño.

—Pero uno inventado.

Nos metimos los dos en mi cama, él con su peluche medio roto bajo el brazo y yo con el pelo aún húmedo. Le conté la historia de un pingüino astronauta que vivía en un iglú con vistas a Marte. Nico se rio dos veces, bostezó cuatro y se quedó dormido aferrado a mi brazo.

Yo, en cambio, me quedé despierta mirando al techo y pensando en Daniel.

Si estaba allí, si de verdad estaba tan cerca... tal vez no era solo casualidad. Tal vez había venido a buscarme. A decir algo. A explicarse.

Y, por un segundo, aunque no quisiera, una parte muy chiquitita de mí se preguntó si estaba preparada para escucharlo.

Capítulo 8



Me desperté con la cama medio vacía y una risa inconfundible viniendo desde la cocina.

Nico.

Durante un segundo, me quedé quieta, con los ojos aún cerrados, disfrutando del silencio relativo. Olía a chocolate caliente y a fritura. Sonreí. Solo había una persona en el mundo que aparecería a las ocho de la mañana un domingo con churros para desayunar y sin avisar.

Mi primo Álvaro había cumplido con su palabra del domingo anterior, y aquí estaba, trayendo nuestro desayuno favorito.

Me levanté con el pelo hecho un desastre, con mi camiseta vieja de dormir y la cara de alguien que todavía estaba a medio camino entre el sueño y la realidad.

—¿Pero esto qué es? —dije desde la puerta, con voz ronca.

—La alegría de vivir —respondió Álvaro sin girarse, mientras removía el chocolate con una cuchara de madera—. O, en su defecto, churros con azúcar y sobredosis de cafeína.

—El primo Álvaro me ha contado un chiste de pedos —informó Nico desde su silla, completamente entregado a una taza de chocolate que le llegaba hasta la nariz—. Me he reído tanto que casi me atraganto.

—Objetivo cumplido —dijo Álvaro, alzando la cuchara como si fuera una medalla.

Me acerqué con una sonrisa y le di un beso en la mejilla.

—Gracias por venir. Aunque deberías empezar a pensar en avisarme antes, que siempre me pillas dormida cuando llegas.

—¿Y perderme tu cara de zombi matinal? Ni loco.

Me crucé de brazos, dispuesta a devolver el golpe, y fue entonces cuando lo vi.

—¿Tienes un chupetón en el cuello? —dije, arqueando una ceja.

Álvaro se llevó automáticamente la mano al cuello, como si se le hubiera olvidado.

—Ah. Eso —dijo con esa sonrisa ladeada tan suya—. Noche entretenida.

Puse los ojos en blanco.

—Alguna vez tendrás que sentar la cabeza, ¿sabes?

—Cuando la sientes tú —contestó, sin perder el ritmo.

Nico nos miraba con cara de no entender nada, pero igual se reía, porque vernos así siempre le parecía divertido. Me senté con ellos y desayunamos los tres juntos. Álvaro me sirvió una taza de chocolate caliente que sabía a infancia. Nico mojó los churros como si no hubiera un mañana.

—¿Planes para hoy? —pregunté, ya más despierta.

—Tengo que pasar por el centro comercial. Necesito comprar un regalo y unas camisetas —dijo Álvaro—. ¿Os venís?

—Podría aprovechar para comprarle zapatillas nuevas a Nico. Y yo necesito algunas cremas también.

—¡Y luego podemos ir a los recreativos! —añadió Nico, con los ojos iluminados como luces de feria.

—Ya estamos negociando —rio Álvaro—. Vale, pero primero aguantáis mientras yo escojo camisetas.

—Solo si no tardas tres horas como la última vez —le dije, señalándolo con el dedo—. Que acabaste comprando la primera que viste y probándote otras ocho "por si acaso".

—Inspiración creativa, prima.

—Drama innecesario —respondí.

Nos reímos los tres y, como siempre que estaba con mi primo, me sentí bien. Como si por unas horas, al menos, todo lo demás: Daniel, las dudas, la tensión de verle, pudiera quedarse fuera de ese momento. Solo churros, chocolate, zapatillas y un niño que no paraba de hablar de una máquina que lanzaba pelotas en los recreativos.

Y Álvaro, con su humor de siempre y su capacidad inagotable para aparecer cuando más lo necesitaba, aunque no se lo dijera nunca.

El centro comercial estaba lleno, como siempre los domingos por la mañana, pero para Nico era una aventura en cada esquina. Entramos con la idea de hacer compras rápidas y salimos dos horas después con bolsas, risas y un niño cargado de energía que no paraba de hablar.

—El primo Álvaro me ha dejado elegir las zapatillas más molonas del universo —dijo Nico, mientras caminaba exageradamente para hacer ruido con sus nuevas deportivas que brillaban cuando pisaba.

—Y yo me he comprado cuatro camisetas que son todas iguales —dije, mirando a Álvaro.

—Mentira —respondió él—. Una tiene rayas.

—Qué variedad.

Comimos en una hamburguesería, con Nico repartiéndose entre sus Nuggets, sus risas y las pajitas con las que intentaba hacer burbujas en el refresco. Álvaro y yo nos hacíamos los serios, pero acabábamos riéndonos con él. Era imposible no hacerlo.

Después, llevamos a Nico al parque de bolas. Lo vimos desaparecer tras la red con otros niños mientras gritaba "¡Soy un ninja!", y aprovechamos para sentarnos en una mesa cercana, con dos cafés humeantes entre las manos.

Durante un rato, solo escuchamos el murmullo de la gente, los gritos lejanos del parque infantil y el sonido de los vasos de plástico contra la mesa, pero yo tenía algo atragantado y ya no podía guardarlo más.

—He visto a Daniel. Dos veces.

Álvaro me miró. Frunció el ceño un segundo, como si pensara que había oído mal.

—¿Cómo que has visto a Daniel?

Tragué saliva.

—Está aquí, en Cádiz, o al menos ha estado. Me lo crucé en la calle hace unos días y… otra vez ayer. De lejos.

—¿Te ha dicho algo?

Negué con la cabeza.

—No, pero lo peor no es eso. Es que... —dudé un segundo antes de decirlo — Es cura, Álvaro. Se hizo cura.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Qué?

—Sí, cura, de los de alzacuellos, camisa y pantalón negros, todo. —Sentí el nudo en el pecho apretarse—. Si mis padres se enteran de que estuve con

un seminarista... ¡Me encierran en un convento! O peor, me exorcizan.

Álvaro soltó una carcajada que atrajo miradas de las mesas vecinas. Pero yo no me reí y él lo notó.

—Ey, ey... ya. Perdón. Es que... joder, Sofía. ¿En serio? ¿Cura?

Asentí con los ojos ya humedeciéndose.

—No estoy para risas, lo que quiero es llorar o irme lejos con el niño, por si Daniel está aquí para buscarme y cuando vea a Nico, me lo quite.

Álvaro dejó su café sobre la mesa, más serio ahora.

—Eso no va a pasar. Tranquila. No te escondas, Sofía. Tú no hiciste nada malo. Él nunca te contó que iba a hacerse cura. Él desapareció y eligió no dar la cara.

Las lágrimas empezaron a caer sin permiso. Me limpié la cara con la servilleta, pero no me salían las palabras. Álvaro se inclinó y me cogió de la mano con fuerza.

—No estás sola, ¿vale? No te escondas. Si te lo vuelves a encontrar, enfréntalo. No le debes nada, pero él sí te debe a ti.

—No estoy preparada —susurré—. Es que... durante años pensé que quizá algún día volvería. Que vendría a buscarme. No sabes cuántas veces imaginé ese momento. Llevo esperando seis años, Álvaro, seis, y ahora que está cerca... no sé si quiero verle. No sé si me quedan fuerzas para enfrentarlo.

Álvaro respiró hondo y apretó mi mano con más fuerza.

—Si el destino os cruza de nuevo, no pierdas la oportunidad de saber la verdad, aunque solo sea eso. Una explicación. Un cierre. Algo que te permita dejar de imaginar qué pasó.

Antes de que pudiera responder, Nico apareció corriendo, con el pelo despeinado, las mejillas rojas y una sonrisa desbordante.

—¡Quiero un batido de chocolate y un gofre! ¡Y con nata, porfa!

Me limpié la cara rápido, intentando parecer normal, pero Nico no se dio cuenta. Álvaro se levantó con él en brazos.

—Marchando un batido y un gofre con extra de nata para el señorito. Y yo me voy a pedir uno también, que por hoy me lo he ganado.

—¿Y tú, mamá?

—Yo... uno con fresas.

Y así lo hicimos. Nos fuimos los tres a una cafetería de esas que olían a masa dulce desde la puerta. Comimos gofres y batidos y nos reímos cuando a Nico se le quedó nata en la nariz. El mundo, por un rato, volvió a ser simple.

Al cabo de un rato, Álvaro nos llevó de vuelta a casa. Se despidió con un abrazo largo y fuerte, y quedamos en vernos pronto.

—Y recuerda —me dijo al oído—, si le ves, no huyas. Míralo a la cara, ya no eres aquella chica que él dejó, eres mucho más.

Cuando se fue, subí con Nico en brazos. Lo bañé mientras me contaba cosas del parque, preparé su mochila para el día siguiente, me duché rápido y luego cenamos unos sándwiches mixtos viendo dibujos animados.

Nos metimos en la cama. Esta vez en su habitación, pero con mi mano asomando desde la cama contigua porque él decía que así soñaba bonito.

Y mientras Nico dormía, yo me quedé en silencio, mirando el techo.
Si volvía a verlo... Ojalá tuviera las fuerzas suficientes para mirarlo y preguntarle por qué.

Capítulo 9



El martes había empezado como cualquier otro. Era la una y media y ya hacía un calor de esos que te hacían cuestionarte por qué no naciste lagarto. La terraza del bar estaba medio llena y yo andaba de aquí para allá con la bandeja cargada, intentando no tropezarme con ninguna silla mal colocada ni con los críos que corrían entre las mesas como si aquello fuese un parque de atracciones.

—¡Sofía! —me gritó Jorge desde dentro, asomando medio cuerpo por la puerta— ¡La mesa cinco quiere dos cañas y una sin alcohol!

—¡Voy! —respondí, mientras recogía un par de tazas vacías y le sonreía a una pareja de jubilados que acababan de sentarse.

En esas estaba, con la cabeza a mil, cuando vi a Sergio cruzar la calle con ese andar despreocupado suyo y la camisa medio desabrochada. Venía con una carpeta en la mano, probablemente de la gestoría. Levantó la vista, me vio y me soltó una sonrisa de esas que solo él sabía poner.

—¡Pero bueno, si la reina del tapeo sigue viva! —dijo al llegar a la terraza, dejándose caer en una silla como si le doliesen los huesos.

—Y tú pareces recién salido de una reunión de la mafia —le respondí, señalando su camisa arrugada y esa carpeta de papeles que parecía a punto de explotar.

—Reunión no, tortura. La señora de la gestoría habla más rápido que tú con dos cafés. He firmado como veinte veces sin saber ni lo que firmaba.

Jorge y Lucía, que acababan de salir a fumar al lado de la puerta, se unieron a la conversación entre risas.

—A este le van a embargar hasta los calzoncillos —soltó Lucía con una carcajada.

—Eso si lleva, que yo ya lo dudo —añadió Jorge, y los tres estallamos en carcajadas mientras Sergio ponía cara de indignado.

—Me estáis difamando. Soy un empresario serio, respetado y honesto.

—Tú eres un payaso con suerte —le dije, dándole un golpecito en la cabeza con mi libreta de comandas—. Anda, ve pidiendo algo antes de que te eche por ocupar mesa sin consumir.

—Qué dictadura, por Dios —resopló mientras volteaba los ojos—. ¿Tengo que recordarte que soy el jefe? —Arqueó la ceja.

Justo en ese momento, oímos una vocecita a lo lejos gritando y llamándome como si le fuera la vida en ello.

—¡Mamiiiii!

Me giré justo a tiempo para ver a Nico cruzar la calle corriendo, vestido con un traje de Spiderman que le venía un poco grande, pero que llevaba con una dignidad heroica. Llevaba también unos botes de juguete en las muñecas, de los que salía una especie de cinta blanca que imitaba la telaraña. Detrás venían Rafa y Marga, riéndose con esa mezcla de ternura y resignación que solo los abuelos sabían poner.

—¡Cuidado con el coche! —grité, aunque ya estaba en la acera.

—¡Mira, mamá, soy Spiderman! ¡Pchooo! —me lanzó una telaraña imaginaria y luego se la lanzó a Sergio, que puso cara de dolor y de manera teatral se dejó caer hacia atrás.

—¡Me ha alcanzado! ¡Estoy herido! ¡Spiderman me ha derrotado! —gritaba Sergio desde el suelo, mientras Nico se lanzaba encima de él riéndose a carcajadas.

—Este niño está fatal —dijo Marga con una sonrisa—. Le hemos comprado el traje esta mañana y no ha querido quitárselo ni para comer.

—Gracias por traerlo —les dije, acercándome a ellos—. Estaba deseando verle.

Ambos me dieron un beso en la mejilla y sonrieron al ver a su hijo jugando con el mío.

—¡He atrapado a Sergio! —gritó Nico, todavía encima de él— ¡Ahora soy el jefe del bar!

—Pues seguro que lo harías mejor que él —bromeé yo, y todos nos echamos a reír.

Nos sentamos todos en una mesa grande de la terraza. Sergio volvió a la vida y pidió un par de tapas para compartir. Marga sacó del bolso una botellita de agua para Nico y un paquetito de galletas, que él aceptó encantado después de haberse cansado de lanzar telarañas a medio bar.

—Estábamos pensando en hacer algo para el viernes —dijo Rafa mientras removía su café—. Para celebrar mi cumpleaños, y que venga Álvaro también —comentó refiriéndose a mi primo.

—Sí, algo sencillo —añadió Marga—. Una cena en casa. ¿Qué te parece, Sofía?

—Perfecto, y Nico y yo vamos a hacer una tarta para el abuelo.

—¡Sí! ¡De chocolate con telarañas!

—Eso va a ser complicado, hijo —dije riéndome—, pero lo intentaremos.

Charlamos un buen rato. El sol ya empezaba a aflojar y la terraza se había quedado más tranquila. Nico se subió a mi regazo, cansado ya de tanta acción, y yo le acariciaba el pelo mientras hablábamos de la cena de cumpleaños.

Después del café, recogí mis cosas y me despedí de todos con un beso y un abrazo. Nico se despidió de Sergio con un choque de manos muy elaborado que habían ensayado durante semanas.

—Mamá, ¿me llevas al parque antes de ir a casa?

—Cinco minutos —le dije, guiñándole un ojo—. Pero primero, a casa a por agua.

Y así nos fuimos, caminando despacio, con Nico contándome su plan para ser Spiderman también el viernes, porque "los abuelos necesitan protección en las fiestas".

Caminábamos de vuelta a casa por la avenida principal, Nico a mi lado, todavía con el traje de Spiderman que empezaba a arrastrar por el suelo. La gente se le quedaba mirando con una sonrisa, y él saludaba a todos como si fuese una celebridad. Lo cierto es que no me importaba. A veces, ese entusiasmo suyo era justo lo que necesitaba para no venirme abajo.

Estábamos a punto de girar la esquina cuando lo vi. Era mi padre.

Me detuve en seco, como si se me hubiesen congelado los pies. Estaba apoyado en la pared de una tienda cerrada, con las manos en los bolsillos y esa postura suya de siempre, como si estuviera esperando a que el mundo se disculpara con él.

Instintivamente, tiré de la mano de Nico para cambiar de acera, pero él ya nos había visto.

—Sofía —dijo con un tono suave, dando un paso hacia nosotros.

Sentí un nudo en el estómago. Hacía años que no lo veía. Años desde que él y mi madre decidieron que no querían saber nada más de mí. Me mantuve

firme, sin soltar la mano de Nico.

—Hola —contesté, seca.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Él me miró unos segundos antes de bajar la vista hacia Nico, que le observaba con curiosidad.

—¿Quién es, mamá? —preguntó el niño, tirando suavemente de mi mano.

Mi padre se agachó entonces, poniéndose en cuclillas a su altura.

—Hola, campeón. Soy tu abuelo.

No me dio tiempo a decir nada. Me mordí la lengua con fuerza. Nico frunció el ceño, muy serio.

—Mi abuelo se llama Rafa. Tú no eres mi abuelo.

Mi padre sonrió, una sonrisa triste y algo torpe.

—Ya, claro. Rafa es el padre de Sergio, ¿verdad?

Nico asintió con orgullo, como si le hubiesen hecho una pregunta difícil en un concurso.

—Sí, y él es mi abuelo de verdad.

Yo suspiré, harta ya de la situación.

—¿Qué quieres, papá?

Él se incorporó con un gesto algo torpe. Se le notaban los años, pero la expresión seguía siendo la misma de siempre: esa mezcla de arrogancia y falsa ternura.

—Nada. Os he visto de lejos y… quería saludarte. Nada más.

—¿Después de seis años? ¿De repente te da por saludarme?

—No lo sé. Tal vez me he arrepentido de muchas cosas.

—Pues llega tarde —dije, apretando un poco la mano de Nico.

—Sofía, solo quiero…

—No. No quiero hablar. Ni ahora, ni otro día. No me busques. No lo hagas más difícil.

Se quedó callado, mirándome y no intentó justificarse. Tampoco se disculpó. Me miró como quien observaba algo que ya no le pertenecía, y bajó la cabeza ligeramente.

—Está bien —dijo al final, con un suspiro.

—Vamos, Nico —dije, tirando suavemente de él.

Nico le dedicó una última mirada y se puso muy serio.

—No me gusta ese señor, mamá —me dijo bajito.

—A mí tampoco, cariño —respondí mientras cruzábamos la calle en dirección contraria, sintiendo cómo todo el peso del pasado volvía a caerme encima como una losa.

Después de ese encuentro, necesitaba distraerme. Sentía el cuerpo tenso, como si llevara una mochila llena de piedras de la que no me hubiese dado cuenta que cargaba. Pero Nico seguía a mi lado, saltando en cada baldosa, cantando una canción que se inventaba sobre la marcha: algo sobre Spiderman, magdalenas y cumpleaños.

Pasamos por delante de la tienda de chuches, esa pequeña con el toldo a rayas verdes que siempre olía a gominolas ácidas y chocolate barato.

—¿Puedo coger algo, mamá? Solo un poquito, porfi —dijo Nico, juntando las manos como si rezara.

Lo miré y asentí con una sonrisa.

—Pero solo un paquetito pequeño, ¿eh?

Entramos y vi que la tienda estaba medio vacía; por suerte, la dependienta era una chica joven que ya conocía a Nico y sabía cómo lidiar con sus indecisiones infinitas. Mientras él debatía entre nubes azules o regaliz rojo, yo me quedé cerca de la entrada, respirando hondo, intentando soltar la tensión de antes.

Fue al salir cuando ocurrió.

Al girar para abrir la puerta, me topé de frente con un hombre vestido de negro. Casi tropezamos, y ambos murmuramos un "perdón" al mismo tiempo.

Entonces lo miré y se me congeló el alma. Era Daniel, o, mejor dicho, el cura Daniel.

Me miró, y entré en pánico pensando que me iba a reconocer, pero no lo hizo, o fingió no conocerme. Solo asintió, con esa cortesía fría que uno reservaba para los desconocidos, y apartó la vista.

Me quedé clavada en el sitio. Y justo entonces, como una puñalada suave y directa, escuché la voz de Nico.

—Mamá… ese cura se parece a mi papá.

Sentí cómo se me helaba la sangre.

—¿Qué has dicho? —pregunté, sin atreverme a mirarlo.

Daniel, que ya había empezado a entrar en la tienda, se giró. Nos miró a los dos, primero a mí, luego al niño. Su expresión cambió. Ya no era confusión, era… sorpresa. Desconcierto. ¿Miedo, quizá?

—Este cura… —repitió Nico, señalándolo con el dedo— Se parece a mi papá. ¡Mamá! ¡Es igual que en las fotos!

—No, cariño —dije rápidamente, agachándome frente a él y cogiéndolo del brazo—. Te estás confundiendo. No es él.

—¡Pero si se parece un montón!

Daniel no decía nada. Solo nos miraba, con los labios entreabiertos y los ojos fijos en Nico.

—Vamos, Nico —dije con una urgencia repentina, incorporándome—. Venga, que tenemos que ir a casa. Se está haciendo tarde.

—Pero mamá, ¡si es que...!

—¡Nico, basta!

Mi voz salió más fuerte de lo que esperaba. El niño me miró sorprendido y bajó la cabeza. Me sentí horrible, pero necesitaba salir de allí.

Salimos casi corriendo, dejando a Daniel plantado en la entrada, con cara de haber visto un fantasma.

Una vez en la calle, traté de normalizar el tono.

—¿Quieres que hagamos magdalenas con chocolate para mañana?

Nico seguía serio. Caminaba a mi lado arrastrando los pies.

—¿Por qué te has enfadado? —preguntó en un susurro.

—No me he enfadado contigo, mi amor, solo me he asustado. Pero ya está. ¿Sí? Venga, ¿hacemos magdalenas?

—¿Con pepitas de chocolate?

—Claro, y las decoramos como tú quieras.

—¿Con telarañas?

—Con telarañas de azúcar si hace falta.

Y entonces volvió a sonreír. Esa sonrisa que siempre lograba aflojarme el pecho, que me hacía pensar que quizá, solo quizá, todo estaría bien.

Al llegar a casa, Nico se quitó al fin el traje de Spiderman, no sin antes hacerme prometer que lo colgaríamos "como hacen los superhéroes cuando terminan su misión", y lo dejó cuidadosamente encima del sofá. Yo solté las llaves en el cuenco de la entrada, me recogí el pelo con una coleta alta y fui directa a la cocina.

—¡Vale, chef! —dije dando una palmada— ¿Estás listo para la operación magdalena?

—¡Síiii! —gritó desde su habitación, donde ya buscaba su delantal de dinosaurios.

En la cocina, sacamos la harina, los huevos, el azúcar, el cacao y todo lo que acabó cubriendo el suelo, la encimera, nuestras manos y hasta parte del techo por culpa de una explosión accidental de harina cuando Nico decidió que el "viento de superhéroe" era parte del proceso.

—¡Esto es una guerra de harina! —gritó él, lanzándome un puñado.

—¡Como lances otro gramo, te pongo a fregar los platos, Spiderman! —le dije entre risas.

Nos perseguimos entre la cocina y el salón durante al menos diez minutos, dejando un rastro blanco allá por donde pasábamos. Cuando por fin conseguimos meter las magdalenas en el horno, los dos estábamos sudados, con la ropa manchada y el corazón feliz.

—Oye —le dije, mientras recogíamos juntos los cacharros—, cuando seas mayor, ¿te vas a acordar de estas tardes con mamá?

—Sí —respondió muy serio—. Porque tú vas a seguir haciéndome magdalenas, aunque yo sea viejo.

—Trato hecho.

Después de limpiar el desastre, nos pusimos con la tortilla de patatas. Nico quería ayudar con las patatas, pero tras un intento fallido con el pelador y otro con el batido de huevos que acabó salpicando la pared, le encargué la importantísima misión de "probar si el aceite estaba lo suficientemente caliente", lo que se reducía a observar y dar su visto bueno.

Con la tortilla reposando, lo metí en la bañera. Jugó con su pato amarillo, cantó una canción inventada y chapoteó tanto que terminé empapada, y eso que yo no me había metido.

Luego me duché mientras él veía dibujos en el sofá. Al salir, le sequé el pelo, le puse su pijama favorito, el de dinosaurios con cremallera que ya le empezaba a quedar justo y que tenía que lavar todos los días, y cenamos juntos la tortilla viendo una película de animación que ya habíamos visto al menos veinte veces.

Cuando terminó la peli, Nico ya no podía con su alma. Se frotaba los ojos y bostezaba cada cinco minutos.

—Venga, campeón —dije acariciándole el pelo—, a la cama.

Lo llevé en brazos, aunque ya pesaba como un saco de cemento. Lo arropé, le di un beso en la frente y le susurré:

—Te quiero mucho, Nico.

—Yo también, mamá… —murmuró medio dormido— Hasta la luna y más…

Cerré la puerta despacio y volví al salón.

Me dejé caer en el sofá con el móvil en la mano y una manta sobre las piernas. El silencio de la casa me golpeó de lleno. Apreté la pantalla y, sin

pensarlo demasiado, abrí la conversación con Daniel.

Aún estaba ahí. No la había borrado nunca. Empecé a deslizar hacia arriba, leyendo mensajes antiguos. Algunos me hicieron reír en voz baja.

"¿Tú qué prefieres? ¿Qué, te invite a cenar o que cocine yo y arriesguemos la vida?"

"Quiero que sepas que esta tostada se ha quemado por mirarte tanto en la foto de perfil."

Y otros me dejaron sin aliento.

"Ojalá esta noche no se hubiera acabado nunca."

"Me encantas. Me encantas como estás, cómo hablas, cómo me miras. Me tienes, Sofía. Me tienes entero."

"Me da miedo esto. Pero más miedo me da no vivirlo contigo."

Seguí leyendo. Uno tras otro. Algunos más subidos de tono, otros románticos, otros solo tontos. Toda aquella historia que fue tan intensa, tan real, tan nuestra.

Y luego, sin buscarlo, se reprodujo sola la canción. Aquella canción de Juanes.

"Me enamora que me hables con tu boca, me enamora…"

Cerré los ojos y la dejé sonar. La habíamos escuchado mil veces aquel verano. En su coche, en mi casa, en el móvil mientras teníamos una cena improvisada en la playa y hablábamos de cómo sería el futuro.

Y ahora estaba sola. Con el pecho apretado y las lágrimas cayendo sin permiso, silenciosas, lentas, como si hubiesen estado esperando todo el día para salir.

Lo seguía queriendo con una fuerza que dolía, que me cabreaba, que me rompía por dentro.

Después de unos minutos, me limpié las mejillas con la mano, me obligué a cerrar la conversación y dejé el móvil a un lado.

Me levanté, fui al cuarto de Nico y lo observé unos segundos mientras dormía. Respiraba tranquilo, abrazado a su dinosaurio de peluche. Me acerqué, le acaricié la cabeza y le besé la frente.

—Te quiero más que a nada en este mundo —le susurré.

Apagué la luz, cerré la puerta con cuidado y me fui a la cama, deseando que el sueño me arrancara, al menos por unas horas, del peso de lo vivido.

Capítulo 10



Era jueves por la tarde y el cielo empezaba a teñirse de naranja cuando llegué a casa de Rafa y Marga. Aquella casa, con su jardín cuidado y las cortinas blancas ondeando por la brisa, siempre me había transmitido una paz que pocas veces encontraba en otros lugares. Toqué el timbre y no pasaron ni cinco segundos antes de que Marga abriera la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sofía, hija! ¡Pasa, pasa! Nico está en el salón con Rafa, han montado un circuito de coches por todo el suelo —me dijo, mientras me daba un beso en la mejilla.

Entré y el olor a café recién hecho y bizcocho de yogur me dio la bienvenida como una caricia. Dejé el bolso en la entrada y seguí a Marga hasta el salón, donde vi a mi hijo, tirado en el suelo bocabajo, conduciendo un cochecito por una especie de autopista hecha con almohadas, revistas y chanclas.

—¡Mamá! —gritó Nico, levantando la cabeza al verme— ¡He ganado la carrera de Rafa!

—Ah, ¿sí? ¿Y qué premio te han dado? —le pregunté con una sonrisa, agachándome para besarle la frente.

—Un trozo de bizcocho y permiso para correr otra —dijo Rafa desde el sofá, con los pies en alto y el mando del televisor en la mano.

—Menos mal que no eres el abuelo más estricto del mundo —bromeé.

—Yo soy abuelo de los buenos, de los que dan azúcar y se hacen los dormidos cuando hay que poner normas —dijo con una sonrisa pícara.

Nos reímos los tres y, después de unos minutos, Marga me llevó a la cocina para que pudiéramos charlar tranquilas mientras preparaba el café.

—¿Te quedas un ratito? Acabo de hacer café, y hay bizcocho del que te gusta —me dijo, mientras sacaba las tazas del armario.

—Un ratito, sí, pero luego tengo que irme con el enano a preparar la tarta para mañana.

—Ay, sí, el cumpleaños de Rafa… —dijo ella, dejando la cafetera sobre el fuego— Al final, ¿vas directa a casa desde el trabajo?

—Sí, he quedado con Sergio en que me largo corriendo en cuanto cierre la terraza, me paso por casa, me cambio y recojo la tarta. Nico y yo la vamos a preparar esta tarde. Él está convencido de que puede hacer magia con el chocolate —añadí, riendo.

Marga sonrió también, pero luego bajó la voz y me miró con una expresión algo más seria.

—Por cierto… Sergio me ha contado que viste a Daniel.

Me quedé helada por dentro.

—Pues sí. Y lo vi otra vez el martes, cuando recogí a Nico de casa. Nos cruzamos saliendo de la tienda de chuches y Nico… —tragué saliva— Nico dijo que se parecía al de las fotos.

Marga me miró con una mezcla de ternura y compasión.

—¿Te dijo algo?

—No, fingió que no me conocía. Ni una palabra, pero… me miró. Miró al niño como si intentara encajar algo. Fue muy raro.

Marga suspiró y me pasó una taza de café caliente. Luego, apoyó la espalda en la encimera y me habló en tono bajo, pero firme.

—Escúchame bien: tú no sabías quién era, por mucho que pienses que vas a ir al infierno por acostarte con un cura, eso es una tontería. Él debería habértelo contado. Tú no tienes la culpa de nada, Sofía.

—Ya lo sé… —murmuré, dándole vueltas al café sin probarlo— Pero fue todo tan intenso, Marga. Y ahora… verlo así, fingiendo que no me conoce, me rompe.

Ella se acercó y me dio un pequeño toque cariñoso en el brazo.

—Y si en algún momento él intenta algo, que sepas que no estás sola. Tiene derecho a sentirse culpable, pero tú no tienes por qué cargar con eso.

Asentí despacio. Hablar con Marga siempre me hacía bien, aunque a veces sus palabras dolieran un poco de lo ciertas que eran.

—Por cierto… —añadí después de un momento de silencio— Vi a mi padre también.

—¿A tu padre? —preguntó, sorprendida.

—Sí, en la calle. Parecía querer hablar conmigo, pero… ese tren pasó hace seis años. Ya no quiero nada con él.

Marga suspiró y me acarició la espalda con dulzura.

—Te entiendo, de verdad que sí, y jamás le perdonaré a tus padres cómo te trataron cuando más los necesitabas. Pero… si te pide cinco minutos, dáselos.

La miré con recelo.

—¿Tú sabes algo que yo no sé?

Ella puso una de esas sonrisas suyas, que parecían esconder medio mundo.

—Hay rumores, Sofía, pero no sé si son ciertos y no me gusta hablar de cosas que no puedo confirmar. Solo digo que, cuando estés preparada, lo hables con él, puede que necesites escuchar algo que no esperas.

Me tensé un poco. Algo en su tono me preocupó más de lo que quería admitir.

—¿Está enfermo?

—No lo sé —respondió— y no quiero llenarte la cabeza. Pero si algún día sientes que puedes… habla con él.

Justo en ese momento, Nico asomó la cabeza en la cocina.

—¡Mamá! ¡Tenemos que irnos! ¡Tenemos que preparar la tarta del abuelo antes de que sea de noche!

Marga y yo nos reímos.

—Ese niño tiene una agenda más apretada que un ministro —dijo ella.

Me levanté, le di un beso en la mejilla y cogí el bolso.

—Gracias, Marga, por todo.

—Tú sabes que esta casa es tuya —me dijo, abrazándome brevemente—. Nos vemos mañana, ¿vale? Y dile a ese chef enano que quiero una tarta bien cargada de chocolate.

—Eso está hecho —le respondí mientras salía por la puerta con Nico saltando a mi lado—. ¡Hasta mañana!

Cuando llegamos a casa, Nico se quitó los zapatos nada más entrar y los dejó tirados en mitad del pasillo, como si fuera su ritual personal para marcar territorio. Me limité a suspirar mientras cerraba la puerta y dejaba las llaves en su sitio.

—¡El delantal, chef! —le dije, dando una palmada.

Él corrió a su habitación Y yo aproveché para poner música en la cocina, una *playlist* de canciones animadas que solíamos poner en días así, y me recogí el pelo en un moño algo desastroso. A los pocos segundos, Nico apareció con su delantal y una espátula en la mano.

—Estoy listo para hacer la mejor tarta del mundo mundial —dijo muy serio.

—¿Y si hacemos la segunda mejor tarta? Por si la primera explota en el horno —le guiñé un ojo.

—Vale, pero solo si tiene triple chocolate.

—Trato hecho.

Nos pusimos manos a la obra. Sacamos los ingredientes y los fuimos colocando en orden como si estuviésemos a punto de grabar un programa de televisión. Nico rompía los huevos con demasiado entusiasmo, lo que significaba una cáscara o dos en la masa, y yo intentaba controlar la situación sin estresarme demasiado.

—Mamá, ¿puedo echar todo el cacao?

—No, todo no, que si no se va a poner tan negra que no sabremos si es tarta o una cueva oscura.

—¡Mamá! —rio— ¡No exageres!

Nos reíamos a carcajadas mientras mezclábamos, probábamos la masa, algo que hicimos varias veces, y decorábamos con trocitos de chocolate, virutas de colores y algunos trozos de galleta desmenuzada. Era una obra de arte imperfecta, caótica y maravillosa.

Cuando por fin metimos la tarta en el horno, el aire de la cocina ya olía a gloria. Y justo entonces sonó el timbre.

—¡Yo abroooo! —gritó Nico, corriendo como un loco.

Escuché la puerta abrirse y, al instante, un chillido agudo y entusiasmado.

—¡Álvaro!

—¡Soldado en apuros! ¡¡He venido a salvarte!! —respondió la voz grave y alegre de mi primo.

Me giré justo a tiempo para verlo entrar en la cocina, con el uniforme del ejército todavía puesto y una caja de pizza en una mano.

—¿Pero tú te crees que se puede venir así a casa? ¿Qué van a decir mis vecinos? —bromeé, riendo, mientras me limpiaba las manos en un trapo.

Álvaro dejó la caja sobre la mesa, se acercó y me dio un beso en la frente.

—He hecho una misión exprés solo para Nico. Pizza sin brócoli, sin patatas cocidas y sin verduras sospechosas.

—¡Me has salvado la vida! —dijo Nico, poniéndose dramático— ¡Mamá quería matarme con brócoli!

—Traidor —le dije, dándole una colleja suave.

Álvaro se rio con fuerza y se quitó la chaqueta del uniforme, colgándola en la silla.

—Voy a bañar al enano antes de que se convierta en masa de chocolate andante.

—Está en tus manos, cabo primero —dije, señalando el pasillo con solemnidad.

Los oí desde la cocina mientras fregaba los utensilios y recogía los restos de la preparación de la tarta. Álvaro y Nico se reían a carcajadas, lanzándose chorros de agua, haciendo sonidos de helicópteros y fingiendo explosiones. Era imposible no sonreír escuchándolos.

Mi primo quería al niño como si fuera hijo suyo, se desvivía por él y, a pesar de lo mucho que yo me negara, siempre acababa consintiéndolo mucho más de lo que yo lo hacía, y le compraba todo eso que mi hijo le decía que yo me había negado a comprarle.

Sí, mi hijo era un experto en chantajes emocionales con todos y cada uno de nosotros.

Capítulo 11



Mientras el horno seguía con su magia, me metí en la ducha. El agua caliente me cayó como una bendición sobre los hombros tensos. Cerré los ojos y, durante unos minutos, no fui madre, ni camarera, ni mujer con historias pendientes. Fui simplemente yo. Al salir, me puse ropa cómoda, una camiseta grande y unos pantalones de algodón, y volví a la cocina.

Álvaro y Nico habían puesto la mesa. Incluso habían doblado las servilletas como "barquitos de guerra".

—¡Soldado Nico reportándose para cenar, señora! —dijo él, saludando como si estuviera en formación.

—A sus órdenes, recluta.

Saqué la tarta del horno con mucho cuidado y la dejé sobre la encimera. El aroma era embriagador.

—Tiene buena pinta, ¿eh? —dijo Álvaro, acercándose.

—Si sobrevivimos al empacho de chocolate, lo celebraremos —respondí.

Cenamos los tres en el salón, viendo una de esas películas de dibujos absurdas, pero que hacían reír a Nico como si fuese el mejor humor del mundo. La pizza estaba deliciosa y el ambiente, cálido, de esos que no se podían fingir.

Cuando terminamos, Álvaro cogió a Nico en brazos como si fuese un saco de patatas.

—Hora de llevar a este guerrero a su base.

—¡Nooo! ¡Un episodio más!

—Ni hablar. Hay que descansar para el cumpleaños del abuelo. Misión Tarta está en marcha.

Le oí contarle una historia inventada mientras lo arropaba en la cama, algo sobre un ejército de peluches que luchaban contra el monstruo del pijama arrugado. Me quedé de pie en la cocina, bebiendo agua y sonriendo sin querer.

Cuando volvió, se dejó caer en el sofá con un suspiro exagerado.

—¿Qué haces bebiendo agua a estas horas, mujer? Esto requiere cerveza.

—¿Es una orden militar? —pregunté, divertida.

—Es una súplica civilizada.

Saqué dos cervezas frías de la nevera, le pasé una y nos sentamos en el sofá.

—¿Y bien? ¿Por qué esa cara rara que tenías cuando llegué?

—¿Cara rara?

—Te conozco, Sofía. Vamos, suéltalo.

Le conté lo del encuentro con mi padre. Cómo me miró. Cómo intentó hablar. Lo mucho que me removió sin decirme casi nada.

Álvaro asintió, sin juzgarme.

—Me ha dicho Marga que puede que esté enfermo —añadí.

Él se quedó en silencio unos segundos, luego bajó la mirada.

—Le han encontrado un tumor en el páncreas.

Sentí que se me encogía el estómago.

—¿Y es grave?

—No lo sé con certeza, pero no es algo pequeño. Yo… no quería decírtelo, pero si Marga te ha insinuado algo, es porque también se lo teme.

—Me da pena, de verdad que sí, pero… no puedo perdonarlo. No puedo volver a su vida como si nada.

—No tienes que hacerlo, solo quería que supieras la verdad.

Asentí, agradecida, me bebí otro trago largo de cerveza y luego, sin mirarlo, solté:

—También he visto a Daniel.

Álvaro se giró hacia mí con una ceja arqueada.

—¿El cura?

—El mismo. Me crucé con él en la calle y Nico lo miró y dijo que se parecía a su padre, que era igual que en las fotos.

Álvaro silbó.

—Si yo viera a mi padre vestido de cura, me quedaría petrificado.

—Tú y medio mundo —respondí, riendo.

Nos reímos los dos, y durante un rato hicimos bromas, como cuando éramos críos. Cuando se levantó para irse, me dio un beso en la frente.

—Eres la mejor madre que conozco, Sofía, y aunque tengas todos esos líos encima, sigues sacando sonrisas. Eso tiene mérito.

—Gracias, Álvaro.

—Te quiero, ¿vale? Mucho.

—Y yo a ti.

Cerré la puerta cuando se fue y me quedé un rato apoyada en ella, respirando hondo. El silencio volvió a llenar la casa, pero no era un silencio pesado. Era… melancólico.

Recogí un poco los platos, metí la pizza que sobró en la nevera y dejé la tarta tapada para que reposara bien hasta el día siguiente. Nico dormía profundamente; le eché un vistazo rápido, seguía en su misma postura de siempre, bocabajo, abrazando su dinosaurio como si fuera un tesoro.

Me preparé una infusión, aunque sabía que no iba a dormirme pronto, y me acurruqué en el sofá, envuelta en la manta, con el móvil entre las manos.

Sin pensarlo demasiado, abrí la carpeta de fotos que tenía escondida en la nube, esa donde nunca me atrevía a entrar y en la que había fotos del verano con Daniel.

Había una en concreto que siempre me sacaba una sonrisa triste. Salíamos los dos, tumbados en el césped de aquel parque. Él llevaba gafas de sol y yo le estaba haciendo una burla, sacando la lengua. Él me rodeaba con un brazo y tenía esa sonrisa de medio lado que era tan suya.

Toqué la pantalla y, como si mi mente hubiese estado esperando esa orden, todo volvió a mí…

Fue una noche calurosa, de esas que te obligaban a ir por la calle buscando las sombras de los árboles y bebiendo litros de agua helada, y Daniel me había recogido en su coche.

—¿A dónde vamos? —le pregunté, sonriendo con intriga.

—Confía en mí —respondió con esa voz suya tan tranquila, tan segura.

Condujo durante casi una hora, alejándonos de todo. Paramos en un claro, en medio del campo, donde el cielo era inmenso y las estrellas se veían sin filtros. Había traído una manta, dos cervezas, algo de picoteo y un altavoz pequeño donde sonaba una canción suave, de esas que parecía escrita para nosotros.

Nos tumbamos bocarriba y, sin darnos cuenta, pasamos horas hablando de todo y de nada. Me habló de sus miedos, de sus dudas. Yo le hablé de mi infancia, de mi madre, de lo sola que me había sentido a veces.

Y luego me besó.

Suavemente, con respeto y deseo a la vez. Un beso que no era una promesa, sino una entrega. Nos besamos como si no existiera el mundo más allá del campo y las estrellas. Sus manos me rodearon la cintura, su aliento se mezclaba con el mío. Y, poco a poco, con una calma casi dolorosa, empezamos a desnudarnos.

—¿Estás segura? —susurró mientras sus dedos acariciaban mi mejilla.

—Más que nunca.

Hicimos el amor allí, sobre la manta, con el calor del verano pegado a nuestra piel y el cielo como único testigo. Fue lento, profundo, íntimo. Aún podía recordar su respiración entrecortada en mi oído, su cuerpo temblando cuando me abrazaba con fuerza, como si quisiera fundirse conmigo.

Me recorrió con las manos como quien estudiaba un mapa. Me besó los hombros, el cuello, el estómago. Me hizo el amor con una mezcla de ternura y pasión que no había vuelto a sentir con nadie.

Y yo le correspondí igual. Sin prisas. Sin miedos. Con la sensación de estar haciendo algo sagrado, aunque ninguno de los dos lo dijera en voz alta.

Después, nos quedamos tumbados, con mi cabeza sobre su pecho, escuchando su corazón.

—No quiero que esto se acabe nunca —dije en voz baja.

Él me besó el pelo.

—No se va a acabar —me prometió.

Mentira.

Lo peor de todo era eso: que nunca me lo dijo. No me dio la oportunidad de elegir. De saber la verdad. Se acostó conmigo, me llenó de ilusiones, de palabras preciosas, de promesas… y se guardó lo más importante.

Que no podía ser. Que nunca iba a poder ser. Que él había escogido otro camino antes de conocerme, y que yo, sin saberlo, era un desvío.

Una noche más, volví a llorar por él.

No era justo. No después de tanto tiempo. No después de haber construido una vida sin él. No después de haber criado a Nico sola, sin rencores, con todo el amor del mundo. No después de haberlo perdonado en silencio una y otra vez.

Pero ahí estaba otra vez. Su imagen. Su voz. El recuerdo de sus manos en mi piel. De su boca recorriendo la mía. De los “te quiero” que nunca llegó a decir con palabras, pero sí con gestos.

Y me dolía. Me dolía como si fuese ayer.

Me sequé las lágrimas con ambas manos y apagué el móvil. Me acerqué al cuarto de Nico, empujé suavemente la puerta y lo vi ahí, dormido, sereno. Me agaché y le di un beso en la frente.

—Te quiero más que a nada, mi vida —le susurré.

Y entonces, con el corazón aún hecho un nudo, me metí en la cama. Cerré los ojos, deseando no soñar con Daniel, pero sabiendo, en el fondo, que lo haría.

Capítulo 12



Era viernes por la tarde y salía del trabajo con la sensación de haber corrido una maratón. Tenía las piernas algo cansadas, el pelo recogido deprisa en una coleta y un leve olor a café impregnado en la ropa, de esos que no se quitaban hasta que te duchabas.

Caminaba con paso rápido por la calle, mentalmente repasando todo lo que tenía que hacer antes de ir a casa de Rafa y Marga para la cena de cumpleaños. Iba a cruzar la calle frente a la librería cuando lo vi. Daniel.

Vestido de negro como el cura que era y ese andar suyo, relajado, pero firme. Me observó un instante, y justo cuando pensé en dar media vuelta y escapar, se acercó.

—Perdona… —me dijo, con una voz que me resultó tan familiar como extraña— Tú estabas el otro día en la tienda de chuches con un niño, ¿no? El que dijo que yo me parecía a su padre.

Me quedé en blanco. Por un segundo, no supe si mi cerebro se había congelado por el impacto de su voz o por la certeza de que, efectivamente, me estaba hablando como si no me conociera.

No podía ser real.

—No… —murmuré al fin, dando un paso atrás— Creo que te confundes de persona.

—Ah… —Daniel frunció levemente el ceño, pero sonrió como si no le molestara— Perdona entonces, debí equivocarme.

Y antes de que dijera algo más, me giré y me fui rápido. Demasiado rápido. Notaba los latidos del corazón retumbándome en los oídos, como si alguien hubiera encendido una alarma dentro de mi pecho.

Caminé deprisa, sin atreverme a mirar atrás, deseando no haberme ruborizado como una cría. Me temblaban las manos. No entendía cómo podía seguir afectándome así.

Habían pasado seis años. Seis. Y, sin embargo, al mirarle, había vuelto a sentir ese algo que creía enterrado. Porque él seguía igual. O casi. Tenía esa mirada suya, intensa, profunda, que parecía que se colaba hasta los rincones más escondidos de mí. Y eso era lo que me descolocaba: que me mirara así… pero sin reconocerme.

Pero claro que me conocía. Muy bien. Muy íntimamente.

Entré en casa sin saber muy bien cómo había llegado. Cerré la puerta y me apoyé en ella con los ojos cerrados. Fue como si todo mi cuerpo gritara por dentro.

Y entonces, el recuerdo llegó como un puñetazo suave. Como una corriente eléctrica atravesándome la piel…

Habíamos salido a cenar y terminamos volviendo a pie, riendo como dos adolescentes que se acababan de escapar del mundo. Hacía calor. Me llevaba de la mano, como si fuéramos cómplices de un secreto que solo nosotros entendíamos.

Entramos en su piso, y antes de que pudiera decir nada, me acorraló suavemente contra la puerta.

Me besó despacio, rozando mis labios con una mezcla de hambre y devoción. Como si besarme fuera un acto sagrado. Sus manos se aferraban a mi cintura mientras mi camiseta se deslizaba poco a poco hacia arriba. Mis dedos se colaron bajo la tela de su camisa, buscando su piel cálida.

Fuimos desnudándonos sin prisa, con una ternura rabiosa. Aún podía recordar perfectamente cómo su boca recorrió mi cuello, mis clavículas, bajando despacio. Cómo me hizo temblar al susurrarme palabras al oído, mientras mis piernas se enredaban en su cintura.

—No tienes ni idea de lo que me haces sentir —me dijo, entre jadeos.

La cama crujía bajo nosotros, pero no nos importaba. Todo era calor, suspiros, gemidos ahogados en su boca. Me acarició con una dulzura feroz, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi cuerpo. Mis uñas arañaron su espalda mientras él se movía dentro de mí, lento al principio, profundo después.

Nos perdimos en ese ritmo perfecto, donde no existía ni el tiempo, ni el mundo, ni la lógica. Solo él. Solo yo. Solo eso.

Cuando llegué al clímax, él me sostuvo con fuerza, besándome como si me fuera a romper. Y después, mientras aún latíamos uno contra el otro, se tumbó a mi lado y me abrazó en silencio.

Fue una de esas noches en las que entendías que habías cruzado una línea de la que no podías volver.

Volví al presente con un nudo en el pecho. Sentía la piel erizada, los ojos húmedos y un sabor agridulce en la boca.

¿Cómo era posible que él no me hubiera reconocido?

Me metí en la ducha sin pensarlo más. Dejé que el agua caliente resbalara por mi cuerpo mientras intentaba borrar el temblor de la memoria, la punzada del deseo, la tristeza de haber sido olvidada.

Me enjaboné despacio, cerrando los ojos, y por un instante deseé gritar. No por rabia. Por impotencia. Por el hecho de que él pudiera mirarme y no ver a la mujer que una vez tuvo entre sus brazos.

Salí del baño, me vestí con un vestido sencillo, pero bonito, me maquillé un poco y me hice un moño desenfadado. Puse la tarta que Nico y yo

habíamos preparado en una caja, la metí con cuidado en una bolsa y salí de casa, dispuesta a dejar atrás todo lo que Daniel removía en mí.

Era la noche del cumpleaños de Rafa, y me necesitaba entera.

Cuando llegué a casa de Rafa y Marga, el olor a barbacoa me recibió antes incluso de cruzar la verja del jardín. Sonreí al escuchar las risas y las voces entremezcladas: era imposible no reconocer la de Nico, chillando como si estuviera en medio de una misión secreta, y la de Sergio, haciéndose el escandalizado mientras corría por el césped.

—¡Alto ahí, ladrón! ¡Devuélveme ese chorizo!

—¡Jamás, policía malvado! ¡El chorizo es mío!

Y entonces vi la escena: Nico, completamente empapado, con una pistola de agua en la mano, disparando contra Sergio, que también estaba chorreando, fingiendo huir con un trozo de chorizo en la mano.

—¡Ha robado antes de que el abuelo diga que se puede comer! —gritó mi hijo, riéndose tanto que casi se cayó al suelo.

Me apoyé en la valla un segundo, disfrutando de la escena. Era uno de esos momentos en los que el corazón se te llenaba sin pedir permiso.

Marga salió del porche sacudiendo un trapo de cocina y riéndose.

—¡Esos dos son tal para cual! —dijo, mirándome y negando con la cabeza — No sé quién es más niño, si tu hijo o el mío.

—Yo tampoco, la verdad —respondí, acercándome con la tarta en las manos—. Vengo en son de paz. He traído dulzura casera.

—¡Esa tarta huele que alimenta! —dijo Rafa desde la barbacoa— ¿La habéis hecho tú y Nico?

—Sí, y sin envenenarla, palabra de madre.

En ese momento apareció Álvaro por la parte trasera del jardín, con su chaqueta militar al hombro y una sonrisa de esas que te desarmaban. Lo saludé con un gesto y me acerqué.

—¿Has traído el regalo?

—Aquí lo tengo, reina. Guardado como oro en paño —me dijo, al tiempo que me hacía un guiño.

—Perfecto —le sonreí—. No sabes la ilusión que le va a hacer.

Nos sentamos en la mesa que Marga y Rafa habían preparado bajo la pérgola, decorada con unas luces cálidas y velas pequeñas. La noche era ideal: cielo despejado, temperatura perfecta, olor a carne asada y cerveza fresca en las jarras.

Durante la cena hubo risas constantes, bromas sin parar y travesuras de Nico, que todos celebrábamos con carcajadas. Mi hijo estaba en su salsa, entre bocados de panceta y carreras con la pistola de agua, no paró ni un segundo.

Cuando llegó el momento de la tarta, fue Sergio quien la sacó con todo el teatro del mundo.

—¡Atención! ¡Pasillo real para la tarta de su majestad don Rafa, en su sexagésimo primer cumpleaños!

—¡No hay necesidad de recordarme lo viejo que soy! —gruñó Rafa, aunque sonreía de oreja a oreja.

La tarta estaba cubierta de velas, las sesenta y una, ni una menos. Y al verla, Rafa resopló.

—Pero, ¿qué queréis, que me dé un infarto soplando esto?

—¡No te preocupes, abuelo! —dijo Nico con la boca llena— ¡Yo te ayudo! ¡Vas a necesitar un montón de aire!

Todos estallamos en carcajadas mientras Rafa y Nico soplaban las velas juntos. Fue uno de esos momentos que querrías guardar en un frasco para siempre.

Después vinieron los regalos. Marga le entregó una pequeña caja con unos gemelos nuevos, elegantes y discretos, que él agradeció con un beso en la mano. Sergio sacó un estuche de madera con un reloj de firma precioso, al que Rafa le dio mil vueltas diciendo que eso no era necesario, que ya tenía reloj, aunque se le notaba emocionado.

Y luego nos tocó el turno a Álvaro y a mí. Le entregamos un paquete envuelto en papel *kraft*, con una cinta de tela verde oliva. Cuando lo abrió, se quedó en silencio.

Era una réplica exacta de la insignia que había llevado durante su servicio en el ejército, junto con una fotografía antigua restaurada, donde aparecía él con sus compañeros en misión humanitaria. Se le humedecieron los ojos. Y aunque no dijo nada al principio, se levantó y me abrazó con fuerza, con esa torpeza cariñosa que siempre había tenido.

—Gracias, Sofía. De verdad, no sabes lo que significa esto para mí.

—Sí lo sé —le susurré.

La noche siguió entre copas, historias de juventud de Rafa, que hacían reír a todos y juegos con Nico, que iba de unas piernas a otras reclamando atención.

En un momento dado, Sergio me miró con una media sonrisa.

—Oye… ¿Y si nos vamos a tomar algo después? Tú, Álvaro y yo. Hace siglos que no salimos los tres juntos.

Negué suavemente, mirándolo como quien intentaba ser responsable.

—Teniendo a Nico, no, gracias.

—¿Y si te digo que puede quedarse a dormir aquí? —intervino Marga, sin levantar la vista de su copa— Te aseguro que no va a echarte de menos con los abuelos.

—¡Sí, mamá! ¡Quiero quedarme aquí! —dijo Nico, saltando de alegría— ¡Y ver una peli con el abuelo!

Los miré, derrotada.

—Sois lo peor.

—Lo sabemos —dijeron a coro, entre risas.

Y así fue como, sin tenerlo planeado, acabé aceptando. Me despedí de Nico con un beso largo y una advertencia de madre.

—Nada de azúcar después de las diez, nada de guerras en el salón y no te subas al respaldo del sofá.

—Prometido, mamá —contestó besándose el pulgar el muy zalamero.

Cogí mi bolso y salí con los chicos. Iba a intentar divertirme, aunque solo fuera por un rato. Aunque en el fondo, el peso de lo vivido ese día aún me quemaba por dentro.

Entramos en el local con una mezcla de emoción y nostalgia. No es que yo saliera mucho, sin reloj, sin niño, sin responsabilidades pegadas a la espalda como una mochila invisible. La música sonaba a todo volumen, una mezcla de reguetón, bachatas conocidas y ritmos latinos que te obligaban a mover los pies, aunque no quisieras.

—Esto está lleno de veinteañeros —murmuré, mirando alrededor.

—Y nosotros somos los veteranos sexis —respondió Álvaro, guiñándome un ojo mientras se acercaba a la barra.

Sergio se reía a carcajadas.

—Veteranos, dice… Si tú estás más bueno que el pan con tomate. Y que me prives de probarte, hijo mío… —resopló.

—Me halaga, pero me van más las morenas de ojos marrones —respondió Álvaro, mientras la señalaba con la barbilla—. Como esa de ahí.

—¿La camarera? —pregunté— Le doy cinco minutos para ir a por ella —le dije a Sergio.

—Yo le doy dos.

Nos pedimos unos chupitos de vodka para empezar y luego unas copas. Yo opté por un gin tonic con mucho hielo y poco postureo. Sergio se pidió algo colorido, con nombre exótico, y Álvaro un whisky sin tonterías.

La música cambió, y una bachata conocida empezó a sonar. Sergio me agarró del brazo con su entusiasmo habitual.

—¡Esta sí! ¡Vamos, hermana monja, a bailar!

—No soy monja, idiota —dije entre risas—. Aunque empiezo a parecerlo.

—¡Pues al convento no te dejan entrar con ese escote!

Nos reíamos tanto que no nos dimos cuenta del chico que se acercaba a Sergio hasta que estuvo a su lado. Era guapo. De esos que llamaban la atención sin hacer esfuerzo. Miró a Sergio con seguridad y entonces habló.

—¿Puedo invitarte a una copa? Te he estado observando… y sé que tú también me has visto.

Sergio parpadeó un segundo y luego le soltó:

—Solo si invitas también a mi hermana la monja.

El chico me miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Eres monja?

—¡No! —exclamé, volteando los ojos— Es broma. Lo que pasa es que llevo tanto tiempo sin estar con un hombre que ya me lo estoy empezando a plantear.

—Y eso que es madre —añadió Álvaro desde la barra—. Que, si fuera por Sergio, ya estaba metida en clausura.

Reímos todos mientras el chico se presentaba, y poco después él y Sergio se fueron a bailar. Álvaro levantó su copa y brindamos.

—Por las noches que no planeamos y que terminan por salvarnos un poquito.

Asentí. Estaba disfrutando. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía libre, como si la vida no pesara tanto.

Me quedé sola un momento, observando cómo Sergio se reía en la pista con su nuevo ligue, y cómo Álvaro hablaba animadamente con la camarera, que parecía encantada con él. Sonreí. Me encantaba verlos felices. Me hacían sentir protegida, rodeada, querida.

Pero entonces, algo cambió. Ocurrió en un segundo. Al girarme hacia la zona de sofás altos, lo vi. Era Daniel.

Vestido de manera informal. Camisa blanca arremangada hasta los codos, vaqueros oscuros, copa de whisky en la mano. Estaba con un grupo de hombres, riéndose de algo que uno acababa de decir. Se le veía cómodo, relajado, natural.

Y guapo. Jodidamente guapo.

Me quedé paralizada. Y en ese instante, otro recuerdo me asaltó sin avisar, como una corriente que me arrastró sin poder resistirme…

Daniel me cogía de la mano mientras bailábamos una bachata que sonaba fuerte. Nos reíamos. No nos importaba el mundo.

—Bailas fatal —me dijo, y luego me giró con una vuelta torpe y me apretó contra él.

—Y tú, eres un mentiroso —le contesté, mordiéndome el labio.

Nos besábamos entre canción y canción. Su boca sabía a ron y a ganas. A veces me susurraba al oído cosas que me hacían reír. Otras cosas que me hacían desearlo.

—Te quiero, Sofía.

Me quedé helada cuando me lo dijo.

—¿Qué?

—Que te quiero. No me preguntes desde cuándo. Solo sé que es verdad.

Y entonces me besó, como si esa declaración le hubiese liberado. Como si lo llevara guardando días.

Volví al presente con un nudo en la garganta. Intenté tragar saliva, pero me dolía hasta el pecho.

—Está aquí —murmuré.

Álvaro se giró.

—¿Quién?

—Daniel. Está ahí.

Sergio regresó a nuestro lado justo en ese momento, sudado, pero sonriente, con el chico pisándole los talones.

—¿Qué pasa?

—Está ahí —repitió Álvaro, señalando discretamente.

Sergio giró la cabeza y su rostro se transformó.

—Joder… Es él. Está igual. Un poco más maduro, pero está igual. Y más cachas, el cabrón.

Yo sonreí con tristeza.

—Sí. Igual que hace seis años.

—¿Quieres irte? —preguntó Álvaro enseguida, y asentí.

—Sí, antes de que me vea.

Me despedí de ellos con un beso en la mejilla a cada uno. Prometí que estaba bien, que solo necesitaba aire. Cogí el bolso y caminé con paso firme hacia la salida, pero al pasar cerca de la zona donde estaba él, no pude evitar mirar.

Y allí estaba, riéndose. Como solía hacer. Con esa sonrisa torcida que conocía tan bien. Con esa forma de mirar a los demás como si nada le afectara. Como si yo no hubiera sido nunca nada.

Y me dolió.

Porque me había mirado dos veces en esta semana… y no me había reconocido. Y eso no era normal. Porque yo estuve en su vida. Porque me dejó algo que nunca llegó a saber.

Y si estaba en mi mano… jamás lo sabría.

Capítulo 13



El sol entraba por las rendijas de la persiana con la suavidad de una caricia, iluminando la cocina con esa luz dorada de los martes tranquilos. El olor del café recién hecho se mezclaba con el del pan tostado y la mermelada de fresa, creando un ambiente que me hacía sentir que, al menos por un rato, todo estaba en su sitio.

Nico comía con la cara llena de migas y las mejillas infladas. Tenía esa energía inagotable y esa forma tan suya de hablar como si el mundo fuera un lugar lleno de posibilidades infinitas.

—Y después, cuando dejemos las cosas en casa del abuelo Rafa —dijo con los ojos brillando—, vamos a ir a un sitio en la playa a buscar cangrejos pequeñitos. Pero no para quedárnoslos, ¿eh, mamá? Los vamos a devolver al mar. Porque el abuelo dice que los cangrejos tienen que estar con su familia, igual que yo.

Asentí con una sonrisa mientras le limpiaba un poco la comisura de la boca. Su lógica era tan pura que dolía.

—Muy bien. Me parece estupendo que los devolváis —le dije, observando cómo seguía hablando sin parar mientras bebía su leche con cacao.

—Y vamos a buscar conchas también. La abuela Marga quiere decorar su estantería nueva, esa que puso al lado del sofá donde lee los cuentos de misterio. ¿Sabes cuál?

—Claro que sé cuál, cielo. Le encanta ese rincón.

—Dice que las conchas blancas son las mejores, pero yo voy a buscar de colores. Porque así queda más bonito. Como un arcoíris.

Lo miré, con la taza de café entre las manos, y me quedé un instante atrapada en su carita feliz. En su vocecita emocionada. En ese entusiasmo tan genuino por la vida. Y aunque reía con él, una sombra inevitable me cruzó por dentro.

Rafa, ese hombre que hacía de abuelo, el que lo criaba como si fuera suyo desde que el verdadero nos dio de lado.

Y también pensé en Daniel. Ese hombre al que no había visto en más de seis años. Ese del que me enamoré con una intensidad que no había sentido jamás. Ese que desapareció sin despedirse, dejándome una promesa de amor rota y un test de embarazo positivo entre las manos.

Desde entonces, no había vuelto. Hasta ahora.

Me estremecí.

—¡El telefonillo! —gritó Nico de repente, saltando de la silla como un rayo.

Yo aún no había terminado el café cuando él ya corría hacia su habitación a toda prisa para buscar su mochila. Desde la cocina escuché el traqueteo de los libros cayendo al suelo, una mochila cerrada a la fuerza y una voz infantil gritando.

—¡Es el abuelo! ¡Es el abuelo!

En cuestión de segundos apareció en la puerta con las sandalias torcidas y el sombrero azul que le regaló Marga.

—¡Adiós, mami! ¡Te quiero hasta la luna y más!

—Y yo a ti, cariño. Pórtate bien, ¿eh? Recoge todo lo que cojas.

—¡Sí!

Y salió disparado escaleras abajo, como si le esperara una aventura de película. Me acerqué a la ventana de la cocina y lo vi correr hasta el coche de Rafa, que lo recibió con los brazos abiertos y una sonrisa gigantesca. Se me hizo un nudo en la garganta, uno suave, casi dulce.

Tuve que obligarme a espabilar. Me lavé los dientes, recogí la cocina, me recogí el pelo en una coleta alta y salí rumbo al bar de la playa. El cielo estaba despejado, la brisa traía olor a sal y a crema solar, y los turistas ya empezaban a llenar la avenida.

El bar de Rafa y Marga era mi segundo hogar. Llevaba trabajando allí seis años y, como decía Sergio, los que me quedaban todavía. El local tenía ese encanto rústico con sombrillas de esparto y mesas de madera clara. Al fondo, donde la brisa se mezclaba con el ruido del mar, estaba Sergio.

Sergio era mi jefe, mi amigo del alma, mi hermano del corazón y, según él mismo, “la madre gay que la vida me puso porque no tenía suficiente drama con mis propios padres”.

—¡Sofía, llegas tarde! —gritó desde la barra sin dejar de agitar la coctelera — Hoy han venido todos los turistas alemanes al mismo tiempo.

—¡Ya estoy aquí, ya! —reí mientras me ataba el delantal.

—Menos mal que al menos vienes mona, porque esto es un caos.

El día transcurrió entre idas y venidas con bebidas, risas con clientes, niños pegajosos de helado y un par de alemanes que insistían en pedir "mojito sin alcohol, pero con sabor". En un momento me tropecé con uno de los camareros, Manu, y casi se me cae la bandeja, pero Sergio, desde el otro lado de la barra, gritó:

—¡A esta mujer le falta un novio y le sobran los pasos en falso!

—¡Me faltan vacaciones, Sergio! —respondí entre carcajadas.

Cuando por fin llegó la hora del mediodía y los clientes se dispersaron bajo las sombrillas, Sergio y yo nos sentamos en una de las mesas con vistas al mar. Él traía dos platos de paella y esa mirada brillante que solo se le ponía cuando tenía un chisme que contar.

—Vale. Cuéntamelo todo. ¿Cómo fue la cosa con el chico del sábado?

Se me encendieron los ojos solo de verlo tan emocionado.

—Se llama Iván —empezó—. Tiene treinta y ocho años, Sofía. ¡Treinta y ocho! Y no lo aparenta para nada. Es el dueño de un hotel en Valencia, ¿te lo puedes creer? Está aquí en Cádiz porque va a abrir uno nuevo y están reformándolo. Dice que se quedará un tiempo por la obra, y que le encanta el sur.

—¿Y tú? ¿Le encantas tú también?

—Ay, cariño… me hace sentir cosas. ¿Eso es normal?

—Claro que sí. Si te hace sonreír así...

—Me ha estado mandando mensajes todos estos días. Esta mañana me ha escrito uno precioso, Sofía. ¿Te lo enseño?

Asentí con entusiasmo y él sacó el móvil. Me lo tendió y leí el mensaje en voz alta.

—*Si hoy te ves tan bien como el sábado, Cádiz se va a quedar sin luz, porque tú te llevas toda la electricidad.* ¡Ay, por favor! —reí—. Está entre romántico y cursi, pero me encanta.

—¿Verdad? Y encima me ha invitado a cenar esta noche. Pero yo no sé si lanzarme…

—Tírate a la piscina. Si hay agua o no, ya lo sabrás al caer.

—Tengo miedo de que sea como lo tuyo… un rollo de verano y ya.

Lo miré de reojo y suspiré.

—Ese hombretón no tiene pinta de seminarista ni de cura, Sergio. Tú lánzate y lo que tenga que pasar, pasará.

Nos reímos los dos. Él tomó un sorbo de su cerveza y después de un silencio breve, me miró con algo más de seriedad.

—¿Has vuelto a ver a Daniel?

Tragué saliva.

—No, y ojalá no lo haga.

Él asintió. Sabía que no era tan fácil como decir "ya está". Sabía todo. Cómo me dejó. Cómo descubrí que estaba embarazada. Cómo desapareció sin una explicación. Y ahora que había vuelto…

—¿Vamos a la playa cuando acabemos? —me preguntó con una sonrisa más ligera— Mis padres tienen a Nico.

—Claro, me hace falta meter los pies en el mar.

Y así lo hicimos.

La arena estaba caliente bajo los pies, pero el agua lo compensaba todo. Nos acercamos hasta la orilla con las toallas al hombro y las gafas de sol puestas, como si fuéramos dos adolescentes sin responsabilidades. Me hacía bien estar con Sergio, y lo sabía. Su forma de ser era un salvavidas en medio de todo lo que arrastraba por dentro.

Nos acomodamos justo frente al bar, cerca, pero no tanto como para que vinieran a pedirnos bebidas o nos reconocieran. La playa estaba animada, con familias chapoteando, niños jugando con cubos de colores y parejas tumbadas al sol. Me tumbé bocarriba sobre la toalla y suspiré.

—Vale —dije, cubriéndome la cara con el sombrero de paja—. ¿Quieres hablar más de tu príncipe del hotel o te interesa algo de mi vida llena de

dramas?

Sergio me lanzó arena con el pie y soltó una carcajada.

—Venga, cuéntame. Que sé que tienes algo guardado. Se te nota en la cara.

Me giré hacia él, dejando el sombrero a un lado. Dudé un segundo, pero ¿para qué callarme a estas alturas?

—Álvaro me dijo algo... algo sobre mi padre.

—¿Tu padre? —preguntó, frunciendo el ceño— ¿Qué te ha dicho?

—Le han encontrado un tumor. Álvaro cree que por eso quiso hablar conmigo. Que por eso apareció. Porque tiene miedo. Porque quiere cerrar ciclos.

Sergio me miró unos segundos, sin decir nada. Luego, se incorporó y cogió un puñado de arena que dejó caer entre los dedos.

—Mira, Sofía, siento mucho que esté enfermo, de verdad. Pero no voy a ir a decirle que todo está bien, ni que tiene perdón, porque no lo tiene. A ti te dejó sola, y no solo eso. Te abandonó en el peor momento. Tú no mereces cargar con su culpa ahora.

Asentí en silencio. El mar seguía rompiendo con suavidad y el aire tenía ese sabor salado que se quedaba en los labios.

—Lo sé —dije—. Yo tampoco quiero saber nada, pero igual me removió todo. Por mucho que me duela, son mis padres.

—A cualquiera le dan el nombre de padre, pero el título, cariño, ese hay que ganárselo.

—Lo sé —suspiré.

En ese momento, un chico se acercó a nosotras. Rubio, alto, bronceado y con una sonrisa deslumbrante. Llevaba un bañador azul marino y unas gafas

de sol en la cabeza.

—Perdón… —dijo con tono amable— No he podido evitar fijarme en ti.

Me giré, sorprendida, y arqueé una ceja sin saber muy bien qué responder.

—Estás preciosa —añadió, sonriendo—. No quiero molestarte, solo quería invitarte a una copa.

—Eres muy amable, pero una copa lleva a otra, y eso, a otras cosas. Y yo no estoy buscando nada ahora mismo —sonreí.

—Perdona a mi amiga. Es tonta, pero la queremos igual. En su casa lo saben y todo —dijo Sergio, volteando los ojos.

El chico soltó una carcajada, relajando el ambiente.

—No, en serio —dije, sonriendo con suavidad—. Gracias, pero no estoy buscando nada.

Sergio resopló como si fuera algo personal.

—Desde que un seminarista le rompió el corazón, huye de los hombres como si tuvieran la peste. Ni con agua bendita la convences.

—Bueno —dijo el chico, divertido—. No quiero molestar, pero si volvemos a cruzarnos, ojalá me dejes invitarte a algo.

Asentí con una sonrisa y él se marchó, con esa seguridad despreocupada de quien no temía al rechazo. Sergio me miró de reojo, con las cejas arqueadas.

—¿Lo ves? Te llueven los guapos y tú te escondes detrás de tus miedos.

—No quiero más hombres en mi vida que mi hijo, Sergio. Y tú, si te dejas.

—Por Dios, qué cursi.

—Lo digo en serio. Daniel… me dejó marcada. Y ahora que ha vuelto, encima vestido de negro y con alzacuellos, es como si el universo me estuviera tomando el pelo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Nada. Ignorarlo. Fingir que no lo conozco y seguir con mi vida. Porque él eligió. Y su elección no fue ni Nico, ni yo. Fue desaparecer.

Sergio me tendió la mano, la cogí, y en ese silencio sin palabras, supe que estaba en lo cierto. Había cosas que simplemente no se podían arreglar.

Porque no todas las historias de amor tenían un final feliz.

Capítulo 14



Después de aquel rato en la playa, con el pelo lleno de sal y el alma algo más ligera, me despedí de Sergio con la promesa de que me contaría cómo iba la cena con Iván. Caminé hacia casa de Rafa y Marga, cruzando esas calles que ya me eran tan familiares. Cada baldosa, cada rincón, cada flor en los balcones de los edificios antiguos tenía algo de casa, algo de refugio.

Toqué el timbre y enseguida oí los pasos de Nico corriendo hacia la puerta.

—¡Mami! —gritó cuando se abrió— ¡Mira lo que tengo!

Llevaba en las manos una bolsa llena de conchas de todos los tamaños y colores. Algunas eran blancas, otras anaranjadas, incluso una tenía tonos violetas. Me las enseñaba como si fueran tesoros de un cofre pirata.

—¡Madre mía! —dije riendo— ¿Dónde habéis encontrado tantas?

—El abuelo me enseñó el rincón secreto de los cangrejos y al lado había muchísimas conchas.

Marga apareció desde el salón, con su delantal lleno de harina y una sonrisa que me abrazó más que sus brazos.

—He hecho bizcocho de limón —dijo—. ¿Te quedas un ratito a merendar?

—Claro —respondí sin pensarlo—, así me contáis la aventura.

Nos sentamos los cuatro en la cocina. Rafa sacó el café para nosotras y un zumo para Nico, que no paraba de hablar ni un segundo. Contaba cómo había rescatado un cangrejo que se había quedado atascado entre las piedras, cómo le había puesto nombre, "Cangrejín", por supuesto, y cómo Marga ya tenía elegidas las conchas que iban perfectas para su estantería nueva.

Yo los observaba a los tres como si estuviera viendo una película a cámara lenta. Esa escena tan sencilla, mi hijo feliz, sus “abuelos” escuchándolo con una ternura infinita, yo bebiendo café caliente… Eso, tenía más valor que cualquier fortuna.

Porque no compartíamos sangre, pero compartíamos algo mucho más fuerte: amor.

Y ese amor me salvó la vida cuando más lo necesitaba. Cuando me quedé sola, confundida, rota. Cuando Daniel desapareció y todos los cimientos de mi mundo se desmoronaron. Cuando mis padres me dieron de lado sin remordimiento alguno. Rafa y Marga no solo me sostuvieron, me construyeron de nuevo.

—¿Os vais ya? —preguntó Marga, mientras recogíamos los platos— ¿Quieres que te dé unas croquetas que han sobrado?

—¿Cómo no? —reí— Nico se las come mejor que el brócoli que le pongo algunas noches.

—¡Es que las croquetas de la abuela son las más ricas del mundo! —gritó Nico, dándole un beso a Marga en la mejilla.

Salimos de allí con la mochila cargada de conchas, un táper lleno de croquetas y el corazón a rebosar. El cielo empezaba a teñirse de rosa. La tarde caía con lentitud.

Caminábamos por la acera, Nico de mi mano, saltando cada tres baldosas, y fue en la esquina del parque, justo antes de cruzar la calle, cuando lo vi.

Daniel vestido de negro con su alzacuellos y la misma expresión en los ojos que me atravesó la primera vez que lo vi hacía seis años. Una mezcla de

tormenta y ternura.

Me paralicé.

Nico lo miró fijamente. Frunció el ceño, ladeó la cabeza como si intentara entender algo y luego, sin más, escuché su voz.

—Mira, mami, es el cura que se parece a mi papá.

El corazón me dio un vuelco. Una de esas sacudidas que no se anunciaban y que te dejaban sin aliento.

—Nico —dije en voz baja—. No digas esas cosas.

Pero ya era tarde. Daniel nos había visto. Frunció el ceño al principio, como dudando. Luego dio un paso hacia nosotros.

—Buenas tardes —dijo, como si no me conociera de nada, y yo tragué saliva.

—Hola.

—Usted se parece a mi papá —repitió Nico, sin miedo ni vergüenza.

Daniel lo miró, luego me miró a mí, y dijo con una media sonrisa:

—Puede ser. Dicen que todos tenemos un gemelo en alguna parte del mundo.

Nico abrió los ojos como platos.

—¿¡Tengo un gemelo!? —me preguntó emocionado— ¿Dónde está? ¿También le gustan los dinosaurios?

Me llevé una mano a la frente.

—No, Nico. Lo que me faltaba, dos como tú en casa. Vamos —dije, tirando suavemente de su brazo—. Vámonos ya.

—¡Pero mami, es igualito! Igualito, igualito a mi papá.

Daniel bajó la mirada y, por un segundo, por apenas un segundo, vi cómo se le rompía algo por dentro.

—Perdón —le dije al cura, intentando sonreír como si no se me estuviera cayendo el alma—. Es un niño muy observador.

Él no respondió, solo asintió con la cabeza. Y mientras nos alejábamos, yo sentía la mirada clavada en la espalda. Como si intentara detenernos sin moverse. Como si dijera todo lo que no se atrevía con los labios.

Ya en la esquina, cuando por fin doblamos y dejé de verlo, me agaché frente a Nico.

—Cariño. No digas eso, ¿vale? Ese señor no es tu papá.

—Pero se parece mucho —insistió, arrugando la nariz—. Mucho, mucho.

—No se parece tanto —respondí.

Y mientras le decía eso, mientras le mentía con los dientes apretados, una verdad me golpeaba desde adentro: ese cura no es que se pareciera a su padre, era su padre.

El camino a casa fue más silencioso de lo habitual. Nico iba hablando, claro, porque Nico siempre hablaba: del cangrejo, de las conchas, del bizcocho de limón de la abuela, de un perrito que vio cruzar la calle… Pero yo apenas asentía, como si el sonido me llegara desde muy lejos, ahogada en esa niebla espesa que solo aparecía cuando te encontrabas cara a cara con lo que creías enterrado.

Daniel no era un espejismo. No era un recuerdo mal digerido. No era alguien que se le pareciera. Era él. El padre de mi hijo. El hombre que me prometió el cielo y me dejó sola en la tierra. El que me susurró un “para siempre” y luego se esfumó como si nunca hubiera existido.

Y ahora llevaba un alzacuellos.

Como si eso lo hiciera menos real, como si fuera otro. Pero no lo era. Porque cuando lo miré a los ojos, supe que era el mismo. Aunque quisiera fingir que no.

Al llegar a casa, Nico corrió directo al baño.

—¡Voy a llenar la bañera de espuma! —gritó mientras se quitaba la ropa por el pasillo, dejando un calcetín en la entrada y otro en mitad del salón.

Yo me quedé un momento en la puerta, con las llaves todavía en la mano, y cerré los ojos. Inhalé profundo. No podía dejar que eso me desbordara ahora. No con él en casa. No con la cena por preparar, la mochila por vaciar, la ropa mojada por colgar.

Fui al baño y le abrí el grifo. Le puse su espuma de dinosaurios y le dejé los muñecos al borde de la bañera.

—Te quedas quietecito, ¿vale?

—¡Sí, mami! ¡Mira, el triceratops ataca al pato de goma!

Mientras él chapoteaba, yo me duché rápido, como si el agua pudiera arrastrar también los pensamientos. Me puse el pijama, me recogí el pelo y fui a la cocina.

Las croquetas que Marga me había dado estaban en la nevera. Las calenté al horno, como ella me había enseñado, “para que no pierdan el crujiente”, y puse la mesa en el salón, con la tele baja de fondo.

—¡A cenar! —grité.

Nico llegó con la toalla medio arrastrando y el pelo aún mojado. Se sentó en su silla con esa sonrisa llena de hambre y entusiasmo.

—¿Vamos a ver una peli?

—Claro, amor. Tú eliges.

Eligió una de dragones. Comió las croquetas como si fueran de oro, con las manos llenas de migas y la boca llena de historias.

—¿Tú crees que los dragones existen de verdad? —preguntó.

—Existen si tú crees que existen.

—Entonces existen —dijo convencido, y se bebió el agua de un solo trago.

Después de cenar, recogimos juntos. Bueno, él me ayudó dejando una servilleta sobre la encimera y diciendo, "¡listo!". Lo llevé a la cama, le puse el pijama con dibujos de planetas y me senté a su lado con el libro de cuentos, ese que le gustaba tanto, el de príncipes valientes y dragones dormilones.

—Hoy toca el del príncipe que se hizo amigo del dragón —me pidió, abrazando su peluche.

—¿Otra vez?

—Es el mejor.

Lo abracé, pasé las páginas y empecé a leer. Y en algún momento, mientras el dragón le enseñaba al príncipe a volar, Nico cerró los ojos y se quedó dormido con la cabeza sobre mi brazo.

Me quedé un rato así, sin moverme, escuchando su respiración suave, sintiendo el calorcito de su cuerpo.

Luego lo tapé, le di un beso en la frente y salí en silencio.

El salón estaba medio oscuro. Me serví una copa de vino que no tenía pensado tomar, pero que ahora necesitaba. Me senté en el sofá y, por primera vez en todo el día, me dejé caer en mis pensamientos.

Y entonces vinieron los recuerdos.

Daniel. El Daniel de antes. El que me cogía de la mano por las calles de Cádiz como si el mundo fuera solo nuestro. El que me susurraba cosas al oído en las noches cálidas de aquel verano. El que me llevó una vez a una cala escondida y me dijo: *"Aquí me casaría contigo, aunque solo fuéramos tú y yo, y el mar de testigo."*

Una noche en concreto me golpeó con fuerza. La última que pasamos juntos…

Estábamos en mi habitación. Esa noche fue dulce. Él estaba mucho más cariñoso que de costumbre. Me besó con ternura, con calma, como si tuviera miedo de que se acabara. Me abrazó como si no quisiera soltarme nunca.

Hicimos el amor despacio. Con silencios, con miradas, con suspiros.

Y después me dijo: "No sé cuánto tiempo me quede aquí, pero este momento... lo voy a llevar dentro toda mi vida."

Y al día siguiente, desapareció. No dejó nota. No dejó llamada. No dejó nada. Solo silencio. Y a los pocos días, supe que estaba embarazada.

Ahora, seis años después, aparecía vestido de cura y ni siquiera se atrevía a decirme "hola", como si me conociera. Era como si yo no hubiera existido para él años atrás.

Y entonces, lloré.

En silencio. Con la copa de vino en la mano. Lloré por la Sofía de entonces, por la que esperó una respuesta que nunca llegó. Por la que tuvo miedo. Por la que crio sola. Por la que aprendió a ser fuerte cuando no quería serlo.

Lloré hasta que no me quedaban lágrimas.

Y me fui a la cama, dejando la copa a medias. Pensé en Daniel. En sus ojos tristes. En la mentira que dijo cuando Nico le habló. Pensé en mi hijo. En lo mucho que se parecía a él incluso cuando dormía.

Y deseé, con todo el corazón, que Daniel nunca hubiera vuelto. Y si lo había hecho… ojalá no fuera para destruir lo poco que conseguí reconstruir de mí misma.

Capítulo 15



Era viernes por la noche y, como tantas otras veces, Sergio y Álvaro habían conseguido convencerme. Me resistí un poco, puse alguna excusa, que si el cansancio, que si no tenía qué ponerme, que si Nico… Pero al final, como siempre, acabé diciendo que sí.

—Una copa, Sofía. Una cena y una copa, y a la cama como buena chica —me había dicho Sergio por teléfono con ese tono suyo irresistible de chantaje emocional amistoso.

Me miré al espejo por tercera vez. Llevaba puesto un vestido negro ajustado, con una abertura lateral y tirantes finos. No era demasiado atrevido, pero tampoco era inocente. Lo justo para sentirme guapa. Me había hecho ondas en el pelo y me pinté los labios de rojo. Desde que tenía a Nico no salía tanto como antes y, la verdad, lo necesitaba. No por ligar ni por buscar nada. Solo por recordar que todavía era Sofía, no solo la madre de Nico, la camarera del bar o la que arrastraba un pasado que nunca terminaba de cerrar.

Salí de casa con una chaqueta de cuero colgada del brazo. El aire era templado y el cielo, claro. Caminar por la noche en Cádiz tenía algo de mágico: el olor a mar, las luces de las farolas reflejándose en las calles adoquinadas, las risas que venían de lejos, el murmullo constante del verano.

Quedamos en un chiringuito nuevo, recién abierto esta temporada, justo al final de la playa. Se llamaba *Oasis*, y el nombre no podía ser más acertado. Era como un oasis de lujo plantado en la arena: zonas *chill out* con sofás blancos, antorchas altas iluminando la zona, música de DJ en directo, barra

de cócteles iluminada desde abajo, camareros con camisas blancas abiertas y sonrisas de anuncio. Había cortinas de lino que se movían con la brisa y plantas tropicales decorando cada rincón. Incluso las copas venían decoradas con flores y frutas talladas. Un sitio exclusivo, de esos donde nadie iba con chanclas.

Sergio estaba ya sentado en uno de los sofás, con una copa enorme en la mano y Álvaro a su lado, más moreno que nunca, con su camisa blanca medio abierta y esa sonrisa de militar en vacaciones.

—¡Pero qué mujerón! —dijo Sergio al verme llegar— Mira cómo entra nuestra Sofía Loren gaditana.

—Dios, Sergio… —reí, dándole un beso— No exageres.

—¿Exagerar yo? Si la mitad del local se ha girado a verte. ¿A que sí, primo?

Álvaro asintió, levantando su copa.

—Estás guapísima, Sofía. Hoy no te dejamos irte temprano.

Nos sentamos los tres, pedimos una ronda de cócteles, yo un mojito, Sergio un margarita rosa y Álvaro un gin tonic de esos con más fruta que alcohol, y algo para picar: nachos con guacamole, langostinos crujientes y mini hamburguesitas de ternera con queso de cabra. Todo espectacular.

La música sonaba bien, una mezcla de *deep house* con algo de bachata. La gente bailaba sin apretujarse, se reía, brindaba. Nosotros igual. Reímos tanto que me dolía la tripa. Sergio hacía imitaciones absurdas, Álvaro soltaba burradas que solo él podía hacer graciosas, y yo me dejaba llevar. Hacía tiempo que no me reía así.

—¡Foto! —gritó Sergio en un momento— ¡Vamos, selfi!

Nos acurrucamos los tres, él con su brazo largo extendido, y tras cinco intentos y varios “espera que salgo bizco”, consiguió una en la que los tres

estábamos guapísimos. La subió a su Instagram con un texto que ponía: *"Verano, risas y los amores de mi vida. #CádizLovers #GuaposDeNoche"*

Ni diez segundos después, le sonó el móvil y a él se le dibujó una sonrisa inmediata. Me acerqué por encima de su hombro.

—¿Iván?

—Sí —dijo con los ojos brillantes—. Ha contestado: *'Estás guapísimo en esa foto. Disfruta mucho, que te lo mereces, bombón.'*

Álvaro se giró curioso.

—¿Quién es Iván?

—Mi ligue de verano, por ahora —respondió Sergio, arqueando una ceja con teatralidad—. Propietario de un hotel en Valencia. Está aquí por negocios... y por mí, claro.

—¿Y eso va en serio? —preguntó Álvaro.

Sergio hizo una mueca entre ilusión y miedo.

—No lo sé. Me hace sentir cosas. Es atento, divertido, y me mira como si… como si valiera la pena. Pero ya sabes cómo soy. Tengo más miedo que ganas.

—Brindemos por los ligues de verano —dije levantando mi copa—. Que sean dulces, intensos y con final feliz… aunque sea corto.

Los tres brindamos, entre risas y miradas cómplices. Y luego, sin pensarlo demasiado, nos levantamos a bailar.

Una bachata empezó a sonar. *"Propuesta indecente"* de Romeo Santos.

Y, como si el universo tuviera un sentido del humor retorcido, esa canción me llevó directo a él. A Daniel. A la primera vez que bailamos pegados. A su

mano en mi cintura. A su aliento en mi cuello. A sus labios rozando mi oído mientras decía que estaba preciosa.

Pero no dije nada. Solo bailé. Con Sergio por un lado y Álvaro por el otro. Nos movíamos bien. Coordinados. Pegados, pero sin pasarnos. Éramos un espectáculo. Algunas mujeres en una mesa cercana nos miraban y murmuraban cosas.

—Esa tiene suerte, ¿eh? Con dos bombones así… —susurró una rubia a su amiga.

Sergio, que lo escuchó, soltó una carcajada.

—Si supieran que no se come a ninguno de los dos… ¡Se nos echan encima!

—Yo, encantado —añadió Álvaro, guiñándole un ojo a las chicas.

—Eres un desastre —le dije—. Deberías sentar cabeza ya, que se te va a pasar el arroz.

Fue entonces cuando una de las chicas se acercó a nosotros. Morena, alta, con un vestido rojo que le sentaba de infarto.

—Perdona —me dijo—. ¿Cuál de los dos es tu pareja?

No me dio tiempo a responder.

—¡Los dos! —gritó Sergio— Vivimos una relación de poliamor moderna, intensa y muy consensuada.

—¡Eres idiota! —protesté dándole una colleja— No le hagas caso, solo dice tonterías. Álvaro es mi primo y Sergio es mi mejor amigo… y gay.

La chica se rio, divertida. Miró a Álvaro y sonrió, claramente interesada.

—¿Y tú tienes pareja?

—No, pero siempre estoy abierto a una copa y un buen baile.

La chica asintió encantada y se fueron juntos a la barra, charlando animadamente.

—Ya no le vemos el pelo —dijo Sergio—. Dalo por perdido.

Y yo me reí porque me sentía bien. Relajada. Feliz. Hasta que la risa se me congeló en los labios.

Porque, al girarme, escuché una risa familiar. Una que conocía demasiado bien.

Y entonces lo vi.

Daniel estaba a unos metros, apoyado en la barra, riendo con un grupo de hombres. Pantalones vaqueros, camisa azul claro con las mangas arremangadas, ese pelo revuelto, esa sonrisa de pecado.

Mi corazón dio un vuelco. Otra vez.

Y entendí que la noche acababa de cambiar.

No podía creer lo que estaba viendo. Daniel. Allí. En el mismo chiringuito que yo. Con la misma sonrisa que me hacía perder el equilibrio, como si no tuviera ni idea del terremoto que causaba cada vez que aparecía sin avisar.

Me quedé paralizada. Durante un segundo, todo el ruido a mi alrededor se desvaneció: la música, las risas, las conversaciones. Solo estaba él. Él y ese puñetero cosquilleo que me subió por el estómago hasta la garganta.

—¿Estás bien? —me preguntó Sergio, siguiéndome la mirada.

Solo pude señalar. Con el vaso en la mano, como una idiota. Sergio giró la cabeza y, al reconocerlo, hizo una mueca entre sorpresa y desprecio.

—Mira tú qué casualidad. El cura se lo pasa pipa por las noches, ¿eh?

—No tiene gracia, Sergio.

—No, ya lo sé. Pero, joder, qué puntería tienes. ¿No hay otro día para salir sin encontrártelo?

Me mordí el labio. Daniel estaba apoyado en la barra, rodeado de cuatro hombres. Hablaban, reían, y uno de ellos, con camisa floreada, le daba palmadas en la espalda como si fueran amigos de toda la vida. Parecía cómodo, relajado. Nada que ver con ese alzacuellos que lo envolvía por las mañanas.

Y entonces pasó.

Un grupo de chicas llegó hasta ellos. Cuatro de ellas saludaron con besos en los labios a cuatro de los chicos, pero besos, besos, no saludos de mejilla. La quinta se quedó mirando a Daniel. Morena, labios rojos, cuerpo de escándalo. Se mordió el labio. Él sonrió, alguien dijo su nombre y se dieron un par de besos.

No eran besos de saludo.

—No me lo puedo creer —dije, sintiendo la rabia subir como fuego por dentro—. ¿Tú has visto eso?

—Lo he visto —respondió Sergio—. Y lo que he visto me parece muy poco eclesiástico.

—¿Cómo puede un cura mirar así a una mujer? ¡Si parece que se la quiere llevar a la cama!

Sergio se encogió de hombros, dramático.

—Igual tiene dudas vocacionales. O igual es de esos curas modernos… tú ya sabes, de los de “me debo a Dios, pero no demasiado”.

Resoplé. Me bebí mi cóctel de un trago, con la garganta ardiendo.

—No voy a permitirlo.

—¿El qué? —preguntó Sergio, arqueando una ceja.

—Que ese tío… que ese hombre, ese mentiroso, ese hipócrita… vuelva a hacerle a otra lo que me hizo a mí. No puedo dejarlo.

Me puse en pie.

—Sofía, ni se te ocurra —me advirtió Sergio, agarrándome del brazo.

—Suéltame —dije, con los ojos encendidos—. Tengo que abrirle los ojos a esa chica antes de que sea demasiado tarde.

—Sofía, tranquilita, que estás muy bien como estás.

—Sergio —lo miré seria—. Tú no sabes lo que duele despertarte un día sabiendo que todo fue mentira. Y que encima, el tío que te dejó con un hijo en la barriga, se pasea ahora por ahí como si nada, como si fuera un galán de película… ¡No!

Y sin darle tiempo a decir nada más, me di la vuelta y caminé directa hacia ellos. Mis tacones se clavaban en la arena, pero el paso no me temblaba. Sentía la sangre hirviendo, la adrenalina empujándome. No sabía exactamente qué iba a decir, pero sí sabía que no me iba a quedar callada.

Llegué al grupo y me detuve justo delante de la chica del vestido rojo. Le di un toquecito en el hombro.

—Perdona —le dije con una sonrisa educada cuando se giró—. Pero como mujer, estoy en la obligación de advertirte sobre este hombre.

Ella frunció el ceño. Daniel, a su lado, también.

—¿Perdón? —dijo la chica.

—No te dejes engatusar —continué, ignorando a Daniel—. No te ilusiones y, sobre todo, no te enamores. Este hombre te dirá todo lo que quieres oír con tal de meterse en tu cama. Lo sé porque yo estuve ahí. Me lo creí todo. Y

luego desapareció sin dejar rastro. Ah, y, por cierto, es cura. Pero eso no te lo va a contar, ¿a qué no, Daniel?

La chica me miraba con los ojos muy abiertos. Los demás también. Uno de los chicos incluso escupió parte de su copa, atragantado. Daniel se quedó quieto. Ni una palabra. Ni un gesto.

—¿La conoces? —le preguntó uno de los chicos.

Daniel frunció el ceño, con esa cara de “yo no sé de qué me estás hablando”.

—¿Te conozco? —me preguntó, y yo solté una carcajada amarga.

—Claro que me conoces, pero si prefieres seguir haciéndote el olvidadizo, por mí perfecto.

Me giré sin esperar respuesta. Sentí el silencio denso detrás de mí, seguido de un murmullo incómodo.

—¿¿Eres cura?? —le preguntó alguien; él respondió que no.

Pero ya no escuché más.

Volví a la zona donde estaba Sergio, que me miraba con cara de "madre mía, lo que acabas de liar".
Sin decir nada, le quité la copa de la mano y me la bebí de un trago.

—Me voy a casa.

—¿Estás segura? ¿No quieres respirar un poco?

—No. No quiero respirar. No quiero pensar. Y no quiero verlo ni un segundo más.

Sergio suspiró, pero no insistió. Solo me abrazó rápido.

—Te quiero, Sofía.

—Y yo a ti —le dije—. Pero esta noche… solo quiero olvidarme de todo.

Me alejé sin mirar atrás.

Y mientras caminaba sola por la arena, con la música aún sonando a lo lejos y el viento alborotándome el pelo, sentí que me rompía por dentro. Otra vez.

Porque, aunque ya no quisiera quererle, o eso me repetía cada día, Daniel aún tenía el poder de hacerme daño.

Cuando cerré la puerta de casa detrás de mí, me apoyé en ella como si tuviera que sostener mi propio peso. Todo lo que había sido alegría, risas y fiesta hacía apenas una hora, ahora me sabía a humo, a mentira, a cicatriz mal cerrada.

Me quité los tacones en la entrada. Caminé descalza por el pasillo en silencio, como si Nico estuviera dormido en la habitación, aunque esta noche no estaba. Se había quedado a dormir con sus abuelos, Rafa y Marga. Y en ese momento, lo agradecí más de lo que podría explicar.

Fui directa al baño.

Me desvestí sin mirar al espejo. El vestido cayó al suelo en un suspiro. Me solté el pelo. Abrí el grifo de la ducha y dejé que el vapor comenzara a llenar el espacio. Cuando el agua estuvo lo suficientemente caliente, me metí bajo el chorro sin pensarlo.

Y allí, bajo el agua, me permití romperme y lloré.

Lloré con rabia. Con tristeza. Con decepción. Lloré con todo el cuerpo, como si pudiera sacarme a Daniel de la piel, del pecho, del recuerdo. Como si el agua pudiera arrancar sus besos, su voz, su risa de mi memoria.

Pero no lo hizo. Porque mi mente, traicionera, me llevó justo donde no quería volver. A él. A nosotros. A una noche…

Era una noche parecida a esta. Calurosa, de esas en las que la brisa del mar no bastaba para quitarte el calor. Estábamos en mi piso, los dos solos, después de una cena improvisada con vino barato y risas sin parar.

Daniel estaba descalzo, con los vaqueros desabrochados y la camisa colgando de sus hombros. Yo me senté en el sofá, con una copa en la mano, mirándolo como si no me creyera que estaba ahí. Tan mío. Tan entregado.

—¿Qué haces? — preguntó sonriendo, cuando me levanté sin decir nada.

—Nada —respondí, dejándome caer sobre sus piernas—. Solo quiero mirarte un poco más. Por si algún día te vas.

—No voy a irme, Sofía.

Mentira. Pero esa noche, lo dijo convencido.

Me besó despacio. Con esa manera suya de besar que te enredaba el alma. Luego me alzó entre sus brazos y me llevó al dormitorio. Se tumbó conmigo sobre las sábanas revueltas, y mientras la luna se colaba por la ventana, me acarició como si el tiempo se hubiera detenido.

Deslizó mis bragas lentamente, con los dientes, mientras me miraba a los ojos. Recorrió mi cuerpo con sus labios, desde el cuello hasta el ombligo, hasta el centro de mí, donde me tenía completamente suya. Me hizo perder el control entre sus dedos, con su lengua, con su voz susurrando mi nombre.

—Eres fuego —me dijo entre jadeos—. Y te juro que podría arder en ti mil veces más.

Hicimos el amor sin prisa. Como si fuéramos eternos.

Me senté de golpe en la ducha, con el agua cayendo aún sobre mi cabeza, y me abracé las rodillas. Estaba desnuda, empapada y completamente rota.

¿Por qué había vuelto? ¿Para qué? ¿Para reírse más de mí? ¿Para seguir jugando a ser otro?

Me obligué a levantarme. Me sequé sin ganas, con la toalla colgando de los hombros, y fui directa a la habitación. Me metí en la cama sin ponerme nada, como si el contacto de las sábanas frías pudiera calmar el incendio que tenía dentro.

Miré al techo. Pensé en Daniel. En sus mentiras. En sus silencios. Y luego pensé en Nico. Mi niño. Mi todo.

Y entonces, y solo entonces, me sentí en paz. Porque si algo bueno había salido de toda esa historia absurda, fue él. Mi pequeño. El amor más puro que había conocido nunca.

Y por él… por él valía la pena todo.

Hasta Daniel.

—Ojalá no te hubiera conocido, Daniel —susurré al aire.

Pero luego, al cerrar los ojos, lo rectifiqué en silencio. Porque sin Daniel, no tendría a Nico. Y él… lo valía todo.

Capítulo 16



Era miércoles a media mañana y yo estaba sirviendo en el bar, con turistas pidiendo tapitas mientras el sol calentaba todo, cuando lo vi aparecer: el Padre Marcos. Con su pantalón y camisa negros impecables, una sonrisa tranquilizadora y esa forma pausada de andar que parecía anunciar que traía algo serio que decir.

—Hola, Sofía —me saludó al acercarse—. ¿Tienes un momento? Me gustaría hablar contigo.

El tono era amable, pero había algo importante detrás. Así que asentí.

—¿Quieres un café? —pregunté.

Él asintió con esa sonrisa y le pedí que se sentara en una de las mesas de la terraza mientras iba a por dos cafés.

Sergio, que andaba cerca, lo vio y no se cortó.

—¿Ahora llevas al pecado a otro cura?

Me volví a mirarle, fulminante, y él levantó las manos como pidiendo perdón mientras me veía ir a sentarme con el Padre Marcos, sosteniendo las tazas humeantes.

Una vez me senté frente a él, el Padre Marcos fue directo al grano.

—Verás —dijo, con suavidad—. A mi parroquia ha llegado un joven cura que ha sido trasladado por la diócesis a una de las parroquias pequeñas. Resulta que sustituye al Padre Andrés, que se jubiló. Pues bien, este cura me comentó, algo preocupado, que había visto a una chica con un niño, y que el niño asegura que se parece a su papá.

Suspiré y, tras un instante, abrí la boca.

—No sé cómo decirle a Nico que deje de insistir… Pero es ver a su padre, sacar el tema y, aunque ese hombre lleve el alzacuellos, el niño lo identifica. Es él.

El Padre Marcos asintió, frunciendo el ceño.

—Ese joven cura también me ha preguntado si sabía quién eras, porque asegura que las veces que te ha visto, estabas cerca de mi parroquia. Le gustaría hablar contigo, porque al ver al niño tan convencido, quiere encontrar respuestas.

Negué con la cabeza.

—No, la verdad es que no quiero hablar con él. Además, si no se acuerda de mí, mejor. La otra noche lo vi en el chiringuito nuevo, con un grupo de amigos, mirando a una chica con una expresión que apenas disimulaba el deseo y las ganas de llevársela a la cama y follársela —el Padre Marcos se santiguó—. Perdón, pero es que fue lo que vi en sus ojos. Y fui hasta allí para advertirle a esa chica que no se dejara engatusar. Que ese señor... es cura.

El Padre Marcos suspiró.

—Desde luego, los curas también tenemos cosas de humanos, tomamos unas copas con amigos e incluso cenamos fuera. Pero de ahí a un vínculo íntimo con una mujer… no. Tenemos nuestros votos.

Solté una carcajada amarga.

—Pues no parece. Con lo que vi en esos ojos y después… con lo que me hizo a mí, los votos se los pasa por el forro del pantalón.

El Padre Marcos se secó la boca con una servilleta y me miró con gravedad.

—Creo que deberías hablar con él. Escuchar lo que tenga que decir y luego decidir qué haces.

Negué con la cabeza de nuevo, tan firme como antes.

—No. No voy a hacerlo.

Él acabó su café con otro suspiro.

—Si cambias de opinión, estaré en la parroquia. Puedo llamarlo y que te explique lo que necesites saber. Podría responder muchas de esas preguntas que te haces desde hace seis años.

Se levantó y se fue.

Me quedé sola en la mesa. Miré el café tibio frente a mí y pensé que, si Daniel me lo hubiera contado todo hacía seis años, tal vez ahora no estaría aquí, arrastrando estas dudas.

No me había movido de la mesa cuando vi acercarse a Sergio, con su andar ágil y ese gesto suyo de "te lo dije, pero no quiero decírtelo".

—¿Todo bien? —preguntó, apoyando una mano en mi hombro y sentándose a mi lado sin esperar invitación.

Suspiré, removí lo que quedaba del café y asentí, aunque sabía que no colaba.

—El Padre Marcos vino a decirme que hay un nuevo cura en la parroquia donde antes estaba el Padre Andrés. Y que ese nuevo cura no es otro que Daniel.

—¿Qué? —Sergio parpadeó como si hubiera escuchado mal— ¿Daniel, el seminarista, novio desaparecido, padre de Nico, ahora es cura de parroquia aquí?

—Parece ser que sí —me encogí de hombros—. El Padre Marcos me ha dicho que Daniel está preocupado porque ha visto a Nico varias veces, y el niño, claro, le suelta eso de "te pareces a mi papá". Y claro… está buscando respuestas.

Sergio se quedó en silencio un momento, luego habló de nuevo.

—Pues a mí eso me suena a que ya sabe quién eres, quién es Nico, y está tanteando el terreno.

—O simplemente está confuso. O arrepentido. O vete tú a saber —dije yo, cansada.

Sergio me miró con ternura, puso su mano sobre la mía y me la apretó.

—Sofía, como tu amigo, como tu hermano del alma, te lo digo con todo el cariño del mundo: habla con él, aunque sea solo para que puedas cerrar ese capítulo de una vez. Tienes derecho a exigirle respuestas. A decirle todo lo que llevas callando seis años.

Tragué saliva. Miré a un lado, luego al cielo, como si de allí fueran a caerme las respuestas de golpe.

—¿Y si no quiero remover todo eso?

—Entonces seguirás con esa herida abierta. Y lo peor… es que Nico también seguirá sin entender.

Lo miré, y vi en sus ojos la verdad que yo misma no quería aceptar.

—Si necesitas que vaya contigo, lo haré —añadió.

Sonreí, tocada por su lealtad, pero negué con la cabeza.

—Gracias, pero esto, si lo hago, tiene que ser sola.

—Vale. Solo prométeme que lo vas a pensar.

—Lo haré —le dije.

Me levanté con él y volvimos a trabajar. El resto del día fue de los que pasaban rápido, con las mesas llenas, turistas pidiendo platos que ni sabían pronunciar, risas con los camareros y alguna que otra broma con Sergio que me hizo olvidarme por un rato del agujero en el pecho.

Cuando acabé mi turno, fui a casa de Rafa y Marga a recoger a Nico.

Como siempre, me recibieron con una sonrisa cálida. Nico estaba en el suelo del salón, rodeado de piezas rojas y azules.

—¡Mira, mami! —gritó al verme— ¡El abuelo y yo estamos montando a Spiderman!

—Vaya, pero si eso tiene hasta lanza telarañas —dije, agachándome a su lado.

—Sí, y se le mueven los brazos —respondió con emoción—. El abuelo dice que cuando lo acabemos, me va a enseñar a hacer que trepe por la pared.

—Eso ya quiero verlo —intervino Marga, riéndose con una taza de café en la mano.

Nos sentamos a merendar con ellos. Había bizcocho de zanahoria y batido casero. Era imposible resistirse a esas pequeñas cosas: el olor de casa, la risa de Nico, la mirada cómplice de Rafa cuando me llenaba el vaso sin preguntarme si quería más.

Y por un rato, solo por un rato, me sentí bien. Plena.

Aunque en el fondo… seguía notando ese nudo. Esa presencia. Ese nombre que no quería decir en voz alta.

Daniel. El nombre que me seguía persiguiendo incluso en mis momentos más dulces.

Llegamos a casa cuando el cielo ya comenzaba a teñirse de tonos anaranjados y el calor del día por fin daba una tregua. Nico iba cantando por la calle, agarrado a mi mano, con su mochila a la espalda y el muñeco de Spiderman que había montado con su abuelo Rafa. Lo abrazaba como si fuera su mayor tesoro.

—¿Puedo bañarme con Spiderman, mami?

—Spiderman no es un anfibio, cariño —le dije entre risas mientras abría la puerta de casa—. Pero puede esperarte fuera de la bañera, para que te vigile como buen superhéroe.

—Vale, pero le voy a dejar las piernas dentro. Solo un poquito.

—Como quieras, pero luego no me vengas con que le salen hongos.

Rio a carcajadas. Dios, cómo me encantaba su risa.

Entramos, dejamos las mochilas, los zapatos, y lo llevé directo al baño. Mientras llenaba la bañera con agua templada y burbujas, Nico seguía hablándome sin parar, como siempre, saltando de una cosa a otra.

—¿Sabes qué, mami? Hoy he jugado con la niña que vive al lado de los abuelos. Se llama Candela y tiene cinco años como yo.

—¿Sí? ¿Y a qué habéis jugado?

—A los superhéroes, pero ella quería ser princesa, así que ha sido una princesa con capa y poderes. Estaba un poco triste, ¿sabes? Porque su papá es militar, como el primo Álvaro, y se tiene que ir lejos un tiempo.

Me quedé en silencio, escuchando mientras le ayudaba a meterse en la bañera con cuidado.

—Entonces le he dicho que no se ponga triste, que, aunque su papá se vaya, luego volverá. Y que cuando vuelva seguro que la lleva a merendar y al parque de bolas, como hace el primo Álvaro conmigo.

Me senté en el suelo, junto a la bañera, y lo miré. Estaba con los bracitos apoyados en el borde, chapoteando con las piernas y sonriendo. Y entonces, sin esperarlo, llegó la pregunta.

—Mami… ¿Yo algún día tendré un papá?

Tragué saliva.

—Quiero mucho al primo Álvaro y al tío Sergio —continuó—. Pero un papá es diferente, ¿no?

No podía mentirle, pero tampoco podía contarle toda la verdad. No, aún. Sonreí con el corazón encogido y los ojos ya brillando.

—De momento no tienes un papá, cielo. Pero quién sabe… tal vez, con el tiempo, si mamá encuentra a alguien que nos quiera mucho, mucho, tanto como el abuelo Rafa quiere a la abuela Marga, entonces puede que sí.

—Vale —dijo, pensativo, mirando las burbujas—. Pues ese va a ser mi deseo para todos mis cumpleaños. Que tú encuentres a alguien que nos quiera a los dos y sea mi papá.

Sentí el nudo en la garganta. Ese nudo que me obligaba a sonreír, aunque el alma se me deshiciera por dentro.

—Ese es un deseo precioso, cariño —murmuré, acariciándole el pelo mojado.

Lo dejé un rato jugando, mientras yo salía del baño y me dirigía a mi habitación. Cerré la puerta, me apoyé contra ella y entonces rompí a llorar.

No eran solo lágrimas. Era todo lo que llevaba dentro desde hacía años. La rabia, el miedo, el cansancio, la culpa, el dolor. Era pensar en Nico con esa inocencia, deseando algo tan simple y tan profundo. Un papá.

Y pensar que ya lo tenía. Que ese hombre, ese cura, ese fantasma de mi pasado… era su padre. Aunque se empeñara en esconderlo. Aunque no lo supiera. Aunque llevara un alzacuellos y jugara a tener la conciencia limpia.

Daniel era el padre de Nico, y aunque no debería, aunque no quisiera volver a verlo jamás, empecé a pensar que tenía derecho a saberlo.

Porque al final, con todo lo que pasó, con todo lo que se rompió, la vida nos dio el mayor regalo que se puede tener cuando dos personas se aman de verdad, aunque fuera solo durante un verano.

Nos dio a Nico.

Capítulo 17



El viernes por la mañana me pareció más largo de lo normal. Quizás era porque llevaba días sin dormir bien, dándole vueltas a la misma idea una y otra vez. Desde que hablé con el Padre Marcos, algo se removió dentro de mí. Una mezcla entre ira contenida, necesidad de respuestas y un cansancio emocional que llevaba acumulando desde hacía seis años. Seis años sin saber, sin entender, sin cerrar nada.

Tenía que hablar con Daniel. Tenía que preguntarle por qué. ¿Por qué me mintió? ¿Por qué desapareció? ¿Por qué nunca dijo la verdad?

El bar estaba tranquilo, había muchos clientes aun comiendo y otros tomando café, pero entre Laura, Fede y Manu, los camareros, lo tenían todo más que controlado. Quedaban veinte minutos para acabar mi turno y me concentraba en limpiar la cafetera como si me fuera la vida en ello, intentando distraer mi mente de todo lo que venía después.

El sonido de la puerta al abrirse me sacó de mis pensamientos, y cuando levanté la vista, ahí estaba Sergio, mirándome como solo él sabía hacerlo: con esa mezcla de preocupación, ternura y un toque de sarcasmo que usaba para no parecer demasiado blando.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me preguntó sin rodeos, apoyándose en la barra.

Le asentí con la cabeza, sin dejar de mirar el trapo en mis manos.

—Sí —dije simplemente—. Necesito hacerlo.

—Aun así... no tienes que ir sola, Sofía. Puedo acompañarte. Sabes que no me importaría.

Le sonreí con cariño. Sergio siempre había estado ahí, incluso cuando no lo merecía. Pero esta vez no podía ser. Esta vez tenía que ser yo, sin nadie más.

—Te lo agradezco, de verdad. Pero tengo que hacerlo sola. No sería lo mismo si vienes conmigo.

Frunció los labios, insatisfecho, pero al final asintió.

—Vale... pero al menos tomamos un café antes, ¿no?

—Hecho.

Sirvió dos cafés con leche y nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Fuera, la ciudad comenzaba a desperezarse con la calma de los viernes. No hablamos mucho. A veces, con Sergio, el silencio valía más que cualquier palabra. Solo me miraba y de vez en cuando soltaba un suspiro, como si quisiera decirme algo, pero se lo guardara para no presionarme más.

—Llámame cuando salgas de allí, ¿vale? —me dijo, al terminar mi café.

—Te lo prometo.

Nos levantamos y me dio un abrazo fuerte, de esos que duraban unos segundos más de lo normal, como si quisiera darme valor. Y sí, en ese momento lo necesitaba más que nunca.

Salí del bar con el corazón acelerado, una sensación familiar en el estómago, esa mezcla de miedo y expectación, y un nudo en la garganta que no sabía si era de rabia o de nervios.

Había llegado el momento.

El camino hasta la parroquia del Padre Marcos no era largo, pero cada paso me pesaba como si caminara sobre barro. El aire olía a verano, a ese calor seco que se pegaba a la piel y no te dejaba respirar. Pero no era el calor lo que me ahogaba.

Era él. Era Daniel.

Pensé en todas las veces que había rehecho esa conversación en mi cabeza. Las veces que había imaginado que nos encontrábamos de nuevo por casualidad, en una estación, en una calle cualquiera, y que yo le exigía una explicación mientras él me miraba con los mismos ojos que tenía en mi memoria: brillantes, intensos, sinceros. Pero también mentirosos.

Habían pasado seis años. Seis. Y todavía no entendía nada.

Cuando llegué a la parroquia, el sol caía de pleno sobre el tejado de tejas rojizas. Me detuve un segundo frente a la puerta. Era una iglesia modesta, sin grandes ornamentos, pero tenía ese aire de calma que uno solo encontraba en sitios donde la gente iba a buscar paz, consuelo o redención. Yo iba a por respuestas. O tal vez todas las anteriores.

Empujé la puerta con suavidad y el frescor del interior me envolvió al instante. El silencio era acogedor. Apenas unas velas encendidas y el murmullo lejano de algún rezo.

El Padre Marcos estaba al fondo, colocando unas flores frescas junto al altar. Me vio enseguida y sonrió con esa calidez que parecía inquebrantable.

—Sofía. Qué alegría verte.

Asentí, aunque no estaba para alegrías.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro. Ven, siéntate.

Nos sentamos en uno de los bancos de madera. Le miré a los ojos, y hablé sin rodeos.

—¿Puedes llamarle?

Él frunció el ceño, sorprendido.

—¿Llamarle? ¿Ahora? —no hacía falta que le dijera a quién me refería.

—Sí —asentí con decisión—. Mejor ahora. En frío. Porque si me lo pienso más, me echo atrás. Y no quiero seguir viviendo con esta espina clavada.

El Padre Marcos me miró en silencio unos segundos, como valorando si estaba realmente preparada. Finalmente, se levantó.

—Muy bien. Iré a llamarle. No creo que tarde mucho.

Se fue hacia la sacristía y desapareció tras la puerta. Mientras esperaba, el banco me pareció más duro que nunca. Me obligué a respirar despacio, a no dejar que los pensamientos me desbordaran. Pero era imposible.

¿Qué iba a decirle cuando le tuviera delante? "Hola, soy la mujer con la que te acostaste hace seis años y luego te esfumaste sin dejar rastro, y, por cierto, tenemos un hijo". Ridículo.

Apoyé los codos en las rodillas y me cubrí la cara con las manos un segundo. No podía volverme atrás.

—Va a venir —dijo el Padre Marcos al volver—. Dice que llega en unos veinte minutos.

Asentí en silencio. Me quedé mirando las vidrieras de colores, sin saber qué decir. Él se sentó de nuevo a mi lado y me dio un leve codazo en el brazo.

—¿Quieres aprovechar para hablar un poco de Nico?

—¿Nico? —repetí, como si el nombre no me sonara, cuando en realidad era mi mundo entero.

—Sí. Supongo que no es fácil para ti pensar en cómo reaccionará Daniel. ¿Tienes miedo?

—Mucho —confesé sin rodeos—. No sé qué me duele más, el que nunca supiera que existía o que, cuando lo sepa, no le importe.

—¿Y si le importa demasiado?

—¿Cómo demasiado?

—Si quiere formar parte de su vida… —dijo con suavidad— ¿Estás preparada para eso?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Nunca me he planteado compartir a Nico con nadie que no sea de mi familia. Siempre he sido yo sola. Mis decisiones, mis normas. Él es mío. Solo mío.

El Padre Marcos sonrió, pero no dijo nada. Sabía que no necesitaba sermones. Ya bastante llevaba yo encima. Y durante unos minutos nos quedamos allí hablando de Nico, de sus travesuras y de lo mucho que quería a sus abuelos, a pesar de que mi hijo sabía que no compartían sangre.

El reloj marcaba ya casi la hora, y noté cómo el corazón se me aceleraba, esta vez sin disimulo. No había vuelta atrás.

Estaba a punto de ver de nuevo al hombre que me rompió el alma. Solo que esta vez... tal vez ni siquiera fuera él.

Lo vi entrar desde el fondo de la iglesia.

Camisa negra impecable, pantalones a juego y el alzacuellos blanco como una advertencia silenciosa. Caminaba despacio, con las manos cruzadas a la espalda, y cuando levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron, sentí que el corazón me daba un vuelco tan violento que tuve que respirar hondo para no tambalearme.

Parecía él. Pero no era él. No exactamente.

Se acercó al banco donde estábamos sentados el Padre Marcos y yo, y al llegar se detuvo, saludándonos con una leve inclinación de cabeza.

—Padre —dijo el Padre Marcos—, te presento a Sofía. Es la mujer a la que viste con ese niño.

Él asintió con una expresión neutra. Nada en su cara me decía que me conociera de antes. Nada. Pero sus ojos… sus ojos eran los mismos. Idénticos.

El Padre Marcos nos dejó con una mirada de apoyo. Lo vi alejarse hacia la sacristía, y entonces supe que estábamos solos.

El silencio nos envolvió y yo solo podía escuchar el latido de mi corazón.

—No me lo puedo creer —dije, rompiendo el hielo—. Eres cura.

Él frunció el ceño.

—No te conozco.

Me reí. Una risa amarga, como un puñetazo en el estómago que se convertía en carcajada.

—Claro. Podemos fingir que no nos conocimos hace seis años. Puedes hacer como si yo fuera una extraña. Pero yo sí te conozco, Daniel.

Él parpadeó y, por primera vez, vaciló.

—¿Daniel? —repitió con tono confuso— No. Te equivocas. No me llamo Daniel. Me llamo David.

Mi cuerpo se tensó. Todo dentro de mí se congeló un segundo.

—¿Qué? ¿También me mentiste con tu nombre para llevarme a la cama antes de hacer tus votos? ¿Todo fue una mentira?

Él dio un paso atrás, con una leve sonrisa contenida. No parecía burlarse. Más bien… como si hubiera encajado una pieza.

—Nunca he estado con una mujer —dijo con calma—. Tengo treinta y un años. He sido cura desde hace casi siete. Y nunca, jamás, me he acostado con nadie. Créeme que lo sabría.

—¿Me estás vacilando? —pregunté, herida, ofendida, desconcertada— Esto no tiene ni mijita de gracia.

—No —dijo, más suave—. Pero creo que ya entiendo lo que está pasando. Ven conmigo, por favor.

Negué con la cabeza, dando un paso atrás.

—No pienso seguirte. Otra vez no. No voy a volver a caer en esto, aunque me sigas gustando. Aunque tus labios me sigan llamando para besarte. Porque sí, todavía me pasa.

David sonrió con tristeza.

—Me halaga. Pero no rompería mis votos, ni por eso ni por nadie. No te estoy pidiendo eso. Solo… confía un momento. Te prometo que, si vienes conmigo, al menos una duda quedará resuelta.

Me quedé mirándole. A los ojos. A la forma en que me miraba. No había rastro de burla. Solo una extraña mezcla de curiosidad y certeza.
Al final, asentí. No sabía por qué, pero lo hice, y salimos juntos de la iglesia.

Caminamos unos diez minutos. No hablábamos. Él sacó el móvil y escribió algo. No miré qué. Solo me concentré en sus pasos, en su espalda, en ese aire conocido y a la vez totalmente ajeno.

Hasta que llegamos a la terraza de un bar.

Gente charlando, alguna risa suelta, vasos que chocaban. El mundo seguía, ajeno a mi terremoto personal. David se detuvo y señaló hacia una mesa del

fondo.

—Ya está aquí.

Seguí la dirección de su dedo y lo vi. Un hombre sentado de espaldas, con vaqueros claros y camiseta negra. Postura relajada. Cabello corto, castaño. Algo en mí empezó a temblar. Lo supe antes de verle la cara.

David se acercó y le dio una palmada en el hombro. El hombre se giró. Y fue como si el tiempo se detuviera ante mis ojos.

Era idéntico. Era él. Mi Daniel. Mi verano. Mi herida.

Capítulo 18



Se puso de pie en cuanto me vio.

—Tú eres la chica de la otra noche —dijo, frunciendo el ceño—. La que me confundió con mi hermano.

Me quedé paralizada. No podía hablar. Solo los miraba, de uno a otro. Dos copias exactas. Pero ahora sí, ahora lo sabía. Era él.

David posó una mano en mi brazo y habló despacio.

—Sofía, él es Daniel, mi hermano gemelo. Y supongo que es a él a quien conociste hace seis años.

Daniel me miró, confundido, y dio un paso hacia mí.

—¿Nos conocimos? Lo dices como si… —Se detuvo, pensativo— Aunque, la verdad… tu cara me suena. La otra noche también me pasó. Esa sensación…

Me reí. Otra vez, otra risa amarga.

—¿Tienes por costumbre olvidarte de todas las mujeres con las que te acuestas en verano?

Él frunció el ceño.

—No… jamás. Pero… hace seis años estuve en Cádiz, sí. Y tuve que volver a Madrid por una urgencia del trabajo. Soy bombero. Hubo un incendio, me mandaron a cubrirlo. Tuve un accidente durante la extinción. Estuve días en coma. Y cuando desperté… tenía amnesia. No recordaba nada de ese verano.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies, y me quedé sin aire.

—¿Ni siquiera sabías que tenías fotos y mensajes en el móvil? Podías haberme llamado. Algo. Cualquier cosa.

—Perdí el móvil en el accidente. Y los recuerdos… simplemente, no estaban. Solo esa sensación de que… de que había alguien con quien tenía que hablar. Que había dejado algo importante sin cerrar.

Saqué el móvil de mi bolso. Mis manos temblaban. Busqué las fotos, las conversaciones, y se las enseñé.

Daniel las miró, mudo, como si estuviera viendo una vida que no recordaba haber vivido. Y entonces sonrió.

David le dio una palmada en el brazo.

—Creo que tenéis mucho de lo que hablar —dijo, pero luego, giró hacia mí —. Sofía… hay algo más importante. Algo que yo también necesito saber.

Lo supe antes de que lo dijera.

—¿El niño es hijo de mi hermano?

Daniel me miró, atónito.

—¿Qué niño?

Me volví hacia él, y asentí.

—Sí. Me enteré de que estaba embarazada unos días después de la última noche que pasamos juntos.

Daniel dio un paso atrás, como si necesitara procesarlo todo. Me miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Tengo un hijo?

—Sí —dije—. Se llama Nico.

Guardó silencio y le vi tragar saliva. Las emociones chocaban en su cara: asombro, miedo, alegría, culpa.

—Quiero conocerle —dijo finalmente, y yo negué con suavidad.

—Todavía no. Primero tú y yo tenemos que hablar. De todo. De lo que pasó. De estos seis años. Antes de que veas al niño.

David sonrió, satisfecho, y se puso de pie.

—Entonces os dejo solos. Tenéis mucho que decir.

Y se fue.

Se fue dejándonos allí, en esa mesa medio oculta de una terraza cualquiera, bajo el sol de la tarde. Y de repente, todo se volvió muy, muy real.

Daniel se quedó de pie unos segundos, mirándome como si aún no supiera en qué parte del sueño estaba. Luego se sentó despacio, sin apartar los ojos de mí.

Yo no podía mirarle demasiado rato seguido. Era como observar una herida abierta. Familiar, dolorosa, imposible de ignorar.

—No sé por dónde empezar —murmuró.

—Pues por lo que quieras —le respondí, cruzando los brazos sobre la mesa —. Pero ahórrate los rodeos. No me interesan las excusas.

Asintió despacio, bajó la mirada y luego la volvió a dirigir hacia mí. Sus ojos eran los mismos que me enamoraron aquel verano. Solo que ahora había

en ellos una sombra que no existía entonces.

—No recuerdo nada de ti, Sofía. Nada. Y eso me está matando.

—¿Y crees que a mí me ha ido mejor? —repliqué, sin poder contener el tono— ¿Crees que criar sola a un niño sin saber si su padre estaba vivo o muerto ha sido un paseo?

No me respondió de inmediato. Solo me miró con esa expresión rota, sincera, tan jodidamente humana que me obligó a girar la cara, porque sentía que, si lo veía un segundo más, se me rompía todo lo que llevaba años intentando mantener en pie.

—No puedo cambiar lo que pasó —dijo al fin, en voz baja—. Pero si pudiera… te juro que no te habría dejado sola. Nunca. No si hubiera sabido que estabas tú… y que estaba él.

Tragué saliva y me obligué a volver a mirarle.

—¿Sabes lo que es despertarte una mañana y descubrir que el hombre con el que creías tener algo se ha esfumado? Sin una nota, sin una llamada. Nada. Ni siquiera sabía tu apellido. Te busqué. Te juro que te busqué. Pero nadie sabía nada. Era como si nunca hubieras existido.

—Lo mismo pensé yo de ese verano cuando desperté —confesó—. Tenía… flashes. Sensaciones. Un olor a sal. Risas en la arena. Pero no sabía de quién eran. Ni por qué me dolía tanto no recordarlas.

Guardamos silencio unos segundos. Solo se oía el murmullo de la gente en otras mesas, las cucharillas chocando contra las tazas, una moto pasando por la calle. Lo cotidiano contrastaba brutalmente con el terremoto emocional que estábamos viviendo.

—¿Cómo es él? —preguntó entonces, casi en un susurro.

—Nico —dije, y solo pronunciar su nombre me aflojó algo en el pecho—. Es… inteligente, cabezota, curioso. Le encanta el mar. Le gustan los trenes.

Se parece mucho a ti. Y tiene tu sonrisa. Aunque a veces también tiene mi carácter, y eso no sé si es bueno o malo.

Daniel sonrió, con los ojos brillantes.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco y unos meses. Nació en abril del año siguiente a aquel verano. Me quedé embarazada en julio; debió ser unas semanas antes de que te marcharas.

Él asintió, con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas como si no supiera qué hacer con ellas.

—¿Tú… le has hablado de mí?

—No —respondí, sin dudar—. No quería inventarme una historia. Ni crearle una imagen que no fuera cierta. Solo le he dicho que su padre no está. Que no pudo quedarse. Pero nunca le mentí. Solo… pospuse la verdad. Pero te ha visto en fotos, por eso reconoció a tu hermano, porque decía que ese cura era igualito a su padre, y yo pensé que eras tú y que te habías olvidado de mí.

Daniel asintió, como si lo entendiera. O al menos, como si no fuera a juzgarlo.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

La pregunta era directa y honesta. Y por primera vez, no sabía qué responder.

—No lo sé —confesé—. Parte de mí quiere protegerlo. Alejarlo de ti. De todo esto. Porque no quiero que sufra. Pero… la otra parte —le miré a los ojos—, la parte que aún no te ha perdonado, también cree que tienes derecho a conocerlo. A saber, quién es.

Daniel cerró los ojos un momento, como si necesitara digerirlo todo. Cuando los abrió, me miró fijamente.

—No quiero ser un intruso. Ni un problema. No voy a exigir nada. Pero si me dejas, quiero estar. No sé cómo. Ni cuándo. Pero quiero.

Yo asentí, muy despacio. Algo dentro de mí se soltó. No era perdón. Todavía no. Pero era un primer paso.

—Está bien —dije—. Pero con calma. Paso a paso. Lo primero es que tú y yo resolvamos lo que haya que resolver. Y luego, cuando estemos listos… conocerás a Nico.

Daniel sonrió. Y en esa sonrisa, durante un instante, vi al chico de aquel verano.

—Gracias.

No respondí. Solo bajé la mirada, respirando hondo.

Quizás, solo quizás, aún quedaba algo por salvar.

Volví a casa caminando sola, con la sensación de haber vivido un terremoto emocional del que aún no sabía si saldría entera. Me temblaban los dedos. Las piernas. La cabeza me iba a estallar de tanto pensar.

Dejé a Nico en casa de Rafa y Marga. Ellos no preguntaron demasiado, solo me miraron con esa complicidad silenciosa que a veces se daba entre generaciones. Le di un beso largo a mi hijo en la frente, y él, ajeno a todo, se despidió de mí con una sonrisa llena de dientes y sin ninguna sospecha de que el mundo acababa de girar bajo nuestros pies.

Cuando llegué a casa, el aire estaba cargado. Como si las paredes supieran lo que me rondaba por dentro. Me quité los zapatos en la entrada, dejé el bolso tirado en el sofá y me quedé un momento en silencio, de pie en el salón, sin saber si ponerme a gritar, a llorar o a beber.

Opté por lo último. Saqué el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros y escribí rápido.

Sofía: *Vente a casa. Trae ginebra y mucho hielo. Tenemos que hablar.*

No pasaron ni dos minutos cuando llegó su respuesta.

Sergio: *Ya estoy saliendo. Dame quince minutos.*

Y cumplió. Quince minutos después, el timbre sonó. Cuando abrí, ahí estaba, con una botella de ginebra en una mano, una bolsa con hielo en la otra, y esa cara de "sé que viene algo gordo" que ponía cuando no sabía si debía preocuparse o reírse.

—¿Tú sabes que hay mejores formas de invitar a alguien a beber que mandarle una orden por WhatsApp?

—Sí, pero has venido, ¿no?

—Como un campeón —entró sin preguntar más y se fue directo a la cocina.

Yo le seguí, en silencio. Saqué dos vasos grandes del armario. Él abrió la ginebra, volcó el hielo en un bol y nos sirvió sin decir palabra. Cuando nos sentamos en el sofá, me miró como solo él sabía hacerlo: sin juicio, sin exigencias, con toda la paciencia del mundo.

—¿Y bien?

Tragué un sorbo antes de hablar. Me quemó la garganta, pero era justo lo que necesitaba.

—He hablado con Daniel.

Le vi tensarse levemente, pero no dijo nada.

—No es cura —continué—. Bueno, sí. El que yo creía que era él, es cura. Pero es su hermano gemelo. David. Idéntico. Mismo rostro. Pero no era él.

Sergio abrió mucho los ojos.

—¿Gemelos?

Asentí.

—Sí. Y el verdadero Daniel… no me recordaba. Dice que tuvo un accidente. Que perdió la memoria. Que despertó sin saber que había pasado un verano conmigo. Ni que yo existía.

—Pero ¿qué me estás contando, cariño?

—Lo que oyes. Que mi Daniel no es cura, es bombero.

—Vaya, uniforme distinto… Chica, entre el cura y el bombero, no veas si deben estar sexis esos dos gemelos.

—Calla, por Dios.

Él me miró en silencio un segundo. Luego, dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Y qué vais a hacer?

—Hablar. Entender qué pasó. Resolver lo que podamos. Y luego… ya veremos.

Sergio asintió lentamente. Se echó hacia atrás en el sofá y me observó durante unos segundos que me parecieron siglos.

—Vale. Si vas a hablar con él… si vais a ver qué pasa… solo quiero que sepas una cosa.

Le miré. Estaba serio, pero no enfadado. No había rencor en su voz. Solo firmeza y algo que dolía de puro leal.

—Estoy aquí. Hasta el final. Pase lo que pase. Le pese a quien le pese. Si eso te hace feliz, si él te hace bien, adelante. Pero si no… si el pasado vuelve solo para remover heridas… yo no me voy a ningún lado.

No pude contener las lágrimas. Me vinieron de golpe, como un torrente. Me cubrí la cara con las manos, y él se acercó para abrazarme.

Un abrazo fuerte y sincero.

—Te quiero, Sofía —susurró junto a mi oído—. Y siempre, siempre, siempre, vas a ser mi chica. Y Nico, mi niño. No importa lo que pase.

Me abrazó más fuerte, y yo le devolví el gesto como si me estuviera sosteniendo en mitad de una tormenta. Porque en realidad lo estaba, y me besó en la frente, un beso de hogar. De promesa. De los que dolían más que mil despedidas.

No hablamos mucho más. Al cabo de un rato, se levantó, me acarició la mejilla con el dorso de los dedos y se despidió sin decir nada más.

Cerré la puerta tras él, apagué las luces del salón, me dejé caer en el sofá con el vaso medio lleno todavía en la mano y pensé en Daniel.

Pensé en lo que había sentido al verle. En cómo su voz, su sonrisa, sus ojos… habían despertado en mí algo que creía enterrado. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si aquellos días de verano, hacía seis años, hubieran estado esperando a ser retomados justo donde los dejamos.

Solo que ahora, éramos otros. Y, sin embargo, algo dentro de mí aún latía.

Capítulo 19



Era sábado.

El cielo, aunque despejado, parecía arrastrar el peso de todo lo que había sentido el día anterior. La luz del sol entraba por la ventana del salón, proyectando reflejos dorados sobre el suelo recién fregado. Me había despertado temprano, como si el cuerpo supiera que había demasiadas cosas dentro de mí que necesitaban ordenarse.

Aún no me hacía del todo a la idea. Daniel.

Daniel había vuelto. Con sus ojos de tormenta tranquila, con la sonrisa que me enamoró aquel verano y ese gesto en la boca que yo conocía de memoria. Se me revolvió el estómago solo de pensarlo. No había dormido casi nada, porque la imagen de él volviendo a mirarme después de tantos años se repetía en mi cabeza como una película antigua que uno rebobinaba para fijarse en los detalles.

Si en aquel momento, hacía seis años, me hubiese dicho que era bombero, que tenía que marcharse porque lo necesitaban, si tan solo me hubiera avisado… tal vez nada de esto habría pasado. Tal vez no me habría roto por dentro. Tal vez no habría pasado tantas noches sola, embarazada, con el miedo pegado a los huesos. Tal vez no me habría sentido tan abandonada. Tan pequeña.

Y sin embargo… Todo lo que sentí entonces seguía vivo. Latente. Como brasas bajo la ceniza. Daniel aún tenía ese poder absurdo de hacerme

estremecer con una sola mirada. Era como si el tiempo no hubiera pasado. Ayer, cuando hablamos, cuando nos sentamos uno frente al otro después de tanto… pude confirmar lo que más me dolía admitir: seguía queriéndole. Aún estaba enamorada de él. Y no podía seguir odiándole.

No cuando me miraba con esos ojos como si intentara recordarme. No cuando decía que no se acordaba de nada, que lo último que sabía era que había estado en Cádiz aquel verano y que luego… nada. Oscuridad. Un accidente. Amnesia.

Pero… ¿Y si no era cierto? ¿Y si lo de la amnesia era solo una excusa para salir del paso? ¿Una historia bien armada para que yo le perdonara?

Me llevé la taza de café a los labios, aún caliente, y contemplé el mar desde la ventana. Las olas se mecían suaves, como si me invitaran a pensar en otra cosa, a no ahogarme en mis dudas.

Recordé cómo me miró. No lo hizo como alguien que fingía, sino como alguien que quería recordar. Y, por un momento, creí. Creí que era sincero.

El móvil vibró sobre la encimera. Miré la pantalla, vi el nombre de Marga y contesté.

—¿Mamá?

Era la voz de Nico. Mi pequeño príncipe. Sonreí al instante.

—Hola, mi amor. ¿Qué haces tú con el móvil de la abuela?

—Quiero preguntarte una cosa… ¿Puedo quedarme con los abuelos este finde? Rafa y yo vamos a jugar a los piratas y a buscar un tesoro escondido en la playa.

Me reí, porque me lo imaginé ya con su gorro de cartón y su espada de madera.

—Claro que sí, mi vida. Puedes quedarte con ellos. Pero te portas bien, ¿eh?

—Prometido.

—Te quiero hasta la luna…

—¡Y más allá! —gritó él, riendo.

—Y yo a ti.

Colgué con una sonrisa tonta en la cara. Nico… siempre tan lleno de vida. Le debía todo a él.

Pasé la mañana recogiendo el piso. Limpié el baño, cambié las sábanas, puse un par de lavadoras. Me puse música, cómo no. Románticas, melosas, algunas de esas canciones que no ayudaban nada cuando se te había removido el alma. Y claro, vinieron los recuerdos. Daniel en la playa. Daniel llevándome a casa en su coche. Daniel con su camisa desabrochada, riéndose mientras intentábamos cocinar juntos.

El móvil sonó de nuevo con un mensaje. Era él.

Habíamos intercambiado números ayer. Algo tímido, como quien no sabía si tenía derecho a hacerlo.

Daniel: *Me preguntaba si te apetecería salir a comer hoy. Me encantaría hablar más contigo, recordar aquel verano juntos. Si te apetece, claro.*

Me quedé unos segundos mirando la pantalla, sentada en el sofá con una mano en el pecho. ¿Era buena idea? ¿O muy mala idea?

Suspiré, y después de un rato, tecleé una respuesta.

Sofía: *Vale. Podemos vernos. Quedamos en el bar donde trabajo, ¿te parece? Te mando la dirección.*

Y así lo hice. Me levanté y fui directa a la ducha, con el corazón latiendo demasiado rápido para lo temprano que era. Estuve un rato largo mirando el armario. Nada me parecía adecuado. Nada me gustaba. Hasta que encontré el

conjunto: shorts vaqueros, una camiseta blanca de hombro caído y cuñas blancas. Maquillaje sencillo. Pelo recogido en una coleta alta.

Me miré al espejo. Y entonces lo supe. Así iba vestida la primera vez que salimos juntos, seis años atrás. Y mi corazón, otra vez, se desbocó.

El camino hasta el bar se me hizo corto y largo a la vez. Como si las calles me conocieran de memoria, pero el tiempo se hubiese empeñado en hacerme sentir cada paso. El corazón, otra vez, galopando sin permiso.

Cuando llegué, lo primero que vi fue a Sergio detrás de la barra, en plena faena. Había más gente de la habitual para esa hora. Clientes en la terraza, camareros yendo de un lado a otro con bandejas llenas. El bullicio habitual de los sábados, ese que a veces se agradecía porque te obligaba a no pensar. Aunque ese día… yo no podía pensar en nada más.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunté, acercándome a la barra.

Sergio se giró, sorprendido de verme ya allí.

—He venido a echar una mano —dijo, limpiándose las manos en un trapo.

—¿Por qué no me has pedido que viniera también?

—Porque mis padres me dijeron que se quedaban con Nico el finde, y pensé que querrías tiempo para estar sola… y digerir todo.

Lo miré en silencio. Sergio era muchas cosas en mi vida. Mi jefe, sí, pero también mi amigo. Mi apoyo durante los peores años. El único que había visto algunas de mis heridas sin vendajes.

—Y cuando vi que llegaba Daniel —añadió, señalando con la cabeza hacia el fondo del local—, supe que había hecho bien.

Me giré y allí estaba.

Sentado en una mesa junto a la ventana, con una camisa clara, remangada, y ese aire de quien no sabía si está soñando o despertando. Al verme, sonrió.

No de manera forzada, sino como quien veía algo que creía perdido. O algo que aún no entendía.

—Aprovecha el fin de semana —dijo Sergio, bajando la voz—. Ponte al día con tu gran amor.

Puse los ojos en blanco.

—No empieces —le dije, intentando no sonreír, pero sabiendo que me había leído como siempre.

Respiré hondo y caminé hacia Daniel.

Se levantó al verme acercarme y, sin decir nada, me dio un beso en la mejilla. Fue suave, lento, cargado de una electricidad que no esperaba. Me estremecí. Como si mi piel aún supiera quién era él. Y nos sentamos.

—Gracias por venir —dijo.

—Gracias por invitarme.

Pedimos paella y vino blanco. Él se encargó de hablar con el camarero, como si quisiera dejarme margen. Cuando nos quedamos solos otra vez, hubo unos segundos de silencio. No incómodos. Solo llenos de historia.

—He estado pensando mucho en ti desde ayer —confesó—. Bueno… en realidad, desde que te vi.

Yo asentí.

—Yo también. No he parado.

Él bajó la mirada. Sus dedos jugaban con el borde de la servilleta, como si no supiera por dónde empezar.

—¿Te acuerdas de cómo nos conocimos? —le pregunté, como quien se lanzaba sin red.

Él me miró, intrigado.

—Solo algunos flashes… pero no consigo ubicar nada.

—Pues te lo voy a contar. Así, con todos los detalles. A ver si algo te suena.

Me acomodé en la silla, apoyando los brazos en la mesa.

—Era un mediodía de julio. Yo acababa de salir de trabajar y estaba agotada. Decidí darme un baño rápido en la playa. Nada glamuroso: llevaba mi bikini viejo, un pareo y la cara más de lunes de la historia.

Él sonrió, escuchándome atento.

—Me metí en el agua y nadé hasta donde ya no se tocaba. Cerré los ojos. Y entonces escuché tu voz por primera vez.

—¿Mi voz?

—Sí. Me dijiste: "¿Vas bien o te has rendido?" Y yo, que no sabía quién eras, abrí los ojos y te vi flotando como si el mar fuese tu casa. Te respondí que estaba practicando cómo abandonar el mundo con estilo.

Se rio.

—Eso suena a algo que me habría encantado escuchar.

—Nos quedamos flotando. Hablamos, reímos… Como si ya nos conociéramos. Salimos del agua juntos, caminamos empapados hasta la orilla, sin toalla, con la arena pegándose en cada parte del cuerpo. Me preguntaste si tenía hambre.

—Y tú dijiste que sí —interrumpió él, como si una chispa se hubiese encendido.

—Siempre tengo hambre —sonreí.

—¿Bocadillo de calamares? —curioseó, y lo miré fijamente.

—Sí…

—¿Lo compartimos?

Asentí, sin poder evitar la emoción que me subía por el pecho.

—Lo compartimos. Me contaste que estabas de vacaciones, que un compañero tuyo había estado en Cádiz el verano anterior y te lo había recomendado.

Daniel cerró los ojos un segundo.

—Sus manos… tus manos —murmuró—. Me acuerdo de tus manos. De mirarlas mientras hablabas.

El corazón me dio un vuelco.

—Y cuando me diste una servilleta, tus dedos rozaron los míos. Fue un roce tonto, pero me aceleró el corazón.

Él tragó saliva. Tenía los ojos clavados en los míos.

—Dios… ¿Cómo pude olvidarme de todo eso? ¿De la mujer más bonita que he visto en mi vida? —preguntó, y de nuevo mi corazón dio ese pequeño vuelco, ese mismo que sentí años atrás.

—No exageres —sonreí.

—No exagero, es la verdad. Es lo que he pensado al verte entrar.

Y sonreí, porque esas mismas palabras fueron las que me dijo cuando me vio el día que tuvimos nuestra primera cita.

Capítulo 20



El camarero trajo la paella y el vino. Hicimos una pausa para servirnos y brindar, como si ese momento mereciera celebrarse.

—Recuerdo que después viniste alguna mañana aquí, al bar —dije—. Tomabas café; a veces desayunabas. Solo para verme.

—Algunos flashes eran así —dijo él, con la mirada un poco lejana—. Con alguien… alguien importante, pero sin cara. Pensaba que era algo inventado. Un sueño raro.

—Comíamos juntos, y después me esperabas hasta que terminara el turno. Paseábamos. Reíamos. Hablábamos de todo.

Él se quedó en silencio, masticando lentamente.

—Después del accidente… me dijeron que me sacaron de debajo de un techo que me cayó encima. Estaba protegiendo a un niño en un camping, en un incendio. Mis compañeros nos sacaron a los dos. Me rompí varias costillas. Estuve en coma.

—¿Y no recordabas nada?

—Nada. Solo sabía que aquel verano lo pasé en Cádiz, pero no dónde, ni con quién. Luego me trasladaron a varios parques de bomberos, y nunca se dio la ocasión de volver. Me iba de vacaciones con algunos compañeros, o a visitar a mi hermano.

—¿Y por qué ahora?

—A David lo han destinado a una parroquia aquí, en Cádiz. Estamos muy unidos. Y yo… sentí que debía venir.

Bebí un sorbo de vino, sin dejar de mirarle. Me preguntó si podía ver algunas fotos de aquel verano y se las enseñé. Sonreía viéndolas, hasta que se puso un poco más serio.

—Siento no haber estado durante el embarazo —dijo y supe que esas eran las fotos que veía.

—¿Tienes pareja? —pregunté, de repente, porque eso me rondaba en la cabeza desde siempre.

El aire cambió y él negó con la cabeza.

—Salí con alguien hace unos años, pero… no funcionó. Sentía que algo no encajaba. Como si me faltara algo que no sabía qué era. ¿Y tú?

—No he estado con nadie desde que te fuiste —confesé, y Daniel me miró con ambas cejas levantadas.

—¿Nadie?

—Nadie. El único hombre de mi vida es Nico. Desde que supe que estaba embarazada, él lo ha sido todo para mí.

Una sonrisa triste le cruzó el rostro. Asintió en silencio.

—¿Puedo…? —dijo, señalando su copa— ¿Podemos brindar por él?

—Claro que sí.

—Por Nico, y por todo lo que venga ahora.

Brindamos y, después de comer, pidió café.

—¿Quieres dar un paseo por la playa? —preguntó, lo miré y asentí.

Cinco minutos después salimos juntos, como si el verano de hacía seis años nunca hubiera terminado.

Caminamos en silencio durante los primeros minutos. La brisa marina nos golpeaba de frente, suave, con ese aroma salado que tanto me gustaba. Las gaviotas chillaban a lo lejos, y el sol ya comenzaba a bajar, tiñendo el cielo de naranja.

—Estás muy guapa —dijo Daniel, de pronto.

Me giré para mirarle. Sonreía, pero con un brillo distinto en los ojos. Más contenido. Más… personal.

—Gracias.

—Cuando te vi antes… tuve un pequeño flash —añadió, llevándose una mano al pecho, como si intentara atrapar algo dentro.

—¿Sí?

—Sí. Tú, vestida así, como si ya te hubiese visto así antes.

Me reí, bajando la mirada.

—Es porque iba vestida así en nuestra primera cita.

Él se quedó mirándome. No dijo nada, pero noté cómo la revelación le atravesó. Como si una pieza más del puzle encajara dentro de su cabeza. Como si poco a poco su memoria empezara a ceder.

Seguimos caminando, y le fui contando más. Más recuerdos. Más detalles.

—Una vez me hiciste un collar con conchas que encontramos en la orilla. Era feo, no te voy a mentir. Pero me lo puse igual. Tú decías que las habías elegido porque eran imperfectas, como nosotros.

Él se echó a reír, rascándose la nuca.

—¿Yo dije eso?

—Sí, y después me besaste.

Llegamos a una zona de la playa más apartada. Las rocas grandes formaban pequeñas calas entre la arena. Allí el mar rompía con más fuerza, y el sonido era envolvente.

Nos sentamos en una de las piedras grandes, uno al lado del otro, mirando el horizonte.

—Háblame de Nico —pidió él, en voz baja.

Sonreí. Mi hijo. Mi tesoro. Hablar de él me hacía sentir fuerte, viva.

—Tiene cinco años. Bueno, cinco y tres meses, si le preguntas a él. Es inteligente, curioso, cabezota y… tremendamente gracioso. No hay día que no me haga reír.

Él me miraba como si cada palabra fuese sagrada.

—¿Se parece a mí?

Asentí, sin dudarlo.

—Mucho. Tiene tus ojos. Y esa forma tuya de fruncir el ceño cuando algo no le cuadra. A veces lo miro y… es como si te tuviera delante otra vez.

Bajó la cabeza. Respiró hondo.

—Entonces nunca me olvidaste.

—Nunca. ¿Cómo iba a hacerlo? Tenía una copia en pequeñito de ti para recordarme todos los días quién era el hombre al que tanto quise.

Y nos quedamos en silencio, ese que solo era roto por las olas.

—¿Te enamoraste de mí, Sofía? —preguntó, sin girarse.

Yo asentí, mirando el mar.

—Sí. Lo hice. Y muy rápido, además. Eras tú. No había otro.

—¿Y tú crees… que yo me enamoré de ti?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Me dijiste que me querías, alguna vez. Pero nunca hablamos de futuro. Nunca hicimos planes. Solo… vivíamos. Cada día.

—Quizá por eso fue tan especial.

No supe qué contestar. Saqué el móvil y le mostré algunas fotos de Nico. Empezó a pasar una a una, en silencio. En todas salía riendo, con esa energía que llenaba cualquier sitio donde estuviera. Luego pasé a algunos vídeos. Uno de su cumpleaños. Otro en el que bailaba disfrazado de Spiderman. Daniel se rio.

—Es increíble. De verdad… es increíble. Tiene algo que atrapa. Como tú.

Me ruboricé. Él no dijo nada más, solo siguió viendo las imágenes.

—No te voy a pedir nada ahora —dijo al cabo de un rato—. No sería justo. Pero… me gustaría conocerlo. Si tú me dejas. Si tú quieres. Estoy dispuesto a esperar lo que haga falta. Ahora que estoy aquí, quiero formar parte de su vida. Si me das la oportunidad.

Suspiré. No había respuesta fácil. No con todo lo que eso implicaba.

—Necesito tiempo —dije.

—Y yo te lo daré.

Volvimos a quedarnos callados, pero no era un silencio incómodo. Era uno lleno de pensamientos. De preguntas sin respuesta.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó él, rompiendo ese momento de silencio.

Lo miré. Él me miraba también.

—Sí, pero en mi casa. No me apetece sentarme en una terraza con gente.

—Perfecto —dijo, y nos levantamos.

Cuando llegamos a casa, el sol ya se había escondido del todo. Las paredes se tiñeron del tono cálido que dejaban las farolas de la calle, y el silencio del piso me pareció más acogedor que nunca.

Daniel se quedó de pie unos segundos en la entrada, como si no quisiera avanzar demasiado rápido. Como si ese espacio fuera sagrado y temiera romper algo con solo pisarlo.

—Puedes pasar —le dije, quitándome las cuñas—. Ponte cómodo.

—Gracias.

Fui directa a la cocina para preparar café. Mientras tanto, él se quedó en el salón, observando las fotos enmarcadas que había en la estantería: Nico en la playa, Nico disfrazado, Nico conmigo en brazos cuando apenas tenía semanas. La casa estaba llena de su risa… aunque en ese momento reinara el silencio.

—Tiene tu sonrisa —escuché decir desde el salón—. Y esa mirada curiosa que teníamos mi hermano y yo de pequeños.

Sonreí mientras colocaba las tazas en la bandeja.

—¿Quieres azúcar? —pregunté.

—Una cucharadita. Gracias.

Entré con la bandeja y la dejé en la mesa del salón. Él se sentó en el sofá, yo a su lado, sin que nuestras piernas se tocaran, pero sintiendo el calor de su

cercanía.

—¿Te enseño el álbum de fotos? —pregunté, señalando la estantería.

Él asintió, como si lo estuviera deseando. Me levanté y saqué el grande, el de tapas acolchadas azules, donde guardaba los primeros cinco años de vida de Nico. Cada hoja contenía no solo imágenes, sino pedazos de mi historia. Nuestra historia, sin que él lo supiera.

Pasamos hoja por hoja. Daniel acariciaba con los dedos algunas de las fotos, como si así pudiera sentir algo más que papel. Yo le iba contando anécdotas: la primera vez que Nico caminó, cuando se cayó por querer correr detrás de un gato, el día que me llenó el salón de pintura intentando hacerme un regalo para el Día de la Madre.

—Es… precioso —murmuró—. Has hecho un trabajo increíble, Sofía. Te admiro tanto por todo lo que has hecho sola…

—No fue fácil, pero tampoco imposible. Él me daba las fuerzas.

—Ojalá hubiese estado allí.

Lo miré y vi que sus ojos no mentían. No había pose ni lástima. Solo verdad y un peso silencioso que llevaba dentro.

La noche se nos echó encima sin darnos cuenta. Eran más de las diez cuando cerramos el álbum. Estábamos sentados más cerca, el café frío sobre la mesa, y yo ya me había rendido al hecho de que, por mucho que lo negara, me gustaba tenerlo allí.

—¿Te quedas a cenar? —pregunté.

—¿Segura?

—Sí. No pienso dejarte ir sin probar la pizza de la pizzería de la esquina. Es una norma no escrita si vienes a esta casa.

Sonrió y la pedimos.

Media hora después estábamos comiendo sentados en la alfombra del salón, como si fuéramos adolescentes. Hablamos más de Nico, de su colegio, de su grupo de amigos, de su obsesión por los dinosaurios y Spiderman. Él me contaba cosas de David, su hermano, y de los parques de bomberos donde había trabajado.

Reímos mucho. Más de lo que había reído en meses. Hasta que el reloj marcó la medianoche.

—Debería irme —dijo él, bajando la mirada.

Asentí, aunque en realidad no quería que se fuera. Me levanté para acompañarlo a la puerta.

Se giró antes de abrir.

—Sofía…

—¿Sí?

Me miró con una intensidad que me desarmó. Estaba cerca. Muy cerca.

—¿Es normal que sienta unas ganas inmensas de besarte?

Me temblaron las piernas, lo juro por Dios, pero mantuve la compostura.

—Si estás empezando a recordar… puede que sí. Pero no creo que sea buena idea.

—No… no lo es —dijo en voz baja.

Aun así, levantó una mano y me acarició la mejilla. Ese roce, ese simple gesto, encendió todas las alarmas en mi cuerpo y al mismo tiempo, me calmó.

—Buenas noches, Sofía.

—Buenas noches, Daniel.

Abrió la puerta y salió. Me quedé unos segundos apoyada contra ella, escuchando sus pasos alejarse.

Y entonces, solo entonces, me permití cerrar los ojos y admitirlo. Yo también quería besarlo.

Fui hasta el dormitorio. Me puse el pijama, me metí en la cama y me pregunté cuándo volvería a verlo de nuevo.

Capítulo 21



El olor a chocolate caliente y churros recién hechos me despertó antes incluso de abrir los ojos. Había algo reconfortante en aquella fragancia dulce y espesa que se colaba desde la cocina hasta mi habitación, como si cada mañana pudiera empezar de cero con un poco de azúcar y una pizca de cariño.

Me desperecé despacio entre las sábanas, con una sonrisa dibujada ya en la cara. Solo Álvaro era capaz de levantarse un domingo temprano para traer el desayuno como si estuviéramos en casa de la abuela. Aquel ritual suyo se había convertido en un ancla para mí desde hacía unos años, una especie de refugio silencioso donde no hacían falta grandes palabras para sentirse a salvo.

Me puse una camiseta vieja y unos pantalones cortos y salí descalza al pasillo. La luz de la mañana se colaba por las cortinas de la cocina y allí estaba él, de espaldas, sirviendo el chocolate en una taza mientras los churros se amontonaban en una bandeja cubierta con papel de cocina.

—Buenos días, chef —le dije con la voz aún ronca.

Se giró con una sonrisa y me plantó un beso en la mejilla antes de responder.

—Buenos días, dormilona. Has tardado más de lo normal. Pensé que hoy ibas a dejarme desayunar solo.

—Mmm... el olor me salvó —me reí, sentándome en la mesa mientras él me servía una taza humeante.

—¿Y Nico? —preguntó enseguida, con esa naturalidad con la que preguntaba por mi hijo cada día.

—Se ha quedado con Rafa y Marga este fin de semana. Quería dormir en casa de los abuelos, ya sabes: cine, palomitas y probablemente desayuno con crepes esta mañana.

Álvaro asintió como si aquello tuviera todo el sentido del mundo.

—El enano sabe lo que hace.

Asentí, dando el primer sorbo al chocolate caliente, y cerré los ojos un instante. Estaba perfecto. Como siempre.

—¿Qué pasa? —preguntó entonces, entre churro y churro, mirándome con ese brillo curioso en los ojos— Tienes cara de tener algo que contar. Y no me digas que no, que te conozco.

Sonreí, un poco avergonzada, y dejé la taza sobre el platito con cuidado.

—Ayer comí con Daniel.

—¿Daniel? —Frunció el ceño— ¿El cura?

Negué lentamente, conteniéndome la risa.

—Ese es David, su hermano gemelo. Porque resulta que Daniel no es cura. Es bombero.

Álvaro se quedó un segundo en blanco, como si estuviera intentando encajar las piezas en su cabeza.

—¿Cómo que no es cura? ¿Y desde cuándo tiene un hermano gemelo?

—Desde siempre, supongo. Me enteré el viernes. Fue... surrealista. Verás, resulta que el cura que he estado viendo, el que creí que era Daniel, es David. Me confundí de persona. Bueno, no. Son idénticos. Pero sí. Me equivoqué. Daniel no es cura. Es bombero. Me estuvo contando todo el viernes. Y ayer me escribió para quedar, para hablar del verano de hace seis años.

Álvaro abrió mucho los ojos y dejó el churro en el plato como si acabara de perder el apetito por la sorpresa.

—¿Y qué te dijo? ¿Por qué desapareció?

—Tuvimos una charla larga. Me contó que se fue por trabajo, que tuvo un accidente poco después de irse y que no recordaba nada de ese verano. Que perdió el móvil y no tenía nuestras fotos ni los mensajes.

—¿Y tú te lo crees?

—Sí —respondí sin dudar.

—Vaya.

Álvaro se apoyó en el respaldo de la silla, como asimilando la noticia, y después me miró con una sonrisa de medio lado.

—Pues quizás esto sea una señal.

—¿Una señal?

—Sofía... han pasado seis años. No recordaba nada de ti, pero ha vuelto. Al mismo sitio. Se ha reencontrado contigo. Quizás sea el destino diciéndoos que aún tenéis algo pendiente.

—No sé si creo en el destino.

—Yo tampoco. Pero sí creo en las segundas oportunidades. A veces aparecen cuando menos lo esperas.

Mi móvil vibró sobre la mesa. Lo cogí, con una mezcla de nerviosismo y expectación. Era un mensaje.

Daniel: *Me encantó pasar el día contigo ayer. He estado pensando mucho en todo lo que me contaste... y creo que he empezado a recordar algunas cosas. ¿Te apetecería que pasáramos el día juntos otra vez?*

Me quedé en silencio, leyendo el mensaje una y otra vez.

—¿Es él? —preguntó Álvaro con una media sonrisa y asentí.

—Dice que quiere pasar el día conmigo otra vez.

—¿Y tú qué quieres?

No respondí al instante. Me quedé mirando la taza medio vacía, el rastro de azúcar en el mantel, el olor a churros flotando aún en el aire.

—No lo sé —admití—. Me da un poco de vértigo. Lo que vivimos aquel verano fue muy intenso. Y si no lo recuerda...

—Entonces dale la oportunidad de recordarlo, pero ahora, en el presente. Quizá lo que sentisteis entonces... aún sigue ahí. O quizá es diferente. Pero solo lo sabrás si lo vives.

Volví a mirar el mensaje. Y luego escribí.

Sofía: *Sí, me encantaría.*

La respuesta no tardó en llegar.

Daniel: *Paso a recogerte en dos horas. Lleva ropa cómoda y traje de baño.*

—¿Traje de baño? —dije en voz alta.

Álvaro levantó las cejas, divertido.

—Eso suena a playa. O a piscina. O a que el bombero quiere verte en bikini.

Le lancé una servilleta.

—¡Idiota!

—Tú también te reirás cuando lo pienses. Anda, ve a prepararte. Y disfrútalo, Sofía. Pase lo que pase.

Se levantó, me besó en la frente y recogió su taza.

—Gracias —le dije, de corazón.

—Para eso estoy. Para los churros y los líos amorosos. Ve guapa, pero cómoda. Y si acabas en la playa... no te olvides de ponerte crema, que luego te quemas.

Se fue con una carcajada, dejándome allí, con el corazón un poco más acelerado que cuando me había despertado. Aún quedaba mucho por sentir. Y, tal vez, por recordar.

Me levanté, recogí la mesa y fui a la habitación. Saqué el bañador del cajón, ropa cómoda, una toalla, protección solar... Y mientras metía todo en una mochila, me miré al espejo.

Había algo diferente en mis ojos. Un brillo nuevo, o quizás uno antiguo que había vuelto a encenderse.

Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí emocionada por lo que podía pasar en las próximas horas.

Dos horas después, el sonido del timbre me hizo bajar de golpe del pequeño remolino de nervios en el que llevaba girando desde que me había duchado, vestido y peinado. Me miré una última vez en el espejo del recibidor y respiré hondo. Llevaba unos vaqueros cortos, una camiseta azul y el bañador rosa chicle debajo. Nada excesivo, pero me sentía bien. Con esa sensación de que estaba justo donde tenía que estar.

Bajé a la calle, abrí la puerta y ahí estaba él.

Daniel vestía una camiseta azul marino que le marcaba el pecho y unos pantalones claros. Tenía el pelo ligeramente revuelto por el aire, y esa sonrisa suya… tranquila, sincera, ligeramente ladeada. Se inclinó y me dio dos besos en la mejilla. El roce de su piel contra la mía me erizó el vello de los brazos.

—Hola —dijo él.

—Hola.

Nos miramos durante un segundo. Solo un segundo. Pero fue suficiente para que todo dentro de mí se agitara. Sentí ese tirón invisible que ya había sentido aquel verano, como si algo me empujara hacia él sin que pudiera resistirme.

Subimos al coche y durante los primeros minutos hablamos de cosas sencillas: del calor que hacía, de cómo había dormido, de que su hermano David le había estado preguntando por mí. Me reí, porque no podía evitar pensar en lo raro que había sido confundirlos.

—Todavía me cuesta pensar que no eras tú el cura que vi —le confesé.

—Mi hermano siempre ha sido el más... centrado —dijo, sonriendo—. Yo era el de los líos. Y ahora, míralo, con alzacuellos.

—Y tú, con manguera.

Nos reímos los dos. Me gustaba cómo me hacía sentir. Ligera, como si no tuviera que fingir nada. Como si no hubieran pasado seis años llenos de silencios.

Pasamos de la carretera principal a una secundaria bordeada de árboles y casitas adosadas. Yo ya me estaba haciendo a la idea de ver el mar cuando giró a la derecha y entró en una pequeña urbanización privada. Abrió el portón con un mando a distancia y el coche avanzó lentamente por un camino de grava blanca.

—¿Vives aquí?

Asintió con una media sonrisa.

—Desde hace un par de semanas. David y yo la compramos cuando le dije que había pedido el traslado aquí para estar con él.

Aparcó frente a una casa amplia, de una sola planta, con paredes encaladas y ventanas grandes. El jardín era espectacular. Un césped perfectamente cuidado rodeaba una piscina rectangular con tumbonas blancas y una zona de barbacoa cubierta por una pérgola de madera. Había flores en las jardineras, plantas trepadoras subiendo por las columnas del porche y una mesa de comedor exterior con seis sillas.

—Vaya... —murmuré al bajar del coche— Esto es... precioso.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Entonces, bienvenida —dijo abriendo la puerta y haciendo un gesto teatral con la mano—. Ponte cómoda. Hoy es día de relax.

Entramos en la casa. El interior era luminoso, decorado con madera clara y tonos neutros. Cocina americana, salón con sofás cómodos y grandes ventanales que daban al jardín. A un lado, un pasillo conducía a cuatro habitaciones. Todo nuevo, aún sin terminar de llenar con objetos personales, pero acogedor.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó desde la cocina.

—Sí, por favor.

Me senté en el borde del sofá, todavía mirando alrededor como si necesitara asegurarme de que era real.

—Compré una carne buenísima para hacer en la barbacoa —dijo, tendiéndome una botella bien fría—. Va a tardar un poco, así que tenemos

tiempo para tomar algo tranquilamente.

—Perfecto.

Chocamos las botellas con un suave "clin" y sonreímos. Y justo cuando iba a decirle algo, sonó mi teléfono.

Miré la pantalla y vi que era el número de Marga. Contesté de inmediato, pensando que quizá Nico quería contarme algo más sobre su fin de semana.

—¿Mamá?

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal?

—¡Genial! Ayer fui con el abuelo Rafa a pescar. ¡Pesqué dos peces! Aunque luego los soltamos. Pero uno era enorme. Bueno, no tanto como dice el abuelo, pero era grande.

Me reí, imaginándome la escena.

—Qué valiente. ¿Y dormiste bien?

—Sí. Y hoy vamos a hacer gazpacho con carne asada para comer, y la abuela Marga me ha dicho que esta tarde merendamos crepes con Nutella. Pero quería llamarte para decirte que te quiero.

Se me encogió el corazón.

—Yo también te quiero, mi amor. Muchísimo.

—Vale. Te dejo, que la abuela me llama. ¡Adiós!

Colgué y dejé el móvil en la mesa con una sonrisa tonta en la cara. Daniel me miraba.

—¿Era Nico?

—Sí. Me llama siempre para contarme lo que ha hecho. Aunque hayan pasado solo unas horas.

—Me gusta eso. Tenéis un vínculo muy bonito.

—Es mi pequeño gran amor.

Daniel se quedó en silencio un momento y luego volvió a hablar.

—¿Podría tener una foto suya?

Lo miré, sorprendida, pero conmovida.

—Claro.

Saqué el móvil y le mostré una de las últimas fotos: Nico en la playa, con el pelo revuelto por el viento y esa sonrisa que me iluminaba la vida.

Daniel la miró con atención, y luego me miró a mí.

—Es precioso.

Le pasé la foto por mensaje y él sonrió agradecido antes de ir a poner la carne en la barbacoa mientras yo me quedaba sentada en el porche tomando mi cerveza.

La carne empezó a chisporrotear poco después, y el aire se llenó de ese olor a brasas y especias que tanto me recordaba a los veranos pasados. Daniel removía las brasas con maestría, moviendo las piezas con unas pinzas largas mientras charlábamos de todo y de nada.

Patatas asadas en papel de aluminio, carne marinada, cerveza fría y esa sensación de que estábamos suspendidos en un momento que no tenía prisa por irse. La comida prometía, sin duda alguna.

Nos sentamos en la mesa del porche, bajo la sombra de la pérgola, con el sol cayendo ligeramente de lado. La comida humeaba en los platos. Levantamos nuestras cervezas y brindamos.

—¿Por qué brindamos? —pregunté.

Daniel sonrió.

—Por los viejos tiempos… y por los nuevos momentos que vayan a venir.

—Por eso —repetí, mirándolo fijamente a los ojos.

El primer bocado fue puro placer. Todo estaba en su punto, sabroso, jugoso. Me reí y le dije que estaba muy por encima de la media.

—¿De verdad eres bombero y no chef?

—Soy multitarea —contestó con una carcajada.

Comimos despacio, disfrutando de la comida, de la conversación, del aire cálido que anunciaba que el verano aún tenía mucho que ofrecer.

Después, me recosté en la silla, con una mano sobre el vientre lleno y otra sosteniendo la botella medio vacía.

—Ha sido una comida perfecta —dije.

Daniel asintió, mirándome con esos ojos que parecían querer memorizar cada gesto mío.

—Y aún no ha acabado el día.

Me mordí el labio. El sol ya estaba más alto y la piscina parecía llamarnos como un oasis privado solo para nosotros.

Yo no sabía aún cómo iba a acabar aquel día, pero sí sentía que estaba justo donde debía estar.

Y eso, para mí, ya era mucho.

Capítulo 22



Después del café y una charla tranquila bajo la sombra del porche, me quité los vaqueros cortos y la camiseta, revelando el bikini rosa chicle que había elegido por impulso, sin pensar demasiado en que volvería a verme con él así. Pero cuando me giré y vi cómo Daniel me miraba, comprendí que quizás, inconscientemente, sí lo había hecho por él.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo con una mezcla de asombro y deseo apenas disimulado. Tragó saliva y bajó la mirada, aunque no con vergüenza, sino con una contención que me hizo estremecer.

—No deberías mirarme así —le dije, divertida.

—No puedo evitarlo —contestó él, sin apartar la mirada—. Te juro que intento ser discreto, pero…

—¿Pero?

—Estás preciosa.

No supe qué responder, así que simplemente me di la vuelta y me metí en el agua de golpe, sintiendo el frescor recorrer mi piel al instante. La piscina estaba templada, limpia, tranquila. Me sumergí por completo y, al salir, me aparté el pelo de la cara, viendo cómo él se quitaba la camiseta y los pantalones sin prisas, revelando un cuerpo trabajado, fuerte, de esos que se construían con años de trabajo físico y no solo por estética.

Llevaba un bañador oscuro y el sol le marcaba el pecho, los abdominales, los brazos. Todo en él parecía sólido y natural. Y cuando se metió al agua, sentí que el aire entre los dos cambiaba.

Jugamos como dos adolescentes. Nadamos, flotamos, nos salpicamos el uno al otro. Hubo risas, bromas, carreras a nado de un extremo a otro de la piscina. Y luego, sin darme cuenta, empezó el roce. Primero accidental, luego inevitable. Nuestros cuerpos se buscaban bajo el agua, como si recordaran cosas que la mente aún dudaba en aceptar.

En uno de esos juegos, él se acercó desde atrás y me rodeó por la cintura con sus brazos, levantándome de golpe.

—¡Eh! —grité, entre risas, mientras pataleaba en el agua.

—Tengo que decirte algo —dijo en voz baja, con su boca tan cerca de mi oído que me estremecí.

—¿Qué?

—Quiero besarte.

El mundo se detuvo por un segundo. Solo el chapoteo leve del agua nos envolvía, y mi corazón latía con tanta fuerza que sentí que él debía notarlo, incluso bajo el agua.

Tragué saliva. No había duda en mi interior. Ni miedo. Ni siquiera sorpresa. Solo un deseo que llevaba años dormido y que ahora despertaba con una fuerza antigua y nueva a la vez.

—Yo también quiero que lo hagas —respondí en voz baja.

Daniel se inclinó y sus labios buscaron los míos. El beso fue lento al principio, cuidadoso, como si quisiéramos recordar los caminos que ya conocíamos, pero que llevaban años sin recorrerse. Sus labios eran cálidos, firmes, dulces y al mismo tiempo intensos. Sentí las mariposas. Sentí cómo algo se encendía dentro de mí, una corriente eléctrica que recorría cada poro de mi piel.

El beso se intensificó y me giré en sus brazos, envolviéndole con los míos alrededor del cuello. Nuestros cuerpos se apretaron bajo el agua, buscando más, queriendo más. El deseo era palpable, urgente. Le acaricié el pelo mojado, el cuello, la espalda, y sentí cómo su respiración se aceleraba igual que la mía.

Sus manos bajaron por mi cintura hasta mis caderas. Me levantó con facilidad, sentándome sobre él, y noté la dureza bajo su bañador, firme, clara, deseándome tanto como yo a él. Gemí suavemente contra su boca, y él me respondió con un suspiro que sonó casi como un lamento.

Nos fundimos en ese instante, con el agua envolviéndonos como una sábana líquida.

Mis piernas se apretaron a su alrededor, nuestras bocas no se separaban más que para respirar, y cuando sus dedos buscaron el lazo de mi bikini y lo soltaron, no opuse resistencia.

Me dejó desnuda bajo el agua, besándome los hombros, el cuello, descendiendo con su boca por mi pecho mientras me sostenía como si no hubiera gravedad. Yo jadeaba, temblando, perdida en la sensación de volver a ser tocada por él. Su lengua recorrió mis pezones, duros y sensibles, y yo me arqueé hacia él, buscando más.

Le acaricié el pecho, bajé mi mano por su vientre hasta tocarle, y noté cómo su cuerpo se tensaba. Se quitó el bañador con una mano, y yo lo recibí dentro de mí en un movimiento que pareció más instinto que decisión.

Nos movimos al unísono, dentro del agua, con una pasión contenida durante años, con hambre, con urgencia, con ternura. Mi cuerpo le recordaba. El suyo me reconocía. Era como si todo aquello hubiera estado esperando bajo la superficie, intacto.

Él me susurraba cosas al oído, gemidos ahogados, palabras que no llegaban a ser completas, pero que decían más que cualquier frase. Yo me aferraba a él como si el agua pudiera llevárselo y alejarlo de mí otra vez. Y cuando llegamos al clímax, fue juntos, de un modo intenso, salvaje, y con el corazón latiendo como un tambor bajo nuestros pechos.

Nos quedamos abrazados, flotando, con su frente apoyada en la mía, respirando como si el aire fuera un tesoro compartido.

—Creo que en el fondo no he dejado de pensar en ti —murmuró, sin abrir los ojos—. Aunque no lo recordara, mi cuerpo sí lo hacía.

Lo besé suavemente, con ternura, con gratitud, y noté cómo sus brazos me apretaban un poco más.
No necesitábamos decir más. Al menos no en ese momento.

Salimos del agua aún desnudos, sin prisa, como si hubiéramos dejado la vergüenza flotando entre las ondas. Me tumbé en una de las hamacas, con la toalla debajo, mientras el sol comenzaba a secar mi piel. Daniel se tumbó a mi lado, me acarició la pierna con una mano y me besó el hombro, despacio, como si quisiera memorizar el sabor del momento.

Y entonces supe que el día aún no había terminado.

Ni tampoco la historia entre nosotros.

Aún podía notar las mejillas encendidas, el corazón latiéndome fuerte y el cuerpo relajado, pero despierto, alerta a cada movimiento suyo. Daniel estaba recostado junto a mí, apoyando la cabeza en mi hombro, besándome lentamente la piel húmeda con la delicadeza de quien acariciaba un recuerdo.

Su mano comenzó a acariciarme el vientre, dibujando círculos perezosos, suaves, como si la yema de sus dedos pudiera leerme, sentirme, escribirme.

—Sigo sin entender cómo pude olvidarte —susurró contra mi cuello—. Siempre sentí que me faltaba algo. Y ahora sé que eras tú.

Lo miré, conmovida. No era una frase bonita dicha al azar. Lo sentí en la forma en la que me lo dijo, como si le doliera de verdad no haber estado, no haber sabido que existía, no haber podido quedarse.

—Yo tampoco te olvidé —confesé.

—Tu cuerpo... tu piel... esta manera de temblar cuando te toco... —su voz bajó aún más, volviéndose ronca— Empiezo a recordar esas noches, Sofía. Recuerdo cómo te hacía mía. Cómo te miraba después. Cómo te dormías sobre mi pecho, agotada.

Sus palabras me encendieron de nuevo. No solo por lo que decían, sino por lo que despertaban. Ese calor, esa electricidad que se arrastraba por mi piel, por mi espalda, por mi pecho. El deseo regresó sin pedir permiso, acompañado esta vez por algo más profundo: una necesidad de entregarme por completo, sin barreras, como si nuestro reencuentro solo pudiera culminar si le dejaba volver a conocerme del todo.

Me giré hacia él, nos besamos con urgencia y nuestras manos volvieron a explorar lo que ya no era nuevo, pero sí deseado como si lo fuera por primera vez.

Daniel se colocó sobre mí, besándome los labios con suavidad, luego descendiendo por mi cuello, mis clavículas, mis pechos, como si estuviera buscando memorizar cada milímetro de mi cuerpo con la boca. Su lengua trazó caminos de fuego, sus manos me sujetaron con firmeza, marcando el ritmo, guiando cada caricia.

Gemí cuando su lengua se deslizó entre mis muslos, lenta, provocadora y firme. Se tomó su tiempo. No buscaba solo hacerme gozar; quería verme rendida, abierta, entregada. Me retorcía bajo sus atenciones, me aferraba a los brazos de la tumbona como si el placer fuera demasiado intenso, demasiado real, mientras el hombre al que no había olvidado en estos años lamía mi sexo como lo hizo en aquel momento. Y entonces, cuando estuve a punto de estallar, subió de nuevo y me penetró con una facilidad natural, como si nuestros cuerpos hubieran sido hechos para encajar el uno en el otro.

—Dios... Sofía... —jadeó entre besos.

Me movía bajo él, entrelazada, buscándolo con cada vaivén, cada roce, sintiéndolo en cada parte de mí. Yo también recordaba. No solo sus caricias, su fuerza, su ritmo... Recordaba la forma en la que me miraba mientras me hacía suya. Esa mezcla de deseo y ternura que me hacía sentir única.

—No pares... —susurré contra su oído— Hazme tuya otra vez. Como entonces. Como siempre.

Y él lo hizo. Me llevó al límite una y otra vez. Nuestros cuerpos sudaban bajo el sol, resbalaban juntos, entrelazados. Y cuando llegamos, lo hicimos como una explosión silenciosa, pero profunda. Fue más que sexo. Fue un grito contenido, una confesión hecha con el cuerpo.

Nos abrazamos, jadeando, sin necesidad de palabras. Mis dedos acariciaban su espalda, sus hombros, sus mejillas. Me sentía completa de nuevo.

—Si pudiera volver atrás —dijo al fin, sin dejar de besarme—. No me iría sin decirte la verdad. Te juro que no habría desaparecido así.

—Lo sé —dije en voz baja, tocándole la cara, notando el peso de sus palabras—. Pero ahora estás aquí.

—Y no quiero irme.

Capítulo 23



Nos levantamos lentamente, todavía desnudos, y entramos en la casa. La luz del atardecer se colaba por las ventanas, dorándolo todo con ese tono suave que solo aparecía en los momentos más perfectos.

Nos duchamos juntos. El agua caliente caía sobre nuestros cuerpos mientras nos besábamos sin prisa, enjabonándonos entre risas, susurrándonos palabras que no buscaban explicación, solo cercanía. Me acariciaba con delicadeza, como si fuera un cristal que necesitaba proteger. Y yo le correspondía con la misma ternura, sintiéndolo como un amante, pero también como alguien que podría ser algo más. Mucho más.

—No quiero que te vayas esta noche —dijo de pronto, mientras me rodeaba por detrás con los brazos y sus labios pegados a mi nuca—. Quédate. Por favor. No quiero dormir solo. Esta noche no.

Me giré y lo miré a los ojos. No había urgencia en su voz. Solo necesidad. Honestidad.

—Me quedo.

Sonrió, me besó y me llevó de la mano hasta el dormitorio. Allí, las sábanas blancas nos recibieron como un refugio final.

Nos tumbamos desnudos, bajo la penumbra, sin prisas. Nos besamos como si quisiéramos fundirnos, y esta vez hicimos el amor de otra manera. Más lento. Más profundo. Más íntimo.

Daniel me acariciaba como si cada parte de mí le importara. Me decía cosas que me hacían vibrar. Me tomaba con suavidad, pero con deseo, con la firmeza de quien sabía lo que quería, pero sin dominar, sin imponer. Hacía pausas para mirarme, para besarme la frente, para decirme que me deseaba, que me recordaba, que quería conocerme otra vez.

—Déjame conquistarte —me dijo, mirándome con esos ojos intensos que siempre habían podido con todo—. Como si fuera la primera vez.

No le respondí con palabras, sino que le besé, despacio, con lágrimas escapando de mis ojos cerrados, porque en el fondo, yo sabía que no tenía que conquistarme.

Ya lo había hecho.

Siempre fui suya. Desde el primer día, desde aquel verano. Y ahora, seis años después, lo seguía siendo. Mi cuerpo, mi alma, mi corazón. Todo en mí le pertenecía.

Nos abrazamos bajo las sábanas, y me quedé dormida en su pecho, con una paz que no sentía desde hacía demasiado tiempo.

Y antes de que el sueño me envolviera, solo pensé en que ojalá esto no se acabara nunca.

Desperté entre sábanas suaves, con el cuerpo aún sensible, envuelto por el calor de su piel y el aroma de su casa. Daniel estaba a mi lado, de espaldas, con el brazo extendido por encima de mi cintura como si, incluso dormido, necesitara tenerme cerca.

Me quedé un rato mirándolo en silencio. Su respiración era pausada. Su espalda se movía con un ritmo lento y constante. Tenía algunas marcas en la piel: cicatrices pequeñas, seguramente del trabajo. Me acerqué y besé una de ellas, sin pensar, solo dejándome llevar por una ternura que no podía controlar.

Y entonces se giró.

—¿Ya estás despierta?

Asentí con una sonrisa.

—Desde hace un rato. Te estaba mirando dormir.

—¿Y qué has visto?

—A alguien que parece muy en paz.

—Lo estoy.

Se incorporó un poco, apoyado un codo en la almohada, y me besó en los labios, un beso suave, sin prisa. El beso de los que ya no buscaban aprobación, sino presencia. Permanecimos abrazados unos minutos, en ese silencio tranquilo que solo se daba cuando dos personas habían cruzado una frontera importante.

Al rato, decidimos levantarnos. Me puse una de sus camisetas y él se quedó con un pantalón de algodón. Fuimos a la cocina, y mientras yo me sentaba en una de las sillas del comedor, Daniel sacaba su móvil.

—¿Te apetece comida china?

—Perfecto —respondí, sonriendo—. No tengo fuerzas para más cocina hoy.

—Tampoco te voy a dejar que hagas nada. Hoy es tu día.

—Nuestro día —corregí, y él me dedicó una mirada que me hizo derretirme por dentro.

Pidió comida para los dos: arroz tres delicias, tallarines, rollitos, pato a la naranja, incluso un par de cervezas más. Mientras esperábamos, hablamos de cosas cotidianas, de tonterías. Tonteábamos. Nos reíamos. Me gustaba esa ligereza que había entre nosotros, como si, a pesar de todo lo que habíamos vivido y lo que aún nos faltaba por decir, pudiéramos disfrutar simplemente del momento.

En un instante, me senté sobre sus piernas, jugando con su pelo mientras él apoyaba la cabeza contra mi pecho desnudo bajo la camiseta.

—Quiero conocer a Nico —dijo, de repente, y yo me quedé en silencio unos segundos.

—Daniel… no sé si está preparado. Es solo un niño. Y además… conoce a tu hermano. Para él, ese cura se parece a su padre, y me temo que haya podido pensar que incluso lo sea, como lo pensaba yo.

Daniel se rio, no con burla, sino con ese tono medio incrédulo y divertido que ya empezaba a reconocer en él.

—¿De verdad pensabas que era seminarista?

—Sí —dije, encogiéndome de hombros—. Nunca me contaste nada de tu trabajo, desapareciste sin más y cuando vi a tu hermano pensando que eras tú, creí que en aquel entonces habrías tenido dudas y que después de unos polvos decidiste dedicarte a Dios.

Se echó a reír, y yo también. Era absurdo, ahora visto desde lejos, pero en su momento había dolido mucho.

—No puedo creer que pensaras eso —dijo, entre carcajadas—. Qué manera de justificar mi ausencia…

—La mente hace lo que puede para no romperse —respondí con sinceridad.

Él se quedó callado un momento, y luego me besó la frente con ternura.

—Si pudiera volver atrás, no me iría sin despedirme. Sin explicarte lo que pasaba. Sin dejarte alguna forma de encontrarme. Pero no sabía lo que me esperaba al volver a Madrid. Todo se torció en cuestión de días. El accidente, el hospital, Ni siquiera tenía mi móvil.

—Lo sé —dije, acariciándole la mejilla—. No te culpo. Me dolió, pero ahora lo entiendo.

—Y ahora estás aquí —dijo, mirándome fijamente—. Y no pienso perderte otra vez.

Me besó, y sentí que algo dentro de mí se acomodaba. Como si, por fin, todo empezara a tener sentido.

La comida llegó y cenamos en la terraza, con las luces suaves encendidas y música baja de fondo. El aire nocturno era cálido, y el mundo parecía lejano, como si aquella casa fuera una burbuja aislada del tiempo.

Después de cenar, volvimos al salón y nos tumbamos en el sofá, abrazados, sus manos acariciando mi espalda, mi cintura, mi muslo. Me besaba el cuello y me susurraba cosas al oído que me hacían sonreír.

—Eres preciosa —me dijo, deslizando los dedos por debajo de la camiseta —. No sé cómo viví tanto tiempo sin recordarte.

—Yo sí me acordaba de ti —le confesé, con la voz temblorosa—. Cada verano, cada vez que veía la playa… eras tú. Aunque no pudiera decírtelo. Aunque creyera que te habías ido para siempre.

Se incorporó un poco, me miró a los ojos y me apartó un mechón de pelo del rostro.

—No pienso irme otra vez —me dijo con voz firme, muy seguro—. Si tú me dejas, quiero quedarme. Quiero conocerte de nuevo. Quiero que me des la oportunidad de enamorarme de ti otra vez.

—¿Y si ya lo estás? —le pregunté, con un hilo de voz.

Él no respondió. Me besó con una intensidad distinta y luego me cogió en brazos, como si pesara menos que una hoja, y me llevó de nuevo al dormitorio.

Allí, bajo las sábanas y la tenue luz de la mesilla, me hizo el amor con una dulzura que me rompió por dentro. Fue lento, suave, tierno. Me acarició como si fuera un tesoro, como si cada centímetro de mi piel le importara.

Sus labios descendieron por mi cuello, por mis pechos, por mi vientre. Se detuvo en mis muslos y me besó allí, con devoción. Me abrió con cuidado, con respeto, con deseo. Sus dedos entraron en mí mientras sus ojos no se apartaban de los míos. Me miraba como si pudiera leerme por dentro.

Gemí su nombre, me arqueé, me rendí. Y cuando me tomó, fue con una delicadeza feroz. Cada embestida era un juramento silencioso, cada suspiro suyo una promesa.

—Eres mía —me dijo, en voz baja—. Siempre lo has sido. Pero ahora quiero ganarme el derecho a tenerte.

Lo abracé con fuerza, sintiendo cómo mi cuerpo se estremecía con cada movimiento. Llegamos juntos otra vez, con los labios unidos en un beso, con los ojos cerrados, con el alma libre.

Después, nos abrazamos bajo las sábanas y apoyé la cabeza sobre su pecho mientras él mantenía su mano sobre mi cintura.

Me quedé dormida así, entre sus brazos, con una lágrima escapando por mi mejilla, no de tristeza, sino de alivio.

No, Daniel no necesitaba conquistarme de nuevo. Nunca dejó de ser mío. Y yo, suya. Desde aquella primera noche, seis años atrás. Desde aquel verano en el que todo empezó.

Y ahora, quizá, solo quizá, todo estaba empezando de nuevo.

Capítulo 24



Me desperté con la sensación cálida de un cuerpo junto al mío, con la luz tenue que entraba por la ventana y el aroma inconfundible de Daniel impregnando la habitación. Abrí los ojos lentamente, acomodándome entre sus brazos, notando el latido firme y constante de su corazón, tan cerca del mío. Él respiraba despacio, aún dormido, con el pecho subiendo y bajando al compás del sueño.

—Buenos días, princesa —susurró, rozando mis labios con los suyos en un beso suave y delicado.

Sonreí y me apoyé un poco sobre su pecho, sintiendo cómo su calor me envolvía.

—Buenos días... —respondí, dejando que mis dedos dibujaran círculos lentos en su espalda.

Sus ojos se abrieron, y me miró con una mezcla de ternura y deseo.

—¿Sabes que me encanta despertarme contigo? —dijo, con una sonrisa traviesa.

—A mí también —le confesé, y entonces nuestras miradas se encontraron, intensas y profundas.

Sin mediar palabra, la tensión entre nosotros creció. Sentí cómo sus manos bajaban por mi cintura con suavidad, mientras yo me acercaba para rozar sus

labios con los míos. Fue un beso más profundo, cargado de un deseo contenido durante demasiado tiempo.

—Te he echado de menos —murmuré con mis labios aún cerca de los suyos y un nudo en la garganta que no conseguí disimular—. Demasiado.

—Creo que yo también —contestó, y en sus ojos vi que podía estar recordando lo que vivimos aquel verano.

Nuestros cuerpos se buscaron con urgencia y al mismo tiempo con cuidado, como si tuviéramos miedo de romper ese instante perfecto. El mundo se desvaneció, y solo existíamos nosotros dos.

Cuando la pasión se volvió un torbellino, nos entregamos sin reservas. Cada caricia, cada suspiro, cada roce era un lenguaje que solo nosotros entendíamos. No hacía falta hablar; bastaba con sentir.

—Sofía... —jadeó, con la voz entrecortada—. Eres mía.

—Y tú eres mío —le respondí, temblando bajo sus manos.

Después, cuando la intensidad bajó, Daniel me cogió de la mano y me llevó al baño.

—Vamos a ducharnos juntos —me propuso con una sonrisa.

El agua caliente nos envolvió, y con ella, el silencio se llenó de caricias. Nos deslizábamos bajo el chorro, acariciándonos como si fuese la primera vez y la última a la vez.

—Nunca pensé que esto podría sentirse tan bien —me dijo, mirándome a los ojos mientras yo sentía que me derretía.

—Yo tampoco —le confesé, mientras sus manos recorrían mi espalda con ternura.

Al salir de la ducha, con la piel todavía húmeda y el cabello empapado, fuimos a la cocina. Preparamos un desayuno sencillo: tostadas con tomate y

aceite, café con leche y zumo de naranja.

Mientras desayunábamos, hablamos de cosas sencillas, sin prisas, disfrutando del momento.

—Tengo que irme pronto —le dije, jugando con la cucharilla—. Tengo que cambiarme y luego ir al bar a trabajar.

—Te acompaño hasta tu casa —me ofreció Daniel, levantándose de la silla.

Recogimos la mesa y salimos de su casa cogidos de la mano, subimos al coche y Daniel volvió a entrelazarlas, llevándolas así durante todo el camino, como si necesitara el contacto para saber que era real.

Antes de despedirnos, me abrazó fuerte, me besó con cariño y me susurró al oído:

—Nos veremos pronto. Te lo prometo.

Sentí una mezcla de felicidad y tranquilidad, como si una nueva etapa comenzara justo allí, con ese beso que prometía mucho más.

Me quedé en la puerta, observando cómo se alejaba, y supe que, por fin, las cosas iban a cambiar.

Subí a mi casa y me vestí rápido para no llegar demasiado tarde al trabajo, pero con la cabeza aún algo nublada por la mezcla de sueño y emociones del día anterior. Me puse unos vaqueros y una camiseta cómoda, y salí rumbo al bar, intentando ordenar en mi mente todo lo que estaba pasando.

Al entrar, lo primero que vi fue a Sergio, detrás de la barra, con esa sonrisa pícara que siempre le aparecía cuando algo le parecía divertido. Me saludó con un gesto cómplice.

—Buenos días, mi reina. ¿Qué tal el domingo? —preguntó mientras servía café a un cliente.

Me quedé un poco en silencio, sorprendida por la pregunta tan directa.

—Pues... ya sabes, un día intenso —respondí con una sonrisa nerviosa.

Él se acercó un poco y me dijo, bajando la voz con una sonrisa casi traviesa.

—He oído que te viste con Daniel.

Me sonrojé sin poder evitarlo.

—Desde luego, Álvaro y tú sois un par de cotillas —suspiré.

—Nos preocupamos por ti. ¿Entonces? ¿Le viste?

Sí... —confesé, bajando la mirada— Nos vimos, pasamos el día juntos y… me quedé a dormir con él.

—Dime que te has vuelto a liar con ese pedazo de hombre, por favor, dímelo.

—Me acosté con él, sí.

—Ya te lo decía yo: donde hubo fuego, quedan brasas —se rio, y yo no pude evitar unirme a su risa.

El ambiente en el bar se fue animando, entre bromas y pedidos, y yo me sentí más ligera, como si el peso que llevaba se fuera disipando poco a poco.

Durante toda la mañana, Sergio y yo intercambiamos chistes y comentarios cómplices, haciendo que el trabajo pasara volando. Me alegraba tener a alguien así cerca, que sabía cuándo dar espacio y cuándo hacerme reír.

Cuando llegó la hora de comer, nos sentamos en una mesa apartada y hablamos más tranquilamente.

—¿Y cómo está Daniel? —preguntó Sergio con curiosidad.

—Bien —respondí—. Hablamos mucho el domingo, igual que el sábado. Me dijo que va a vivir aquí, en Cádiz, que al saber que su hermano se venía

aquí como cura de una de las parroquias, pidió el traslado en el parque de bomberos en el que estaba y se lo dieron.

—Vaya sorpresa —dijo él—. Igual es una señal, ¿no?

—Puede ser —murmuré, sin atreverme a pensar demasiado en ello.

Cuando estaba a punto de terminar mi turno, apareció Daniel de improviso, con esa sonrisa que me derretía cada vez que la veía. Se acercó sin avisar y me dio un beso en los labios que hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté entre risas.

—Quería invitarte a un café —dijo él, mirándome con esa intensidad que hacía que me olvidara de todo lo demás.

—Me encantaría —respondí.

Saqué el móvil y llamé a Marga para avisarle que pasaría a buscar a Nico un poco más tarde. Ella me respondió con su habitual alegría.

—Tranquila, hija, seguro que él y Rafa se inventan algo que hacer —comentó con una sonrisa.

Daniel y yo nos sentamos en una de las mesas de la terraza, pedimos un par de cafés y nos los tomamos mientras me hablaba de su trabajo. En unas semanas se reincorporaría y decía que quería aprovechar al máximo los días que aún le quedaban libres.

Yo no podía dejar de mirarle, y él parecía no poder dejar de tocarme porque su mano siempre buscaba la mía para entrelazarlas, o mi mejilla para acariciarla.

Después del café, me despedí de Sergio, que me miró con esa sonrisilla pícara como si me dijera que me llevara al bombero a mi casa, y me reí negando.

Mientras Daniel y yo caminábamos hacia la casa de Rafa y Marga, fuimos hablando sobre Nico.

—Me gustaría conocerlo pronto —me confesó—. Creo que sería bueno para los tres.

—Dame un poco de tiempo —le pedí—. Quiero hacerlo bien, que no sea un cambio brusco para él.

Él asintió, respetando mi decisión.

Al llegar, Daniel me dio un beso en los labios de esos que dejaban con ganas de más, y se marchó prometiendo que nos veríamos pronto. Entré en la casa donde la luz del sol entraba por la ventana y Nico me recibió con una sonrisa que me arrancó el alma.

—¡Mami! —gritó mientras me daba un abrazo fuerte.

Pasamos la tarde allí, merendando y escuchando las historias de mi hijo. Me contó cómo Rafa y él habían montado una maqueta de dinosaurio para la habitación que Marga le había preparado a mi pequeño en su casa, y yo me emocioné pensando en lo feliz que estaba.

—Al final me voy a aficionar a montar maquetas —dijo Rafa, haciéndonos reír a Marga y a mí.

—Lo malo es que no van a caber todas en la habitación, ni en esta, ni en la de su casa —comentó Marga.

—Pues las ponemos en el salón, ¿a qué sí, mami?

—Claro que sí, hijo. Quitamos mis flores de adorno para poner tus maquetas.

—Vale.

—Y tan convencido lo dice, bendita inocencia —resoplé y Rafa y Marga rieron.

Cuando llegó la hora de irnos, nos despedimos de ellos hasta el día siguiente y Nico y yo fuimos todo el camino hablando de la maqueta del dinosaurio.

Llegamos a casa entre risas y una energía que llenaba cada rincón. Le quité los zapatos y lo llevé directo al baño para bañarle. Mientras el agua corría, él no dejaba de contarme detalles del fin de semana.

—¿Sabes, mami? —dijo mientras salpicaba el agua con las manos— El sábado en la playa estuvimos buscando el tesoro de los piratas.

Reí al escuchar aquello.

—¿Y lo encontrasteis?

—Sí, bueno, no era un tesoro de verdad —me explicó con esa seriedad que solo tenían los niños—. Eran un montón de conchas que Marga dijo que iba a poner en la nueva estantería.

—¡Qué aventura más divertida! —le dije, mientras le lavaba el pelo.

Cuando terminamos, le puse el pijama y lo llevé a la cocina para calentar la lasaña que Marga nos había dejado para cenar. Él estaba feliz, y yo también, sintiendo la calma que solo daba estar en casa con él.

Después de cenar, nos sentamos en el sofá y vimos un ratito la televisión mientras nos quedábamos abrazados y él se iba relajando, quedándose dormido casi sin darse cuenta. Le cogí en brazos cuando vi que sus ojos no podían aguantar más tiempo abiertos y lo metí en la cama.

—¿Me cuentas un cuento, mami? —me pidió con esos ojitos grandes, pero somnolientos que me derretían.

—Claro, cariño —respondí sonriendo.

Cuando finalmente Nico se durmió, me quedé un rato mirándolo, pensando en Daniel. En cómo también quería que conociera a Nico, que formen parte el uno de la vida del otro.

Saqué el móvil y le mandé una foto del niño durmiendo, con la luz tenue iluminando su carita.

Enseguida me respondió.

Daniel: *Es un niño guapísimo. No puedo esperar para conocerle.*

Sonreí al leerlo y miré a mi pequeño príncipe, le acaricié la mejilla y le di un beso mientras le susurraba lo mucho que lo quería.

Más tarde, mientras estaba en el salón viendo una película hasta que me venciera el sueño, sonó mi teléfono. Era Daniel.

—¿Qué tal? —me preguntó con voz cálida.

—Bien, ya está dormido —le dije—. Hemos tenido una noche tranquila.

Entre bromas y risas, la conversación se fue haciendo más profunda.

—David también quiere conocer al niño —me contó—. Ha estado un poco raro con todo esto.

—Claro, es mucho que asimilar —le respondí—. Tengo que pensar cómo contárselo a Nico, para que lo entienda bien.

—Gracias, Sofía. De verdad que te lo agradezco mucho —me dijo con sinceridad.

—¿Cómo llevan vuestros padres que os hayáis venido a vivir lejos de ellos? —pregunté.

—Nuestros padres fallecieron; primero fue ella, hace cuatro años, y él se dejó morir por la pena un año después. La quería mucho.

—Lo siento.

—Lo que más siento ahora mismo es que se fueran de este mundo sin conocer a su primer nieto. Pero seguro que donde estén, ahora lo saben, y

estarán felices por ser abuelos.

—Mis padres no quisieron saber nada de él, así que tampoco lo conocen. Bueno, mi padre sí, lo vio hace unos días, pero no fue gran cosa.

—Siento que rompieras la relación con tus padres.

—Fue su elección, según ellos: no era digna de ser su hija porque me había dejado preñar sin estar casada y encima me quedaba sola con la barriga. Era mi problema y no querían que les pidiera ayuda nunca. No te voy a mentir, los necesitaba y a veces los echaba de menos, pero tenía mi piso, este que mis abuelos maternos me dejaron en herencia cuando murieron, ya que mi madre era hija única y quisieron dejármelo a mí, pero tuve a mi primo Álvaro, a mi amigo Sergio y a sus padres para no dejarme caer y ayudarme con Nico.

—Y yo les estaré agradecido por ello. Sergio es el chico del bar, ¿verdad?

—Sí, ese mismo.

—Me miraba… raro.

—Te miraba con lujuria, seguro —reí.

—¿Lujuria?

—Ajá. Sergio es gay, y siempre dijo de ti que eras un bombón. Ahora que te ha vuelto a ver, dice que estás más bueno que antes; se ve que lo de ser bombero te ha dado un buen cuerpo —reí.

—Cuando quieras disfrutar de mi cuerpo, solo tienes que pedírmelo.

—Mmm, qué tentador.

—Tú sí que me tientas. He recordado algo más de aquel verano —dijo, y sonreí.

Durante los siguientes minutos me contó esos breves flashes que había tenido de nuestro verano juntos, y me preguntó si nos sentíamos tan bien

estando juntos como él se había sentido el día anterior. Le confesé que sí, y que entre nosotros había veces en las que no eran necesarias las palabras porque con solo mirarnos sabíamos qué pensaba el otro.

Nos despedimos una hora después con un “buenas noches” lleno de promesas y esperanza, y yo me metí en la cama con una sonrisa, aún enamorada de Daniel, convencida de que esta vez lo nuestro sería para siempre, o al menos eso deseaba con todo mi corazón.

Capítulo 25



Era viernes, media mañana, y el bar ya estaba bastante animado. El verano en Cádiz siempre traía consigo esa mezcla de turistas con arena aún en los tobillos y vecinos de toda la vida buscando sombra y un café frío. El ventilador del techo giraba con desgana y yo limpiaba la barra por tercera vez, más por tener las manos ocupadas que por necesidad real. Sergio estaba al fondo, recogiendo vasos de una mesa. Nos cruzamos una mirada y él me guiñó un ojo con esa complicidad de siempre.

Había sido una semana extraña, pero también intensa y bonita. Llevaba días repasando cada instante en mi cabeza, como si al repetirlos pudiera grabarlos más hondo. Daniel… Qué decir de Daniel. Había vuelto a mi vida con esa fuerza que solo tenían los amores que nunca terminaron del todo. Desde el lunes, no había habido un solo día en que no nos viéramos.

Venía al bar a primera hora, a veces solo para tomar un café conmigo antes de que empezaran a llegar los clientes. Otros días venía a comer, o a acompañarme cuando terminaba mi turno y paseábamos por la playa. Un par de veces nos tumbamos en la arena, hablando durante horas, como si el tiempo nunca hubiese pasado desde aquel verano de hacía seis años.

Y sí, nos habíamos besado.

Cada beso que nos dábamos se sentía tan natural que dolía. Como si nuestros cuerpos recordaran lo que nuestros labios habían olvidado. Su boca encontraba la mía con esa dulzura que siempre le había caracterizado, como si aún me pidiera permiso, como si temiera romperme.

Me había contado que empezaba a recordar. Trozos de aquel verano, momentos, gestos… Mi voz. Mi risa. Mis abrazos. Y yo le conté todo lo que no había podido decirle entonces. Le hablé de mí. De lo que sentí cuando desapareció. Del vacío. De la rabia. Del miedo. Pero también le hablé de Nico.

Mi pequeño príncipe.

Le dije que cada vez que lo miraba, lo veía a él. En sus ojos, en su sonrisa torcida, en ese modo de fruncir el ceño cuando algo no le convencía. Nico era una parte de él, y yo ya no podía seguir negándoselo. No era justo. Ni para Daniel, ni para mi hijo. Y lo sabía. Lo sabía desde el momento en que Daniel me dijo que se quedaría a vivir aquí, en Cádiz. Que tenía pensado empezar de nuevo. Desde cero. Pero esta vez, con recuerdos, con raíces. Y quizás… conmigo.

Me sequé las manos en el delantal y me apoyé un momento en la barra, mirando cómo Sergio se sentaba en una mesa vacía con un plato de paella. Siempre hacía lo mismo: comía mientras me observaba trabajar y me soltaba algún comentario que me hacía reír. Lo conocía de toda la vida, y aunque nunca hubo nada entre nosotros, más allá de una amistad tan sólida como un faro en mitad de la tormenta, sabía que él siempre estaría ahí. De alguna forma, Sergio era mi ancla.

Me acerqué con una servilleta en la mano y me senté frente a él.

—¿Me guardas un poco o te lo vas a zampar todo tú solo?

—Si me lo pides así… —rio, acercándome el plato—. Pero ya sabes que hago como mi madre, me pongo raciones como si fuera a cruzar el desierto.

Sonreí mientras tomaba un bocado.

—¿Estás bien? —me preguntó entonces, serio, dejando el tenedor sobre el borde del plato, y asentí.

—Sí. Bueno… Estoy pensando mucho últimamente.

—¿En él?

—Sí.

—¿Y en Nico?

—Más todavía.

Sergio me miró con esa expresión tranquila suya, como si supiera exactamente lo que yo iba a decir antes de que lo pronunciara.

—¿Vas a contárselo?

—Eso creo. —Me quedé en silencio un segundo, buscando las palabras exactas—. Daniel va a quedarse en Cádiz, Sergio. Y lo que hay entre nosotros… vuelve a ser lo que hubo hace seis años. Quizás incluso más. El niño merece saber la verdad. Merece conocer a su padre. Y Daniel tiene derecho a conocer a su hijo.

—¿Y tú? —preguntó— ¿Estás preparada para eso?

Me quedé mirándolo un momento. ¿Lo estaba? Sentía un nudo en el pecho, mezcla de emoción y miedo. Pero sí. Asentí despacio.

—Sí. Lo estoy. No quiero que pase más tiempo. Si Daniel y yo vamos a intentarlo, tiene que ser con todas las cartas sobre la mesa. No quiero medias verdades. No quiero secretos.

Sergio sonrió y bebió un trago de agua.

—Entonces hazlo. Si tú crees que es lo mejor, hazlo. A fin de cuentas, el niño merece saber que su padre está vivo. Y está aquí, en Cádiz. No a miles de kilómetros. No en un recuerdo de su madre ni en ese álbum de fotos.

Suspiré, sintiéndome un poco más ligera tras decirlo en voz alta. Necesitaba ese empujón. Sergio siempre sabía cómo dármelo.

—¿Y qué tal con Iván? —pregunté entonces, y él sonrió.

—Mejor que bien, cariño. Ese hombre es… ¡Uf! Puro fuego, en serio. Y sí, tengo miedo, pero como se suele decir, que pase lo que tenga que pasar. Si no es nada más allá de un verano, pues perfecto. Si es el caso, que me quiten lo *follao*.

—Qué bruto eres, por Dios.

Reímos los dos y en ese momento entró una pareja al bar. Volví detrás de la barra, retomando mi rutina, aunque mi mente ya estaba en otro lugar. Pensando en la tarde. En recoger a Nico. En esa conversación que llevaba tanto tiempo imaginando, pero que nunca me había atrevido a tener del todo.

Daniel me había propuesto pasar el fin de semana juntos. Me lo dijo la noche anterior, cuando salimos a caminar por la playa y el cielo estaba cubierto de estrellas. Le dije que primero tenía que hablar con Rafa y Marga para ver si podían quedarse con Nico. Ellos eran su otra familia, aunque no compartieran sangre. Nico les llamaba abuelos desde que aprendió a hablar, y ellos siempre se habían comportado como tales.

Terminé el turno con el corazón en un puño, con los dedos contando los minutos hasta salir. Fregué vasos, limpié mesas, recogí servilletas, pero todo en piloto automático. Me despedí de Sergio con un abrazo rápido y me puse la mochila al hombro. El sol caía aún con fuerza, pero en el aire ya se notaba esa brisa de la tarde que anunciaba el alivio.

Caminé hacia la casa de Rafa y Marga mientras repasaba mentalmente cada palabra. ¿Cómo se le decía a un niño de cinco años que su padre había estado vivo todo este tiempo? ¿Que estaba cerca? ¿Qué, quería conocerle? ¿Cómo se preparaba un corazón tan pequeño para una verdad tan grande?

No lo sabía, pero estaba decidida a hacerlo.

Esa misma tarde.

Cuando llegué a casa de Rafa y Marga, Nico ya estaba esperándome en la puerta, descalzo y con los pantalones manchados de chocolate. Me miró con esa cara de pillo que tan bien conocía y se lanzó a mis brazos sin pensarlo.

—¡Mami! Hoy he hecho un montón de cosas. ¡Y he ayudado a Marga a hacer bizcocho!

Lo abracé fuerte, cerrando los ojos por un segundo. Sentirlo así, pegado a mí, con su voz aguda contándome todo de golpe, me devolvía la calma.

—Ah, ¿sí? —le dije mientras le daba un beso en la mejilla— ¿Y qué has hecho con Rafa? ¿Habéis liado alguna?

—¡Muchas! —rio— Hemos jugado al escondite dentro de casa y me escondí en la lavadora. ¡No me encontraba! Pero Marga se enfadó un poco…

—No me extraña —intervino ella desde la cocina, con las manos aún llenas de harina—. A este niño le falta poco para meterse en el horno.

—¡Porque soy bizcocho! —gritó él, muerto de risa, y corrió al salón como una bala.

Marga salió de la cocina y se limpió las manos con el paño antes de darme un beso en la mejilla.

—Está hecho un torbellino hoy.

—Siempre lo es —le respondí con una sonrisa—. Pero se nota que lo ha pasado bien.

—Mucho. Rafa ha estado jugando con él toda la mañana. Le ha enseñado a hacer castillos de cartas y luego lo ha dejado pintar con acuarelas en el patio. Lo tiene loquito perdido.

—Gracias, Marga —le dije bajando un poco la voz—. Por cuidarlo siempre como si fuera vuestro.

—Sofía —me miró con ternura—, para nosotros lo es. No nos hace falta otra cosa.

Asentí, emocionada, y por un momento dudé si debía hablar de lo que llevaba días rumiando. Pero si había alguien con quien podía sincerarme, era

con Marga.

—¿Te ayudo a preparar el café? —le pregunté.

Ella asintió y volvimos juntas a la cocina. Mientras ponía la cafetera y ella sacaba platos pequeños para servir el bizcocho, le lancé una mirada de esas que pedían permiso antes de hablar.

—¿Pasa algo? —me preguntó sin dejar de moverse.

—Quiero contarte algo —empecé, jugando con una servilleta entre los dedos—. Algo importante. Sobre Daniel.

Marga elevó las cejas y dejó de moverse. Se apoyó en el mármol y me miró con esa expresión que ya conocía: la de madre que escuchaba sin juzgar.

—Lleva toda la semana viniendo al bar. Nos hemos estado viendo, hablando… mucho. Ha empezado a recordar cosas, del verano de hace seis años.

—¿Y tú cómo te sientes con eso?

—Como si algo que llevaba años esperando por fin se estuviera dando. Pero no puedo seguir así. No puedo seguir ocultándole a Nico que su padre está aquí.

Marga asintió despacio.

—¿Se lo vas a contar?

—Sí.

—Me parece lo más sensato. Lo justo, Sofía. No puedes construir algo nuevo si arrastras un secreto tan grande. Es el padre de tu hijo. Y Nico merece saberlo.

—Daniel me pidió conocerlo.

—Entonces, deja que lo haga. Dale la oportunidad. Dásela a los dos.

Me quedé callada un momento, dejando que sus palabras calaran hondo. Me sentía más segura, más firme. Lo iba a hacer.

Tras la merienda que Nico devoró como si no hubiera comido en una semana, me despedí de Rafa y Marga con un abrazo y salimos de la casa con la promesa de que el domingo volveríamos a comer allí. Caminaba por la calle con Nico cogido de mi mano, saltando sobre las baldosas como si fueran islas.

—¿Te ha gustado el día con los abuelos? —le pregunté.

—¡Sí! ¡El abuelo me ha dicho que soy un artista! —rio.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú qué piensas?

—Que sí. Pero también soy Spiderman, cocinero y capitán pirata. Todo junto.

—Menuda mezcla —reí.

Seguimos andando en silencio unos metros hasta que me decidí.

—Nico —le dije—, ¿te acuerdas cuando me dijiste que, en cada cumpleaños desde ahora, ibas a pedir un deseo?

—Sí —me miró con cara de estar recordando—. Iba a pedir que conocieras a alguien que nos quisiera mucho a los dos. ¿Aún puedo pedirlo?

—Claro que sí, cariño. Pero… ¿Y si te dijera que puede que ya haya aparecido alguien?

Sus ojos se iluminaron.

—¿Sí? ¿Es bueno?

—Mucho —respondí, conteniendo la emoción—. Y hay algo que quiero contarte sobre él. Pero primero… ¿Te acuerdas del hombre que vimos un día por la calle? Ese que dijiste que se parecía a tu papá.

—¡El cura! —dijo enseguida— ¡Sí! Es igualito a mi papá.

—Pues resulta que ese cura es hermano de tu papá. Yo no lo sabía, lo descubrí hace poco.

Nico abrió los ojos como platos.

—¿Tengo un tío cura?

Asentí riendo.

—Sí. Y quiere conocerte también, pero primero… hay alguien más importante que quiere verte.

Se quedó pensativo, como asimilando la información. Caminamos unos pasos más antes de que preguntara.

—¿Mi papá está aquí?

—Sí, cielo. Está aquí.

—¿Y quiere verme?

—Sí. Mucho. Pero antes quería saber si tú querías verle.

Nico se detuvo en seco y me miró serio. Por un momento, me pareció ver en él una madurez que no correspondía a su edad.

—¿Me quiere?

—Te quiere más de lo que te imaginas. A veces las cosas no salen como esperamos, pero ahora está aquí. Y quiere empezar de nuevo.

Nico sonrió despacito, como si algo dentro de él se hubiera alineado.

—¿Puede venir esta noche?

—¿Esta noche? —reí, acariciándole el pelo— Igual es un poco tarde… Pero puedo llamarlo, a ver qué dice.

Al llegar a casa, Nico corrió a su habitación mientras yo preparaba el baño. Lo metí en la bañera y, mientras le enjabonaba la espalda, seguí contándole cosas.

—Tu papá era valiente, fuerte… Pero también muy divertido. Lo conocí un verano. Fue el verano más bonito de mi vida.

—¿Tú estabas feliz con él?

—Muchísimo.

—¿Y tú crees que él estaba feliz contigo?

—También. Aunque después pasó algo que le hizo olvidar muchas cosas. Por eso no ha estado con nosotros hasta ahora.

—¿Y ahora ya se acuerda?

—Empieza a acordarse. Pero lo más importante es que quiere estar con nosotros, aunque aún no sepa todo.

—Yo lo vi en las fotos. Se parece a mí.

—Sí —sonreí—. Mucho. Tienes su misma sonrisa.

Nico chapoteó un poco más en el agua y luego me miró con picardía.

—¿Entonces lo llamas?

—Lo llamo.

Lo sequé con la toalla, le puse su pijama de dinosaurios y cogí el móvil. Marqué el número de Daniel y cuando contestó, su voz me llegó con esa

calidez que tanto echaba de menos.

—Hola, princesa.

Sonreí sin querer.

—Hola. ¿Estás libre?

—Para ti, siempre.

—Nico quiere conocerte.

Hubo un silencio largo al otro lado y miré la pantalla por si se había cortado la llamada.

—¿Daniel?

—Sí… sí, estoy aquí. Es solo que… me has dejado en shock.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo dame veinte minutos. Estoy de camino.

—Te esperamos.

Colgué y me giré hacia Nico, que me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha dicho?

—Que viene. Pronto.

Nico pegó un salto en el sofá y corrió por el pasillo gritando de alegría.

Y yo, sentada en la cocina con el corazón latiendo como un caballo desbocado, solo podía pensar en que esa noche todo cambiaría para siempre.

Capítulo 26



Veinte minutos pueden parecer una eternidad cuando el corazón late con más fuerza que el reloj. Estaba nerviosa. Más de lo que habría admitido nunca. Iba y venía por la casa sin saber muy bien qué hacer. Miraba a Nico, que había preparado su habitación como si fuera a recibir al presidente del mundo: había colocado la maqueta de Spiderman en el centro de la mesita, los cómics abiertos por las páginas que más le gustaban y su colección de coches alineada en el suelo, perfectamente organizada por colores.

—¿Tú crees que le gustará mi habitación? — preguntó, mirándome con ojos brillantes.

—Seguro que sí. Está preciosa.

—¿Y crees que le gustará Spiderman?

—No tengo ninguna duda. Le va a encantar.

Entonces sonó el timbre. Nico se quedó congelado, y yo también. Respiré hondo y fui a abrir.

Daniel estaba allí. Con una camiseta blanca, el pelo algo despeinado y los ojos brillando con una mezcla de expectación y miedo. Como si no supiera si iba a encontrarse con un niño o con su propio destino.

—Hola —dijo, con una sonrisa nerviosa.

—Hola.

Nos miramos un segundo, y luego me hice a un lado para que entrara. Dio dos pasos y se detuvo en mitad del salón. Nico, desde la puerta de su habitación, lo miraba con esos ojos enormes que sólo un niño podía tener cuando estaba viendo algo increíble.

—Hola —dijo Nico, con voz bajita.

Daniel se agachó un poco, como si instintivamente quisiera estar a su altura.

—Hola, campeón.

—Eres igual que el cura —dijo Nico muy serio.

Daniel soltó una carcajada suave y me miró por encima del hombro.

—Eso me han dicho.

—¿Tú te pareces a mí? —preguntó Nico sin rodeos.

—Muchísimo. Y tú te pareces a mí. De hecho, te pareces tanto que me has dejado sin palabras.

Nico se acercó un poco más y lo observó como si quisiera memorizar cada rasgo.

—¿Quieres ver mi maqueta de Spiderman?

Daniel sonrió.

—Me encantaría.

Nico le cogió de la mano con total naturalidad y lo guio hacia su habitación. Me quedé un momento en el salón, sin saber si reír o llorar. Y al final hice las dos cosas. Cogí el móvil, lo desbloqueé con manos temblorosas y le escribí un mensaje a Sergio.

Sofía: *Está aquí. Daniel está con Nico. Están en su habitación. Creo que me voy a poner a llorar.*

Tardó unos segundos en responder.

Sergio: *No llores. Disfrútalo. Os lo merecéis.*

Respiré hondo, me limpié las mejillas con el dorso de la mano y fui directa a la cocina. Tenía que distraerme. Marga me había dado croquetas caseras, y eso ya era media cena solucionada. Las metí en el horno, lavé unas hojas de lechuga para hacer una ensalada y corté pan para preparar las tostadas de queso y miel que tanto le gustaban a Nico. El olor a croquetas empezó a llenar la cocina enseguida.

Cuando lo tuve todo preparado, fui a buscarlos. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Me asomé en silencio.

Nico estaba sentado en la cama, con Spiderman en la mano, explicándole a Daniel cómo lo había construido. Daniel escuchaba con atención, riendo a ratos, haciéndole preguntas. Tenía esa expresión que pocas veces había visto en su rostro: paz. Ni sorpresa, ni duda. Paz.

—Mami —dijo Nico al verme—. ¿Sabes que papá es bombero?

Mi corazón dio un vuelco y Daniel me miró, claramente sorprendido por lo que acababa de oír.

—Ah, ¿sí? —dije con una sonrisa temblorosa— ¿Te ha contado eso?

—Sí, y quiero ser como él. Quiero ser bombero y salvar niños. Como hizo él antes de saber que yo estaba en tu barriga.

Daniel no dijo nada, solo me miró. Y en su mirada había todo. Asombro, emoción y una ternura que lo desbordaba. Lo vi tragar saliva mientras le acariciaba el pelo a Nico con cuidado.

Yo luché contra las lágrimas, dándome la vuelta antes de que se me notaran demasiado.

—Es hora de cenar —dije, dando una palmada—. Vamos, chicos.

La cena fue una mezcla de risas, anécdotas y esas conversaciones de niños que no seguían ninguna lógica, pero que te llenaban el alma. Nico le contó todo a Daniel: lo del escondite en la lavadora, cómo ayudó a Marga a hacer el bizcocho, los dibujos que había pintado y los coches que ganaban más carreras en el pasillo.

Daniel lo escuchaba como si no hubiera nada más en el mundo.

Después de cenar, llegó la hora de dormir. Yo lo sabía, Nico también… pero no quería dejar a su padre.

—¿Puedo estar con papá un ratito más? —preguntó con voz bajita.

—Es tarde —le dije.

—Pero es que no le he contado lo de la excursión del cole…

Daniel se rio y le acarició la cabeza.

—Hazle caso a tu madre. Pero si quieres, este fin de semana puedes venir a mi casa. Tengo piscina. Podemos jugar, bañarnos y estar todo el tiempo que quieras.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Te prometo que será un finde increíble.

Nico me miró con ojos suplicantes.

—¿Podemos?

—Sí —asentí con una sonrisa—. Podemos.

Nico dio un grito de alegría, se levantó de un salto y le pidió a Daniel que le contara un cuento.

—¿Un cuento? —dijo él— ¡Eso está hecho!

Lo cogió en brazos con la facilidad de quien había estado esperando toda su vida para hacerlo. Nico me dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, mami.

—Buenas noches, mi amor.

Daniel se lo llevó por el pasillo mientras Nico reía y decía que volaba como un superhéroe.

Me quedé sola en la cocina, recogiendo platos, vasos, servilletas arrugadas. Pero en el fondo, sentía que estaba recogiendo algo más: el final de una etapa. La soledad. El silencio. La espera.

Porque esa noche, algo había cambiado para siempre.

El silencio después del cuento duró apenas unos minutos. Estaba en la cocina, secando el último vaso, cuando escuché los pasos suaves de Daniel regresar por el pasillo. No hizo falta que dijera nada. Sabía que era él solo por cómo caminaba, como si no quisiera molestar al mundo.

Me giré y lo vi apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, observándome. Sonreía, pero sus ojos estaban húmedos.

—Se ha dormido en mitad del cuento —dijo, acercándose poco a poco—. Me ha abrazado como si… como si lo hubiera hecho mil veces.

Le miré. No sabía qué decir. Yo también tenía la garganta cerrada y las manos temblorosas.

—¿Estás bien?

—No —admitió, parándose justo detrás de mí—. Estoy… completamente desbordado. No sé ni cómo explicarlo. Pero gracias, gracias por dejarme conocerlo, por darme esta noche. Es… una de las mejores de mi vida.

Me rodeó con los brazos por la cintura, apoyando la frente en mi hombro. Cerré los ojos al sentir su calor, su respiración pausada, el leve temblor de sus

manos. Lo besé suavemente en la sien.

—Tú también te la merecías. Los dos os la merecíais.

Sentí cómo me apretaba un poco más fuerte, y sus labios rozaron mi cuello. Primero un roce, apenas un susurro. Luego un beso más firme. Cerré los ojos de nuevo, dejándome llevar por la sensación que se apoderaba de todo mi cuerpo.

—Llevo toda la semana pensando en ti —susurró—. En nosotros. En lo que fuimos. En lo que podríamos ser. Pero esta noche, Sofía… Esta noche he sentido algo muy distinto, algo nuevo y viejo al mismo tiempo.

Me giré para mirarlo de frente y nuestros rostros quedaron separados por unos pocos centímetros.

—¿Qué has sentido?

—Que no quiero perder esto. Que empiezo a sentir algo muy fuerte por ti. Y creo que es lo mismo que sentí hace seis años, aunque entonces no sabía que era amor.

Mi corazón se desbordó. Le acaricié la cara, despacio, como si temiera romper el momento.

—Yo nunca dejé de sentirlo —le confesé.

Él se inclinó y me besó. Esta vez, sin duda, sin miedo. Un beso profundo, lento, lleno de esa urgencia contenida por años. Mis manos se deslizaron por su espalda mientras su cuerpo buscaba el mío. Sus labios descendieron por mi cuello, mis clavículas, y cada caricia era una promesa rota que por fin se reparaba.

Nos deseábamos, los dos necesitábamos y queríamos lo mismo en este momento.

—¿Estás segura? —me susurró, con los labios en mi oído— Está el niño…

—Está dormido. Y yo te deseo —le respondí, casi sin voz.

Daniel me cogió en brazos con la misma facilidad con la que seis años atrás me robó el corazón. Su mirada no se apartaba de la mía, y el calor de su cuerpo me envolvía por completo mientras atravesábamos el pasillo en silencio, como si el resto del mundo no existiera. Solo él. Solo yo. Solo eso que nos latía dentro, desbordado, ansioso por salir.

Cerró la puerta de mi habitación con un suave golpe de pie y me depositó sobre las sábanas, sin soltarme del todo. Nuestros labios volvieron a encontrarse, primero con hambre, después con deseo. Nos besamos como si no hubiera un mañana, como si hubiésemos estado esperándolo durante años. Porque en el fondo, así era.

Su boca descendió por mi cuello, lenta, firme, y mis dedos se perdieron en su pelo mientras un gemido suave se escapaba de mi garganta. Se apartó apenas unos centímetros para mirarme.

—Dios… no sabes cuánto te he echado de menos —susurró, con voz ronca y cargada de deseo.

—Demuéstramelo —le respondí sin pensar, con la piel ardiendo y las piernas ya temblorosas bajo él.

Me desabrochó la blusa despacio, uno a uno los botones, con una calma que contrastaba con el brillo urgente de sus ojos. Me la deslizó por los hombros y la dejó caer al suelo sin apartar la mirada de mis pechos, cubiertos por el sujetador negro. Su respiración se volvió más intensa, y sus manos me acariciaron por encima de la tela con una ternura que me estremeció entera.

Yo tiré de su camiseta hacia arriba, impaciente, y al quitársela me encontré con su torso firme, cálido, familiar. Pasé mis manos por su pecho, por su abdomen, sintiendo los músculos tensos bajo la piel. Él bajó la cabeza y atrapó uno de mis pezones entre sus labios, aún bajo el sujetador, succionando con la presión justa para arrancarme un gemido que se perdió entre sus caricias.

—Sofía… —murmuró contra mi piel— Joder, estás preciosa.

Me desabrochó el sujetador y lo dejó a un lado sin prisas. Me miró, me admiró, y luego me besó entre los pechos, rodeándolos con sus manos como si fueran lo más delicado que había tocado nunca. Su boca se apoderó de uno, sus labios y su lengua jugando con él, mientras su otra mano se ocupaba del otro, masajeándolo con lentitud.

Me arqueé bajo su cuerpo, entregada, húmeda, respirando cada vez más rápido.

—No pares… —le supliqué en un susurro ahogado.

Me bajó los pantalones despacio, besando cada centímetro que dejaba al descubierto. Las caderas, los muslos, las rodillas… Hasta que me dejó solo en braguitas, ya empapadas, temblando de deseo. Se detuvo un segundo para contemplarme. Sus ojos, oscuros, ardían con una mezcla perfecta de ternura y lujuria.

—Eres un puto sueño.

Se inclinó y me besó el vientre, despacio, en círculos cada vez más bajos, hasta llegar al borde de la ropa interior. Me miró desde ahí abajo, sonriendo con esa maldita sonrisa que siempre me desarmaba.

—¿Puedo?

—Debes —dije, con la voz rota por la necesidad.

Me las quitó lentamente, con una reverencia silenciosa, como si despojarme de esa última prenda fuera un ritual. Cuando lo hizo, abrió mis piernas con cuidado y me besó en el interior de los muslos, despacio, sin prisa. Cada beso era una promesa, cada caricia, una confesión muda.

Cuando su lengua me tocó por primera vez, gemí. No fue un gemido fuerte, sino uno contenido, apretado entre los dientes, como si mi cuerpo no pudiera más. Me lamió con su lengua con tanta suavidad, que sentí que me iba a derretir. Se tomó su tiempo, explorando cada pliegue, cada rincón, alternando presión, ritmo y profundidad.

—Daniel… —jadeé, con los dedos enredados en su pelo— Por favor…

—Por favor, ¿qué?

—Sigue, no pares…

—No pensaba hacerlo.

Me sostuvo las caderas con firmeza mientras su boca trabajaba entre mis piernas con una precisión que me llevó al borde. Sentía que flotaba. Que todo lo que me ataba a la tierra era su lengua, su aliento, su calor.

Cuando sentí que me iba a correr, tiré de él hacia arriba, buscando su boca, su cuerpo, queriendo más.

—Ahora… —le dije, casi sin voz.

Me besó con hambre y deseo, nuestras bocas húmedas, calientes, nuestras lenguas reencontrándose con una pasión nueva. Se desabrochó el pantalón y se lo quitó junto a la ropa interior, revelando su erección. Me miró, como preguntando si estaba segura, pero yo ya no podía pensar.

—Te necesito dentro. Ya.

Se colocó sobre mí, frotando la punta de su miembro contra mi entrada, humedeciéndose con mis ganas. Y entonces, lentamente, empezó a entrar. Cada centímetro me quemaba, me llenaba, me devolvía partes de mí que había olvidado.

Nos quedamos quietos un segundo, respirando el uno contra el otro. Luego empezó a moverse. Lento al principio. Profundo. Como si cada embestida fuera una declaración. Me agarraba fuerte de los hombros, besándome el cuello, susurrando mi nombre una y otra vez.

—Sofía… Dios, estás tan húmeda… tan caliente… —susurraba con la voz ronca.

Yo lo rodeé con las piernas, queriéndolo más dentro, más cerca, más mío. Nuestras pieles chocaban, nuestros cuerpos se reconocían como si el tiempo no hubiera pasado. Gemíamos entre besos, entre jadeos, entre suspiros entrecortados. Cambió el ritmo, aumentó la intensidad, y sentí cómo me iba rompiendo por dentro de puro placer.

—Me voy a correr… —le dije, con la voz entrecortada.

—Hazlo —me susurró al oído—. Córrete para mí, princesa…

Y lo hice. Me estremecí entera bajo su cuerpo, mordiéndome los labios para no gritar, mientras las olas del orgasmo me sacudían de pies a cabeza. Daniel se dejó ir segundos después, enterrándose en mí con un gemido profundo, ronco, animal. Se quedó ahí, dentro, abrazándome, respirando contra mi cuello.

No dijimos nada durante un rato, solo nos escuchamos respirar, abrazados, empapados en sudor y placer. Sus dedos acariciaban mi espalda con ternura mientras los míos jugaban con su pelo, aún acelerados.

—Joder… —dijo al fin— Si esto no es amor, no sé qué es.

Sonreí, apoyando la frente en su pecho.

—Lo es. Y lo ha sido desde hace mucho más tiempo del que creemos.

Se incorporó lo justo para mirarme a los ojos. Me besó con dulzura, con devoción, y luego volvió a abrazarme fuerte.

—No pienso dejar que esto se rompa otra vez. Ni contigo, ni con Nico.

—Ya no estamos solos —le susurré—. Esta vez somos tres.

—Creo que te quiero —dijo de pronto, con voz ronca.

Lo miré, no con sorpresa, tampoco con miedo, sino con esa certeza que solo llegaba cuando el corazón dejaba de resistirse.

—Yo también. Siempre te quise.

Se incorporó un poco, me besó en los labios, un beso lento, suave, y después me volvió a abrazar. Me sentía segura. Completa. Como si todo lo que había roto en mi vida por fin comenzara a encajar otra vez.

—Ojalá esta vez todo salga bien —susurré, casi sin querer.

—Va a salir bien —me respondió—, porque esta vez no pienso irme a ninguna parte.

Nos quedamos abrazados, desnudos, enredados en las sábanas. Poco a poco, el sueño me fue envolviendo, con la cabeza en su pecho y su respiración arrullándome como una canción.

Y mientras me rendía al sueño, pensé por última vez en esa palabra: hogar.
Porque por primera vez en años, sentí que estaba justo ahí.

Capítulo 27



Desperté con el suave calor de su cuerpo envolviéndome. El brazo de Daniel me rodeaba la cintura y su pecho descansaba contra mi espalda desnuda. Aquel contacto, aquella cercanía, me hizo sonreír antes incluso de abrir los ojos. Sentí cómo respiraba pausada y profundamente, como si el mundo no pudiera alcanzarle en ese instante. Me quedé así, inmóvil, disfrutando de la calma de esa mañana de sábado, de la calidez de su piel, de la forma en que su cuerpo encajaba con el mío como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro.

Abrí los ojos despacio, dejando que la luz suave que entraba por las rendijas de la persiana me ayudara a ubicarme. Mi habitación, mi cama, pero distinta. Había algo especial en ese momento, algo que me revolvía por dentro. Lo miré por encima del hombro. Tenía los ojos cerrados, el cabello algo revuelto y la expresión de quien soñaba algo bueno. Me encantaba verlo así, tan tranquilo, tan vulnerable, tan mío. Porque, aunque no lo dijera en voz alta, lo sentía así. Mío.

Sonreí sin darme cuenta, con esa sonrisa tonta que se escapaba cuando el corazón se sentía en casa.

—Si sigues mirándome así… no voy a poder resistirme —murmuró él, con la voz aún ronca del sueño, sin abrir los ojos.

Mi corazón dio un vuelco y ladeé la cabeza con una sonrisa juguetona.

—¿A qué te refieres? —pregunté en voz baja, fingiendo inocencia.

Entonces, lo sentí. Se movió apenas unos centímetros, lo justo para que su erección se presionara contra mis nalgas. Un gemido suave escapó de mis labios, traicionando mis intenciones de mantener el tono ligero.

—A eso —susurró él, y en un movimiento rápido, ágil y decidido, se colocó sobre mí, entre mis piernas, atrapándome bajo su cuerpo.

El aire se volvió espeso, cargado de deseo. Mis ojos se encontraron con los suyos, y en esa mirada había hambre, ternura y fuego, todo a la vez. Mis manos se deslizaron por su espalda, clavando suavemente las uñas en su piel mientras sentía cómo sus labios descendían por mi cuello, mis clavículas, mi pecho…

No había lugar para el pudor, ni para la duda. Solo estábamos él y yo, dos cuerpos reencontrándose con urgencia y dulzura, con deseo y amor contenido.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con familiaridad y fervor, como si cada centímetro de mi piel fuera un terreno conocido y a la vez nuevo. Sus dedos trazaron mi cintura, mis caderas, mis muslos, y sus labios me arrancaron gemidos cuando descendieron y me besaron allí donde sólo él podía besarme.

Arqueé la espalda, buscándolo, abriéndome, deseándolo con cada célula de mi ser. Y cuando finalmente se fundió en mí, con un movimiento lento y profundo, sentí que el mundo desaparecía, que no existía nada más allá de esa unión, de ese momento eterno.

Nuestros cuerpos se movieron al unísono, guiados por la necesidad y el amor, entre jadeos ahogados y caricias que hablaban más que mil palabras. Él me susurraba mi nombre al oído como una plegaria, y yo le respondía con besos, mordiscos suaves y caricias temblorosas.

El clímax nos alcanzó como una ola salvaje, arrastrándonos en un torbellino de sensaciones que nos hizo temblar a la vez, juntos, abrazados, respirando el mismo aire, latiendo al mismo ritmo.

Después, con el corazón aún desbocado, se dejó caer a mi lado y me envolvió de nuevo con su abrazo. El silencio se hizo cómodo, perfecto, hasta

que lo rompieron unos pasos en el pasillo, y me tensé.

—¿Has oído eso? —pregunté en voz baja, mirando hacia la puerta con los ojos muy abiertos.

Daniel también miró hacia allí, con el ceño fruncido y alerta. Los pasos eran pequeños, rápidos… y siguieron de largo. Respiré aliviada.

—Si Nico entra y nos ve así… —dije en un susurro.

—Creo que ha ido a la cocina. Aún tenemos unos minutos antes de que reclame su desayuno.

Sonreí, pero me cubrí con la sábana de todos modos.

—Deberíamos levantarnos.

Daniel me besó el hombro.

—Me voy a dar una ducha rápida. Tú prepara la bolsa, ¿vale?

Asentí y le seguí con la mirada mientras se levantaba y se dirigía al baño completamente desnudo, con esa seguridad natural que siempre le había caracterizado. Cerró la puerta tras de sí, y el sonido del agua al caer me acompañó mientras me quedaba sola en la cama, abrazando la almohada con una sonrisa boba en los labios.

Qué bien se sentía eso… despertar con él, compartir un momento así. Me invadió una calidez difícil de describir, pero pronto esa emoción se vio reemplazada por una preocupación que me apretó el pecho. ¿Cómo iba a explicarle a Nico que Daniel había dormido allí?

Suspiré, me obligué a dejar a un lado la ensoñación y me levanté de la cama. Me puse una camiseta y unas braguitas, abrí el armario y empecé a preparar la bolsa. Metí ropa para mí, toallas, protector solar y algo de ropa cómoda para estar en casa de Daniel. Todo mientras la cabeza me daba vueltas con excusas posibles, maneras de suavizar lo evidente.

Daniel salió del baño con el cabello aún mojado y una toalla rodeándole la cintura. Se acercó, me besó en los labios con ternura y luego se vistió sin decir nada. Me encantaba ese equilibrio que tenía, esa mezcla de pasión y calma. Salió de la habitación justo cuando terminé de cerrar la cremallera de la bolsa.

Y entonces, lo oí.

—¡Papá!

La voz de Nico resonó por el pasillo, clara, alegre, llena de entusiasmo.

—¡Buenos días, campeón! —respondió Daniel— ¿Quieres desayunar?

Me acerqué a la puerta y me asomé, sonriendo. Aquella escena me derretía por dentro. Fui al baño, me duché rápido y me vestí con un vestido ligero. Luego fui a la habitación de Nico para guardar sus cosas en su mochila y me dirigí a la cocina.

Allí estaban ellos. Los dos hombres de mi vida.

Daniel, en vaqueros y camiseta blanca, preparaba café mientras Nico sacaba los vasos del armario con toda la concentración del mundo. Se giraron al verme.

—¡Mami! Papá ha dormido en casa —anunció Nico con una sonrisa resplandeciente, y yo me sonrojé hasta las orejas.

—Sí, cariño. Anoche me ayudó a recoger lo de la cena, se le hizo tarde… y se quedó a dormir en el sofá —mentí con la mejor cara que pude.

Daniel arqueó una ceja con una sonrisa torcida, divertido por mi descaro.

—Claro —dijo con tono travieso.

Nico se encogió de hombros.

—Pues me parece bien. Ven, mamá, siéntate, que el desayuno ya está.

Nos sentamos los tres a la mesa. Pan tostado, mantequilla, mermelada, café, zumo… Nada especial, pero se sentía perfecto.

—¿Qué vamos a hacer este fin de semana? —preguntó Nico, con la boca llena de pan con chocolate.

Daniel le revolvió el pelo.

—Lo que tú quieras, campeón.

Y yo, mientras los miraba, sentí que, por primera vez en mucho tiempo, todo encajaba.

El camino hasta casa de Daniel fue tranquilo, con Nico cantando en el asiento trasero y yo mirando por la ventanilla, perdida en mis pensamientos. De vez en cuando, él me cogía la mano con disimulo mientras conducía, o me lanzaba una mirada de esas que me aceleraban el corazón. Aquel plan improvisado de pasar el fin de semana en su casa estaba saliendo mejor de lo que habría imaginado.

Cuando aparcamos frente a su casa, Nico se bajó del coche con la mochila en la espalda y una emoción desbordada.

—¡Tiene piscina, mamá! ¡Tiene piscina! —gritó mientras corría por el camino de piedra que llevaba al jardín trasero.

Reí mientras sacaba nuestra bolsa del maletero y seguía sus pasos.

—¿Puedo bañarme, porfi? —preguntó mirándonos, y asentí— ¡¡Bien!!

Daniel abrió la puerta de casa y dejó pasar a Nico, que cruzó el salón como un torbellino en dirección al jardín. Él me guiñó un ojo.

—No sé quién está más emocionado, si él o yo.

—Yo diría que tú —le respondí, divertida, mientras pasaba a su lado—. Voy a ayudarlo a ponerse el bañador.

Fui al dormitorio donde Nico ya se estaba desnudando sin ningún tipo de vergüenza. Lo ayudé a ponerse el bañador azul marino con estampado de dinosaurios, le eché crema solar mientras él protestaba por el olor, y después salió corriendo hacia la piscina.

Daniel pasó por detrás de mí en ese momento, con el bañador puesto también.

—Quédate tranquila, yo lo vigilo mientras tú te cambias.

—Vale —respondí, y nuestras miradas se cruzaron por un segundo que me hizo olvidar dónde estaba.

Fui al baño, cerré la puerta y abrí la bolsa. Saqué el bikini blanco con lunares azul marino, me lo probé en el espejo con cierto recelo, con algo de vergüenza a pesar de que Daniel ya me había visto, y aunque mi cuerpo había vuelto casi por completo a la normalidad después del embarazo, las inseguridades aún estaban ahí, agazapadas.

Pero también sabía que Daniel no veía mis defectos, o si los veía, le daban igual. Sonreí al pensar en eso. Me até la parte superior, ajusté la braguita, me recogí el pelo en un moño alto y salí.

Nada más poner un pie en el jardín, noté su mirada.

Daniel estaba sentado en el borde de la piscina con los pies en el agua, jugando con Nico, pero al verme salir se quedó completamente quieto. Sus ojos me recorrieron despacio, sin disimulo, y tragó saliva.

—Vaya… —murmuró.

—¿Qué? —pregunté, fingiendo inocencia mientras me acercaba.

—Nada —dijo, pero sus ojos me decían otra cosa. Deseo, admiración, ternura. Todo a la vez.

—¡Mamá, ven! ¡Métete ya! —gritó Nico desde el agua, chapoteando como un loco.

Me acerqué a la escalera y bajé con cuidado, notando el frescor del agua recorrerme el cuerpo. Nico se lanzó a mis brazos en cuanto estuve dentro y me llenó de agua en la cara, riendo.

—¡Así no se juega, pequeño monstruo! —protesté entre risas.

La mañana pasó entre salpicones, juegos, gritos de emoción y carreras de un lado a otro de la piscina. Daniel nos perseguía con una colchoneta mientras Nico se subía encima de mí intentando no dejarse atrapar. Hubo momentos en que me sentí como una niña otra vez. Me reía con el corazón, de forma limpia y pura. No había preocupación, ni fantasmas, ni miedo. Solo nosotros tres, el sol y la felicidad sencilla de estar juntos.

Daniel jugaba con Nico con una naturalidad que me conmovía. Le lanzaba al agua, le hacía volar, le enseñaba a bucear, y Nico le llamaba "papá" con una facilidad que me encogía el pecho. Me dolía pensar en todo lo que se habían perdido por lo que pasó después de aquel verano, pero al mismo tiempo me sentía agradecida de que ahora, por fin, estuvieran recuperando el tiempo perdido.

Después de un rato, Nico empezó a tiritar ligeramente, y decidimos salir.

—Voy a preparar la barbacoa —dijo Daniel, saliendo del agua y sacudiéndose el pelo como un perro.

Yo me tumbé en una de las hamacas junto a Nico, envueltos ambos en toallas, mientras él se secaba al sol con la piel todavía húmeda y los labios un poco morados.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté.

—Sí —respondió, acurrucándose a mi lado—. Me gusta estar aquí. Me gusta mi papá.

—Lo sé —dije, sonriendo mientras le abrazaba y le besaba la sien.

—Es muy divertido, y también muy cariñoso —añadió, como si hubiera estado reflexionando sobre ello.

—Sí que lo es —dije, y lo miré con el corazón lleno.

Nunca me había sentido tan completa.

Capítulo 28



Nico se quedó medio tumbado encima de mí, con el cabello húmedo pegado a la frente y los ojos entrecerrados por la luz del sol. Yo le acariciaba la espalda con movimientos lentos, distraída, mientras escuchaba el chisporroteo que venía desde la barbacoa. El aroma de la carne empezaba a colarse en el aire, mezclándose con el cloro, la crema solar y esa fragancia a verano que solo los buenos momentos sabían dejar.

Cerré los ojos por un instante, dejándome arrullar por ese sonido de fondo. El chisporroteo de la parrilla, las risas de Daniel hablando solo en la cocina exterior, el zumbido de una abeja que rondaba las flores del seto… y el pequeño suspiro de Nico, que parecía estar a punto de dormirse encima de mí.

—¿Quieres echarte una siesta dentro, cariño? —le pregunté, apartándole un mechón de la frente.

—Mmm… no. Quiero estar aquí contigo.

Sonreí. No podía pedir más.

—Mamá… —me dijo sin apartar la vista del porche— ¿A ti te gusta papá?

La pregunta me pilló tan de sorpresa que por un momento me quedé en blanco. Miré a mi hijo, con esos ojos grandes y sinceros que tenía, y me encogí de hombros.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque te miro mucho cuando estás con él. Y sonríes como cuando me das un beso antes de dormir.

Sentí un nudo en la garganta. A veces Nico tenía una forma tan simple y profunda de leerme, que me desarmaba.

—Sí, cariño —le respondí al fin—. Me gusta mucho tu papá.

—Y a él le gustas tú. Porque cuando tú no lo ves, también sonríe —afirmó, como quien descubría un secreto importante.

Le acaricié el pelo con ternura y le di un beso en la sien.

—¿Te gustaría que estuviéramos más tiempo juntos?

—Sí, papá es muy divertido, y me gusta cuando me llama campeón.

En ese instante, Daniel apareció con un plato con dos trocitos de carne hechos y con el delantal que le quedaba tan ridículamente sexy que tuve que morderme el labio para no soltar una carcajada.

—¿Ya estás haciendo campaña a mi favor, pequeñajo? —bromeó, guiñándole un ojo a Nico.

—¡Sí! —respondió él sin dudar— He dicho que me gustas mucho como papá y que me gustaría que os casarais.

—¡Nico! —le regañé sin poder evitar reírme— No me has dicho eso, además, esas cosas no se dicen así.

Daniel rio entre dientes mientras Nico cogía un trozo de carne.

—Yo no me quejo. Me está vendiendo bien —dijo, y regresó a la barbacoa para seguir preparando la carne.

Miré a Nico, que masticaba con esos ojitos de cachorro mirándome, y sonreí antes de darle un beso en la frente. Era un poco travieso a veces, pero no cambiaría mis cinco años con él por nada del mundo.

Poco después, Daniel se asomó desde la zona de la barbacoa con una pinza en la mano y cara de satisfacción.

—¡La carne está lista! —anunció— Venga, campeones, a comer, que luego no me vale el "tengo hambre" a la hora de la siesta.

Nico se incorporó de un salto y salió disparado hacia él.

—¡Huele genial! —gritó mientras corría hacia el porche.

Daniel sonrió, se agachó y lo cogió en brazos con facilidad, haciéndolo reír como un loco.

Yo me levanté con más calma, me puse el pareo atándomelo a la cintura y recogí nuestras toallas mojadas antes de seguirles.

Al llegar al porche, vi que alguien se aproximaba por la entrada lateral de la casa. No me hizo falta mucho para reconocerlo. Era David.

Llevaba unos pantalones y una camisa negros, perfectamente planchados, y el alzacuellos blanco que lo identificaba como cura. Se parecía tanto a Daniel que no me extrañaba que me hubiera confundido cuando lo vi a él la primera vez así vestido.

—¡El cura! —exclamó Nico al verle— ¡Es igual que papá!

David soltó una carcajada cálida mientras se acercaba.

—¡Tú sí que te pareces mucho a tu papá y a mí! —le dijo con una sonrisa — Qué pasada, eres como una versión pequeñita de nosotros.

—Mi mami siempre dice que me parezco a papá —afirmó Nico con orgullo.

David me miró entonces, con esos ojos serenos y amables que siempre parecían querer leer algo más allá de las palabras. Me acerqué y lo saludé con un par de besos.

—Hola, Sofía. Me alegra mucho verte aquí —me dijo con sinceridad.

—Y a mí me alegra verte a ti, David.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa. Daniel había preparado una barbacoa digna de un chef: costillas, chuletas, salchichas, pimientos asados, pan tostado con alioli... y Nico tenía delante un plato casi más grande que él. Comimos entre risas, entre anécdotas tontas y bromas.

Nico no paraba de hablar, contándoles a su padre y a su tío todas las trastadas que había hecho últimamente con los padres de Sergio, Rafa y Marga.

—Una vez, el abuelo Rafa me dejó tirar los huevos en la sartén y se le cayó uno en el zapato —contó Nico, muerto de risa.

—¿Y qué hizo? —preguntó David, con los ojos brillando de diversión.

—¡Pues dijo que me dejaba sin postre! Pero luego me dio dos helados —Nico se encogió de hombros—. Siempre dice que no, pero luego me da todo.

—Como tiene que ser —dijo Daniel, dándole un beso en la cabeza—. Para eso están los abuelos.

Fue una comida sencilla, pero preciosa. Uno de esos momentos que sabías que ibas a guardar siempre, porque lo tenía todo: familia, ternura, risas y la sensación de que estabas en el lugar correcto.

Después de comer, Nico se restregó los ojos con el dorso de la mano.

—Creo que ya va tocando la siesta, ¿eh? —le dije, poniéndome en pie.

—¿Me puedo echar en el sofá, mami?

—Claro, pero solo si te portas bien.

—¡Sí! Así estoy cerca de papá —añadió, corriendo hacia el salón.

Yo lo seguí con una sonrisa mientras le acomodaba en el sofá, le ponía una mantita por encima y le daba un beso en la frente. Volví al porche con el corazón lleno.

Daniel y David seguían allí, tomando café.

—¿Cómo está el enano? —preguntó Daniel.

—Como un angelito. Le ha ganado el sueño.

Me senté de nuevo con ellos, esta vez más relajada. El café aún humeaba en las tazas.

—Es un niño precioso —dijo David—. Y muy espabilado para tener cinco años.

—Demasiado —respondí con una sonrisa suave—. Me hace preguntas que a veces ni yo sé cómo contestar.

—Pues contesta como puedas. La verdad suele bastar, aunque a veces haya que adaptarla a su edad —comentó David, dando un sorbo.

Hubo un pequeño silencio, uno de esos que no incomodaban, pero que invitaban a las conversaciones más serias.

—¿Te importa si te pregunto algo, Sofía? —dijo David, con tono sincero— No tienes que responder si no quieres.

—Pregunta —le animé.

—Cuando Nico habla de los padres de Sergio, Rafa y Marga, lo hace como si fueran sus abuelos. ¿Tú no tienes padres?

Mi estómago se encogió un poco. Lo vi venir y, aun así, dolió.

—No. Ellos… bueno, cuando se enteraron que estaba embarazada y que Daniel… —hice una pausa— que Daniel se había ido sin decir nada, decidieron que yo les había defraudado. Que los había avergonzado.

—¿Te dieron la espalda por eso? —preguntó David, incrédulo, y asentí.

—Mi madre fue la más tajante. Dijo que ya no tenía hija, así que… desde entonces, nada. Nunca conocieron a Nico. Nunca me preguntaron por él. Hace unos días vi a mi padre, fue la primera vez que veía a Nico, pero no quiero saber nada de ellos.

David bajó la mirada, tocando el borde de la taza con el dedo.

—Lo siento muchísimo. Si mi hermano me hubiera hablado de ti aquel verano… te lo juro, yo mismo habría ido a buscarte. Habría hecho lo que fuera por contarte la verdad.

Daniel me cogió la mano entonces, entrelazando sus dedos con los míos.

—Y yo no habría permitido que pasaras por todo eso sola —me dijo con voz ronca mientras me miraba.

Le apreté la mano y sonreí; no quería lágrimas. No en un día como este.

—Pero ya no estoy sola. Ahora os tengo a los dos —dije con una pequeña sonrisa— y a este enano que nos da mil vueltas a todos.

David sonrió, asintiendo.

—Bueno, me voy a la parroquia. Hoy tengo reunión con el grupo de catequesis —dijo, poniéndose en pie y dejando la taza en la mesa—. Pero me ha encantado veros así, de verdad.

Nos despedimos con dos besos y un abrazo sincero. Al ver cómo se marchaba por el jardín, con su silueta negra entre las flores, me quedé con esa extraña mezcla de alivio y nostalgia. Era un buen hombre. Uno de esos que no necesitaban decir mucho para hacerte sentir comprendida.

Me acurruqué en el sofá de mimbre junto a Daniel; él pasó el brazo por mis hombros y me besó en el pelo.

—¿Sabes que estás aún más guapa cuando hablas de Nico?

Lo miré, divertida.

—¿Más que cuando me pongo este bikini blanco?

Él rio, y me miró con esos ojos oscuros que siempre me dejaban temblando.

—Ese bikini debería estar prohibido. Me tienes loco y aún no es de noche.

—Pues imagina cuando lo sea —susurré.

Él se acercó a mi oído y me dijo, en voz apenas audible.

—No sabes las ganas que tengo de hacerte mía otra vez.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Lo miré a los ojos y sentí que sí, que estaba exactamente donde debía estar.

—Yo también lo estoy deseando.

El calor del mediodía empezaba a ceder, dejando paso a una brisa suave que mecía las hojas del árbol que había junto a la verja. Daniel y yo seguíamos sentados en el porche, con el cuerpo relajado y el alma un poco más en paz. Nico dormía dentro, y por primera vez en mucho tiempo, sentía que no me faltaba nada.

Daniel me miraba como si aún no terminara de creerse que estaba allí, con él. Y yo tampoco lo tenía del todo asumido.

Me acarició la pierna con la yema de los dedos, apenas un roce, y yo me estremecí. Esa forma suya de tocarme, tan suave y firme a la vez, me desmontaba entera.

—¿Te apetece un poco de vino? —preguntó.

—Solo si tú también tomas.

Se levantó y entró en la casa. Le escuché trastear en la cocina, abrir el frigorífico y después sacar unas copas del mueble del salón. Volvió al porche con una botella de vino blanco bien frío y dos copas. Me la ofreció como si estuviésemos en una cita, de esas que empezaban con una mirada y terminaban con besos robados bajo las estrellas.

—Por nosotros —dijo levantando su copa.

—Por este fin de semana y por lo que venga después —añadí, chocando suavemente la mía con la suya.

Bebimos un trago en silencio. Estaba delicioso, afrutado y refrescante. Como aquel momento. Como él.

—¿Te das cuenta de lo surrealista que es todo esto? —pregunté, bajando la copa.

—¿El qué?

—Que estemos aquí. Tú y yo, con nuestro hijo, después de tantos años…

Daniel suspiró.

—Después de saber que Nico existe, no pasa un solo día sin que me arrepienta de lo que pasó aquel verano. Si pudiera volver atrás, Sofía…

—Lo sé —le interrumpí, apoyando mi mano sobre la suya—, pero no podemos cambiar lo que pasó, solo hacer que lo que venga ahora valga la pena.

Él asintió y volvió a mirarme de ese modo que me derretía por dentro.

—Y contigo, todo vale la pena.

A lo lejos, el sonido de unos pasos ligeros nos sacó del ensueño.

Nico apareció en la puerta del salón, con el pelo alborotado y los ojos aún entrecerrados por el sueño.

—Papá… ¿Puedo meterme otra vez en la piscina?

Daniel se levantó con una sonrisa.

—Claro que sí, campeón. Vamos allá.

—¡Yo también voy! —exclamé, dejando la copa sobre la mesa.

Fuimos los tres de nuevo al jardín. Daniel ayudó a Nico a quitarse la camiseta y yo cogí una toalla seca. Me sentía como una versión mejorada de mí misma: más feliz, más ligera. Me pregunté si la felicidad real era esto, compartir cosas sencillas con las personas que amabas.

Nico saltó al agua con un chapuzón ruidoso que nos salpicó a ambos. Daniel se lanzó detrás, riendo. Yo bajé con más calma, volviendo a sentir ese cosquilleo placentero de la piel al contacto con el agua.

Pasamos la tarde igual que habíamos pasado la mañana: entre risas, chapoteos y juegos. Jugamos al escondite bajo el agua, a ver quién aguantaba más tiempo buceando, e incluso a carreras de colchonetas, que siempre terminaban en batallas navales llenas de cosquillas y gritos.

En un momento dado, Nico se acercó nadando hasta mí y me abrazó por la espalda, con su voz suave y feliz en mi oído.

—Mamá… este es el mejor día de mi vida.

Sentí que el corazón se me hacía trizas de emoción. Le di un beso en la mejilla y lo abracé fuerte.

—Y solo es el principio, cariño.

Me quedé flotando en el agua, con Nico encima, mientras Daniel nos miraba desde el borde de la piscina con una sonrisa que parecía tallada en

oro. En sus ojos había algo más que deseo o ternura. Era admiración. Era amor. Era familia.

A veces, la vida te arrancaba todo para después devolvértelo de forma inesperada. Con más fuerza. Con más sentido.

Y yo, yo estaba empezando a creer que esta vez podía ser para siempre.

Capítulo 29



El sol empezaba a caer cuando salimos de la piscina por segunda vez. El cielo se teñía de un naranja suave, y una ligera brisa movía las hojas de los árboles. Esa luz dorada acariciaba la piel como un susurro cálido. Daniel cogió una toalla grande y envolvió a Nico con ella, frotándole la cabeza con mimo para secarle el pelo.

—¡Papá, ya! ¡Qué me despeinas! —protestó entre risas.

—¡Demasiado tarde! Ya pareces un erizo —bromeó Daniel, despeinándolo aún más.

Yo los observaba con el corazón completamente rendido. La naturalidad entre ellos me sobrecogía. Había una conexión innata, como si los años de ausencia se hubiesen disuelto de golpe con cada mirada, cada palabra, cada juego compartido.

Después de secarnos y tumbarnos un rato en las hamacas, entramos de nuevo en casa. Yo me llevé a Nico para bañarlo mientras Daniel recogía la barbacoa. El baño fue rápido, con Nico chapoteando dentro de la bañera y contándome todo lo que había hecho con su papá como si yo no lo hubiera vivido con ellos.

—Y cuando me lanzó por los aires… ¡Parecía que volaba, mamá! Como los superhéroes.

—Eso es porque tienes un papá muy fuerte —le dije, enjabonándole el pelo.

—¿Tú crees que papá podría levantar un coche?

—Bueno, no sé si tanto, pero por ti levantaría lo que fuera —le guiñé un ojo, y él se echó a reír.

Después de secarlo, se puso el pijama de dinosaurios, su favorito, claro, y me abrazó por la cintura.

—Mamá, ¿puede venir papá a dormir a casa todos los días?

Tragué saliva al escucharlo.

—Cariño, eso no depende solo de mí. Ya hablaremos, ¿vale?

—Vale, pero yo quiero —murmuró, y se fue corriendo a buscar a Daniel.

Caminé en silencio, y al llegar a la cocina me encontré a Daniel hablando por teléfono.

—Sí, tres pizzas grandes, con bordes rellenos para el pequeño glotón, sí, gracias —colgó y me miró con una sonrisa—. Cena solucionada.

—¿Pizza?

—Tu hijo la ha pedido y yo no sé decirle que no. Debo de ser un blando.

—No eres un blando. Eres un padrazo —le dije, mientras me acercaba.

En ese momento apareció David otra vez por la puerta. Llevaba una camisa más informal, aún negra, pero sin alzacuellos. Estaba despeinado, como si el día largo en la parroquia le hubiera pasado factura.

—¿Aún no cenáis? —preguntó, dejando las llaves en la encimera.

—Acabamos de pedir pizzas —le respondió Daniel—. Suficientes para los cuatro.

—¿Hay borde relleno?

—Claro, si no, Nico se nos declara en huelga —bromeé.

David se rio y fue a buscar una cerveza al frigorífico. Ahora ya sabía de dónde le venía a mi hijo lo de los bordes rellenos, de su padre y de su tío.

Mientras esperábamos la cena, recogimos todos juntos el jardín. Nico hablaba sin parar, contándole a su tío mil cosas sobre la piscina, sobre cómo casi ganó a su padre en la carrera de colchonetas y sobre cómo yo hacía trampas en el escondite bajo el agua. David lo escuchaba con esa paciencia y esa sonrisa que solo tenían los que entendían a los niños.

Cuando llegó la pizza, nos sentamos en el salón. Pusimos una película de dibujos animados que a Nico le encantaba, y cenamos allí mismo, en el suelo, como si fuera un picnic improvisado. Había migas por todas partes, manchas de tomate en las servilletas y risas. Muchas risas.

Nico bostezaba mientras masticaba su último trozo de pizza, con los párpados a medio caer. Daniel se levantó, lo cogió en brazos y lo llevó a la habitación que había preparado para él. Yo me quedé recogiendo los platos con David.

—¿Sabes? —dijo él, mientras pasaba un trapo por la mesa— Nunca había visto a mi hermano así.

—Así, ¿cómo?

—Tan… completo. Tan lleno de vida. Es como si hubiese vuelto a ser él mismo después de años de estar solo a medias.

Lo miré, emocionada.

—Yo tampoco me había sentido así desde que se fue. Es como si algo hubiese hecho clic dentro de mí.

David dejó el trapo y me miró, serio.

—Ojalá nunca hubiera tenido aquel accidente. Ojalá no se hubiese perdido todo este tiempo.

—No se lo digas a él —respondí en voz baja—, pero yo pienso lo mismo.

David asintió, y antes de retirarse, se acercó y me abrazó. Fue un abrazo sincero, cálido. El de un hermano que, sin ser de sangre, se estaba convirtiendo en alguien importante.

—Buenas noches, Sofía —me dijo al separarse—. Te mereces esta felicidad.

—Gracias, David. Tú también formas parte de ella.

Se fue a su cuarto y me quedé sola en el salón, recogiendo los cojines y apagando las luces. A los pocos minutos, Daniel volvió del cuarto de Nico y me miró desde la puerta del salón.

—Está KO. Ni protestó cuando lo metí en la cama.

Me acerqué despacio y, antes de decir nada más, me cogió en brazos.

—Daniel —protesté, sorprendida y entre risas.

—Shhh… —murmuró él con una sonrisa—. Déjate llevar, princesa.

—Llévame donde quieras, pero no me sueltes.

Y no me soltó.

Me llevó en brazos hasta su habitación, como si no pesara nada, como si me hubiera estado esperando toda su vida. Me dejó suavemente sobre la cama, con una ternura que me erizó la piel, y durante un segundo, solo nos miramos. En sus ojos no había prisa. Solo deseo. Un deseo lento, paciente. Profundo.

—No sabes cuánto tiempo llevo soñando con esto —susurró, con voz grave y cargada de promesas.

Se tumbó a mi lado, y su cuerpo se convirtió en abrigo, en refugio, en hogar. Su calor me envolvía, sus manos me recorrían con una delicadeza reverente, como si necesitara memorizar cada centímetro de mí para siempre.

Nuestros labios se encontraron y fue como encender un fuego con una sola chispa. La lentitud del primer beso se fue deshaciendo con cada caricia, cada roce, hasta que los cuerpos empezaron a hablar el lenguaje que llevaban años silenciando.

Me besó como si el tiempo no existiera. Como si todo lo anterior hubiera sido una larga antesala para llegar hasta este preciso instante.

—Dime que esto es real —murmuró contra mi cuello, acariciándome con la nariz, con los labios, como si necesitara asegurarse de que no iba a desaparecer.

—Es real —le aseguré, sin dudar, mientras mis dedos se enredaban en su pelo.

Sus manos bajaron despacio por mis brazos, mis costados, mis caderas, deteniéndose allí donde el deseo palpitaba más fuerte. Me acarició con firmeza y dulzura, como si entendiera perfectamente que no quería que me cuidara, sino que me reclamara. Y lo hizo.

Se deshizo de mi ropa con movimientos pausados, sin romper el hechizo, observándome como si ver mi cuerpo fuera un privilegio. Cuando lo desnudé yo a él, mis manos temblaban, no de nervios, sino de emoción.

Cada rincón de él me parecía familiar y nuevo a la vez. Reconocía su piel, sus gestos, pero a la vez sentía que lo estaba descubriendo por primera vez. Como si este Daniel, el de ahora, el padre de mi hijo, el hombre que había vuelto a mi vida con la fuerza de una marea, fuera aún más mío que el de aquel verano.

Nuestros cuerpos se encontraron sin torpeza, como si supieran exactamente lo que hacer. Me besaba mientras sus manos se aferraban a mis caderas, mientras sus labios descendían por mi cuello y mis clavículas.

—Estás preciosa —susurró, rozando mi pecho con los labios—. No sé cómo pude olvidarte… cómo la vida me robó esto.

No respondí con palabras, no podía. Estaba rendida al momento, a la pasión que se desbordaba con cada roce, a la necesidad que nos consumía sin prisa, pero sin pausa.

Nuestros movimientos se fueron volviendo más profundos, más intensos. Cada jadeo era un suspiro contenido desde hacía años. Cada caricia, una pregunta respondida.

No hubo máscaras, ni distancia, ni miedo. Solo nosotros.

Él me buscaba como quien volvía a casa. Yo me entregaba como quien por fin se sentía segura.

Nos amamos despacio, como si quisiéramos grabar cada segundo en la piel. Nos miramos todo el tiempo, sin apartar los ojos, con esa intensidad que solo tenían dos personas que habían sobrevivido a demasiadas dudas.

Y cuando el clímax llegó, ese clímax que nacía en lo más profundo y lo desarmaba todo, lo alcanzamos juntos, al mismo tiempo, con el mismo suspiro. Con el mismo grito contenido de alegría, deseo y alivio.

Después, nos quedamos en silencio, enredados el uno en el otro. Su respiración golpeaba mi cuello. Yo tenía la mejilla apoyada en su pecho y podía sentir el latido de su corazón.

—Eres… demasiado para mí —murmuró, acariciando mi espalda.

—No digas eso —le respondí, besándole el pecho—. Eres justo lo que necesito.

Esa noche, Daniel me hizo el amor de nuevo, varias veces, como quien recuperaba el aire después de haber estado demasiado tiempo bajo el agua. Como quien encontraba su casa al final de una tormenta.

Y yo… yo me dejé llevar. Porque por primera vez en mucho tiempo, ya no tenía miedo.

Solo tenía certezas.

Capítulo 30



Desperté con la luz del sol colándose tímidamente entre las cortinas, ese resplandor dorado que entraba lento, acariciando la habitación con calma. Respiraba el aroma a sábanas limpias y café recién hecho que venía desde la cocina. A mi lado, Daniel dormía todavía, tranquilo y sereno; su pecho subía y bajaba con un ritmo pausado que me invitaba a quedarme allí para siempre. Noté cómo Nico entraba silenciosamente en la habitación, con esa mezcla de pillería y ternura que siempre le acompañaba.

De repente, sin avisar, el pequeño se lanzó sobre la cama, cayendo encima de nosotros como una bola de energía pura.

—¡Quiero desayunar churros con chocolate, como siempre! —exclamó con esa voz dulce y exigente a la vez, que solo los niños sabían tener cuando querían algo de verdad.

Daniel abrió los ojos despacio, sonriendo al vernos ahí, revueltos en la cama, entre risas y cosquillas. Yo me estiré, feliz, y acaricié el pelo de mi hijo, que ya tenía los ojos brillantes por la emoción de empezar el día.

En ese momento, sonó mi móvil. Miré la pantalla y vi que era Álvaro, mi primo. Sonreí al leer su nombre y contesté enseguida.

—¿Hola? —dije, con una sonrisa que ya sabía que no podía ocultar.

—¡Hola, primita! —respondió Álvaro con ese tono bromista que siempre usaba— Ya he llegado a tu casa, pero no te encuentro. ¿Dónde estás?

—Estoy en casa de Daniel, Nico y yo vinimos para pasar el fin de semana —le expliqué—. ¿Y tú? ¿Traes churros y chocolate?

—Vaya, vaya, primita… —bromeó— ¿Y no me has llamado para que me uniera? Nuestros domingos de churros con chocolate se van a acabar muy pronto, ¿eh?

Reí, divertida por su comentario, mientras Nico intervenía desde la cama.

—Mi primo Álvaro siempre trae chocolate y churros para desayunar los domingos —dijo con una sonrisa cómplice.

Daniel, que nos escuchaba, me miró con una sonrisa ladeada y me dijo al oído:

—Pídele que venga, Sofía. No hay mejor forma de empezar un domingo que con churros, chocolate y buena compañía.

Así que le pedí que se acercara. Álvaro aceptó sin dudarlo, prometiendo que no tardaría en cuanto le di la dirección de la casa de Daniel.

Nos levantamos, todavía con la alegría de la mañana en el cuerpo, y fuimos juntos hacia la cocina. Allí estaba David, tomando un café tranquilo antes de irse a la parroquia. Nos saludó con esa calma que siempre le caracterizaba y nos deseó un buen día.

—¡Hasta luego, tío! —gritó Nico, y tanto David, como Daniel, sonrieron felices al escucharle llamarle así.

Poco después, Álvaro llegó con una sonrisa amplia, cargado con una bolsa que, al abrirla, desprendía ese aroma inconfundible a churros recién hechos y chocolate caliente.

Presenté a Álvaro a Daniel, y los cuatro nos sentamos alrededor de la mesa para desayunar. El ambiente estaba lleno de risas y bromas, la complicidad fluyendo fácil y natural, como si ellos dos se conocieran desde siempre.

Hablamos de mi embarazo, de cómo me sentía, de las dudas y alegrías que se mezclaban en cada pensamiento. Álvaro se mostró especialmente atento, y Daniel, aunque algo más reservado, no perdió ni un detalle.

—Te veo radiante —me dijo Álvaro en un momento—. No es fácil, pero tienes algo que ilumina todo a tu alrededor.

Luego, entre chistes y anécdotas, recordé aquel día en el que creí ver a Daniel vestido de cura y el susto que me llevé.

—Pensé que había perdido la cabeza —conté entre risas—. Creía que ese hombre era él, pero luego resultó que no.

—¡Y menos mal! —dijo Daniel con un guiño— Imagina si me hubieras encontrado así, predicando sobre la fe y el amor.

Álvaro se rio y asintió. Después de un rato, mi primo se despidió y, mientras lo acompañaba a la puerta, me dijo con sinceridad…

—Me gusta verte así, feliz y sonriendo. No dejes que nada ni nadie te lo quite.

Me dio un beso en la mejilla, y volví a la cocina con el corazón un poco más ligero. Allí Daniel me esperaba, y con una sonrisa me dijo que Nico quería pasar el día en la playa.

—¿A ti qué te parece? —me preguntó.

—Perfecto —respondí, sintiendo que ese fin de semana estaba resultando mejor de lo que había imaginado.

Así que empezamos a preparar las bolsas, con ropa de baño, toallas, crema solar y algo para comer. Nico estaba impaciente, contando los minutos para llegar al agua y jugar sin parar.

Nos vestimos rápido, y antes de salir, lancé una última mirada a Daniel. Él me devolvió la sonrisa, esa que lo decía todo sin necesidad de palabras.

Cuando por fin llegamos a la playa, el aire con ese inconfundible olor a sal y fresco me golpeó suavemente la cara, despejando cualquier resto de sueño y llenándome de una energía ligera, esa que solo el mar sabía dar. Nico corría delante de nosotros, descalzo, dejando que la arena se colara entre sus dedos mientras miraba de reojo la inmensidad azul que se extendía ante nosotros.

Caminamos cerca del bar donde yo trabajaba, un lugar con mucho encanto y acogedor, siempre lleno de gente que buscaba un refugio entre la brisa marina y la conversación cálida. Fue entonces cuando lo vi.

—¡Sergio! —exclamé, con una sonrisa que se me dibujó automática en el rostro.

Sergio era más que un jefe, era uno de mis mejores amigos. Su carácter extrovertido y su sentido del humor hacían que cualquier día gris se convirtiera en uno lleno de luz. Su sonrisa, amplia y franca, se iluminó en cuanto nos vio acercarnos.

—¡Sofía! —gritó, apartando unos vasos que limpiaba con rapidez para poder saludarnos— Pero qué sorpresa.

Nico, sin dudarlo, corrió directo a sus brazos y se lanzó con un grito alegre.

—¡Tío Sergio!

El abrazo que Sergio le dio fue enorme, y se lo comió a besos con una ternura que me hizo sonreír desde la distancia. Yo me acerqué con la calma de quien sabía que estaba en un lugar seguro y lleno de cariño.

—Este es Daniel —le presenté.

Sergio estrechó la mano de Daniel con un apretón firme, y este le respondió con una sonrisa cordial.

—Encantado, Sergio —dijo Daniel—. He oído hablar mucho de ti.

Sergio arqueó una ceja con una sonrisa cómplice y respondió con un guiño.

—Ah, ¿sí? Bueno, eso quiere decir que hay muchas historias por contar. Pero hoy no es día de hablar, es día de disfrutar, y os voy a dejar una mesa preparada para cuando os apetezca comer. Además, pediré que hagan una paella para tres.

Nico levantó la cabeza, sus ojos brillando con la alegría de los niños que sabían que les esperaba algo especial.

—¡Mejor para cuatro, tío Sergio! —dijo con voz decidida— Que ya sabes que a mí me gusta mucho la paella.

Nos reímos todos. La soltura y la naturalidad con la que Nico hablaba hacían que el ambiente fuera ligero y familiar, un verdadero regalo en medio de la rutina.

—Trato hecho —dijo Sergio, y me guiñó un ojo—. Nos vemos más tarde entonces, ¿vale?

—Claro. Gracias —respondí, agradecida por su amabilidad.

Con una última sonrisa nos despedimos y seguimos camino hacia la orilla, donde la brisa marina era aún más intensa y el sonido de las olas nos invitaba a dejarnos llevar.

Daniel cogió la mano de Nico y me lanzó una mirada cómplice. Sabía que aquella mañana iba a ser especial.

Nos instalamos cerca del agua, desplegando la toalla y preparando el espacio para que Nico pudiera jugar con total libertad. La arena, caliente y suave, se metía entre los dedos, y el niño no tardó en lanzarse al agua con un grito de alegría, chapoteando con entusiasmo.

Me quedé observando esa escena, sintiendo cómo se me llenaba el pecho de una felicidad serena, esa que solo surgía cuando veías a quienes más querías disfrutando y siendo ellos mismos.

Daniel se quitó la camiseta y se metió en el agua con Nico, jugando con él, haciéndolo reír y sumergiéndolo bajo las olas en pequeños juegos que

parecían eternos.

Yo me quedé en la orilla, disfrutando del sol y del murmullo del mar, pero no tardé en unirme a ellos, despojándome de mi ropa y caminando hacia el agua, dejando que la espuma fría me acariciara los pies.

Los tres juntos éramos como una pequeña isla de alegría en medio del inmenso azul, jugando, riendo, haciendo castillos de arena, compitiendo en carreras hasta el agua y dejando que las horas se deslizaran lentas, cómplices.

Daniel me miraba con esos ojos brillantes, llenos de deseo contenido, que encendían en mí un fuego que ni el mar podía apagar. Pero en ese momento no había prisas ni urgencias, solo la calma deliciosa de sentirnos vivos y conectados, de disfrutar el presente sin pensar en nada más.

Nico se reía a carcajadas cada vez que Daniel le hacía cosquillas o lo levantaba en brazos para dejarle caer suavemente al agua, y yo me sentía afortunada, mirando aquella escena y sintiendo que el futuro, por primera vez en mucho tiempo, tenía una luz clara y cálida.

Cuando el sol comenzó a elevarse más fuerte en el cielo, decidimos que era hora de secarnos un poco y prepararnos para la comida. Sergio nos había prometido una paella, y ya nos apetecía ese sabor familiar, esas horas compartidas alrededor de una mesa que tanto nos unían.

Recogimos las cosas, nos cambiamos y, con la piel todavía húmeda, caminamos de regreso hacia el bar.

Sergio nos recibió con esa energía habitual, colocándonos en una mesa amplia y luminosa, con vistas directas al mar. La paella estaba recién hecha, humeante, llena de colores y aromas que hicieron que el estómago de Nico se anticipara.

—¿Veis? —dijo Sergio con una sonrisa— Os he dejado un pedazo de verano en esta mesa.

Comimos entre risas y anécdotas, con la brisa fresca entrando por las ventanas abiertas, mezclándose con el aroma del mar y la comida casera.

Nico, siempre curioso, preguntaba sin parar, y Daniel respondía con esa paciencia dulce que tenía solo para él.

Me sentía rodeada de lo que siempre había deseado: amor y la tranquilidad de un día que parecía no querer acabar.

Capítulo 31



Comimos la paella bajo la sombra del toldo del bar, con el murmullo del mar de fondo y el sol acariciándonos la piel. Sergio nos había preparado un manjar delicioso: arroz en su punto justo, con mariscos frescos y ese aroma intenso que solo una buena paella podía tener. Mientras Nico se afanaba en probar cada bocado con entusiasmo, Daniel y yo compartíamos miradas cómplices y sonrisas tranquilas. Era uno de esos momentos en los que todo parecía encajar, un pedacito de felicidad simple y plena.

—¿Papá? —interrumpió Nico, con los ojos brillantes, mirando a Daniel directamente mientras entrelazaba sus dedos en la mesa— ¿Tú te vas a venir a vivir a casa con nosotros?

La pregunta me pilló desprevenida. Lo miré con una mezcla de sorpresa y ternura. Antes de que pudiera responder, le lancé una mirada a Daniel, casi rogándole que no interviniera.

—Eso no se pregunta, cariño —le dije con suavidad, tratando de poner un poco de calma en la conversación.

Pero Daniel no parecía querer esquivar la cuestión. Miró a Nico con una expresión seria, como sopesando sus palabras, y habló.

—¿Te gustaría que viviera con vosotros?

El niño asintió con entusiasmo, casi con una urgencia infantil.

—Sí, porque todos mis amiguitos viven en casa con sus papás y sus mamás. Y como yo ahora tengo un papá, quiero que estemos los tres juntos siempre.

Su sinceridad y su ternura me hicieron sonreír, aunque por dentro sentía un nudo en la garganta. Era maravilloso ver cómo Nico aceptaba a Daniel con tanto amor y confianza, pero también me hizo pensar en todo lo que nos quedaba por construir.

Daniel estaba a punto de responder cuando, de repente, una sombra oscureció la mesa.

Una mujer se acercó con paso firme, con una mirada fría y desafiante. Al instante reconocí esa expresión; no podía ser otra que mi madre.

—¿Así que por fin has conseguido engañar a un hombre que quiera cargar contigo y con el niño? —dijo con un tono cargado de sarcasmo y desprecio, mirándome primero a mí y luego a Daniel.

El corazón me dio un vuelco. Me tensé, sintiendo cómo todo mi cuerpo se ponía en alerta. Rápidamente, miré a mi hijo.

—Ve a la barra y dile al tío Sergio que te dé una tarrina de helado con cuatro bolas del sabor que quieras, ¿vale?

El niño asintió y salió corriendo hacia la barra, ajeno a la tensión que se estaba gestando.

Cuando Nico ya estaba suficientemente lejos, me giré hacia mi madre con la voz firme.

—No quiero hablar contigo. Vete.

Ella me miró con una sonrisa cruel, sin mostrar ni un atisbo de arrepentimiento. Luego dirigió su mirada hacia Daniel, y con voz baja, pero venenosa le dijo:

—No te dejes engañar por esa carita de ángel que tiene Sofía. Seguro que lo único que quiere es que tú la mantengas y que saques adelante a ese niño al que ni su padre quiso.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Daniel frunció el ceño y se levantó de la silla con decisión.

—Yo soy el padre de Nico —dijo con voz firme, mirando a mi madre directamente a los ojos—. Por cosas que no le incumben, no supe que era padre, pero ahora estoy aquí y no voy a permitir que nadie, ni siquiera usted, hable mal de Sofía ni de mi hijo.

La mirada de mi madre se llenó de odio y desprecio, y soltó una frase que dolió más de lo que esperaba.

—No sois más que un par de desgraciados. Sofía, ese niño es una carga que no mereces.

Quise levantarme para responderle, para defenderme, para defender a Nico, pero Daniel me detuvo suavemente colocando una mano firme en mi hombro.

—No quiero volver a verla molestando a mi familia —le dijo a mi madre con autoridad—. Ahora váyase.

Ella, con la frente alta y una última mirada llena de rencor, dio media vuelta y se marchó, dejando tras de sí un silencio pesado y doloroso.
Daniel volvió a sentarse a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

Respiré hondo, intentando calmar la tormenta que sentía dentro.

—Sí —respondí—. Me duele, claro que me duele, pero igual que yo morí para mis padres hace seis años, ellos también murieron para mí.

Daniel me cogió de la mano y apretó suavemente, ofreciéndome su apoyo sin necesidad de palabras.

Por un instante, sentí que no estaba sola, que, aunque el pasado pudiera perseguirme, había alguien dispuesto a caminar conmigo hacia adelante.

Regresamos a la playa después de la comida; la tarde nos esperaba con su promesa de tranquilidad y diversión. El sol ya no quemaba con tanta fuerza, la brisa marina acariciaba nuestra piel y el sonido constante de las olas nos invitaba a olvidarlo todo. Nico, con su energía inagotable, corría hacia el agua sin pensarlo dos veces, lanzándose entre las olas como si fuera el dueño del mar.

Daniel y yo lo mirábamos desde la orilla, sonriendo al verlo tan feliz. Nos lanzamos miradas cómplices y finalmente nos animamos a entrar en el agua. La sensación del mar frío y salado nos despertó todos los sentidos. Jugamos a perseguirnos, a escondernos entre las olas y a dejar que el agua nos meciera mientras reíamos sin parar.

Nico no paraba de saltar y gritar de alegría, y Daniel se mostró juguetón como nunca lo había visto. Vi cómo sus ojos brillaban con esa chispa de felicidad que pocas veces se permitía, y por un momento, todo pareció encajar en un puzle perfecto.

Pasamos horas entre juegos, risas y conversaciones susurradas al oído, como si el mundo fuera solo nuestro. Sentí que por fin estábamos construyendo algo real, algo sólido que no se iba a romper fácilmente.

Cuando el sol comenzó a caer, decidimos ir a merendar. En una cafetería cercana, nos sentamos a compartir crepes con Nutella, un pequeño placer que disfrutamos como si fuera el mejor manjar del mundo. Nico llenaba la mesa de migas y risas, y Daniel se permitía ser dulce y cariñoso, sin miedo ni prisas.

—¿Sabéis? —dijo Nico con la boca llena, dejando escapar algunas miguitas— Quiero que este día nunca termine.

Nos reímos los tres, conscientes de que esos momentos eran únicos, irrepetibles.

Al terminar la merienda, volvimos a casa de Daniel para que yo pudiera recoger las cosas de Nico y mías. Mientras guardaba las prendas en la habitación, sentí un roce cálido en mi espalda. Daniel me rodeó con sus brazos por la cintura; su presencia me envolvía como un abrazo seguro y tranquilo.

—Me gustaría que os quedarais a pasar la noche —me susurró en el oído —. Quiero que estemos más tiempo juntos.

Me giré lentamente para mirarlo, buscando en sus ojos la verdad que necesitaba.

—Mañana tengo que trabajar —respondí con honestidad—, y no quiero confundir a Nico. Si esto no sale bien, no quiero que el niño lo pase mal.

Él me cogió de las manos, y me miró fijamente a los ojos con toda la sinceridad que podía transmitir.

—Va a salir todo bien —me dijo con convicción—. Porque quiero quedarme con vosotros, formar parte de vuestras vidas.

Sentí cómo una oleada de esperanza me invadía.

—Ahora más que nunca creo en las palabras que me dijo David —continuó —. Quizás el destino quiso que lo mandaran como cura de esta parroquia para que yo volviera a encontrarte, para saber que era padre y para encajar esa pieza que me faltaba desde que desperté tras el accidente sin recordar aquel verano.

Sus palabras me llegaron al alma. Me miró con ternura, acercó su rostro al mío y me besó con una dulzura que me hizo temblar.

—Si alguna vez te dije que te quería —susurró en el beso—, es porque así lo sentía, y lo estoy sintiendo de nuevo.

Me sentí tan frágil y tan fuerte a la vez, como si todo el peso del pasado desapareciera con ese beso.

Después de un rato, nos preparamos para volver a casa. Daniel nos acompañó, nos abrazó y se despidió de nosotros con la promesa de que volveríamos a vernos pronto.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó Nico, con esa inocencia que solo los niños podían tener.

—Cuando queráis —respondió Daniel con una sonrisa.

Subimos al piso y este se llenó de nuevo con la rutina cotidiana: bañé a Nico, me duché, nos pusimos el pijama y cenamos unos sándwiches mixtos.

—Quiero pasar todos los fines de semana con mi papá —dijo Nico—. Quiero que el abuelo Rafa y la abuela Marga también lo conozcan.

No pude evitar sonreír, porque en sus palabras estaba la esperanza de un futuro en el que todos encajaríamos.

Después, lo metí en la cama, le conté un cuento para ayudarlo a dormir y me recosté en mi cama, agotada, pero feliz.

Entonces recibí un mensaje de Daniel.

Daniel: *Este ha sido el mejor fin de semana de mi vida en mucho tiempo. Os quiero a los dos. Ahora que os tengo, no imagino la vida sin vosotros.*

Sentí cómo unas lágrimas cálidas recorrían mis mejillas. Me las limpié con suavidad, me recosté y cerré los ojos, deseando con todo mi corazón que fuera cierto. Que por fin tuviera lo que siempre había soñado: a Daniel en mi vida y en la de Nico para siempre.

Capítulo 32



El bar olía a café recién hecho y a tostadas. Como cada mañana, las voces de los clientes habituales se mezclaban con el tintineo de las cucharillas en las tazas. Era miércoles, y ya había aprendido a reconocer el ritmo particular de los miércoles: ni tan lento como el lunes, ni tan frenético como un viernes. Un término medio que, a mí, sinceramente, me sabía a rutina acogedora.

Llevaba casi tres semanas pensando lo mismo: que ese fin de semana en casa de Daniel había cambiado algo profundo, aunque no supiera ponerle palabras exactas. Me bastaba con recordar cómo había sido ver a Nico correteando por el jardín mientras Daniel lo perseguía con una sonrisa enorme en la cara, para que se me escapase una sonrisa incluso en los momentos más cansados del turno. Nico se había encariñado con su padre con una facilidad que me desarmaba. Y Daniel… bueno, Daniel parecía hecho para eso, para ser padre. Como si siempre hubiese estado esperando el momento.

En esas semanas, casi todos los días, Daniel venía a buscarme al bar cuando terminaba el turno. A veces íbamos los dos solos a pasear por la playa, otras íbamos los tres juntos a merendar, otras dábamos paseos por la playa o por el centro, y otras tantas nos quedábamos en mi piso viendo alguna película. Algunas noches se quedaba a dormir, otras nos íbamos nosotros a su casa. Ya no había distancia, ni incomodidades, ni silencios raros. Había algo parecido a una vida, a una familia.

Incluso los fines de semana los habíamos compartido. Daniel, con esa mezcla de seriedad y dulzura que le caracterizaba, se había empeñado en

comprarle a Nico ropa nueva, mochila, cuadernos, lápices… todo lo necesario para el cole, como si quisiera compensar el tiempo perdido. Al principio intenté que no lo hiciera, decirle que no hacía falta, que ya tenía todo. Pero él insistía, y no de forma invasiva, sino con esa manera suya de hablar que no daba lugar a la discusión sin levantar la voz. Y, la verdad, me derretía cada vez que lo veía elegir calcetines de dinosaurios o camisetas con superhéroes junto a Nico, tan atentos los dos como si estuviesen firmando un tratado de paz.

Esa mañana, Nico estaba con él. Daniel lo había recogido temprano y después vendrían a buscarme para pasar la tarde en la playa. El cielo estaba despejado y el calor se notaba ya desde media mañana, ese calor húmedo del sur que se te metía en la ropa y en los huesos. Pero a mí no me molestaba. Solo con pensar en ver a Nico con su cubo y su pala, y a Daniel tumbado en la toalla, ya me sentía ligera.

Estaba en plena faena, limpiando la cafetera por tercera vez en lo que iba de mañana, cuando lo vi entrar por la puerta: pantalón negro, camisa negra de manga larga a pesar del calor, alzacuellos blanco bien ajustado y esa leve sonrisa suya que parecía decirlo todo sin necesidad de hablar. El Padre Marcos.

—Buenos días, Sofía —dijo, acercándose a la barra.

—Padre —le respondí con un gesto de cabeza—. ¿Lo de siempre?

Él asintió, pero había algo diferente en su rostro. Algo en su expresión me hizo fruncir el ceño. Se le notaba tenso, incómodo. Como si tuviera entre manos algo que no quisiera soltar, pero supiera que no le quedaba otra.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó en voz baja— Es importante.

Lo miré unos segundos, intentando descifrar el tono exacto de esa frase. Finalmente, asentí.

—Siéntese en esa mesa de la esquina; ahora le llevo el café.

Preparé dos. No sabía si me iba a gustar lo que tenía que decirme, pero sí sabía que no quería escucharlo de pie ni sin una taza entre las manos.

Cuando regresé con las tazas y me senté frente a él, noté cómo entrelazaba los dedos sobre la mesa. No me miraba directamente, sino al vapor que salía de su taza. Ya me temía algo raro.

—Lo que tengo que decirte es grave —empezó, sin rodeos—. Tiene que ver con tu madre.

Bufé, más por reflejo que por otra cosa.

—Si es sobre mi padre y su tumor, no quiero saber nada. Ya lo dije cuando me enteré. Murieron para mí hace seis años, Padre, al igual que yo morí para ellos. Mi familia ahora son Nico, mi primo Álvaro, Sergio, sus padres… y ahora también Daniel y David.

Él asintió lentamente.

—Lo sé, Sofía, y no te hablo de tu padre, sino de algo que escuché ayer por la tarde, en la parroquia.

Lo miré, con el ceño fruncido y pensando en qué podría ser lo que había escuchado que lo tenía así.

—Estaba en el despacho, con la puerta entornada. Tu madre estaba en el banco del fondo con otra feligresa. No sabía que estaban allí, y escuché su conversación sin querer. Decía cosas muy duras.

Inspiré hondo, preparándome.

—La escuché decir que su hija, tú, era una indecente. Que hacía seis años tuviste un hijo con un cura, y que ese cura ha vuelto. Que ahora está a cargo de la parroquia en la que antes daba misa el Padre Andrés. Que no es decente ni cristiano lo que habéis hecho y que va a hablar con el obispo para ponerlo al corriente.

Cerré los ojos un momento, dejando salir el aire lentamente.

—Dudo mucho que mi madre tenga contacto directo con el obispo —dije, aunque por dentro una punzada de inquietud ya se me había clavado bajo las costillas.

—Yo también lo dudaba —respondió el Padre Marcos—, pero... no quise quedarme callado. Creí que merecías saberlo. Por si intenta acercarse a ti o hablar en tu nombre. Por si va más allá.

Asentí, tragando saliva. No lloré. No era una sorpresa. Mi madre siempre fue así. Controladora, severa, más preocupada por el qué dirán que por la felicidad de su hija. Pero me dolía que ahora, seis años después, siguiera con ese odio estancado. Que no hubiera aprendido nada.

—Gracias por decírmelo, Padre —dije por fin—. De verdad.

Él asintió y terminó su café en silencio. Se levantó, me dedicó una leve inclinación de cabeza y se marchó.

Apenas cinco minutos después, Sergio apareció por la puerta del bar con su sonrisa de siempre y su forma de andar despreocupada.

—¿Qué quería el cura más sexy de Cádiz? —preguntó, dejándose caer en uno de los taburetes de la barra— Bueno, el segundo más sexy, porque el primero es tu cuñado David, evidentemente.

Le lancé una servilleta al pecho y me reí.

—Me ha contado algo que dijo mi madre ayer en la parroquia —expliqué, bajando la voz—. Que va a hablar con el obispo para denunciar a David. Dice que está a cargo de la parroquia y que es el cura con el que estuve, y que es inmoral todo esto.

Sergio me miró con una mezcla de rabia e incredulidad.

—No me jodas. ¿En serio? ¿Pero tu madre no se cansa de ser una víbora?

—Parece que no. Deber ser que cuando nos vio aquí aquel día, le sonaba su cara y mira tú por dónde, con lo que es ella, vio a David y seguro que dijo

más de una blasfemia —suspiré—. Espero, por su bien, que esté exagerando y no tenga intención real de hacerlo, porque se está metiendo donde no la llaman.

Sergio cruzó los brazos, resoplando.

—Desde luego, la creo capaz de eso, pero ya sabes que estamos contigo. No va a conseguir nada.

Asentí. Me lo repetía a mí misma desde que el Padre Marcos se había ido, pero escuchar a Sergio decirlo en voz alta me ayudó a calmarme un poco. Aunque la inquietud seguía ahí, latente, como un zumbido sordo al fondo de mi cabeza.

Tras la charla con Sergio, intenté concentrarme en el trabajo, pero no era fácil. Las palabras del Padre Marcos se me repetían como un eco, una y otra vez. Me hervía la sangre solo de recordarlas. ¿Hasta qué punto podía llegar mi madre? ¿Tanto le dolía que yo fuera feliz por mi cuenta, sin haber seguido el guion que ella había escrito para mi vida?

Por suerte, el bar no me dio tregua. Los cafés iban y venían, las tostadas volaban de la cocina a las mesas, y el calor dentro del local era un recordatorio constante de que agosto no perdonaba. Esa actividad me ayudó a mantener la mente ocupada, aunque cada vez que alguien abría la puerta, giraba la cabeza esperando ver a Nico y a Daniel.

Y poco antes de que acabara mi turno, los vi aparecer por la cristalera.

Nico venía subido en los hombros de su padre, con los brazos abiertos como si fuera un avión. Su risa se escuchaba antes de que cruzaran la puerta. Daniel, con gafas de sol y una camisa blanca de lino remangada, se veía como salido de un anuncio. Me hizo un gesto con la mano y sonrió al verme. A pesar de la tensión de la mañana, no pude evitar sentir cómo se me aflojaban los hombros. Todo estaba bien cuando ellos dos estaban cerca.

—¡Mamiiii! —gritó Nico desde lo alto— ¡Soy más alto que tú! ¡Y que todos!

—Ya lo veo, cariño —le respondí, secándome las manos en el delantal—. Pero ten cuidado, que desde ahí arriba el suelo está muy lejos.

Sergio, que aún seguía en la barra, rio.

—Este niño está hecho un pillo —dijo, sacando un helado del congelador —. Toma, campeón, uno de fresa. Pero no se lo digas a tu madre, ¿eh?

—¡Gracias, tío Sergio! —gritó Nico, bajando de los hombros de Daniel para cogerlo.

—¡Qué morro tienes! —le dije a Sergio, aunque no pude evitar sonreírle— Te va a coger más cariño a ti que a mí.

—Ya me lo tiene —respondió con una carcajada.

Me quité el delantal, saludé a mi compañera de turno, que acababa de llegar, y salí con ellos.

El aire caliente me golpeó en la cara, pero no me importó. Caminamos los tres hacia la playa, Nico comiéndose el helado con media cara con churretones rosa y contando historias disparatadas sobre dinosaurios, cohetes y monstruos submarinos.

Daniel me agarró la mano mientras cruzábamos la calle. Ese gesto, tan simple, me recordó por qué, pese a todo lo que se había complicado la vida, merecía la pena cada segundo.

—¿Todo bien? —me preguntó en voz baja.

Asentí, aunque sabía que me conocía lo suficiente para notar que algo rondaba por mi cabeza.

—¿Estás segura?

—Sí —sonreí.

El sol brillaba con ganas, el mar estaba en calma y la brisa era suficiente para no derretirse.

Nico no tardó ni un minuto en empezar a excavar con su pala, decidido a encontrar un tesoro pirata imaginario. Daniel y yo nos tumbamos en la toalla, mirándolo en silencio un momento.

—No me acostumbro —dijo él de pronto, con una sonrisa que no les llegaba del todo a los ojos.

—¿A qué?

—A verlo así. Tan feliz. A que me llame "papá" con esa naturalidad. Me da miedo a veces. Como si todo esto fuera un sueño del que me voy a despertar.

Le acaricié el brazo con la yema de los dedos.

—No lo es. Es real. Y lo estás haciendo muy bien.

Se volvió hacia mí, me miró con esa intensidad que siempre me desarmaba y, sin decir nada, me dio un beso en la frente. Uno de esos besos que no necesitaban palabras.

El resto de la tarde fue una sucesión de risas, baños, carreras por la orilla y guerras de arena. Nico acabó lleno de sal, con el pelo hecho un revoltijo y la piel tostada por el sol, pero no paraba de reír. Daniel jugó con él como si tuviera su misma edad. Y yo, entre una risa y otra, pensaba en lo injusto que sería que alguien, y mucho más mi madre, quisiera destruir eso. Esa paz. Ese amor.

Después de un último baño y una promesa de volver otro día a construir un castillo más grande que el del chiringuito, recogimos todo y volvimos al coche. Nico cayó dormido antes de salir del aparcamiento.

Lo llevamos en brazos hasta mi piso. Daniel lo bañó mientras yo preparaba una tortilla de patatas, y cuando nos sentamos a cenar, Nico apenas podía mantener los ojos abiertos. Vimos una película mientras comíamos helado, y antes de que terminara, Nico ya dormía en el regazo de su padre. Daniel lo

llevó en brazos a la habitación, lo arropó con cuidado y volvió al salón con esa expresión dulce que siempre tenía después de mirarlo dormir.

—Está rendido.

—Normal, se ha pasado el día dando guerra.

Se sentó en el sofá a mi lado y, sin decir nada, empezó a masajearme los hombros. Cerré los ojos. Sus manos eran firmes, cálidas, y conocían cada músculo de mi espalda como si los hubiera estudiado.

—Así no se puede —murmuré.

—¿Así cómo?

—Así… tan cerca. Tan tú.

Me besó la nuca, luego el cuello. Me giré hacia él, nuestras bocas se encontraron. Y lo que vino después fue tan inevitable como la marea.

Nos besamos con hambre. No de la que tenía prisa, sino de esa que llevaba tiempo contenida. Que conocía cada rincón, cada silencio, cada pausa. Daniel sabía exactamente cómo tocarme. Lo supe desde la primera vez, hacía ya años, y lo redescubrí cada vez que sus manos me buscaban como ahora, con ese cuidado que no anulaba la pasión, sino que la hacía más profunda.

Me quitó la camiseta con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de su boca en mi cuello. Cerré los ojos mientras sentía sus labios deslizarse hasta el borde de mi sujetador. Me arqueé ligeramente para dejar que lo desabrochara, y él lo hizo con esa facilidad que solo tenían los que deseaban con atención. No con prisa, sino con deseo de verdad.

Sus manos recorrieron mi cuerpo como si lo hicieran por primera vez. Cada caricia suya me hacía sentirme más viva, más mía. Me quitó los pantalones con suavidad, sin dejar de mirarme, como si en cada centímetro de piel descubierta encontrara algo nuevo. Le devolví el gesto, y cuando deslicé mi mano bajo su camisa, sentí cómo su respiración se agitaba un poco más.

—Siempre estás tan guapo —le susurré, rozando sus labios—. Pero cuando me miras así, me cuesta respirar.

—Me gusta verte perder el aire —respondió, con esa voz grave que me erizaba la piel.

Nos desnudamos entre caricias, roces y sonrisas. No era solo sexo. No era solo deseo. Era ese reconocimiento profundo que ocurría cuando dos cuerpos que se conocían desde dentro se reencontraban sin miedo.

Me tendí sobre él y dejé que mis caderas marcaran el ritmo. Me movía despacio, buscando el punto exacto entre el placer y el deseo. Daniel me miraba con los ojos entrecerrados, las manos en mi cintura, sus dedos clavándose levemente en mis caderas mientras yo me aferraba a sus hombros.

Cada gemido, cada jadeo, cada murmullo entre dientes era una confirmación: estábamos aquí, juntos, ahora, sin mentiras, sin culpas.

Su cuerpo se tensaba bajo mi cuerpo, acompasado al mío, y cuando nuestras respiraciones empezaron a entrecortarse, cuando los movimientos se volvieron más urgentes, sentí cómo todo se fundía. No existía el pasado. No existía el miedo. Solo existía él, dentro de mí, su nombre en mis labios, y ese estallido lento que me hizo cerrar los ojos y morderme el labio para no gritar su nombre, puesto que Nico dormía a solo unos metros.

Cuando nos detuvimos, aun con la piel pegada, su cuerpo bajo el mío y mi mejilla sobre su pecho, ninguno de los dos habló. Solo el sonido de nuestras respiraciones y el latido bajo su piel. Me acarició el cabello con una mano, despacio, y yo jugué con los dedos sobre su pecho.

—¿Sabes qué pienso a veces? —susurré, sin abrir los ojos.

—Dime.

—Que, si todo esto no hubiera pasado, si no nos hubiéramos perdido… no tendríamos ahora esto. Esto que es nuestro, de verdad.

Él me abrazó más fuerte.

—No quiero volver a perderlo nunca más.

Me besó la frente y se incorporó solo para cogerme en brazos.

—Vamos a la cama. Esta vez no quiero que acabes dormida en el sofá.

Reí, abrazada a su cuello, mientras me llevaba como si no pesara nada. Me dejó sobre las sábanas con cuidado, se tumbó a mi lado y me rodeó con los brazos. Me dormí con su cuerpo entrelazado al mío, su aliento en mi cuello y la certeza reconfortante de que, por fin, estábamos donde debíamos estar.

Capítulo 33



El viernes amaneció con un cielo despejado, azul limpio, de esos que parecían prometer cosas buenas. Había dormido profundamente, acurrucada contra el pecho de Daniel, y me desperté antes de que sonara el despertador, con la sensación de que todo estaba en su sitio.

Desayunamos los tres juntos en la pequeña mesa del salón. Nico, con el pijama de dinosaurios arrugado y el pelo de punta, devoraba una tostada con Nutella mientras explicaba su plan del día, que incluía nadar, saltar a bomba y jugar a que el sofá era un barco pirata.

—Vamos a casa de papá, ¿no? —preguntó, con la boca llena y chocolate en la comisura de los labios.

—Sí, en cuanto recojamos un par de cosas. ¿Por qué?

—Porque la piscina es más grande que la de aquí al lado. Y David me deja ponerles nombre a las tortugas del jardín.

—¿Desde cuándo tienes permiso para eso? —preguntó Daniel, sonriendo.

—Desde que le dije que una se podía llamar “Tortuguardo”.

Yo escupí el café de la risa.

—¿Tortuguardo?

—Sí, como Eduardo, pero en tortuga —respondió Nico, muy serio.

Así que, entre risas y mochilas, salimos rumbo a casa de Daniel. Yo llevaba un par de mudas, mi cepillo de dientes y una botella de vino que me había regalado Marga, “para cuando tengas una noche tranquila”, me había dicho con una sonrisa cómplice.

Y cómo no, lo primero que hicimos fue darnos un baño. La piscina relucía como un espejo de agua cristalina, y no tardamos en lanzarnos uno a uno. Nico chapoteaba como un pez, Daniel se tiraba con cuidado para no salpicarlo demasiado, y yo me dejé flotar un rato, con los ojos cerrados, escuchando las risas de ambos.

La calma del momento era perfecta. Demasiado perfecta.

Salimos del agua y nos secamos sentados en el césped, con Nico envuelto como un burrito en su toalla de Spiderman. Entonces, lo vi.

David venía por el camino de entrada, con la camisa arremangada, el alzacuellos aún puesto y una expresión tensa en el rostro. Solo nos saludó con un gesto de la cabeza.

—Necesito hablar contigo —le dijo a Daniel, sin rodeos—. Es urgente.

Me puse en pie al instante.

—¿Ha pasado algo?

David se detuvo, dudó un segundo y luego asintió con gravedad.

—Han presentado una denuncia formal contra mí ante el obispo. Dicen que no soy digno de llevar esto —se señaló el alzacuellos—. Que tengo un hijo, fruto del pecado, con una muchacha del barrio.

Durante unos segundos, nadie habló. Mi mente se llenó de una única posibilidad.

—No… —murmuré— No puede ser. No puede haber sido ella.

—¿Ella? —preguntó David, girándose hacia mí. Tragué saliva y asentí.

—El miércoles vino a verme el Padre Marcos. Me dijo que había escuchado a mi madre en la parroquia, hablando con otra feligresa. Que dijo que yo era una indecente, que hacía seis años había estado con un cura y que ese cura había vuelto. Que ahora estaba a cargo de una parroquia y que eso era inmoral. Que hablaría con el obispo para denunciarlo.

David me miró con los ojos entrecerrados, como intentando digerir lo que acababa de escuchar. Luego resopló con rabia contenida y se volvió hacia Daniel.

—Necesito que vengas conmigo. El obispo quiere comprobar que es verdad lo que le he dicho. Que tengo un hermano gemelo. Cree que estoy mintiendo para ocultar una relación indebida.

—Voy contigo —dijo Daniel sin dudar.

—Yo también —añadí, al instante.

Todo pasó rápido después de eso. Nos vestimos deprisa, como si estuviéramos huyendo. Ayudé a Daniel a abotonarse la camisa, con las manos algo temblorosas. Él me miraba sin decir nada, pero sabía que estaba igual de tenso que yo.

Mientras íbamos al coche, llamé a Marga.

—¿Puedes quedarte con Nico un momento? Es importante —le dije sin rodeos.

—Claro. Deja al niño en casa, no hay problema.

Nico protestó un poco, pero le prometimos que volveríamos pronto y que esa noche habría cena especial. Cuando llegamos a casa de Marga, Rafa ya había preparado zumo y dibujos animados.

—Estará bien —me dijo ella, cogiéndome la mano—. Ve tranquila.

El trayecto a la parroquia se hizo en silencio. Daniel conducía con el ceño fruncido, David iba en el asiento del copiloto repasando mentalmente lo que iba a decir, y yo, atrás, solo podía pensar en lo retorcido de todo aquello. ¿Cómo podía una madre llegar tan lejos solo por odio?

Al llegar a la parroquia, el Padre Marcos nos abrió la puerta. Su cara era la de alguien que ya sabía lo que estaba pasando.

—El obispo os espera en la sacristía —dijo, y nos guio sin hacer más preguntas.

El obispo era un hombre mayor, alto, de expresión dura. Al vernos entrar, frunció el ceño, hasta que sus ojos se posaron en Daniel.

—Santo Dios… —murmuró— Es cierto. No mentías.

David respiró hondo. Daniel y yo dimos un paso adelante, y fui yo quien habló, con la voz firme, pero sin levantar el tono.

—Excelencia, sé lo que le han contado, pero es mentira. Yo no estuve con el Padre David, yo estuve con Daniel. Nos conocimos hace seis años, y nos enamoramos. Yo me quedé embarazada, pero no lo supe hasta después de que él desapareciera sin explicaciones. Mis padres me repudiaron. Me echaron de casa. Me quedé sola.

El obispo me escuchaba sin interrumpir, aunque su expresión no cambió.

—Daniel tuvo un accidente —continué—. Estuvo en coma. Cuando despertó, no recordaba nada de aquel verano. Solo hace unas semanas que nos reencontramos. Ahora estamos juntos, estamos criando a nuestro hijo. No hay pecado en eso. No hay escándalo. Hay una historia de amor complicada, sí, pero no de las que rompen iglesias, sino de las que las llenan.

Daniel me cogió la mano mientras hablaba. Yo lo miré de reojo. Su sonrisa fue leve, pero me bastó para sentirme firme, fuerte, en paz.

—Mi madre —añadí— solo quiere castigarme. Siempre quiso controlar mi vida. Quería que me casara con un hombre al que no amaba. No soporta que

yo haya hecho mi vida sola. No le importa destruir la reputación de nadie para lograrlo.

El obispo nos miró en silencio un momento más. Luego volvió los ojos hacia David.

—Mis disculpas, Padre David. Estaba equivocado. No debería haber dudado de usted. Su reputación entre el clero y sus feligreses es intachable.

—Gracias, excelencia —respondió David, con una leve reverencia.

—Y a vosotros —añadió el obispo, mirándonos a Daniel y a mí—, que Dios bendiga vuestra unión. Que sea más fuerte que cualquier mentira.

Nos hizo la señal de la cruz con dos dedos y luego se retiró, sin decir nada más.

Cuando la puerta se cerró, David soltó un suspiro tan largo que pareció desinflarse. Se sentó en un banco de madera y se frotó el rostro con las manos.

—Pensé que me iba a caer encima el techo de la iglesia —murmuró.

Daniel le dio una palmada en el hombro. Yo me agaché a su lado.

—Tranquilo. Ya ha pasado.

—Gracias —dijo él, mirándome con una mezcla de alivio y cariño.

—Aunque una cosa te digo, si te expulsaran de la Iglesia, alguna parroquiana igual te pedía matrimonio.

—Eso seguro —le dijo Daniel, riendo—. Hay más de una que te tiene en el altar del deseo.

Los tres nos reímos, al fin, con esa risa que llegaba cuando se había contenido demasiado. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que las cosas volvían a su sitio.

Volvimos a casa de Marga justo cuando caía la noche, ese momento en que el cielo se teñía de un azul profundo que rozaba el violeta, y el calor del día empezaba a retirarse poco a poco. A pesar del cansancio, me sentía ligera. Habíamos cruzado una tormenta que podría haberlo arrasado todo, pero habíamos salido del otro lado con la cabeza alta. Con la verdad de nuestra parte.

Daniel conducía en silencio, la mano apoyada sobre mi muslo, su pulgar dibujando pequeños círculos en mi piel desnuda. No necesitábamos palabras. Solo ese gesto. Solo estar ahí.

—¿Crees que Nico habrá cenado ya? —pregunté, mirando por la ventanilla mientras pasábamos frente al parque.

—No lo sé. Conociéndolo, habrá convencido a Marga para cocinar juntos. O la habrá vuelto loca con alguna historia de piratas voladores.

—O las dos cosas —dije, sonriendo.

Cuando llegamos, Nico nos recibió en la puerta con una sonrisa que le iluminaba toda la cara. Llevaba una servilleta anudada al cuello como si fuera una capa de superhéroe, y el delantal de cocina de Marga le quedaba como una túnica medieval.

—¡No os podéis ir! —gritó en cuanto abrimos la verja— Marga ha hecho croquetas y lasaña.

—¿Juntos? —preguntó Daniel, fingiendo escándalo— ¿En la misma cena?

—¡Sí! Y tú tienes que probarlas, papá. Son las mejores del universo.

Marga apareció detrás de él, con las manos aún manchadas de harina y una sonrisa que hablaba de cariño, de paciencia, de haber tenido una tarde llena de caos encantador.

—No hay discusión posible. Os quedáis a cenar.

—No podemos decir que no —dije, dejando que el calor del hogar me envolviera.

Nos descalzamos al entrar, como siempre hacía Marga en verano. La casa olía a comida recién hecha, a cebolla dorada y bechamel, a hogar.

Cenamos en la mesa del comedor, todos juntos, con el ventilador del techo girando lentamente sobre nuestras cabezas. Nico no paraba de hablar, contaba cómo había ayudado a dar forma a las croquetas: "las redondas las he hecho yo, las feas son de Rafa", decía, cómo había diseñado una bandera pirata para la tortuga del jardín y cómo había decidido que cuando fuera mayor tendría un restaurante de comida mágica.

—¿Y qué se sirve en un restaurante mágico? —preguntó Daniel, divertido.

—Croquetas invisibles, lasañas que te dan superpoderes y helado que canta cuando te lo comes.

—Seguro que triunfa —le dijo Rafa, levantando su copa de vino—. Yo seré tu primer cliente.

Yo no podía dejar de mirarlos, a todos. A Nico, con esa luz en los ojos. A Marga, riendo con ternura. A Rafa, tan natural y cercano. A Daniel, tan sereno, como si por fin estuviera donde siempre debió estar. Y pensé que la familia, la de verdad, no siempre llevaba tu sangre. A veces se formaba así, poco a poco, entre cenas sencillas, risas compartidas y miradas que no necesitaban traducción.

Cuando terminamos de cenar, Nico se fue con Rafa a dibujar en el porche, "para que papá y mamá puedan hablar de cosas aburridas", dijo con una sonrisa traviesa. Marga y yo recogíamos los platos en la cocina, entre risas y bromas sobre los planes del pequeño chef.

—Me encanta veros así —me dijo, de pronto, mientras enjuagaba una fuente—. A ti y al niño. Felices.

Me quedé un segundo en silencio, dejando que esas palabras me calaran hondo.

—Yo también, Marga. Es que… por fin todo encaja, ¿sabes? Después de tanto dolor, tanto vacío, ahora me despierto y sé que estoy donde tengo que estar.

—Se nota. Te brilla la piel, Sofía, y no es solo por el sol —añadió, con una sonrisa cómplice.

—¿Y tú? ¿Tú estás bien?

—Estoy en paz. Con Rafa todo es fácil. Como respirar.

Nos abrazamos brevemente, ese tipo de abrazo que no necesitaba palabras.

Después de despedirnos con cariño de Marga y Rafa, salimos con Nico medio dormido en brazos. En el coche, se quedó profundamente dormido antes de que saliéramos del barrio. Daniel lo metió en casa con la delicadeza de quien llevaba un tesoro. Lo arropó en su cama, le acarició la frente y le dejó su peluche favorito bajo el brazo.

Cuando regresó a la habitación, yo ya estaba allí, sentada en la cama, descalza, con el pelo aún húmedo de la ducha. Llevaba puesta solo una camiseta suya, larga, que me llegaba a mitad de muslo.

Daniel se apoyó en el marco de la puerta y me miró con esa media sonrisa que tanto me desarmaba.

—¿Estás insinuando algo, señorita?

—No insinúo. Confirmo —dije, mientras me mordía el labio.

Él se acercó despacio, desabrochándose la camisa. Cada botón que caía me dejaba sin aire. Su piel dorada por el sol, su torso firme, la línea de vello que descendía bajo el pantalón. Yo lo miraba como si fuera la primera vez y, aun así, con la seguridad de que era mío.

—Tú y esa camiseta vais a ser mi perdición —murmuró, justo antes de dejarse caer sobre mí.

Me reí entre dientes mientras sus labios encontraban mi cuello.

—¿Y si me la quito?

—Entonces ya no hay salvación posible.

Lo besé con todo lo que tenía. Con la gratitud, con el deseo, con la certeza de que aquella noche no iba a ser solo piel contra piel, sino alma con alma. Nos amamos con la pasión de siempre, con la urgencia de quien había estado a punto de perderlo todo, y la calma de quien ya no temía nada.

Y cuando, más tarde, me dormí entre sus brazos, con su respiración acompasada en mi oído, supe que por fin la vida empezaba a tener sentido.

Capítulo 34



Los primeros días de septiembre siempre tenían algo extraño, como si el aire empezara a cambiar y todo el mundo se diera cuenta de que el verano se apagaba poco a poco. Aquel miércoles no era la excepción. El calor seguía apretando, pero ya no tenía ese brillo de julio ni la ligereza de agosto. Era más denso, más perezoso. Como si el propio verano no quisiera irse, pero tampoco pudiera quedarse.

Estaba en el bar desde las ocho, y ya eran más de las once. Había fregado la cafetera dos veces, limpiado la barra al menos cinco, y, aun así, no lograba sacudirme la sensación de que algo no iba bien. El estómago lo tenía revuelto desde que me desperté, pero lo atribuí al calor, al cansancio o a la cena de la noche anterior, que probablemente no me había sentado demasiado bien. Nada fuera de lo común, así que no me alarmé.

Sergio apareció poco después de las diez y media, como siempre, entrando con ese aire suyo entre torpe y fabuloso, con las gafas de sol puestas.

—Buenos días, reina del sur —dijo con voz melodramática, dejándose caer en uno de los taburetes de la barra—. ¿Dónde está mi café salvador?

—En la cafetera, esperando que le pongas ojitos —le respondí, forzando una sonrisa.

—Pues si va a ser como tú esta mañana, igual se me corta la leche. Estás… rara. Un poco pálida. ¿Has dormido?

—He dormido, sí, solo estoy cansada —mentí.

Pero ni siquiera terminé la frase. Un retortijón en la barriga me obligó a llevarme la mano al abdomen, y la acidez me subió por la garganta como una ola imparable.

—Sofía… —empezó a decir Sergio, preocupado.

No le respondí. Salí corriendo hacia el baño, sintiendo cómo todo el bar se me venía encima, como si el suelo se tambaleara bajo mis pies.

Vomité con la puerta aún entreabierta, de rodillas en el suelo del baño, sujetándome el pelo con una mano mientras la otra buscaba desesperada algo a lo que agarrarse. Era un sabor ácido, amargo. Como la certeza que empezaba a tomar forma en mi interior.

Tardé unos minutos en recomponerme. Me enjuagué la boca, me salpiqué la cara con agua fría y me miré en el espejo. Tenía mala cara, eso no podía negarlo, pero lo peor era la sensación persistente en el estómago. No había sido solo un mareo. Era algo más.

Cuando regresé a la barra, Sergio me miró con el ceño fruncido.

—Te voy a preparar una manzanilla, ya. No protestes.

—Gracias —murmuré, sentándome en el taburete más cercano, aún con las piernas temblorosas.

Bebí a sorbos pequeños, intentando que el líquido caliente me calmara el cuerpo y la mente. Pero a los pocos minutos, la náusea regresó como una marea furiosa, y tuve que volver a levantarme.

—Madre mía, Sofía… —dijo Sergio al verme correr de nuevo al baño.

Cuando regresé, ahora con el rostro empapado y la frente perlada de sudor, él me miró como si lo supiera todo.

—Tú no estás mala —dijo, con los brazos cruzados—. Tú estás embarazada.

—¿Qué? ¡No! —respondí, con la voz más alta de lo que pretendía— ¿Qué dices?

—Sofía, te conozco demasiado y la última vez que te vi así, acabé siendo tío. No me la cuelas.

Me quedé paralizada. Su mirada era seria, sin rastro de burla.

—No puede ser —dije, pero ya no sonaba tan convencida.

—Ajá… —respondió, con la ceja arqueada— Coge el bolso y vamos a la farmacia.

—¿Estás loco?

—¿Prefieres seguir vomitando en los lavabos del bar o enterarte ahora?

Suspiré, no tenía fuerzas para discutir. Agarré el bolso, le cogí la mano sin pensarlo mucho y salimos por la puerta trasera, dejando el bar a cargo de Carla, que ya estaba entrando para el turno de mediodía.

En la farmacia compramos la prueba. Yo no hablaba. Sergio, sí.

—Una de esas digitales, por favor. Que no queremos interpretar rayitas, que ya bastante complicada está la vida.

La farmacéutica nos miró de reojo, pero no dijo nada. Nos dio la prueba, Sergio pagó sin dejarme abrir el bolso y salimos sin intercambiar una sola palabra más.

En mi piso el aire olía a café y a lavanda. Sergio se dejó caer en el sofá mientras yo sacaba la prueba de la caja con manos temblorosas.

—Vamos, venga —dijo él—. Haz pis y acabamos con esto antes de que me dé un ataque de ansiedad. Que tengo el corazón como un tambor.

—No tiene gracia, Sergio.

—¿Tú me has visto reírme? Estoy de los nervios. ¡Haz pis ya!

Bufé. Fui al baño, me senté, hice lo que tenía que hacer y dejé el test sobre el borde del lavabo, tapado. Volví al salón y me senté frente a Sergio, que ya se estaba mordiendo las uñas.

—No puedo mirar. No quiero mirar. Míralo tú.

—¿Yo? ¿Por qué yo? ¡Es tu test!

—No, es nuestro test. Porque si esto da positivo, tú vas a ser otra vez el tío gay más fabuloso de Cádiz.

Resopló y se levantó con un gesto dramático. Entró en el baño. Tardó apenas unos segundos, pero a mí me parecieron años. Cuando regresó, traía el test en la mano, con los ojos como platos.

—Sofía…

—¿Qué?

—Desde luego, el bombero sabe cómo usar la manguera.

—¡Sergio!

—Dos veranos juntos, dos embarazos. ¡Este hombre no falla!

Me tapé la boca con ambas manos, sin saber si reír, llorar o vomitar otra vez.

—No… No puede ser. Es un error.

—De error nada. Ese test es más claro que el agua. Vas a ser mamá otra vez.

Me dejé caer en el sofá. Miré el techo. Respiré hondo. Y luego vino el silencio. Uno espeso, raro, donde solo se oía el zumbido de la nevera.

Sergio se sentó a mi lado y me rodeó con el brazo.

—Oye, tranquila, vas a poder con esto y esta vez no estás sola. Tienes a Daniel, me tienes a mí y a Nico, que va a ser el hermano mayor más guapo del planeta.

—¿Y si él…? —no pude terminar la frase.

Sergio me apretó más fuerte.

—Esta vez no se va a ir y si lo hace, juro que lo encuentro, aunque se esconda en Marte, y lo arrastro de los pelos hasta aquí.

Sonreí, solo un poco, pero suficiente.

—Tómate el resto de la mañana libre —me dijo, poniéndose en pie—. Yo aviso a Carla de que cierre temprano. Descansa.

—Gracias, Sergio.

—Siempre, reina.

Cuando se fue, me quedé sola. El piso estaba en silencio, como si el mundo entero se hubiese parado para dejarme pensar.

Agarré el móvil y vi que aún me temblaban las manos.

Sofía: *¿Puedes venir un momento a casa?*

Daniel: *Claro. Ya me he presentado esta mañana en el parque. Me dieron el cuadrante. Empiezo el lunes.*

Me quedé mirando la pantalla. ¿Cómo le iba a decir que estaba embarazada? Otra vez. ¿Cómo le explicaba que su vida iba a cambiar más de lo que imaginaba?

El silencio de la casa se volvió un ruido insoportable en mis oídos. Esperé a que llegara. Cada minuto que pasaba era una eternidad. La ansiedad se me acumulaba en el pecho y me provocaba un nudo que apenas podía respirar.

Finalmente, el timbre sonó. Abrí la puerta y allí estaba Daniel, con su sonrisa de siempre, esa que hacía que mi mundo se ordenara, aunque todo se derrumbara.

—Sofía, ¿qué pasa? —dijo al entrar, mirando mi rostro pálido y mis ojos vidriosos.

No pude más que sostener su mano y dejar que los silencios hablaran por mí.

—Estoy embarazada, Daniel —susurré, con la voz rota.

Su rostro se iluminó con una mezcla de sorpresa y alegría.

—¿En serio? —preguntó, apretando mi mano con ternura.

—Sí... —respondí, sintiendo cómo la emoción me invadía a partes iguales con el miedo.

Daniel se quedó en silencio unos segundos, como procesando la noticia. Luego me abrazó fuerte, como si quisiera protegernos a ambos del mundo.

—Vamos a ser padres otra vez, Sofía. Estoy aquí, y no voy a irme.

Lloré, porque necesitaba esa seguridad, porque él era mi ancla y mi refugio.

Cogí el móvil y llamé a mi ginecólogo para pedir cita. Necesitaba confirmarlo todo, que alguien profesional me diera datos concretos, que me tranquilizara.

Cuando llegamos a la consulta, Daniel me acompañó de la mano. Me sentí más valiente con él a mi lado.

El doctor fue claro y amable.

—Felicidades, Sofía, estás embarazada de seis semanas y son dos —dijo mostrando la ecografía en la pantalla.

La imagen de los dos pequeños latidos fue como un milagro que me atravesó el alma.

—¿Dos? —pregunté, incrédula.

—Sí, dos bebés, posiblemente gemelos —explicó mientras apuntaba detalles en la ficha médica.

Me senté, todavía en shock. Daniel me miró y me apretó la mano.

—Dos bebés —dijo con una sonrisa y me besó, mientras yo no podía dejar de llorar—. Si esto no es felicidad, no sé qué lo es.

Salimos de la consulta con las recomendaciones del ginecólogo y unas pastillas para las náuseas, y decidimos ir a recoger a Nico a casa de Rafa y Marga.

Marga abrió la puerta con una sonrisa enorme.

—¡Sofía! ¿Qué haces aquí tan temprano?

No pude contener las lágrimas y la abracé.

—Tengo que contarte algo... Estoy embarazada.

Marga me abrazó con fuerza, emocionada.

—¡Pero qué alegría! —dijo, y noté que se le escapaban las lágrimas— ¡Vais a ser una familia grande!

Entonces apareció Nico, con los ojos abiertos como platos.

—¿Por qué lloráis? —preguntó, curioso.

Marga le explicó que eran lágrimas de felicidad. Nico me miró con sus ojitos brillantes y me dio un abrazo enorme.

—Pues yo también quiero llorar de felicidad —dijo, y Marga y yo nos reímos.

Nos despedimos de ellos y fuimos a casa de Daniel, donde comimos los tres un pollo que habíamos comprado por el camino con ensaladilla.

Después de comer, el niño se quedó dormido y nosotros nos quedamos hablando de lo que venía.

—¿Cómo crees que le vamos a contar a Nico que va a tener dos hermanitos? —pregunté, y Daniel se quedó pensativo.

—Con cariño. Que se sienta parte de todo. Que sepa que lo queremos mucho y que será el mejor hermano mayor del mundo.

Nos miramos, sonreímos y nos besamos.

—Te quiero —le dije.

—Yo también a ti —respondió, y fue como si el tiempo se detuviera por un instante.

Nico se despertó poco después y salió al porche con un zumo en la mano, todavía desperezándose y con esos ojitos curiosos que siempre me derretían.

Daniel y yo lo mirábamos con ternura desde la mesa, compartiendo una sonrisa cómplice. Habíamos decidido que ese sería el momento para contarle a Nico la gran noticia.

Cuando el niño se sentó en el regazo de Daniel, ambos le rodeamos con los brazos y comenzamos a hablarle con calma y cariño.

—Nico —empecé, acariciándole el cabello—, tenemos algo muy especial que contarte.

Daniel le sonrió y añadió.

—Vas a ser hermano mayor... ¡Y no de uno, sino de dos bebés!

Los ojos de Nico se agrandaron, y una sonrisa luminosa se dibujó en su cara.

—¿De verdad? ¿Dos bebés? —preguntó con entusiasmo.

—Sí, mi príncipe —le dije—. Tendrás dos hermanitos o hermanitas.

Nico nos abrazó fuerte a los dos.

—Os quiero mucho —dijo con esa inocencia que todos los niños tenían a esa edad, y que nos llenaba el alma.

Nos quedamos unos minutos así, abrazados, disfrutando ese momento mágico.

Más tarde, Daniel tuvo que salir a hacer un recado, y yo me quedé con Nico en la casa. Él se pasó el tiempo acariciando mi barriga, hablando suavemente a los bebés, como si pudiera sentirlos ya.

—Hola, hermanitos, soy vuestro hermano mayor —les dijo con una sonrisa —. Os voy a cuidar mucho.

Verlo así, tan inocente y amoroso, me dio fuerzas y esperanza.

Aquella tarde, cuando regresó a casa, Daniel insistió en que saliéramos los tres a cenar para celebrar que éramos una familia más grande.

Fuimos al bar donde yo trabajaba. Cenamos, reímos y disfrutamos de esa complicidad que solo quienes se querían de verdad sabían compartir.

Después, caminamos los tres por la playa, con Nico en medio, cogido de nuestras manos, lanzando ideas y nombres para los bebés.

—Si son dos niños, ¿podemos llamarlos Lucas y Mateo? —decía con entusiasmo.

—Y si son niñas, ¿qué tal Carla y Martina? —añadí yo, sonriendo.

—O si son un niño y una niña, ¿David y Laura? —sugirió Daniel.

Nos reíamos con cada propuesta, y el viento nos acariciaba la cara, mientras sentíamos que todo era posible.

De repente, Daniel soltó la mano de Nico y se puso delante de mí. Me cogió la mano con ternura y la besó.

—Sofía, en lo más profundo de mi corazón, siempre supe que estabas esperándome —dijo, mirándome con una emoción que me traspasaba.

Se arrodilló frente a mí y sacó una pequeña cajita. Al abrirla, vi un anillo de oro blanco con cinco diamantes pequeños engarzados, brillando con la luz de la luna.

Daniel miró a Nico y le preguntó:

—¿Me permitirías casarme con tu mamá?

Nico asintió emocionado.

—¡Sí!

Luego me miró con ojos llenos de amor y esperanza.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó.

Las lágrimas me brotaron sin control.

—Sí, Daniel, sí, me caso contigo —dije en un susurro.

Me puso el anillo en el dedo, y nos besamos con esa pasión que solo el amor verdadero podía encender.

—Te amo —me susurró Daniel al oído.

—Yo también te amo —respondí entre lágrimas.

—¡Mis padres se van a casar! —gritó Nico de lo más feliz.

Y yo sentí que, en ese momento, mi vida estaba completa, plena y llena de promesas.

Capítulo 35



Era un día de octubre que parecía sacado de un sueño, luminoso y tranquilo, el día de nuestra boda, solo un mes después de que Daniel me lo pidiera.

Me encontraba en casa de Rafa y Marga, que con una generosidad increíble me habían cedido su habitación para que pudiera prepararme sin prisas ni estrés. Mientras me miraba en el espejo, con el vestido de novia puesto, sentía una mezcla intensa de nervios, emoción y, sobre todo, felicidad.

—Sofía, estás preciosa —me dijo Marga, sonriendo mientras ajustaba el velo sobre mi cabeza—. Te juro que no podría imaginar un vestido mejor para ti.

Yo sonreí, pero no podía dejar de pensar en todo lo que había pasado aquel último mes. Las náuseas que me atacaban sin avisar, las manos de Daniel siempre cuidadosas y pendientes de mí, y la alegría que sentía al vivir con él y Nico en su casa, construyendo poco a poco nuestro pequeño hogar.

—¿Sabes? —dije, dejando escapar un suspiro— A veces me parece mentira que todo esto esté pasando, que vaya a casarme con el hombre que amo, que tengamos a Nico tan feliz y ahora, con los bebés en camino, esto es como un sueño hecho realidad.

Marga me acarició el brazo con cariño.

—Lo es, Sofía, y te mereces toda la felicidad del mundo.

Marga me ayudaba con los últimos detalles del vestido, que era un sueño hecho realidad. De corte sirena, de encaje blanco con finos bordados florales que se entrelazaban suavemente desde el escote hasta la falda. Tenía las mangas largas de tul transparente, decoradas con pequeños botones nacarados, y la espalda, también de tul, se abría en un delicado escote en V que dejaba entrever la piel, suave y pura. La falda caía con elegancia hasta el suelo, terminando en una pequeña cola que arrastraba con gracia. Me sentía preciosa, como nunca antes.

En ese momento entró Sergio, con esa mezcla de emoción y nervios que siempre le acompañaba en momentos importantes.

—Madre mía, Sofía... —dijo con la voz llena de emoción, acercándose a mí—. Estás... estás preciosa.

No pude contener las lágrimas y nos abrazamos fuerte, como si en ese gesto pudiera transmitirle todo lo que sentía.

—Gracias, Sergio, de verdad, gracias por estar aquí.

Él sonrió y me acarició el cabello.

—No me perdería esto por nada del mundo, cariño.

En ese instante, se abrió la puerta y apareció Álvaro, mi primo y padrino de boda, con una sonrisa amable y esos ojos que me daban seguridad.

—¿Lista para el gran día? —preguntó, acercándose para darme un beso en la mejilla.

—Más que nunca —respondí—. Aunque reconozco que todavía tengo mariposas en el estómago.

Marga y Sergio se despidieron para dejarnos a Álvaro y a mí a solas un momento. Él se acercó con algo en la mano: un broche antiguo de plata, delicadamente trabajado.

—Esto era de mi madre —me dijo con suavidad—. Estoy seguro de que ella querría que lo llevaras hoy. Es como si estuviera aquí contigo.

Sentí un nudo en la garganta y, con cuidado, lo prendí en el pecho del vestido, justo encima del corazón.

—Gracias, Álvaro. Esto significa mucho para mí.

Subimos al coche y emprendimos el camino hacia la parroquia.

Al llegar, nos recibió el Padre Marcos con su sonrisa habitual, esa paz que siempre me transmitía. En uno de los bancos vi a mi cuñado David cuidando cariñosamente de Nico, que corría inquieto, pero feliz por estar con nosotros.

Daniel, en el altar, me esperaba tan guapo como siempre. Con su traje negro, la camisa blanca y esa sonrisa que me hacía temblar de pies a cabeza.

La ceremonia fue sencilla, pero repleta de emoción. Cuando Daniel me cogió la mano y me miró a los ojos, sentí cómo el mundo se detenía.

—Sofía —comenzó él con voz firme, pero temblorosa—, desde que entraste en mi vida, todo tiene sentido. Prometo cuidarte, amarte y estar a tu lado en cada paso que demos juntos.

Me emocioné tanto que tuve que contener las lágrimas.

—Daniel —le respondí—, tú has traído luz a mi vida, y juntos vamos a construir un futuro lleno de amor, respeto y felicidad.

Hubo risas, silencios y susurros que hablaban por sí solos.

Cuando el Padre Marcos nos declaró marido y mujer, sentí que todo encajaba. Era el comienzo de un capítulo nuevo y maravilloso en nuestras vidas.

Al salir, Nico corrió hacia nosotros, tirándome de la mano.

—¡Mamá, papá, sois marido y mujer! —gritó, con esa sonrisa que iluminaba el mundo.

Nos reímos, nos abrazamos y en ese instante, sentí que mi vida estaba completa.

Después de la ceremonia, nos dirigimos al bar de la playa donde Daniel y yo habíamos compartido tantos momentos felices. Era un lugar sencillo, íntimo, pero lleno de vida y luz, el escenario perfecto para celebrar nuestra boda con las personas que más queríamos.

El bar estaba decorado con flores blancas y guirnaldas de luces que parecían bailar con la brisa del mar. La mesa principal estaba reservada para nosotros, y en el centro, un pastel de boda simple, pero hermoso esperaba para ser cortado.

Nico no podía estar más emocionado. Corría de un lado a otro, saludando a todos, mientras Marga y Rafa se encargaban de que todo estuviera perfecto.

—¡Mamá, papá! —gritó el pequeño, con esa energía que parecía inagotable— ¡Tengo hambre y quiero cortar la tarta ya!

Lo miré con una sonrisa cómplice.

—Tranquilo, corazón, que la tarta no se va a ir a ningún lado —le dije.

Daniel se acercó, cogió a Nico en brazos y le susurró al oído:

—¿Quieres ser el ayudante oficial para cortar la tarta?

—¡Sí, sí! —respondió Nico, dando palmas.

Todos reímos y entonces Sergio se acercó, con esa sonrisa tan suya y una copa en la mano.

—Tengo que contaros algo —dijo, en voz baja, para que solo nosotros le escucháramos—. Iván, el empresario hotelero con el que estaba saliendo, me

ha pedido que me vaya a vivir con él. Se va a mudar aquí para estar más cerca de mí.

Lo miré sorprendida.

—¿De verdad? ¿Y tú qué le has dicho?

Él sonrió, una de sus sonrisas más pícaras.

—Le dije que sí, claro. Vivirá aquí, pero seguirá yendo a Valencia cuando haga falta.

Daniel levantó la copa y brindó.

—Por Sergio y su nuevo amor.

—Y por nosotros —añadí yo—. Por esta nueva familia que estamos formando.

Después de las risas y los brindis, llegó el momento más dulce: la tarta. Nico se puso en medio, entre Daniel y yo, con un cuchillo en la mano mucho más grande que él.

—¡A la de tres! —exclamó— Uno, dos...

Antes de que pudiera decir tres, se le resbaló el cuchillo y toda la parte superior de la tarta terminó en el suelo.

Hubo un silencio breve, seguido por una carcajada generalizada.

—¡Vaya pillo! —dijo Marga, limpiando con rapidez— Así que esta es tu manera de compartir, ¿eh, Nico?

El niño se encogió de hombros, con la cara manchada de crema.

—¡La tarta también quiere jugar!

Daniel me miró y me susurró:

—Esta es la familia que siempre quise.

Después de limpiar el desastre y comer la tarta, fuimos a bailar. La canción que comenzó a sonar fue *"Me enamora"*, de Juanes, y no pude evitar preguntarle a Daniel.

—¿Le preguntaste a Sergio cuál era nuestra canción? ¿Por qué suena esta?

Él negó con la cabeza.

—No, eso lo recordé yo solo —respondió, cogiendo mi mano con ternura —. Cada vez que la escuchaba, sentía que hablaba de algo que tenía que ver con algo especial para mí, aunque no sabía qué. Ahora lo entiendo.

Nos besamos bajo la luz tenue del bar, rodeados de las sonrisas de nuestros amigos y familiares.

Nico, encantado, se puso entre nosotros y comenzó a bailar con nosotros, riendo y dando saltos.

—Tengo a mis papás y a mis hermanitos en camino —dijo, con esa inocencia que le caracterizaba, aunque a veces fuera un torbellino que arrasaba con todo a su paso—. ¡Os quiero!

Daniel y yo lo abrazamos fuerte, y yo pensé que, en ese momento, el amor era tan sencillo y perfecto como aquellas palabras.

Epílogo



Diez años después…

Diez años. Qué rápido pasaba el tiempo y, al mismo tiempo, cuánto habíamos vivido.

Era una de esas noches tranquilas de agosto, con el murmullo del mar llegando desde la ventana del comedor y el ventilador girando perezoso en el techo. Estábamos todos sentados alrededor de la mesa de madera, esa que Daniel y yo compramos en un mercadillo de segunda mano cuando nos mudamos juntos, y las risas no paraban.

—¡Mamá, dile a Alba que no puede comerse la última croqueta si no me da una de sus patatas! —protestó Emma, indignada, con los mofletes rojos y el tenedor en alto.

—¡Es que son mías! —replicó Alba, cruzándose de brazos con un gesto que, si cerraba los ojos, era idéntico al de su padre cuando se ponía cabezón.

—Chicas —intervine, aguantando la risa mientras apartaba mi vaso de agua por si acababa volando algo—, si os portáis bien, después hay helado de turrón, pero si empezamos con las guerras de comida, no hay postre para nadie.

—¿Ni para mí? —preguntó Nico con esa sonrisa ladeada que ya era idéntica a la de Daniel cuando quería hacerse el inocente. A sus quince años, medía casi uno noventa y era la viva imagen de su padre.

—Tú te salvas porque has fregado las cinco sartenes sin que nadie te lo pidiera —le guiñé un ojo.

—Es que, si quiero ser bombero como papá, tengo que empezar por aprender a apagar fuegos y limpiar los restos —se rio, dejando a sus hermanas con la boca abierta.

—¡Nico quiere ser bombero! —canturrearon las gemelas a coro, y Daniel elevó las cejas, orgulloso.

—Eso lo dicen todos hasta que les toca hacer turno de noche. Ya veremos si luego se anima cuando vea que no todo es conducir camiones rojos y salvar gatitos.

—Papá —dijo Nico, en tono serio, mirándolo—, quiero ser como tú.

No hizo falta más. Daniel le revolvió el pelo, fingiendo que no se le habían humedecido los ojos, pero yo lo conocía muy bien. Después de cenar, cuando estuviera lavándose los dientes, lo vería sonreír frente al espejo, emocionado.

Nuestras hijas, Alba y Emma, eran gemelas y ya tenían nueve años, aunque parecían tener cuerda para veinte. Tan idénticas físicamente como diferentes en carácter: Alba, la seria, la que observaba antes de hablar. Emma, un torbellino de palabras, carcajadas y preguntas. Las dos sacadas de una copia exacta de Daniel y Nico, desde el cabello hasta la forma en que fruncían el ceño cuando se concentraban. Si no fuera porque las parí yo, juraría que me habían robado protagonismo genético.

—Oye, mamá —me dijo Alba de pronto, con la mirada fija en su plato—. ¿Es verdad que hace muchos años tú creías que habías hecho algo muy malo?

Me quedé helada un segundo. Miré a Daniel, que me lanzó una mirada tranquila. Nico se quedó muy quieto.

—¿Dónde has oído eso, cariño?

—Oí que lo hablabas con la abuela Marga una vez, cuando no sabías que yo estaba jugando detrás del sofá.

Solté una risa nerviosa y asentí.

—Sí, es verdad. Durante un tiempo pensé que había cometido un gran error, pero luego entendí algo mucho más importante.

—¿El qué? —preguntó Emma, interesada, mientras Nico ponía los ojos en blanco.

—Que, si ese error me trajo hasta aquí, con vosotros, con papá, con esta familia maravillosa... entonces no cambiaría nada. Lo volvería a hacer sin dudar.

Daniel se inclinó hacia mí y me besó la mejilla.

—Ese "error" fue lo mejor que nos pasó.

Y tenía razón.

En cuanto a nuestras vidas, Daniel seguía siendo bombero y yo trabajaba como encargada en el bar de Sergio y sus padres. Sergio e Iván se habían casado hacía ocho años, y hacía cuatro que adoptaron a Lucía, una niña de doce años con una inteligencia brillante, y a su hermanito Bruno, de seis, que era puro nervio y ternura. Rafa y Marga se desvivían por ellos tanto como por los nuestros. Para ellos no existía la palabra “nietos postizos”. Eran todos suyos, y cada vez que Marga los veía a todos juntos en su casa, decía lo mismo.

—El corazón no me cabe en el pecho. Tengo más nietos de los que soñé tener, y todos perfectos.

Álvaro, mi primo, también había encontrado el amor. Se había casado con Claudia, la hija de un general del ejército, una mujer con carácter y un corazón enorme, y tenían dos niños preciosos: Mateo, de cinco años, y Luna, de tres. Los fines de semana que coincidíamos todos en casa de Rafa y Marga, parecía una verbena. Un caos dulce y lleno de ruido.

Y aunque el pasado siempre dejaba huellas, las mías ya no dolían.

Supe que mi padre murió hacía siete años, a consecuencia de aquel tumor. En su testamento dejó una herencia a su "única hija", a pesar de que hacía años que me había repudiado. Mi madre se opuso a que la recibiera, pero cuando ella falleció tres años atrás, el dinero pasó a manos de Álvaro. Él me lo ofreció, como era lógico.

—Te corresponde, Sofía. Ellos no lo entendieron, pero tú siempre fuiste y serás su hija.

Recuerdo haberle sonreído y negado.

—Haz algo bueno con eso, primo. Dona ese dinero a las parroquias del Padre Marcos y del Padre Daniel —le dije—. *Que sirva para ayudar a familias que lo necesiten, para arreglar goteras, comprar libros, comida… Lo que sea. Que al menos su dinero tenga un propósito, aunque ellos no supieran darme uno.*

Álvaro me abrazó y me dijo que estaba orgulloso de mí. No lo hice por venganza. Lo hice por paz.

—¡Papá! ¡Emma se ha comido mi helado! —gritó Alba desde la cocina, interrumpiendo mi nostalgia de golpe.

—¡Me lo ha dado Nico! —protestó Emma, con los labios manchados de turrón.

—¡Es mentira!

—Vamos a ver, Nico —dijo Daniel, con un suspiro—. ¿A quién se lo ha dado, hijo?

—A Alba, pero creía que era Emma —y empezó a reírse aún más fuerte.

Daniel me miró desde el fregadero, secándose las manos con un paño.

—Somos un circo.

—Somos una familia —le respondí, apoyando la cabeza en su hombro.

Y entonces lo supe, con esa certeza que te calaba hasta los huesos: no necesitaba nada más.

Mi vida no era perfecta, pero era mía. Y estaba llena de amor.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
Twitter: @ChicasTribu